



David
BALDACCI

TODA LA VERDAD

Por el autor de *Camel Club* y *Los coleccionistas*

Lectulandia

«Recordad a Konstantin» es el grito de batalla que recorre Estados Unidos. Un vídeo colgado en Internet certifica que este joven ruso ha sido torturado y ejecutado por el gobierno de su país. El temor ante el regreso de la guerra fría es tan palpable que los estados de todo el mundo se preparan para lo peor.

Pero ¿y si todo se tratara de un engaño? Nicholas Creel, director de Ares Corporation, una gran multinacional de la industria armamentística, se cree con suficiente poder para manipular la realidad en beneficio propio.

Sin embargo, no cuenta con la tenacidad de Shaw, un hombre de tortuoso pasado cuyo único objetivo es acabar con él; ni con Katie James, una periodista caída en desgracia que hará todo lo posible por alcanzar de nuevo la cumbre.

Lectulandia

David Baldacci

Toda la verdad

Shaw & Katie James - 1

ePub r1.0

Titivillus 10.02.2018

Título original: *The Whole Truth*
David Baldacci, 2008
Traducción: Eduardo Iriarte Goñi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*¿Por qué perder el tiempo en descubrir la verdad
cuando la puedes crear con tanta facilidad?*

La persona arriba citada prefirió permanecer
en el anonimato, ya que no estaba
autorizada a hablar públicamente sobre
asuntos relativos a la verdad.

Prólogo

- Dick, necesito una guerra.
- Bueno, como siempre, ha venido al sitio adecuado, señor Creel.
- No será un conflicto típico.
- Nunca espero nada típico de usted.
- Pero tienes que venderlo. Tienes que hacerles creer, Dick.
- Puedo hacerles creer cualquier cosa.

1

Exactamente a las cero horas HU, o medianoche Hora Universal, la imagen del hombre torturado irrumpió en la página web más famosa del mundo.

Las primeras cuatro palabras que pronunció las recordarían siempre todos aquellos que las oyeron.

«Estoy muerto. Fui asesinado».

Hablaba ruso en la pantalla pero en la parte inferior su trágica historia se narraba prácticamente en cualquier idioma que uno quisiera con sólo apretar una tecla. La policía secreta de la Federación Rusa le había arrancado a golpes, tanto a él como a su familia, «confesiones» de traición. Se las había arreglado para escapar y grabar el tosco vídeo.

La persona que sostenía la cámara, fuera quien fuese, también estaba muerta de miedo, borracha o las dos cosas, porque la película granulada vibraba y se estremecía cada pocos segundos.

El hombre decía que si el vídeo salía a la luz, supondría que los matones del gobierno habían vuelto a capturarlo y ya estaba muerto.

¿Su delito? Sencillamente desear la libertad.

«Hay decenas de miles igual que yo», le decía al mundo. «Sus huesos yacen por doquier en la tundra helada de Siberia y en las profundas aguas del lago Baljash en Kazajistán. Pronto veréis pruebas de ello. Hay otros que seguirán con la lucha ahora que yo ya no estoy».

Advertía de que, mientras el mundo se había centrado durante tanto tiempo en los Osama bin Laden, el antiguo mal, con una fuerza de destrucción un millón de veces más grande que la de todos los renegados islámicos unidos, estaba a todas luces de regreso, y era más letal que nunca.

«Es hora de que el mundo sepa TODA LA VERDAD», gritaba a la cámara, y luego rompía a llorar. «Me llamo Konstantin. Me llamaba Konstantin», se corregía. «Ya es muy tarde para mí y mi familia. Estamos todos muertos. Mi mujer, mis tres hijos, todos hemos desaparecido. No me olvidéis, ni olvidéis el motivo de mi muerte. No permitáis que la desaparición de mi familia haya sido en vano».

Mientras la imagen y la voz del hombre iban desapareciendo por fundido, un hongo nuclear iluminaba la pantalla, y sobreimpresa en la parte inferior del horripilante paisaje se leía la ominosa frase: «Primero el pueblo ruso, luego el resto del mundo. ¿Podemos permitirnos esperar?».

La producción era rudimentaria, los efectos especiales, poco profesionales, pero eso no le importó a nadie. Konstantin y su pobre familia habían hecho el sacrificio definitivo para que el resto del mundo tuviera la oportunidad de conservar la vida.

La primera persona que vio el vídeo, un programador informático en Houston, quedó aturdido. Envío el archivo por correo electrónico a veinte amigos de su agenda.

La siguiente persona que lo vio veinte segundos después vivía en Francia y quedó aquejada de insomnio. Deshecho en lágrimas, se lo envió a cincuenta amigos. El tercer espectador era de Sudáfrica y se indignó hasta tal punto por las imágenes que telefoneó a la BBC y luego realizó un envío masivo a ochocientos de sus amigos más «íntimos» en la Red. Una quinceañera en Noruega vio el vídeo horrorizada y se lo remitió a todos sus conocidos. Las siguientes mil personas que lo vieron vivían en diecinueve países distintos y lo compartieron cada uno con treinta amigos, y éstos con docenas cada uno de ellos. Lo que había empezado como un goteo digital en el océano de Internet explotó rápidamente como un tsunami de píxeles y bites de magnitud intercontinental.

Como una pandemia en expansión, el vídeo prendió como un torbellino en todo el mundo. La historia fue pasando de un blog a otro, de un grupo de chat a otro, de un correo electrónico al siguiente. Cada vez que volvía a relatarse, aumentaba de proporciones hasta que, por lo visto, la Tierra entera corría peligro de ser invadida en cualquier momento por chiflados rusos sedientos de sangre. En cuestión de tres días a partir de la triste proclama de Konstantin, su nombre resonaba de un extremo a otro del planeta. Muy pronto la mitad de la población mundial, incluidos muchos que no tenían idea de quién era el presidente de Estados Unidos ni el papa, lo sabían todo acerca del ruso muerto.

Y de los circuitos de correos electrónicos, blogs y grupos de chat la historia fue recogida por periódicos en las inmediaciones de la prensa dominante. Y luego publicaciones como el *New York Times* el *Wall Street Journal* y los principales diarios del planeta entero se vieron sumidos en el delirio, aunque sólo fuera porque era de lo que hablaba todo el mundo. A partir de ahí, alcanzó el circuito televisivo mundial, y todas las cadenas desde Channel One en Alemania hasta la BBC, pasando por ABC News, CNN y la televisión estatal en China empezaron a anunciar una posible nueva era del juicio final. Y desde ese momento, quedó firmemente arraigada en la mente, el alma y la conciencia colectiva planetaria convirtiéndose en la noticia principal hasta el punto de que a nadie le importaba ninguna otra noticia.

El llamamiento de «Recordad a Konstantin» se oía en labios de personas de los siete continentes.

El gobierno ruso hizo públicos rotundos comunicados negándolo en su totalidad. El presidente ruso Gorshkov llegó al extremo de aparecer en la televisión internacional para denunciarlo como un embuste total y absoluto y ofrecer lo que él mismo denominó pruebas «arrolladoras» de que nunca había existido ese tal Konstantin. Sin embargo, no lo creyó mucha gente. Gorshkov era un antiguo integrante del KGB. De arriba abajo el gobierno ruso estaba colmado de demonios fascistas; periodistas del mundo entero llevaban años informando de ello a la gente. Era sencillamente que hasta entonces nadie le había prestado demasiada atención, porque, bueno, no interfería en sus vidas. Ahora tenían al fallecido Konstantin y un hongo nuclear en Internet advirtiéndoles que de súbito tenía una enorme importancia.

Desde luego, había escépticos en abundancia que albergaban grandes dudas acerca de a quién y exactamente qué se suponía que representaban en realidad Konstantin y su vídeo. Esas mismas personas empezarían a investigar al supuesto fallecido y su historia. En cambio, en el caso de muchos otros, ya habían oído y visto todo lo que les hacía falta para formarse una opinión inequívoca.

Pero Rusia y el resto del mundo no llegarían a descubrir nunca que en realidad Konstantin era un actor huido de Letonia, sus heridas y su aspecto demacrado eran el resultado de un maquillaje aplicado con pericia y una iluminación profesional. Tras grabar el vídeo se había lavado, quitado todos los elementos de su disfraz y almorzado tranquilamente nada menos que en el Salón de té ruso de la calle Cincuenta y siete en Nueva York, donde gastó parte de los cincuenta mil dólares que había cobrado por la filmación. Puesto que también hablaba español y poseía un atractivo aire moreno y un cuerpo bien cincelado, su principal aspiración consistía ahora en conseguir un papel destacado en un culebrón latinoamericano. Mientras tanto, el mundo ya nunca sería el que fuera.

Nicolás Creel terminó sin prisas su *gin-tonic* de Bombay Sapphire y se puso la chaqueta. Iba a salir a dar una vuelta. En realidad, la gente normal iba a dar una vuelta. Los jefes corporativos multimillonarios se desplazaban muy por encima de la chusma. Mientras miraba por la ventanilla del helicóptero en el breve trayecto a través del Hudson hasta Jersey, los rascacielos a sus pies le hicieron pensar en lo lejos que había llegado. Creel había nacido en el oeste de Tejas, una zona tan grande y árida de una llanura en apariencia interminable que, según se decía, muchos de los que la consideraban su hogar no estaban al tanto de que hubiera ningún otro lugar en el que vivir, o al menos ninguna manera de llegar allí.

Creel había pasado exactamente un año de su vida en el «estado de la estrella solitaria» antes de trasladarse a las Filipinas con su papá, sargento del Ejército. De allí se sucedieron otros siete países en una ráfaga hasta que el padre de Creel fue destinado a Corea y poco después reducido a cenizas en lo que el Ejército describiría más adelante como un desafortunado desliz logístico. Su madre viuda volvió a casarse, y, años después, Creel accedió a la universidad, donde obtuvo una licenciatura en ingeniería. Acto seguido, consiguió de aquí y de allá el dinero suficiente para cursar un máster en administración de empresas, pero perdió interés tras seis meses y prefirió curtirse en el mundo real.

La única lección valiosa que le enseñó su padre militar fue que el Pentágono adquiriría más armas que nadie y pagaba un precio excesivo por todas y cada una de ellas. Y, mejor aún, cuando te urgían más beneficios, bastaba con pedirselos y te los concedían. Después de todo, el dinero no era suyo. Y no había nada más fácil que regalar el dinero ajeno, sobre todo teniendo en cuenta que Norteamérica tenía el mayor cerdito hucha del mundo. Parecía un negocio de tres pares de narices en el que tomar parte, pues, como no tardó en averiguar Creel, uno podía venderle al Ejército de Estados Unidos 12 000 retretes y 9000 martillos y salirse con la suya al amparo de una montaña de argucias legales y galimatías expuestos en las sesiones del Congreso.

Creel dedicó las décadas siguientes a levantar Ares Corporation, que ahora era el conglomerado de defensa más grande del mundo. Según la revista *Forbes*, era la decimocuarta persona más rica del planeta, con más de veinte mil millones de dólares en su haber.

Su difunta madre era una griega de pura cepa con temperamento fogoso y una ambición feroz que él había heredado junto con su atractivo de tez morena. Después de que el padre de Creel hubiera sido víctima de aquel desliz logístico en Corea, se casó con un hombre que ocupaba un peldaño superior en la escala socioeconómica, quien se deshizo de Creel enviándolo a escuelas privadas, que además no se contaban precisamente entre las mejores. Mientras que a los hijos de otros ricos se les entregaba todo en bandeja de plata, al intruso de Creel le tocaba apechugar con sus pullas, y tuvo que sudar y esforzarse por cada centavo. Esas experiencias lo

proveyeron de una piel con la dureza de una armadura.

El que bautizara su empresa en honor al dios griego de la guerra fue un homenaje a esa madre a quien había amado por encima de cualquier otra persona. Y Creel se enorgullecía de lo que producía su empresa. El nombre estampado en su yate a motor de ciento treinta metros de eslora era *Shiloh*, el de la batalla de la jornada más sangrienta de toda la Guerra de Secesión norteamericana.

Si bien nacido en suelo estadounidense, Creel nunca se había considerado simplemente norteamericano. Ares Corp. tenía su sede en Estados Unidos, pero Creel era un ciudadano del mundo, tras haber renunciado mucho tiempo atrás a su ciudadanía estadounidense. Eso resultaba muy conveniente para el negocio, ya que ningún país tiene un monopolio sobre la guerra. No obstante, Creel pasaba tanto tiempo como le placía en Estados Unidos porque contaba con todo un ejército de abogados y contables que se dedicaban a buscar todos los resquicios en el balbuciente marasmo lingüístico denominado Código Fiscal estadounidense.

Muchos años atrás, Creel había aprendido que para proteger su negocio tenía que repartir los beneficios. Todo contrato de sistemas armamentísticos de Ares estaba diseminado por los cincuenta estados norteamericanos. Sus llamativas y costosas campañas de publicidad pregonaban ese dato por encima de todos los demás.

«Un millar de proveedores repartidos por todo el país velan por su seguridad», proclamaba la voz en *off* con ecos de Hollywood en un tono resonante que ponía la piel de gallina y aceleraba el pulso. Aunque sonaba de lo más patriótico, en realidad se había hecho por una sola razón. Ahora, si algún burócrata intentaba recortar sus ganancias, quinientos treinta y cinco miembros del Congreso se alzarían y fulminarían a esa persona por tener la audacia de intentar arrebatar puestos de trabajo a «su» gente. Creel había puesto en práctica esa misma estrategia en una docena de países más. Igual que en lo tocante a la guerra, los estadounidenses no tenían el monopolio de los políticos interesados.

Reactores militares construidos por Ares sobrevolaban todos los principales acontecimientos deportivos del mundo, incluidas las World Series, la Super Bowl y el Campeonato Mundial de Fútbol. ¿Cómo no se le iba a poner a uno la carne de gallina cuando una cerrada formación de naves de guerra de la era espacial, por valor de ciento cincuenta millones de dólares la pieza, llegaban bramando por el cielo con la suficiente potencia de fuego para eliminar a todo hombre, mujer y niño en las inmediaciones, y hacerlo de una sola pasada? Resultaba casi poético en su aterradora majestuosidad.

El presupuesto de Ares para *marketing* y grupos de presión era de tres mil millones de dólares al año. Por esa suma descomunal no había ningún país importante con dinero de defensa que gastar que no oyese el mensaje una y otra vez: «Somos fuertes. Estamos de tu parte. Velamos por tu seguridad. Velamos por tu libertad. Somos lo único que se interpone entre tú y ellos». Y las imágenes resultaban igual de convincentes: barbacoas y desfiles, banderas al viento, niños que saludaban mientras

pasaban los tanques, los aviones surcaban los cielos y soldados de gesto adusto con el rostro tiznado de negro se abrían paso por territorio hostil.

No había país en toda la Tierra capaz de resistirse a un mensaje tan palpitante y enaltecedor, según había comprobado Creel. Bueno, tal vez los franceses, pero nadie más.

Tal como estaban ideados los anuncios, daba la impresión de que la todopoderosa Ares Corporation facilitaba armas movida por el fervor patriótico en vez de la eterna necesidad de rebasar el presupuesto y retrasarse en la entrega. O tenían por objeto convencer a los ministerios de Defensa de que adquiriesen carísimos juguetes bélicos que ni siquiera llegaban a utilizarse y pasasen por alto artículos más baratos, como blindajes y gafas de visión nocturna, de los que dependía la supervivencia de los soldados sobre el terreno. Llevaba décadas funcionando de maravilla.

Sin embargo, las cosas estaban cambiando. La gente, por lo visto, se estaba cansando de la guerra. La asistencia a las enormes ferias comerciales que celebraba Ares anualmente llevaba cinco años seguidos en descenso. Ahora, el presupuesto de publicidad de Ares era superior a sus ingresos netos, lo que ponía de manifiesto una única verdad: no estaban comprando lo que Creel vendía.

Así que en esos instantes estaba sentado en un agradable despacho en un edificio propiedad de su empresa. El hombrachón sentado delante de él iba con vaqueros y botas de combate, y ofrecía todo el aspecto de un oso pardo salvo por la piel. Tenía la cara bronceada y curtida, con lo que parecía o bien un cráter de bala o la madre de todas las picadas de viruela en una sola mejilla. Era ancho de hombros y con manos inmensas y de alguna manera amenazadoras.

Creel no se las estrechó.

—Ya está en marcha —anunció Creel.

—He visto al camarada Konstantin. —El hombre no pudo reprimir una mueca de satisfacción cuando lo dijo—. Ahora deberían concederle un Oscar.

—*Sesenta minutos* va a emitir un especial sobre su historia este fin de semana. Al igual que todas las publicaciones de actualidad. Ese idiota de Gorshkov nos lo está poniendo fácil.

—¿Qué hay del incidente?

—El incidente eres tú —señaló Creel.

—Ya funcionó sin poner las botas sobre el terreno.

—No estoy interesado en guerras que cesan a los cien días o degeneran en enfrentamientos callejeros entre bandas con ínfulas. Con eso no llega ni para la factura de la electricidad, Caesar.

—Deme usted el plan y yo lo llevaré a cabo, señor Creel, como siempre.

—Mantente listo para entrar en acción.

—Usted paga —asintió Caesar.

—Desde luego que sí.

En el trayecto en helicóptero de regreso al Edificio Ares, Creel contempló los

templos de hormigón y acero a sus pies. «Ya no estás en el oeste de Tejas, Nick».

Aquello, naturalmente, no tenía que ver únicamente con el dinero, ni con salvar su compañía. Creel poseía dinero suficiente y, al margen de lo que hiciera o dejara de hacer, Ares Corp. sobreviviría. No, en realidad se trataba de volver a encauzar el mundo en su estructura adecuada. Las cosas llevaban ya mucho tiempo sumidas en el desbarajuste. Creel se había hartado de ver a los débiles y los salvajes imponerse a los fuertes y los civilizados. Esa locura ya había regido el mundo durante el tiempo suficiente. Estaba a punto de enmendar la situación. Tal vez habría quien afirmara que se estaba arrogando el papel de Dios. Bueno, en cierto modo, así era. Pero incluso un dios benigno se servía de la violencia y la destrucción para alcanzar sus objetivos. Creel tenía la intención de seguir ese «modelo» al pie de la letra.

En un principio, habría dolor.

Habría pérdidas.

Siempre las había. De hecho, su propio padre había sido una de las víctimas que se cobraba la empresa de mantener el espectro del poder global sobre cimientos bien firmes, de manera que Creel entendía muy bien el sacrificio que requería. Pero al cabo, todo merecería la pena.

Se retrepó en su sillón.

El creador de Konstantin sabía alguna que otra cosa.

Caesar sabía alguna que otra cosa.

Sólo Nicolás Creel lo sabía todo.

Como lo sabían los dioses, siempre.

3

—¿Qué significa la A? —preguntó el hombre en buen inglés con un solapado y leve acento holandés.

Shaw miró al caballero plantado delante de él en el control de pasaportes del aeropuerto de Schipohl, quince kilómetros al sur de Ámsterdam. Schipohl, uno de los aeropuertos más concurridos del mundo, se asentaba cinco metros por debajo del nivel del mar, con millones de toneladas de agua batiente en las proximidades. Shaw siempre lo había considerado el colmo de la audacia en cuestiones de ingeniería. Sin embargo, dos tercios del país estaban bajo el nivel del mar, así que no tenían muchas opciones a la hora de decidir dónde aparcar los aviones, ¿verdad?

—¿Cómo dice? —preguntó Shaw, aunque sabía muy bien a qué se refería el hombre.

El individuo dio unos golpecitos con el dedo en la página de la foto del pasaporte de Shaw.

—Aquí. Su nombre de pila se reduce a la inicial A. ¿Qué quiere decir?

Shaw miró fijamente el pasaporte mientras el holandés seguía con la vista puesta en él.

Como correspondía a la nación con los hombres más altos de la Tierra, el agente del control de pasaportes con su uniforme reglamentario medía uno ochenta y seis, sólo un par de centímetros por encima de la estatura media de los holandeses, pero aun así siete centímetros por debajo de la imponente altura de Shaw.

—No quiere decir nada —respondió Shaw—. Mi madre no llegó a ponerme nombre de pila, así que tomé un nombre que designa lo que soy. *A Shaw*, en inglés: un Shaw. Porque así me apellido, o al menos así se apellidaba mi madre.

—¿Y su padre no puso objeción a que su hijo no adoptase su apellido?

—No hace falta padre ninguno para que nazca un niño, sólo para concebirlo.

—Y en el hospital, ¿no le pusieron nombre?

—¿Nacen todos los niños en hospitales? —replicó Shaw con una sonrisa.

El holandés se puso rígido y luego abandonó su tono de confrontación.

—Así que Shaw. ¿Irlandés, como George Bernard?

El holandés era un pueblo estupendamente informado, según había comprobado Shaw. Bien educados y curiosos, les encantaba debatir. Nunca le había ocurrido que le preguntaran por George Bernard Shaw.

—Bien podría ser, pero soy escocés. De las Tierras Altas. Al menos, de allí vinieron mis antepasados —se apresuró a añadir, pues había presentado pasaporte estadounidense, uno de los seis que poseía—. Nací en Connecticut. ¿Ha estado por allí alguna vez?

El hombre respondió con entusiasmo:

—No, pero me gustaría mucho viajar a Norteamérica.

Shaw ya había visto esa mirada rebosante de deseo en otras ocasiones.

—Bueno, en realidad las calles no están empedradas de oro ni todas las mujeres son estrellas de cine, pero hay muchas cosas que hacer y mucho sitio donde hacerlas.

—Tal vez algún día —dijo el agente de pasaportes no sin cierta melancolía antes de volver a adoptar su papel—. ¿Viene por negocios o por placer?

—Las dos cosas. Después de hacer un viaje tan largo, ¿para qué escoger?

El hombre dejó escapar una risilla.

—¿Algo que declarar?

—*Ik heb niets aante geven.*

—¿Habla holandés? —dijo en tono de sorpresa.

—¿No lo habla todo el mundo?

El agente rió y estampó el pasaporte de Shaw con un sello de tinta a la antigua usanza en vez de utilizar uno de esos artilugios de alta tecnología que usan en algunos países y que, según había oído Shaw, implantan un dispositivo de seguimiento digital en el papel. Siempre había preferido la tinta a los dispositivos de rastreo.

—Disfrute de su estancia —le deseó su nuevo amigo holandés al tiempo que le devolvía el pasaporte.

—Esa es mi intención —respondió Shaw, camino ya de la salida y del tren que lo llevaría hasta la estación *Centraal* en Ámsterdam en unos veinte minutos de viaje.

Desde allí el asunto no haría sino ponerse más emocionante. Pero antes tenía un papel que interpretar, porque tenía público.

De hecho, lo estaban observando en esos precisos instantes.

El taxi recogió a Shaw en la estación de tren y lo dejó en el imponente Amstel Intercontinental Hotel, que contaba con setenta y nueve habitaciones de gran belleza, muchas con vistas envidiables del río Amstel, aunque Shaw no había ido por las vistas.

Ciñéndose al papel que debía desempeñar durante los tres días siguientes, Shaw era un turista. Pocos lugares había tan adecuados para ello como Ámsterdam, una ciudad con 750 000 habitantes, sólo la mitad neerlandeses de nacimiento. Dio un paseo en barco, tomando con entusiasmo instantáneas de una ciudad con más canales que Venecia a juego con los trece mil puentes en un espacio de apenas doscientos kilómetros cuadrados de los que una cuarta parte estaba cubierta por las aguas.

A Shaw lo atraían especialmente las casas flotantes, casi tres mil, amarradas a lo largo de los canales. Le llamaban la atención porque representaban raíces. Aunque flotaban en el agua, esos barcos no se movían nunca. Pasaban de unos a otros, de generación en generación o se vendían sin que mediara hipoteca alguna. ¿Qué debía de sentirse, se preguntó, al tener vínculos semejantes con un lugar?

Luego se plantó unos pantalones cortos y zapatillas de deporte y se fue a correr por los amplios espacios de Oosterpark, cerca de su hotel. En un sentido muy real del término, Shaw llevaba corriendo toda su vida. Pues bien, si las cosas salían según sus planes, eso tocaría a su fin. O eso, o acabaría muerto. Correría el riesgo de buena gana. En cierta manera, ya estaba muerto.

Mientras se tomaba un café en el Bulldog, un local de la cadena de cafeterías más famosa de Ámsterdam, Shaw contempló a la gente que atendía sus asuntos. Y también observó a los hombres que tan evidentemente lo vigilaban a él. Era patético, en realidad, ver a unos tipos encargados de seguirlo que no tenían ni la más remota idea de cómo se hacía.

Al día siguiente comió en uno de sus restaurantes preferidos de la ciudad, administrado por un italiano entrado en años. La mujer del italiano se pasaba el día sentada leyendo el periódico mientras su marido hacía las veces de *maître*, camarero, chef, ayudante de camarero, friegaplatos y cajero. El establecimiento sólo tenía cuatro taburetes en la barra y cinco mesas, sin contar los dominios de la mujer, y uno tenía que aguardar en el umbral y someterse al escrutinio del marido. Si asentía, podías tomar asiento y comer. Si se daba media vuelta, ya podías ir buscando otro sitio donde almorzar.

A Shaw nunca lo habían rechazado. Tal vez fuese su imponente estatura, o sus magnéticos ojos azules que parecían arrebatarlo a uno en su poderoso abrazo, pero probablemente fuera porque el propietario y él habían trabajado juntos tiempo atrás, y no fue en nada que tuviera que ver con el campo de la gastronomía.

Esa noche Shaw se vistió de traje y asistió a la ópera en el Muziektheater. Una vez concluida la representación, podría haber regresado a su hotel, pero en cambio

prefirió pasear en dirección contraria. Esa noche era el auténtico motivo de que hubiera ido a Holanda. Ya no era un turista.

Conforme se acercaba al Barrio Rojo observó cierta actividad en una callejuela oscura y especialmente estrecha. Había un niño plantado entre las sombras. A su lado había un hombre de aspecto peligroso con la bragueta abierta y una manaza metida en los pantalones del crío.

En un instante Shaw cambió de dirección. Se adentró en la callejuela y propinó un golpe en la nuca al individuo. Fue un puñetazo comedido, con intención de atontar, no de matar, aunque Shaw se vio profundamente tentado de acabar con el depredador. Tras caer el hombre inconsciente al suelo, Shaw le puso cien euros en la mano al chavalillo y lo ahuyentó con un empujón y una brusca advertencia en holandés. Al perderse el eco de sus frenéticos pasos, Shaw supo que al menos ese niño no pasaría hambre ni moriría esa noche.

Cuando retomaba su camino cayó en la cuenta por primera vez de que la Bolsa estaba directamente enfrente de las putas en el Barrio Rojo, lo que le chocó hasta que pensó un poco en ello. El dinero y la prostitución siempre habían sido compañeros de ruta. Se preguntó si algunas señoritas aceptaban acciones de empresa en vez de euros como pago.

Más irónico incluso que la cercanía de la Bolsa a las putas era el que el Barrio Rojo rodease por completo Oude Kerk, o la Antigua Iglesia, el lugar de culto más grande y viejo de la ciudad. Construida en 1306 como una sencilla capilla de madera, a lo largo de los dos siglos siguientes habían estado retocándola y ampliándola constantemente. Algún bromista había llegado incluso a incrustar un par de pechos en el empedrado junto a la entrada principal. Shaw había estado varias veces en Oude Kerk. Lo que más le había llamado la atención era la serie de tallas en los bancos del coro en las que se veía a hombres evacuando el vientre muy a gusto. Lo único que se le ocurrió fue que por aquel entonces las misas debían de ser sumamente largas.

Santos y pecadores, Dios y prostitutas, reflexionaba Shaw cuando alcanzó la parte central de aquella zona de iniquidad. Los holandeses la llamaban los *walletjes*, o «muretes». Era de suponer que lo que ocurría tras los *walletjes* no salía de allí. Esa noche contaba con ello.

El Barrio Rojo no era tan grande, quizá de la longitud de dos cruces de canales, pero había cantidad de cosas embutidas en esas dos manzanas. Por la noche las prostitutas de guardia eran las más hermosas. Muchas eran despampanantes europeas del Este traídas al país con falsos pretextos que luego se habían visto «atrapadas en el oficio», como se decía en un alarde de delicadeza. Irónicamente, las prostitutas nocturnas eran en buena medida mera fachada. Después de todo, ¿quién iba a querer cruzar los libidinosos umbrales con miles de personas mirando? Por las mañanas y las tardes el barrio estaba más tranquilo y era entonces cuando los clientes de verdad visitaban a las señoritas, mucho menos atractivas pero también eficientes, del segundo y tercer turno de ocho horas.

Era difícil pasar por alto las habitaciones de las prostitutas, ya que estaban bordeadas por completo de neones rojos casi cegadores. Las habitaciones también tenían iluminación fluorescente, de manera que el escaso atuendo de las chicas relucía como el sol estival. Shaw pasó por delante de un escaparate tras otro, donde las mujeres estaban de pie, a veces bailando, otras en poses eróticas. A la hora de la verdad la mayoría de la gente iba a fisgonear, no a fornicar, aunque las camas seguían arrojando aproximadamente quinientos millones de euros en transacciones al día.

Shaw mantuvo la cabeza gacha, los pies dirigidos hacia un destino concreto. Casi había llegado.

La chica del escaparate era joven y guapa, con el cabello retinto arremolinado sobre los hombros desnudos. Llevaba únicamente un tanga blanco, tacones de aguja y un collar de quincallería que colgaba entre sus grandes pechos, cuyos pezones llevaba cubiertos con girasoles adhesivos. Una elección curiosa, pensó Shaw.

Mantuvo contacto visual con ella mientras se abría paso entre la muchedumbre. La mujer salió a recibirlo a la puerta, donde Shaw confirmó su interés. Incluso con tacones era treinta centímetros más baja que él. Los artículos expuestos a menudo parecían más grandes, y mejores. Cuando te llevabas la compra a casa, no resultaba ni remotamente tan especial.

La chica cerró la puerta y luego corrió las cortinas rojas, único indicio de que la habitación y la señora estaban ocupadas.

El espacio era reducido, con un lavabo, retrete y, naturalmente, una cama. Al lado del lavabo había un botón: el que las prostitutas pulsaban en caso de emergencia. Entonces de repente se presentaba la policía y se llevaba a rastras al cliente que se había pasado de la raya para obtener satisfacción. Era una de las zonas mejor vigiladas de la ciudad: todo lo que hiciera falta para mantener el flujo de ingresos tributarios. Shaw vio una segunda puerta en la pared del fondo y luego desvió la mirada. Desde el cuarto de al lado llegaban altos y claros los sonidos de otro cliente feliz. Los alojamientos de las fulanas estaban separados por tabiques baratos o a veces únicamente por una cortina. Estaba claro que el negocio no requería mucho espacio ni lujos para funcionar.

—Eres muy atractivo —le dijo en holandés—. Y grande —añadió, levantando la vista—. ¿Eres grande por todas partes? Porque yo no soy muy grande ahí abajo —remató, ahora con la mirada fija en su entrepierna.

—*Spreekt u Engels?* —le preguntó Shaw.

Ella asintió.

—Hablo inglés. Son treinta euros por veinte minutos, pero puedo pasar una hora por setenta y cinco. Es una oferta especial, sólo para ti —añadió en tono práctico. Le entregó una lista en holandés que estaba traducida en la parte inferior de la página a diez idiomas distintos, incluidos inglés, francés, japonés, chino y árabe. Se titulaba: «Cosas que hago y que no hago».

Shaw le devolvió el papel:

—¿Está tu amigo? —le preguntó—. Llevo mucho tiempo esperando conocerlo. —Desvió la mirada hacia la otra puerta.

Ahora la chica lo miró con diferentes ojos.

—Sí, está aquí.

Se volvió y lo hizo pasar por la puerta en la pared del fondo. Sus nalgas al aire, aunque firmes, retemblaron levemente al adoptar delante de él unos exagerados andares de modelo de pasarela. Shaw no hubiera sabido decir si lo hacía por

costumbre o porque los tacones de aguja eran muy poco estables.

La mujer abrió la puerta y le indicó que pasara. Luego lo dejó delante del viejo sentado a una mesita en la que había servida una comida sencilla: una porción de queso, una ración de bacalao, un puñado de pan y una botella de vino.

El rostro del hombre era un entramado de arrugas, tenía la barba blanca desaliñada y la barriguilla fofa y abultada. Sus ojos asomaban debajo de unos mechones de pelo desapañado y blanco como la nieve al que le hubiera venido de perlas una buena poda. Captó la presencia de Shaw y se quedó mirándolo fijamente.

Indicó la mesa con un gesto.

—¿Tienes hambre? ¿Sed?

Había otra silla pero Shaw prefirió no tomar asiento. De hecho, si hubiera intentado sentarse, tal vez el hombre le habría pegado un tiro, pues en la mano izquierda tenía aferrada una pistola apuntada directamente hacia Shaw y las instrucciones convenidas habían sido explícitas. Uno no se sentaba. Uno no comía ni bebía si quería conservar la vida.

Shaw ya había escudriñado toda la estancia. La única vía de acceso era la puerta que había cruzado para colocarse de manera que pudiera vigilar esa entrada con un ojo y con el otro al hombre, y su arma.

Negó con la cabeza y dijo:

—Gracias, pero ya he comido en De Groene Lanteerne. —Era un establecimiento de comida tradicional holandesa con un comedor que tenía trescientos años de antigüedad y además los representaba.

Una vez cumplido el absurdo trámite de las palabras en clave, el hombre se puso en pie, sacó un papel del bolsillo y se lo entregó.

Shaw echó un vistazo a la dirección y demás información en el papel, lo rompió y lanzó los pedazos al retrete que había contra una pared para luego tirar de la cadena. Como si le hubieran dado una señal, el hombre se puso un sombrero destrozado y se marchó.

Shaw no podía marcharse todavía. Por lo general los encuentros sexuales duraban algo más de dos minutos, incluso en el caso de adolescentes primerizos. Y nunca se sabía quién podía estar vigilando. Bueno, en realidad, él sí lo sabía. Había varios.

Regresó a la habitación principal donde la chica estaba tendida, cual gata, en su catre. La cortina seguía cerrada; el contador seguía en marcha.

—¿Quieres echarme un polvo ahora? —le preguntó la mujer en tono levemente tedioso mientras empezaba a bajarse el tanga—. Ya está pagado —añadió, como si necesitara más incentivos—. Una hora entera. Y estoy dispuesta a saltarme la lista por otros treinta euros.

—*Nee Dank u* —respondió Shaw con una sonrisa amable. Si ibas a rehusar a una señora en cuestiones de sexo, más te valía hacerlo en su propio idioma.

—¿Por qué no? ¿Hay algún problema? —dijo, evidentemente ofendida.

—Estoy casado —se limitó a responder.

—Igual que la mayoría de los que vienen a verme.

—No me cabe duda.

—¿Dónde está la alianza? —preguntó recelosa.

—Nunca la llevo cuando trabajo.

—¿Seguro que no me deseas? —Su tono de incredulidad resultó tan claramente marcado como el gesto de descreimiento que adoptó.

A Shaw le hizo gracia, pero lo disimuló. Debía de ser muy nueva, porque tenía la vanidad casi intacta. Las putas mayores sin duda se hubieran aferrado a la oportunidad de cobrar la faena entera sin tener que darse el revolcón.

—Completamente seguro.

Volvió a subirse el tanga.

—Qué pena.

—Sí, una pena —dijo. En realidad, si las cosas iban de acuerdo con lo planeado, en un par de días estaría en Dublín con la única mujer a la que había querido de veras, que era también la razón por la que tenía que marcharse, ya mismo.

Aun así, como no podía por menos de reconocer el propio Shaw, era una gran incógnita. En su oficio, mañana no era más que otro día en el que morir.

6

Siempre había un maldito tunecino, marroquí o egipcio implicado. Siempre. Eso se dijo Shaw. Un paso en falso con esos caballeros y te arrancaban las gónadas para luego hacértelas comer y aducir que Alá se lo había ordenado, si es que se molestaban en ofrecer alguna explicación. «Nos veremos en el paraíso, infiel. A mis pies por toda la eternidad, sucio cerdo». Se sabía de memoria todas las increpaciones.

Shaw aferró el pesado maletín con la mano derecha y apartó la izquierda del costado mientras el fibroso tunecino, con ojos enrojecidos, el semblante hosco y los dientes al aire, lo cacheaba.

Seis hombres más, aparte de Shaw, estaban en la pequeña habitación de la planta superior. Era un piso típico situado en un canal menor. Por arriba era angosto como un nido de serpiente, con sogas anudadas a guisa de barandilla en las escaleras para que quien subía pudiera encarar el ascenso casi vertical. Se podía perder fácilmente el resuello subiendo meramente de la primera a la segunda planta de una residencia de los canales de Ámsterdam.

La razón era histórica, según había averiguado Shaw. Siglos atrás esas casas fueron las sedes comerciales de mercaderes. Y a la sazón, cuando fueron construidas, los únicos artesanos disponibles eran carpinteros navales. Esos hombres, como es natural, decidieron que lo que era adecuado para un barco era adecuado para una casa, y construyeron las escaleras casi en vertical, como tenían por costumbre hacer en los barcos, donde el espacio era muy limitado. De ahí que la mayoría de esas casas tuviera una viga de acero como la proa de un barco que descollaba de la planta superior. Antaño la utilizaban para levantar artículos a la venta y ahora se usaba para subir los muebles porque no había dios capaz de acarrear escaleras arriba un sofá, por mucho que fuera de un tamaño modesto.

La víspera por la noche, Shaw se había ido del Barrio Rojo, regresado a su hotel e informado en recepción de que se marchaba. El empleado de guardia estaba sin duda en nómina de los que querían mantenerse al tanto de los movimientos de Shaw y con toda seguridad les transmitiría la información. Pondrían a varios hombres a seguirlo en cuanto Shaw abandonase el Intercontinental.

Como no deseaba especialmente compañía adicional, dejó el bolso y la ropa y salió del hotel por el sótano. Por eso se había alojado en el enorme Intercontinental, con sus numerosas salidas; tenía que largarse sin que lo vieran. Sirviéndose de la información memorizada que le había dado el anciano en el cuarto de la prostituta, fue en la parte trasera de una vieja camioneta de granja hasta un punto de destino fuera de la ciudad donde el paisaje era amplio y verde y no había agua en treinta metros a la redonda, nada menos. Hizo unas llamadas telefónicas y la noche siguiente tomó posesión del maletín que el tunecino intentaba febrilmente arrebatarle ahora.

Shaw, mucho más corpulento, tiró de la cartera para arrancársela, lo que hizo que el hombre, de menor tamaño, trastabillara y cayera al suelo de cabeza. El tunecino,

sangrando por la nariz rota, se incorporó con un cuchillo en su mano vigorosa.

Shaw se volvió hacia el líder de la pandilla, un iraní sentado en una silla —su trono en miniatura, según vio Shaw— y le sostuvo la mirada.

—¿Quiere que le enseñe la mercancía? —preguntó Shaw—. Pues dígle a esta hiena que se aparte de mí.

El esbelto persa, ataviado con unos pantalones recién planchados y una holgada camisa blanca de manga larga hizo un gesto con la mano y el cuchillo del tunecino desapareció, aunque no así su mueca amenazadora.

—Anoche se las arregló para dar esquinazo a mis hombres —le dijo a Shaw con acento británico.

—No me gusta la compañía.

Dejó el maletín encima de la mesa, introdujo dos códigos digitales distintos, pasó el pulgar por un escáner y los cierres de titanio se abrieron de golpe. Shaw observó de cerca la reacción del hombre de Teherán ante el regalito que aguardaba en su interior. La expresión del iraní no dejó lugar a duda: la Navidad, irónicamente, había llegado temprano a Holanda para el siervo de Alá del Próximo Oriente.

Shaw anunció:

—Oficialmente, esto es un DDR, un dispositivo de dispersión radiológica, también conocido como bomba atómica de mano o bomba sucia. —Todo eso lo dijo en farsi, lo que hizo que el iraní arqueara una ceja.

Los hombres se reunieron en torno. El iraní tocó con cautela el dispositivo con sus cables, carcasa de metal, tubos de acero inoxidable y múltiples pantallas de lectura de diodos luminosos.

—¿Sucia, hasta qué punto?

—Radiación suficiente para arrasarse una ciudad norteamericana de tamaño medio, como Omaha. ¿Alguna vez ha estado en Omaha?

—¿Cuántas personas?

—Varios cientos de miles.

Los seis musulmanes cruzaron miradas de entusiasmo ante semejante nivel de destrucción. El iraní dijo:

—¿Este aparatito matará cientos de miles de personas? ¿Seguro?

—No. Esa es la población de una ciudad norteamericana de tamaño medio. Esto no es una bomba de las que producen un hongo nuclear. Si es eso lo que desea, puede descargarse los planos de Internet. Pero se verá en la necesidad de obtener los ingredientes indispensables, como uranio altamente enriquecido.

»Esta ricura provocará entre diez y veinte mil muertes en el momento de la detonación y otras cien mil serán víctimas de los efectos de la radiación a largo plazo. Y lo mejor es que la ciudad será totalmente inhabitable durante diez mil años. Así que no vaya a invertir en bienes inmuebles allí donde tenga previsto activarla. —Miró de soslayo al iraní—. ¿Conviene a sus necesidades? —añadió, aunque tuvo la impresión de que su cliente ni siquiera le escuchaba.

El iraní se volvió hacia él tras propinar a la bomba una última palmadita afectuosa:

—¿Y el precio?

Shaw se irguió, destacando por encima de todos los demás:

—El mismo que en el documento con las condiciones que le enviamos.

—Supuse que era su oferta inicial. Ahora quiero negociar.

—Supuso mal. El precio es firme. Si no la quiere, hay muchos otros interesados.

El iraní dio un paso adelante. Sus hombres lo imitaron.

—Negociará.

Shaw dio unas palmaditas al contenido del maletín.

—Esto es una bomba nuclear, no un juego de cuchillos, ni un diamante para la parienta. Esta noche no hay ninguna oferta especial, ni un dos por uno.

—¿Y qué razón hay para que no podamos arrebatársela sin más ni más? ¿A cambio de nada?

El tunecino debía de leer el pensamiento, porque ya había vuelto a sacar el cuchillo y tenía los ojos inyectados en sangre, sin duda espoleado por la perspectiva de clavar la hoja hasta la empuñadura en el fornido cuello de Shaw.

—Y matarlo —concluyó el iraní, sin necesidad de ello, pues Shaw ya había captado el mensaje.

Shaw señaló una hendidura en el costado de la bomba sucia que se parecía a la ranura de inserción de un DVD.

—Eso es la entrada para el paquete de *software* que contiene los códigos de detonación automática y por lo general hace que el artilugio estalle y la radiación empiece a crepitar. Si uno intenta hacerlo sin el *software*, lo único que consigue es freírse su propio culo.

—¿Y dónde está ese paquete?

—En las inmediaciones no, eso ni de coña.

El iraní descargó una palmada sobre el maletín.

—¡Así que esto es inservible!

—Tal como se especificaba con toda claridad en el documento con las condiciones —empezó Shaw con voz hastiada—. Se le entregará el *hardware* tras desembolsar el cincuenta por ciento y el *software* cuando haya ingresado la otra mitad en la cuenta indicada.

—¿Y debo confiar en usted sin más ni más? —preguntó el iraní, insuflando a sus palabras un matiz desagradable.

—Igual que debo confiar yo en usted. Llevamos mucho tiempo dedicándonos a esto y aún no hemos dejado a ningún cliente insatisfecho. Eso ya lo sabe, o no estaría aquí.

El iraní vaciló.

«Venga, gusano. Haz el sacrificio de dar el brazo a torcer delante de tus chicos para llevarte el huevo de oro. Bien sabes que lo deseas. Piensa en cuántos

norteamericanos puedes cargarte con este trasto».

—Primero voy a tener que llamar a una persona.

—Creía que usted tenía autoridad para tomar las decisiones, ¿no? —dijo Shaw en tono de fastidio.

El iraní lanzó nerviosas miradas de soslayo a sus hombres, el bochorno era evidente en sus finos rasgos.

—Una llamada —se apresuró a decir, y sacó el teléfono.

Shaw levantó una mano.

—¡Alto ahí! El que la Interpol irrumpa a saco en nuestra fiestecilla no está entre mis planes de vacaciones.

—No durará el tiempo suficiente para que la localice nadie.

—Ha visto demasiadas películas de Harry *el Sucio*. Eso no es aconsejable en nuestra profesión.

—¿De qué habla? —le espetó el iraní.

—Ya sé que en realidad están en el siglo IX y tal pero tienen que engancharse al siglo XXI si no quieren acabar en el corredor de la muerte. No les hace ninguna falta que el candidato esté hablando dos días en un teléfono de dial giratorio para localizar la llamada. A un satélite le hacen falta exactamente tres segundos para rastrear la huella digital, efectuar una triangulación, aislar los repetidores de señal, establecer una señalización con un margen de error de treinta metros y desplegar el equipo de intervención. —Shaw estaba diciendo chorradas en buena medida, pero sonó bien—. ¿Por qué creen que Bin Laden vive en una cueva y escribe sus órdenes en puto papel higiénico?

El iraní miró el móvil como si acabara de asestarle un picotazo. Shaw introdujo la mano lentamente en el bolsillo, atento al sanguinario tunecino, y sacó su propio móvil para pasárselo al cabecilla terrorista.

—Emisor de interferencias y difusor de señales de vanguardia. Este trasto tiene capacidad de codificación por destellos de fotones, de modo que ni siquiera un ordenador cuántico, en el caso de que alguien lo hubiera inventado, podría descifrar semejante paquete de bites. Así que ya puede marcar, amigo mío. Los minutos corren de mi cuenta.

El tipo hizo la llamada, vuelto hacia la pared de manera que Shaw no lo oyera ni pudiera leerle los labios.

Shaw centró la atención en el tunecino. En un idioma en el que, estaba razonablemente seguro, no hablaban ni ese individuo ni ninguno de los demás, dijo:

—Te gusta pasarte a críos por la piedra, ¿a que sí?

El pasmado tunecino se quedó mirándolo incapaz de entender un dialecto chino de una minúscula provincia al sur del país comunista. Shaw había pasado allí un año de su vida, estuvo a punto de morir en dos ocasiones y sólo se las arregló para escapar con ayuda de un campesino y su antiquísimo Ford, un tipo que no paraba de eructar. Así las cosas, supuso que aprender el idioma podía venirle bien, aunque no se

veía regresando allí, al menos por propia voluntad.

El iraní le devolvió el teléfono a Shaw, que lo cerró y se lo metió en el bolsillo.

—De acuerdo —dijo.

—Me alegra oírlo —respondió Shaw, al tiempo que le aplastaba la nariz al tunecino de un puñetazo. En el mismo movimiento, hizo oscilar con fuerza el maletín alcanzando en toda la sien a otros dos hombres, que se desplomaron muertos o muy cerca de estarlo.

Un instante después la puerta reventó y media docena de figuras con protecciones por todo el cuerpo y pertrechadas de ametralladoras entraron en tropel, gritando a todos que levantaran las manos y dejaran las armas y no necesariamente en ese orden si no querían acabar con otro ojo en medio de la frente.

Entonces el iraní hizo lo inesperado. Se tapó la cara con las manos, atravesó el vidrio de la ventana y se lanzó al vacío.

Shaw se apresuró hasta la ventana convencido de que iba a ver al tipo poner punto final a su vida hecho un manchurrón sanguinolento en la calle a sus pies.

—¡Joder!

El impulso del salto lo había llevado lo bastante lejos como para ir a caer al río.

Shaw vio a dos hombres con trajes a prueba de balas que se quedaron mirándolo, anonadados.

—Que alguien pida una antitetánica. Hace mucho que me puse la última.

Le lanzó el teléfono a uno de los hombres, cogió el cuchillo del tunecino y masculló una maldición. Permaneció un momento encaramado al alféizar, meditando brevemente sobre lo que estaba a punto de hacer, y luego saltó sin otro sostén que el tenue aire holandés.

Si hay unas aguas fuera de la antigua Unión Soviética o tal vez Venecia en las que nadie querría sumergirse, son las del río Amstel. Es un río famoso, aunque no precisamente por su transparencia, su limpieza ni su salubre discurrir.

Shaw cayó al agua, escindiéndola limpiamente en dos. Aun así, el impacto de la caída desde una cuarta planta supuso una sacudida en todos los nervios y huesos de su cuerpo. Se volvió y se propulsó hacia la superficie para luego mirar en torno en busca del hombre. Ni rastro.

Por lo visto, el iraní nadaba muy rápido para alguien oriundo de un país desértico. Shaw también era buen nadador y cuando por fin divisó a su presa, se lanzó a cruzar el estrecho canal con poderosas brazadas, y a punto estuvo de agarrar al otro por el pie cuando salía del agua trepando.

En una serie de patadas, el iraní le propinó un doloroso golpe en la barbilla con el tacón de la bota, lo que no contribuyó a mejorar el estado de ánimo de Shaw.

Los dos hombres se cuadraron cerca de la base del puente de Magere Brug, cuyas animadas luces ofrecían un extraño fondo a un par de furias chispeantes que buscaban aniquilarse mutuamente.

—¡Me has traicionado! —gritó el iraní.

—Ya lo superarás.

El iraní adoptó una sofisticada pose de pelea.

—Me prepararon como muyahidín. Combatí a los demonios en Irak y Afganistán durante años. Ardo en deseos de matarte con mis propias manos. Muerde el polvo, escoria.

Antes de que pudiera pasar al ataque, Shaw sacó el cuchillo y se lo arrojó. Alcanzó al otro hombre en el pie, atravesó piel y hueso y su punta acabó por incrustarse en uno de los tablones de madera del puente en el que estaban.

El iraní gritó de dolor y profirió obscenidades mientras intentaba desensartarse la extremidad.

Shaw aprovechó el momento de distracción para dejar al iraní sin sentido de un golpe, su pie todavía seguía clavado a la madera como una mariposa en un tablero de corcho mientras yacía despatarrado sobre los maderos.

—Hablas más de la cuenta —le dijo Shaw al hombre inconsciente.

Una hora después, Shaw estaba sentado en la parte de atrás de una furgoneta blanca con una manta sobre sus fornidos hombros y tomaba sorbos de una taza de humeante café holandés.

Dos hombres de uniforme, llamativos precisamente porque no tenían una sola característica que los identificase, junto con un tercer individuo con un traje confeccionado, estaban sentados enfrente de él.

—¿Saltando por ventanas? ¿Al río Amstel? ¿A tu edad? —dijo el tipo del traje mientras se rascaba una zona de piel enrojecida en su cabeza calva con forma de

huevo.

—¿Habéis localizado la llamada?

El hombre asintió.

—Ha sido un alarde de ingenio lo de darle tu teléfono. Hemos pillado a Mazloomi y su equipo en Helsinki hace unos diez minutos. Una pandilla de lo más cruenta. Sí, unos tipos chungos de verdad. —El hombre fingió un estremecimiento y luego se echó a reír.

Shaw ni siquiera sonrió.

—Los buenos rara vez intentan cargarse a gente con una bomba nuclear. Para eso tenemos gobiernos.

—¿Estás convencido de ello?

—Sí, y tú también, Frank, si tuvieras huevos para reconocerlo.

Frank miró a los gemelos uniformados e hizo un gesto en dirección a la puerta con la cabeza. Se levantaron de inmediato y salieron. Frank se acercó un poco más a Shaw.

—¿Qué es eso que he oído acerca de que quieres dejarlo?

—¿Cuánto tiempo creías que iba a seguir haciendo esto?

—¿No leíste la letra pequeña? Hasta que mueras. Como ha estado a punto de ocurrir esta noche.

—¿Esta noche? Ni de lejos. Esto ha sido tan peligroso como enfrentarse a una monja armada con una regla.

—Bueno, pues si alguna vez se te ocurre palmarla, que no sea durante mi turno de guardia. No quiero líos.

—Gracias por tu interés.

—Y ahora ¿adónde?

—A Dublín.

—¿Por qué? —preguntó Frank con curiosidad.

—De vacaciones. ¿No crees que me las merezco después de lo de esta noche?

—Ah, puedes ir, pero volverás —dijo Frank con toda seguridad.

Shaw se incorporó, dejó que la manta le cayera de los hombros y le pasó la taza vacía a Frank. La piel le escocía a rabiar y tenía la sensación de que el pelo se le estaba cayendo.

—Sí, en cuanto me envíes una foto tuya nadando en el Amstel. Desnudo, claro.

—Desde luego. ¿Sigues alegrándote de haberte pasado a nuestro bando?

—No tenía muchas opciones, ¿verdad?

—Disfruta en Dublín, Shaw.

—Eso podrás verlo con tus propios ojos, ¿no? Seguro que tus chicos no me pierden la pista.

Frank encendió un puro holandés y ofreció a Shaw una mueca burlona por entre la cortina de humo.

—¿Te parece que eres lo bastante importante como para que te persigamos allí

donde vayas? Dios santo, te crees el ombligo del mundo.

—Ojalá no envejecas nunca, Frank.

El asunto de «Recordad a Konstantin» se había puesto al rojo vivo. Hubo manifestaciones contra los rusos en cincuenta países y Naciones Unidas había pedido formalmente a un furioso presidente Gorshkov que diera una respuesta más rigurosa. Y sin embargo, mentes más sosegadas, o al menos más escépticas, estaban levantando un muro ante esta marejada de sentimientos antirrusos.

Un buen número de líderes políticos, periodistas, comentaristas y diversos miembros de gabinetes de estrategia, escarmentados en el pasado por haberse precipitado a sacar conclusiones, instaron a la precaución y la mesura en la estela del ultraje del «Recordad a Konstantin». Se habían planteado más preguntas acerca de la autenticidad del hombre y el vídeo, sobre todo a raíz de los detallados desmentidos y el inaudito acceso a archivos clasificados que permitió el gobierno ruso a medios de comunicación de otros países. Dos días después de esta medida de cooperación por parte de Moscú, el sentimiento generalizado de que Rusia era el mal encarnado había empezado a menguar un poco. Y líderes del mundo entero comenzaron a respirar con algo más de tranquilidad. Sea como fuere, este reflujo no era sino la calma antes del auténtico estallido.

Dos días después el mundo se llevó otra sacudida colectiva cuando, marchando al paso de la oca digital de servidor en servidor por todo el planeta, llegaron los nombres y las fotografías de miles de rusos supuestamente masacrados por su propio gobierno. Había entre ellos hombres, mujeres, niños; jóvenes, viejos, embarazadas y discapacitados. Y junto con las caras y los nombres figuraban detalles de la vida de cada uno de ellos, así como de sus muertes espantosas y trágicas. Y lo que era más pernicioso, todos esos ficheros poseían indicios de proceder directamente de los archivos clasificados del gobierno ruso.

La línea del asunto de la nueva andanada era sencilla y devastadora: «Recordad no sólo a Konstantin». Poco después todo el mundo, desde supuestos expertos hasta expatriados rusos pasando por gente de los países del antiguo bloque soviético, atacaba a Rusia en televisión, radio e Internet por el evidente retroceso a su papel de amenaza maníaca sedienta de poder.

Era como si la imagen del pobre Konstantin torturado, reforzada por la huella indeleble de miles de «nuevos» muertos, hubiera dado por fin a la gente la valentía para hablar. La nota extraña fue que los mercados globales se vieron inundados de tazas de café, sudaderas con capucha y camisetas que llevaban impresa la imagen angustiada de Konstantin, por lo visto era el nuevo Che Guevara de su generación. Y la década de 1960 había regresado de repente con las imágenes consiguientes de hongos nucleares nítidas en la pesadilla colectiva.

Gente que aseguraba ser pariente o amigo de Konstantin aparecía en programas informativos de todo el mundo, relatando una y otra vez la tragedia de un hombre que no había existido nunca. Sin embargo, soltaban sus historias con entusiasmo, después

de haberse convencido a sí mismos de que era real y lo habían conocido. Y de que era un mártir, famoso y adorado, y ahora también lo eran ellos. Sus conmovedoras intervenciones captaron la atención y se ganaron los corazones de gente del mundo entero.

Y los presentadores de programas de entrevistas y noticiarios planteaban a esas personas infinidad de preguntas penetrantes como: «Todo esto es sobrecogedor, ¿verdad?». O bien: «Si siguiera vivo en estos momentos, ¿qué mensaje cree que el tristemente asesinado Konstantin querría transmitir a nuestros millones de espectadores?».

Un hombre entonó con aire de sabiduría en un canal de la BBC: «En un mundo de poder escaso, agua más escasa aún y nuevos enemigos que afloran a diario, los rusos no se conforman con desempeñar un papel secundario en lugares como China y la India, ni siquiera en Estados Unidos». El individuo pasó luego a decir que los rusos habían probado la democracia y no les había gustado. El oso ruso estaba a punto de imponerse y más le valía al mundo hacer caso y estar preparado.

El mundo había hecho caso porque quien pronunciaba esas palabras era nada menos que Sergei Petrov, antiguo número dos en la entidad que tomó el relevo del KGB, el Servicio de Seguridad Federal. A duras penas había conseguido huir con vida de su tierra natal. Dijo que esperaba que en cualquier momento una bala, una bomba o un café aderezado con polonio 210 acabara con él por su sinceridad. También había recibido una buena suma de dinero por sus comentarios, de manos de una fuente por completo desconocida. La gente seguía intentando desentrañar si todo aquello era o no cierto. Pero no obtendrían ninguna ayuda de Petrov, que no albergaba ni una pizca de amor por su patria.

No obstante, la auténtica pregunta que rondaba a todo el mundo era: ¿Quién está detrás de todo esto y por qué lo están haciendo? Y a pesar de que ocurría en plena era de la información, nadie conseguía dar con una respuesta definitiva por una razón muy sencilla que la mayoría de la gente pasaba por alto: en la era de la información no había miles de lugares en los que esconderse, sino miles de millones.

Las múltiples crisis en Oriente Próximo se olvidaron. Kim, *el Loco de Corea del Norte*, se vio relegado a las páginas interiores. A todos y cada uno de los candidatos a la presidencia de Estados Unidos en las elecciones inminentes se les hizo la misma pregunta: ¿Qué tiene intención de hacer con respecto de un país casi con tantas armas nucleares como Estados Unidos y un pasado rebosante de líderes empeñados en dominar el mundo?

El pueblo norteamericano estaba especialmente furioso. ¿Tanto tiempo, dinero y vidas derrochados en Oriente Próximo mientras los rusos seguían adelante en secreto con sus planes para sojuzgar al mundo libre? Rusia tenía miles de cabezas nucleares plenamente armadas que podía lanzar a cualquier parte de la Tierra, lo que dejaba a Bin Laden y Al Qaeda a la altura de delincuentes de pacotilla. ¿Cómo lo habían pasado por alto todos los cerebros privilegiados? Y cuando el pueblo norteamericano

se enfurecía, hacía que se enteraran quienes estaban en puestos de poder.

El presidente que aspiraba a la reelección vio cómo caía en las encuestas del primero al quinto lugar conforme sus adversarios conseguían presentarlo como un político muy poco firme con Rusia. Todos los periódicos de primer orden llevaban en la portada la foto de Konstantin. En todos los programas de actualidad política, desde *Hardball* a *Face the Nation* pasando por *Meet the Press*, así como todos los blogs, chats y cibercafés no se hablaba de otra cosa que no fuera el resurgimiento de Rusia, la posibilidad de un regreso a la Guerra Fría, incluso la reaparición de un nuevo Telón de Acero que algunas almas tan ingeniosas como insensibles empezaban a llamar «el ataúd de titanio».

Los expertos en política de los programas de entrevistas eran los que más fuerte gritaban desde sus platos iluminados por millones de vatios, afirmando que llevaban desde siempre haciéndose eco del peligro potencial cuando, naturalmente, habían estado centrados cual rayos láser en Oriente Próximo, igual que todo el mundo. Aun así, bramaban colectivamente: «Hablo en nombre del ciudadano de a pie cuando digo que hay que atacar con armas nucleares a los malditos rojos antes de que lo hagan ellos. Es la única solución».

Las principales cadenas de televisión echaron mano de sus enormes archivos de imágenes en blanco y negro con abundante grano de detonaciones de bombas nucleares. Al menos dos generaciones de norteamericanos vieron por primera vez imágenes de cándidos escolares de la década de 1960 acurrucados bajo las mesas como si una planchita de madera laminada y vidrio fino pudiera protegerlos de una explosión termonuclear. Junto con ellas se emitió metraje de los comunistas alardeando de su poder militar en desfiles por delante del Kremlin. Y eso metió un susto de mil demonios a todo el mundo.

Como auguraba un editorial con tanta franqueza como falta de buen gusto: «Si Moscú ataca Nueva York con bombas nucleares, no caerán sólo dos edificios. Caerán todos».

El aparato militar estadounidense, único adversario viable del ejército de Moscú, aparte tal vez de la máquina de tres millones de hombres de China, estaba hecho polvo, sus filas y su moral diezmadas y sus equipos destruidos por la arena iraquí y los mecanismos explosivos improvisados. Aunque era cierto que las fuerzas aéreas y la Marina norteamericanas estaban cuando menos a la altura de cualquier cosa que pudieran apañar apresuradamente los rusos, tanto Estados Unidos como el resto del mundo estaban conteniendo la respiración al unísono. Nadie sabía qué harían a continuación esos tarados de los rusos. Aun así, el planeta entero parecía tener una certeza.

El imperio del mal había regresado.

Nicolás Creel dejó el periódico y el café. En esos momentos volaba a doce mil metros de altura en dirección a un importante acto. Le habían informado de todas las novedades. Las cosas iban por buen camino. En el argot del campo conocido como

manejo de la percepción, el mundo había entrado firmemente en la etapa del «pasma», en la que la mayoría de la gente aceptaba como cierto todo aquello que se le decía. Era mucho más sencillo lograrlo de lo que la mayoría querría o se atrevería a creer. Era fácil manipular a la gente. Algunos llevaban haciéndolo prácticamente desde siempre con resultados que habían llevado al mundo al borde de la destrucción.

Las imágenes digitales que en esos mismos instantes fluían a través de las redes de emisoras globales, los rostros de miles de rusos presuntamente asesinados que miraban suplicantes al resto de la humanidad, formaban parte de una maniobra táctica que al director de percepción de Creel se le había ocurrido bautizar como «Vesubio», en honor al volcán que entró en erupción y destruyó las ciudades romanas de Pompeya y Herculano. Debido a su mera masa abrumadora, hacía que los desmentidos que estaba emitiendo el gobierno ruso parecieran absurdos, aunque eran ciertos. Formaba parte de una «maniobra de manipulación mental», una táctica a la que el hombre de Creel se refería por el nombre de «Triple M», y en este caso había funcionado a la perfección. No sólo hacía que los rusos parecieran embusteros, sino que encima quedaban como embusteros incompetentes.

Creel miró por la ventanilla de su jumbo 767 de fuselaje ancho. Diseñado para dar cabida a más de 250 personas normales, era asombroso cómo lo normal podía tornarse extraordinario reconfigurando el avión para acomodar a veinte individuos privilegiados, agasajándolos con la comodidad de dormitorios individuales con su cuarto de baño, gimnasio, masajista a jornada completa, salón comedor, sala de conferencias e incluso una sala de cine. Y siempre a su disposición tenían a tres azafatas de largas piernas con falda ajustada y el logotipo de Ares en la espalda de la blusa. Aunque Creel no se fijaba en eso. Bueno, tal vez un poquito.

Estaba casado. De hecho, había estado casado cuatro veces hasta la fecha, la última con una tía que había sido «miss Buenorra Mundial» o algo por el estilo; no conseguía recordar su título con exactitud. Era absurdo, claro, y no duraría. Aun así, se divertiría todo lo que pudiera y ella sacaría del divorcio lo bastante para vivir con comodidad. Sus primeras dos esposas habían sido elegantes, listas y testarudas, y lo habían llevado por la calle de la amargura.

Ahora optaba por una ricura a la que llevar del brazo y cambiar por un modelo nuevo de tanto en tanto, con la seguridad de un contrato prenupcial acorazado en el que quedaba seriamente limitado lo que podía llevarse la señora.

Miró por la ventanilla. Allá abajo quedaba China, un país con más potencial y más problemas que cualquier otro territorio del planeta, tal vez. Sí, un lugar complejo, quizás el más complicado de todos. Y qué sitio tan magnífico para empezar una guerra, pensó Creel. Porque de eso se trataba en el fondo. Y sin embargo, era mucho más complicado de lo que podía parecer porque no resultaba tan fácil empezar una guerra.

Nicolás Creel nunca se decantaba por lo fácil. Siempre aspiraba a lo aparentemente imposible.

Katie James lanzó un gruñido cuando la luz del sol inundó el cuarto. Al parecer, las tres veces que habían llamado por teléfono para despertarla no habían dado resultado, a pesar de que las había solicitado específicamente, convencida en su ingenuidad de que tal vez una de ellas lograría abrirse paso por entre la niebla de su cerebro. Estaba agotada por efecto del viaje, los cambios de zona horaria y la falta de sueño, y de todas maneras, ¿quién iba a querer levantarse de una cama tan cómoda para asistir a un funeral? Atontada, se incorporó por fin, tirando de la sábana para cubrirse hasta el cuello. Tosió, se frotó la garganta y echó un vistazo al reloj.

¡Joder! Sí que era tarde. «Que nadie mueva el cadáver, allá voy».

Se levantó de un brinco, irrumpió desnuda en el cuarto de baño y en el transcurso de diez borrosos minutos estaba duchada, vestida y a punto de cerrar la puerta de la habitación a su espalda, con el pelo húmedo y todo. La vida de la periodista trotamundos la había preparado al menos para conducirse aprisa cuando no le quedaba otro remedio. Muy bien, iba a asistir a un funeral. Lo que le apetecía en realidad era un mojito. De hecho, quería unos tres, sólo para empezar. Luego se pasaría al *bourbon*. Después a los martinis seguidos de más de un *gin-tonic*. No hacía discriminaciones. Se pirraba por todo.

La cosa había empezado con más horas de la cuenta en el bar para intentar seguirles el ritmo a los chicos que cubrían la siguiente noticia bomba en el extranjero. Sin embargo, fue al ganar su segundo Pulitzer, tras estar a punto de morir en el intento, cuando la prisa se le fue de las manos. Katie tenía muy buenas razones para beber después de su experiencia de estar al borde de la muerte, pero esas razones se las guardaba estrictamente para sí misma.

La prisa no le había supuesto ningún problema en su carrera hasta que su editor empezó a reparar en su lengua pastosa y los ojos enrojecidos a media tarde; y sus olvidos ocasionales de lugares adonde ir, artículos por escribir, culos que besar. Éste, a su vez, informó al director editorial, y la escabrosa verdad fue ascendiendo por la cadena de mando. Todos ellos también eran borrachuzos, artífices del logro de transferir con éxito el almuerzo líquido al siglo XXI, y sin embargo, la habían machacado hasta que por fin fue destinada a escribir sobre muertos.

Así que allí estaba, cubriendo un funeral de Estado de un querido líder escocés que había vivido hasta los ciento cuatro años o alguna edad ridícula por el estilo. Ver a un hombre arrugado con cara de perro shar pei, vestido con el atuendo tradicional escocés de la cabeza a los pies y tumbado al fondo de un ataúd gigantesco como una muñeca en miniatura dentro de un inmenso cofre de juguetes hizo que le entrasen ganas de reír, no de llorar.

Sí, Katie James trabajaba a jornada completa en la página de necrológicas. Había sido la comidilla de los círculos periodísticos neoyorquinos durante unas semanas y

luego a todo el mundo dejó de importarle.

A todo el mundo menos a Katie.

Había probado suerte con Alcohólicos Anónimos, sólo porque su editor se lo exigió como condición para conservar el empleo. A todas luces había olvidado los dos Pulitzer que granjeara al periódico y la herida en su brazo izquierdo que nunca había cicatrizado del todo. Así como los intensos artículos que había escrito, sondeándolos a lo largo de los años en los rincones de la Tierra más caóticos y violentamente peligrosos. Todo ello lo había logrado a un enorme precio personal, lo que significaba, concretamente, que no tenía vida al margen de la escritura. Había estado en ochenta y cuatro países y accedido exactamente a una cita a ciegas, con un paquistaní que le dijo que le recordaba a su vaca preferida. Qué encanto. Se preguntaba si habría llegado a curársele la nariz tras el puñetazo que le metió.

Luego, a tres años de cumplir la imponente edad de cuarenta, se había despertado en una habitación que no le sonaba con un hombre al que no conocía, en un país al que no sabía cómo había llegado, cubierta con lo que parecía ser su propio vómito. Eso la llevó de vuelta a Alcohólicos Anónimos, donde se puso en pie y anunció ante una sala llena de desconocidos que era una tarada, un desastre absoluto, aunque tenía esperanzas de mejorar. Había tomado su última copa seis meses atrás. Aun así, cada mañana, cada tarde y cada noche el monstruo seguía allí, instándola a romper su promesa, a tomar ese sorbito. Y allí estaba, en Escocia, cuna del mejor *whisky* del mundo, o al menos donde más variedades había. Le temblaban los labios y se le ponía tensa la garganta con sólo pensarlo.

Hasta que llegó al funeral no descubrió que por error se había vestido de blanco, tras sacar frenéticamente las primeras prendas que encontró en el armario del hotel. Tenía todo el aspecto de un lirio en un lúgubre mar negro. Katie era alta y esbelta, con el pelo rubio hasta los hombros, todavía húmedo incluso después de haber ido asomada por la ventanilla durante el trayecto en taxi. Más de una vez la habían confundido con Tea Leoni. Es posible que hubiera un tiempo en que a Tea Leoni la hubieran tomado por ella, sobre todo después del segundo Pulitzer, cuando su fotografía circuló por todo el mundo, porque había estado a escasos segundos y centímetros de perder la vida para conseguir el maldito reportaje.

Aunque un hombre mayor había sugerido que en realidad era el vivo retrato de Shirley Easton, la chica de *Goldfinger*, la película de Bond. El tipo en cuestión le dio a entender que no le habría importado verla sin otra cosa encima que un poco de pintura esmaltada de color dorado, al tiempo que la mano se le iba deslizando hacia su trasero y se lo apretaba levemente. Katie también se había lastimado la muñeca contra su nariz.

Hollywood, como es natural, había querido convertir en película la conmovedora aventura que culminó al serle concedido el premio periodístico máspreciado, e incluso se había llegado a sugerir a Leoni como posible protagonista. Katie, no obstante, rechazó todas las ofertas. No fue por vanidad, ni por defender su intimidad.

Fue por vergüenza. Porque se sentía culpable.

Había habido otra persona implicada, otra persona que perdió la vida mientras ella se hacía acreedora de su efímera fama. Un niño. Un pequeño. Y en cierta manera había sido culpa de Katie. No, tal vez había sido en buena medida culpa suya. Nadie conocía esa parte de la historia. Nadie salvo Katie. A partir de entonces el único consuelo que era capaz de hallar en cualquier parte lo alcanzaba mirando una copa llena para luego metérsela entre pecho y espalda, permitiendo que la quemara por dentro, dejándole cicatrices en el alma conforme descendía, un *whisky* tras otro.

El nombre del niño era Benham. En afgano la palabra significa «valor, honor». Y él poseía ambos, según había averiguado Katie. Pelo negro rizado, una sonrisa capaz de fundir el corazón más despiadado, rebosante de vida hasta el momento en que le fue arrebatada violentamente.

Culpa suya. Había muerto. Ella había seguido con vida. Pero no había salido indemne del todo. Parte de Katie murió junto con el pequeño. Al recibir el segundo Pulitzer sus emociones habían sido tales que ningún poeta, por muchas dotes que tuviera, podría haber aspirado a captarlas con meras palabras. Era su noche; todo el mundo le estaba diciendo lo valiente y maravillosa que era, el gran talento que poseía. Su brazo herido envuelto en gruesos vendajes y en cabestrillo, los daños internos más graves que había causado la bala ocultos en su mayor parte en el interior de su cuerpo demacrado y debilitado, no habían hecho sino poner de manifiesto de una manera dramáticamente visual su inequívoco derecho natural al premio. Sí, una ganadora digna donde las hubiera. Había sonreído, los había abrazado a todos con su lado bueno y en términos generales había mantenido el halo de una persona perfectamente a gusto consigo misma y con su posición eminente en la vida.

Esa noche volvió sola a su apartamento de Nueva York y a la mañana siguiente despertó en ropa interior en el suelo de la sala de estar, con una botella vacía de Jack Daniel's sobre el vientre, aborrecida de sí misma. Sí, perfectamente a gusto. De no ser porque tenía el alma desgajada en dos, estaba de maravilla.

Katie permaneció atenta durante el funeral, tomó abundantes notas que de alguna manera insertaría en un artículo que la gente leería y olvidaría al minuto siguiente. Cuando se alejaba de la ubicación de la tumba cruzó algún comentario amable con gente a la que no conocía. Su notoriedad había sufrido tal naufragio que allí no la reconoció nadie aparte del vejete del *Times*, que le ofreció una sonrisa condescendiente. Tenía ochenta y cuatro años. A él sí que le pegaba estar cubriendo la sección de necrológicas; era una manera estupenda de seguirles la pista a sus contemporáneos. Sin embargo, también resultaba evidente que estaba allí porque quería. Katie estaba allí porque no tenía otro sitio adonde ir.

De regreso en el hotel escribió su artículo en el ordenador. La biografía oficial del escocés fallecido había quedado archivada mucho tiempo atrás, igual que la de todo aquel que tuviera un vínculo con su fama, por remoto que fuera. El texto era únicamente para aportar un poco de ambiente, su opinión sobre las exequias. No obstante, había un número reducido de maneras de describir los ritos funerarios de alguien. La gente está triste; la gente llora. La gente vuelve a casa y sigue adelante con su vida; el fallecido, forzosamente, queda atrás.

Andrew MacDougal había tenido una larga carrera en la política europea pero llevaba «jubilado» más de treinta años y por tanto había dejado de ser objeto del interés público. El artículo entero contendría menos de quinientas palabras y sólo alcanzaría esa extensión porque el director del periódico de Katie era escocés. Si la necrológica iba acompañada de una fotografía, sin duda mostraría al fallecido en todo el esplendor de su falda escocesa.

Meneó la cabeza sólo de pensarlo. Un vuelo de casi siete horas a Londres y otro andrajoso vuelo de conexión hasta Glasgow, con el mismo trayecto de regreso. Todo ello por un hombre que había puesto punto final a su carrera política cuando Katie era aún niña. Y mientras tanto la noticia del milenio estaba desarrollándose delante de sus ojos.

Katie, naturalmente, había estado siguiendo con atención el asunto de Konstantin y todo lo demás. Incluso había enviado correos redactados con suma precisión a su editor sugiriéndole que quizá, ya que había viajado hasta allí, una escapada a Moscú podía valer la pena. Interpretó como mala señal el que no se molestara siquiera en responder.

«Escribo sobre muertos mientras el reportaje que podría resucitar mi carrera sigue adelante. Qué suerte la mía».

Tras enviar por correo electrónico su obra maestra en el género de las necrológicas, Katie tenía el resto del día libre. Qué demonios, incluso podía prolongar su estancia. Tampoco es que tuviera nada a lo que regresar. Podía aventurarse hasta la añeja ciudad de Edimburgo, apenas un trecho hacia el este. Glasgow era la ciudad más grande de Escocia y no constituía un entorno precisamente acogedor para una

alcohólica en proceso de recuperación, ya que estaba llena de tentadores *pubs* y clubes. Por comparación, Edimburgo, la capital, resultaba un poco más formal. Y quién sabía, tal vez algún otro escocés centenario digno de la página de obituarios cayera muerto mientras estaba ella allí. Podría despachar en un mismo pergamino a dos escoceses postrados. Si tenía suerte, hasta podía corresponderle una bonificación.

Katie tomó un amplio desvío con respecto al bar del hotel y salió a la calle.

En realidad nunca había pasado mucho tiempo en Escocia. Era en Irlanda donde estaban todas las noticias, al menos cuando el IRA seguía en activo. Muy al principio de su carrera se había visto atrapada en medio de un tiroteo en Belfast que se prolongó durante medio día. Telefoneó con el reportaje mientras permanecía agazapada tras un Fiat oxidado y esquivaba los proyectiles. Una vez concluida la escaramuza, se había ido de bares, y luego se había dado un baño, de regreso en el hotel. Fue entonces cuando encontró la bala aplastada entre su cabello. Debía de haber rebotado en algo. Había guardado el proyectil todos esos años; era su amuleto de la suerte. Sí, lo conservaba, lo llevaba al cuello, de hecho, a pesar de que a todas luces había dejado de funcionar mucho, muchísimo tiempo atrás.

Katie se pasó por un café para comer. Cuando llegaron el té Earl Grey y los bollos de arándanos, apenas los tocó. Pagó la cuenta y se fue, su expresión desinteresada a la zaga de alguna manera, como si su hastío tuviera la capacidad de crear una masa sólida a partir de las penosas circunstancias de su vida.

No le hacía ninguna gracia estar deprimida, a una sola borrachera de volver a destrozar su vida, quizá de una vez por todas. Era consciente de que debía tomar las medidas necesarias para imprimir un giro en su existencia, y no se reducían únicamente a dejar de darle a la botella. El alcohol bien podía destrozarla, desde luego. No obstante, Katie sabía que los auténticos demonios estaban en su interior, buena parte de los mismos derivados de la muerte de un niño inocente. Era un secreto, culpable de proporciones devastadoras.

Y todos y cada uno de los minutos de su vida notaba a esos demonios intentando apoderarse de ella. Enfiló la calle abarrotada de Glasgow sintiéndose más sola que nunca.

Dublín era una de las ciudades preferidas de Shaw. Con un *pub* y una librería prácticamente en cada esquina, ¿cómo no adorarla? La mitad de la población tenía menos de treinta años y el segundo idioma más hablado era el chino mandarín; moradores de bares jóvenes, cultos y diversos que a menudo arreglaban sus diferencias con elocuente labia irlandesa, rápidos puños irlandeses, o a veces las dos cosas.

Shaw se había visto implicado en dos peleas en *pubs* irlandeses, de las que había salido victorioso por K.O. al primer puñetazo. Podría haberse contenido y haberlos hecho sufrir, pero para él el combate se ceñía siempre a una regla: cuando a uno se le presentaba la oportunidad de dar el primer golpe, había que poner toda la carne en el asador y dejar que el otro sudara para llevarse los encomios.

Al recuperar el sentido sus oponentes, le habían preguntado al vencedor su nombre. «Shaw». «¿Escocés?». «No». Lo cierto era que Shaw no conocía sus orígenes. Para él un pasado era a menudo tan bueno como cualquier otro, cuando resultaba necesario que lo fuese.

«Bueno, maldita sea, eso lo explica», le había dicho uno en su marcado acento regional, con vocales tenues y truncadas y consonantes duras como piedras mientras se frotaba la mandíbula golpeada. «¡Eres un maldito irlandés!».

Tras dejar el equipaje de cualquier manera en la habitación del hotel y cambiarse de ropa, Shaw se fue a correr por las 709 hectáreas del Phoenix Park, un paraíso de verdor más del doble de grande que Central Park. Durante la carrera pasó por delante de los domicilios del embajador de Estados Unidos y del presidente irlandés y pasó por alto saludarlos, aunque en más de una ocasión había trabajado para ambos como colaborador por cuenta propia. Cubrió doce kilómetros y medio en media hora. No era su récord personal, pero sí un buen ritmo. Podía correr más aprisa y era consciente de que llegaría el momento en que tendría que hacerlo.

Regresó a su hotel, se duchó dos veces, se puso loción y se pasó unas cuantas veces el desodorante y aun así hubiera jurado que todavía alcanzaba a oler la peste del Amstel brotando de todos y cada uno de sus poros. Echó un vistazo al reloj. Aún tenía un rato libre, así que dio un paseo que lo llevó hasta el punto en el Liffey donde, en una fecha tan reciente como 1916, los británicos habían enviado un cañonero río arriba para que lanzase proyectiles sobre Dublín propiamente dicho, para sofocar el «Alzamiento». No era de extrañar, pensó Shaw, que los irlandeses se mostraran un tanto quisquillosos con respecto de sus vecinos del este.

Guerras. Eran lo más sencillo de empezar y lo más difícil de acabar. Desgraciadamente, Shaw lo sabía por experiencia.

Volvió a mirar el reloj de pulsera. Era hora de ir a ver a Anna.

Anna Fischer. Nacida en Stuttgart y educada en universidades de Inglaterra y Francia, ahora vivía en Londres, salvo cuando tenía que dar alguna conferencia, razón

que la había llevado a Dublín. De ahí que Shaw estuviera también en la ciudad. Anna y él acostumbraban coincidir por el mundo, y sin embargo, esta vez era distinto. Y Shaw, que no padecía de los nervios precisamente, notó de pronto cómo se le aceleraba el corazón y la respiración se le tornaba más superficial. Sin duda había llegado la hora.

El paseo hasta Trinity College sólo le llevó unos diez minutos a Shaw con sus largas zancadas y la ilusión contenida. Con la conferencia a punto de terminar, esperó a su chica enfrente de una de las entradas laterales de la universidad, cerca de la librería Maggie's, una de las preferidas tanto de ella como de él. Pasó unos minutos charlando con la mujer que dirigía el establecimiento.

En una de las estanterías encontró un ejemplar de un libro que había escrito Anna sobre los orígenes de los gobiernos fascistas titulado *Análisis histórico de los estados policiales*. Al amor de su vida le encantaba divertirse en muchos sentidos, era sensible y romántica, pero poseía un coeficiente intelectual muy por encima del nivel de genio y los asuntos que dominaban su vida profesional eran sumamente serios, desde luego. Cerebro y belleza, ¿acaso existía combinación más poderosa para robarle a alguien el corazón?

Cuando salió Anna, su abrazo se prolongó. Ella llevó sus largos dedos directamente hacia los riñones de Shaw, amasándole la espalda conforme subían columna arriba. Ella siempre era capaz de percibir su dolor, y eso que era un hombre al que se le daba de maravilla ocultar esas cosas.

—¿Estás tenso? —le preguntó, con un acento más genuinamente británico que alemán.

Anna Fischer hablaba quince idiomas la última vez que la vio y todos ellos como si fuera nativa. Tras seis años en Oxford escribiendo brillantes ensayos y trabajos de investigación, se había sumado a Naciones Unidas como intérprete. Tras aquel trabajo, aceptó un puesto en un gabinete de estrategia y se dedicaba a analizar tácticas internacionales y asuntos globales de insondable complejidad para los que no había respuesta fácil a la vista. Era desde luego mucho más inteligente que Shaw, pero nunca se lo hacía notar.

—Un poco.

—¿Ha sido duro el vuelo desde Holanda?

—El viaje ha sido estupendo. No es más que una vieja lesión que me hice jugando al *rugby*. —En realidad se debía a la caída en picado a ese pozo negro que era el Amstel, pero a ella no le hacía ninguna falta saberlo.

—Los chicos y sus juegos —comentó en tono de falsa reprimenda—. ¿Así te has hecho eso? —Señaló la magulladura que tenía en la cara, cortesía del iraní que no volvería a pasear en libertad.

—El equipaje ha salido del compartimiento superior del avión más aprisa de lo que esperaba. No está tan mal como parece.

Cuando por fin se desligaron el uno del otro, Anna levantó la mirada hacia Shaw, aunque con su casi metro ochenta de altura y unos tacones de cinco centímetros, él no tuvo que inclinar mucho el cuello. Aun así, Shaw se alegró de poseer una estatura tan imponente.

—¿Qué tal la conferencia? —le preguntó.

—Había bastante público. Sea como fuere, por mor de revelar todos los datos he de añadir que el elevado número de asistentes se debía en buena medida al *catering* a cargo del mejor restaurante indio de la ciudad, y a la barra libre. Me ha desilusionado que te la perdieras. Al menos podría haberte imaginado en paños menores.

—¿Para qué imaginarlo cuando lo puedes ver con tus propios ojos?

Anna lo besó y entrelazó sus largos dedos con los de él, más gruesos.

Shaw le tendió el libro que acababa de comprar.

—¿Has pagado por él? Te podría haber dado un ejemplar gratis. Me enviaron todos los que no se habían vendido. Eran tantos que los usé como mobiliario en mi despacho.

—Bueno, los derechos de éste van a ir a tu bolsillo. ¿Me lo firmas?

Ella sacó la pluma y escribió algo en el libro. Cuando Shaw hizo ademán de ir a leerlo, le dijo:

—Léelo más tarde. Después de Dublín.

—Gracias.

—¿Estás interesado en los estados policiales? —le preguntó ella.

—Teniendo en cuenta lo mucho que me muevo, por lo general me encuentro en alguno de ellos al menos una vez al mes.

Literalmente se había topado con ella en una calle secundaria de Berlín tres años antes. Estaba siendo atracada por dos hombres y él acababa de terminar una misión en solitario no muy diferente de la de Ámsterdam y no estaba de buen humor precisamente. Al verlo, los matones cometieron el gran error de pensar que robarían a dos pájaros de un tiro.

La policía apareció minutos después de que Shaw los hubiera llamado tras golpear a los dos tipos hasta hacerles perder el conocimiento. A uno le había dado tan fuerte que a punto estuvo de romperse la mano contra su cráneo.

Había acompañado a Anna de regreso al hotel después de que ella se negara a ir a un hospital. Le sostuvo un paquete de hielo contra la cara durante una hora y luego se echó a dormir en el suelo de la habitación de su hotel porque ella seguía conmocionada por el ataque.

Shaw no había tenido nunca una relación seria con una mujer, tal vez como consecuencia de su relación con su madre, o más bien de la absoluta falta de relación con ella.

Era lo que tenía el abandono.

Aun así, desde el momento en que vio a Anna Fischer, aunque estaba magullada y ensangrentada, a la escasa luz de aquella calle en la capital alemana, Shaw supo que su corazón ya no era exclusivamente suyo.

Ahora habían pasado casi tres años y los sentimientos de Anna por él eran claramente más profundos. Shaw sabía que lo amaba. Sin embargo, la notaba cada vez más perpleja ante su incapacidad de compromiso.

Bueno, eso estaba a punto de tocar a su fin. Shaw no estaba todavía libre de Frank pero ya no podía esperar más. Haría funcionar lo suyo, de alguna manera.

—Estás pensativo —le dijo mientras comían. A los treinta y ocho años, seguía llevando el pelo largo, seductoramente ondeado sobre sus esculpido huesos germánicos.

—No, sólo hambriento. En el caso de los hombres es la misma expresión. Supongo que aquí no calientan los alimentos al baño maría. —Era una comida de clase obrera: lonchas de beicon, patatas, cebolla y salchichas con pimienta más que abundante.

—Aquí no, pero podemos ir a otra parte.

—No te preocupes. La comida ha mejorado en Dublín con el paso de los años.

—Sí, aunque sigo sin entender por qué el estofado irlandés no lleva zanahorias.

—Anna sonrió con picardía por encima de la copa de vino—. Hasta los británicos le echan zanahoria al estofado.

—Precisamente por eso no se la echan los irlandeses.

Más tarde, mientras terminaban de comer, ella le preguntó:

—Bueno, ¿qué estabas haciendo en Ámsterdam esta vez?

—Lo menos posible.

—¿Ha aflojado el ritmo de tu trabajo de asesor?

—Venga. Quiero llevarte a un sitio.

Shaw alcanzó a notar la tensión en su voz y percibió que Anna también la notaba.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Te estás comportando en plan misterioso.

Shaw se pasó la lengua por los labios secos e intentó sonreír.

—Creía que era una de las cosas que te gustaban de mí. El misterio, ¿no?

No creyó sus propias palabras y quedó claro que ella tampoco. Se levantó. Le temblaron las piernas un poco y se maldijo para su colete.

«Salté al maldito Amstel desde una altura de diez metros y molí a golpes a una pandilla de terroristas nucleares pirados casi solo. Cualquiera diría que sería capaz de pasar por esto sin comportarme como un adolescente enfermo de amor».

Una hora después entraron en un pequeño *pub* al norte del Liffey, que era decididamente la mitad más pobre y con menos encanto que el de Dublín. A Shaw, no obstante, le gustaba, igual que a Anna.

Tal como comentó ella en cierta ocasión: «¿Cómo es posible no adorar todas y cada una de las moléculas de una ciudad que dio a luz a Swift, Stoker, G. B. Shaw, Yeats, Wilde, Beckett y Heaney? Y al maestro, Joyce».

Sólo por ver su reacción, él había contestado: «A mí me va más Roddy Doyle».

«Y a mí me va más Maeve Binchy», replicó ella de inmediato.

Shaw pidió por los dos, cosa poco habitual. Cuando llegó lo que había pedido, ella preguntó:

—¿Qué es eso?

—*Barm brack*. Una especie de pastel de frutas.

—¡Pastel de frutas! ¿No lo utilizan como cuña para las puertas y para envenenar a la gente?

Shaw le cortó una porción.

—Tú pruébalo. Eres una chica intrépida.

Anna apuñaló el pastel con el tenedor, que emitió un sonido metálico. Sus ojos fueron abriéndose conforme hurgaba en el *barm* hasta que sus dedos dieron con el motivo del tintineo.

Shaw dijo:

—Cuenta la leyenda que si encuentras el anillo en el *barm brack*, estás destinada a casarte.

Ahora no había vuelta atrás, bien lo sabía. Los momentos siguientes decidirían su vida entera, y el sudor empezó a empaparle la camisa. Respiró hondo, se levantó de la silla e hincó una rodilla en el viejo suelo de tablones desbastado a lo largo de siglos bajo los pies de borrachos y al menos de un hombre al declararse. Con la mano trémula de Anna en la suya, más firme, le puso el anillo en el dedo y dijo:

—Anna, ¿quieres casarte conmigo?

El repiqueteo de la lluvia lo despertó. Cuando intentaba volver a conciliar el sueño, la vibración junto a su cabeza le hizo proferir un pequeño gruñido. Shaw cogió de un zarpazo el dispositivo y leyó el mensaje que le acababan de enviar.

Frank.

A su lado en la cama estaba Anna. Habían consumado como era debido su compromiso y luego se habían tomado una botella de Dom Perignon, con las copas en precario equilibrio sobre sus vientres planos.

Ella siguió durmiendo profundamente mientras Shaw se levantaba, iba a la habitación anexa y marcaba un número con la seguridad de que contestarían de inmediato.

—¿Ya has terminado lo que tenías que hacer en Dublín? —dijo Frank en tono risueño.

Shaw imaginó al hombre repantigado en un sillón en alguna parte, probablemente a varias zonas horarias de distancia, con la mueca de presuntuoso de mierda que se reservan los amos para las conversaciones con sus sirvientes.

—¿Qué, no te dan parte tus hombres con regularidad? Aunque tampoco es que sea necesario. —Cuando lo dijo se miró el costado derecho, donde tenía la vieja cicatriz—. Y, por cierto, aquí son las tres de la madrugada. ¿Se te ha pasado siquiera por tu cabeza de chorlito?

—Nuestro negocio funciona las veinticuatro horas del día, Shaw. Ya conoces las reglas.

—Tus reglas.

Descorrió las cortinas de un tirón y se quedó mirando un sombrío telón de lluvia que empapaba toda la zona.

—Te necesitamos, Shaw.

—Nada de eso. E incluso la gente como yo necesita un poco de descanso.

—Noto por tu tono enfurruñado que no estás solo.

Shaw, naturalmente, estaba al tanto de que Frank sabía con exactitud dónde y con quién se encontraba. Sin embargo, el tono del otro lo llevó a apartar la mirada de la ventana y regresar a toda prisa al dormitorio para ver si Anna se encontraba bien. Seguía durmiendo a pierna suelta, dichosamente ajena a que él estuviera discutiendo en esos instantes con un psicópata profesional.

Una de las largas y elegantemente torneadas piernas de la mujer yacía encima de la sábana. Shaw sintió deseos de despertarla y hacerle otra vez el amor. Pero tenía a Frank al teléfono, claro. Regresó a la habitación de al lado y echó un vistazo por la ventana, escudriñando todas y cada una de las grietas de las calles y callejuelas a sus pies en busca de los muchachos de Frank. Estaban allí abajo. Siempre estaban allí abajo.

—Shaw, ¿aún respiras?

—Ya te dije adónde iba. Así que ¿para qué me tienes vigilado?

—Tú te lo has buscado, con tanto disparate acerca de retirarte.

—No eran disparates. Estoy harto, Frank. El último trabajo fue el último.

Shaw se imaginó a Frank meneando la cabeza de lado a lado, con la muesca en la nuca, donde había recibido a corta distancia el disparo de una Sig Sauer de nueve milímetros con cachas hechas de encargo.

Shaw estaba al tanto de esos detalles íntimos porque fue él quien disparó contra Frank.

—Tenemos mucho trabajo. El mundo es un sitio muy peligroso.

—Sí, por causa de gente como tú.

—La nuestra es una causa noble, Shaw. Es cuestión de honor.

—Guárdate la chachara para los novatos.

Shaw oyó el chirrido del sillón al erguirse Frank. «Muy bien, allá va».

La voz de Frank sonó tensa y dura como el cemento.

—¿Y adónde piensas retirarte exactamente, gilipollas? ¿A un centro de máxima seguridad?

—Nuestro trato era por cinco años, Frank. He aguantado casi seis.

—Estuviste a punto de matarme.

—Me apuntabas con un arma. Y no me enseñaste la placa. Creía que eras otro matón que quería pegarme un tiro por la espalda.

—¿Así que, según tú, si te hubiera enseñado la placa no me habrías pegado un tiro en la jodida cabeza?

—No, pero te llevé al hospital más cercano, ¿verdad? De otro modo, te habrías desangrado hasta morir.

—¡Hospital! —bramó Frank—. Me dejaste sujetándome algo así como la mitad del cerebro en el aparcamiento de una carnicería humana en medio de Estambul.

—¿Seguro que fue sólo la mitad?

—Mira...

Pero Shaw lo interrumpió.

—Disparé contra ti en defensa propia, pero cuando tus muchachos se presentaron en Grecia un mes después quedó claro que no lo veían de esa manera. Así que hicimos un trato y yo lo he mantenido. No hay nada más que hablar.

Tenían un trato, bien lo sabía Shaw. A cambio de no pasar el resto de su vida en trabajos forzados en algún infierno en Liberia, cosa que habría dispuesto Frank con sumo placer en cuanto se hubiera recobrado de las secuelas del orificio de gran calibre en la cabeza, Shaw había pasado casi seis años corriendo por el mundo dispuesto a arriesgar la vida a fin de que, según las pintorescas palabras de Frank, otros pudieran vivir a salvo y en paz. Bueno, Shaw deseaba un poco de paz y tranquilidad en su vida y lo quería ahora mismo. Con Anna.

No obstante, los acuerdos con hombres como Frank eran similares a estar colgado del puente Golden Gate por los meñiques mientras la bahía se veía azotada por

fuertes vientos. Y Shaw no podía precisamente coger al primer abogado que pasara por la calle y litigar en los tribunales para conseguir su libertad contractual. Por eso había accedido a pasar un año extra corriendo el riesgo de que estuvieran a punto de acribillarlo, acuchillarlo, envenenarlo e incluso volarlo en pedazos. Cuando había dado a entender que enfrentarse al pelotón nuclear islámico en Ámsterdam era pan comido, lo decía en serio.

—Pero por tus «aptitudes» especiales no te habría ofrecido nada que no fuera una celda.

Eso pilló de nuevas a Shaw.

—¿Así que fuiste tú? ¿Por qué tú?

—Después de que me hubieran vuelto a remeter el cerebro en la cabeza, comprendí que cualquiera que fuese capaz de dejarme fuera de combate era alguien que necesitábamos en nuestro bando.

—Entonces deberías entender que he cumplido con mi deber.

Frank dijo lentamente:

—No lo sé. Tengo que hablar con los míos al respecto. Igual yo podría acceder a dejarte marchar, pero no creo que ellos se queden tan contentos.

Shaw nunca había sido capaz de sortear a Frank de ninguna de las maneras. El fornido calvo había aguantado el tipo como un muro de piedra.

«Debería haberle pegado un tiro entre los ojos».

—¡Me trae sin cuidado que estén contentos! Tú límitate a decirles lo que te he dicho.

—Mientras tanto, necesito que vayas a Edimburgo y luego a Alemania, a Heidelberg. Si no pasas por eso, ya puedes despedirte de que hable con nadie que no sea tu nuevo alcaide.

Shaw permaneció en silencio unos momentos mientras intentaba mantener bajo control su ira.

—Es la última vez, Frank. ¡Ya está bien! Puedes decirles a los tuyos lo que te dé la gana, ¿entendido?

—Las instrucciones te llegarán por la vía habitual. Dos días. Disfruta de Dublín. Y de tu amiga.

—Más vale que no vayas por ahí.

—Sólo era una observación. —Se cortó la línea.

—Te odio a muerte, Frank —susurró Shaw al aire vacío.

Shaw entró con sigilo en el pequeño cuarto de baño. La mayoría de los cuartos de baño europeos eran pequeños; por lo visto a esas gentes les hacía falta menos espacio para hacer sus necesidades y bañarse que al resto del mundo. Se echó agua a la cara, levantó la mirada y se vio reflejado en el espejo.

De rasgos duros, así lo describiría la mayoría de la gente. Incluso Anna había dicho de él que era toscamente atractivo. Los huesos y la piel seguían en bastante buen estado. Los ojos, no obstante, habían sido siempre su elemento más característico. No sólo eran del azul más claro posible en unos ojos sin recurrir a artificios, sino que no se correspondían con el resto de su pigmentación. Tenía la piel morena, de aspecto mucho más italiano o incluso griego que irlandés o escocés, y el pelo oscuro y ondulado, a menudo con voluntad propia. Atractivamente despeinado, había sido la descripción de Anna en cierta ocasión. Sin embargo, cuando Shaw se miraba al espejo lo único que veía era un hombre angustiado con cicatrices demasiado hondas para ser sobrellevadas.

Como si ella hubiera percibido su presencia en los pensamientos de Shaw, apareció a su espalda y le rodeó con sus largos brazos los hombros desnudos y musculosos.

Anna llevaba puesta su camiseta. Sobre el cuerpo de Shaw, la anchura y la definición de sus deltoides hacían que la camiseta quedara ceñida. A Anna, a pesar de lo alta que era, le sentaba más bien como un vestido.

—¿Te cuesta dormir? —le preguntó ella.

—Llueve. No me gusta la lluvia por la noche.

—Me ha parecido oír que hablabas con alguien.

Shaw la contempló sobre la superficie del espejo mientras sus dedos reseguían juguetones una cicatriz menuda cerca de su cuello. Era un pequeño recuerdo de una visita a Ucrania. Él le había contado que se la había hecho al caerse con una bici. En realidad, la tenía de resultas del cuchillo que le había lanzado un agente del antiguo KGB que cumplía el requisito indispensable para el trabajo de ser un maníaco homicida. Había errado la yugular de Shaw por un par de centímetros. Aun así, estuvo a punto de desangrarse hasta morir en un lugar que hubiera dejado la carnicería turca, donde había dejado a Frank, a la altura del hospital Johns Hopkins.

Tenía otra cicatriz en el lado derecho sobre la que nunca le había dado explicaciones por una sencilla razón: quería olvidar su presencia, porque cada vez que pensaba en ella, se avergonzaba. Marcado. Como un caballo. No, como un esclavo. De hecho, ése era el otro motivo que tenía para estar en Dublín, hacer algo respecto del regalito.

Anna volvió a preguntar:

—¿Estabas hablando con alguien?

Frank, las cicatrices y el carnicero del KGB se le fueron de la cabeza. Lo que

preocupaba ahora a Shaw era si Anna se lo estaba pensando mejor. Su proposición había venido seguida de un lagrimoso «sí» de sus labios que apenas alcanzó a oír. Y luego, presa del entusiasmo y la emoción propios de la novia en ciernes, Anna había aceptado la propuesta en nueve idiomas mientras sus lágrimas resbalaban sobre la piel de él, lo que era lo más cerca del llanto que había llegado a estar el hombretón de Shaw.

Pero ahora su tono daba señales de algo que no era felicidad. Sin duda era el momento, pensó.

Se echó agua a la cara, lamió parte de la que le quedaba en los dedos y se volvió hacia ella.

—La verdad es que no soy asesor financiero especializado en fusiones y adquisiciones internacionales.

—Eso ya lo sé —respondió Anna.

—¿Cómo? —dijo él con aspereza.

—Conozco a muchos asesores de empresas. Rara vez son capaces de golpear a dos hombres armados hasta dejarlos sin sentido. Rara vez tienen cicatrices de arma blanca en el cuerpo. Y casi siempre quieren alardear de su riqueza. Ni siquiera he visto dónde vives. Siempre nos alojamos en mi piso de Londres.

—¿Y me lo dices ahora?

—Ahora es distinto. Acabo de decirte que voy a casarme contigo.

—¿Y si no te hubiera contado nada acerca de lo que hago?

—Te lo habría preguntado. Como te lo pregunto ahora.

—Pero ya has dicho que sí.

—Y también puedo decir que no.

—No soy ningún criminal.

—Eso también lo sé. Salta a la vista. De otra manera, no estaría aquí. Ahora dime la verdad.

Se apoyó en el borde del lavabo y procuró ordenar las ideas.

—Muy bien, allá va. Trabajo para un organismo policial internacional fundado por varios países del G-8. Nos ocupamos de asuntos que son demasiado arriesgados o demasiado globales para un solo país. Algo así como una Interpol hasta las cejas de esteroides. Ya no trabajo sobre el terreno. Ahora estoy sentado a una mesa —mintió, con una pericia razonable, a su modo de ver.

—¿Y qué leyes hacéis que se cumplan? —le preguntó ella con firmeza.

—Procuramos que los malos no hagan cosas malas. Como mejor podamos —añadió.

—¿Y lo que haces no es peligroso, a pesar de que recibes llamadas en plena noche?

—Vivir es peligroso, Anna. Puedes doblar la esquina y ser atropellado por un autobús.

—Shaw, no seas condescendiente.

—No es peligroso, no. —Shaw notó que se le iba calentando la piel. Era capaz de mentirle a un pirado persa con toda tranquilidad, pero no a Anna.

—¿Seguirás yendo de aquí para allá como hasta ahora?

—En realidad, tengo previsto retirarme, probar con algo distinto.

A Anna se le iluminó el gesto.

—Vaya..., qué sorpresa.

«Ojalá viva para cumplirla».

—Se supone que un matrimonio son dos personas juntas, no alejadas.

—¿Lo harías por mí?

—Haría cualquier cosa por ti.

Ella le acarició la mejilla.

—¿Por qué? —le preguntó de súbito Shaw.

—¿Por qué, qué?

—Podrías tener a cualquier hombre que desearas. ¿Por qué yo?

—Porque eres un buen hombre. Un hombre humilde. Y valiente. Pero aunque eres de lo más competente, necesitas que te cuiden, Shaw. Me necesitas. Y yo te necesito.

La besó y le pasó los dedos por la mejilla.

—¿Tienes que irte ahora mismo?

Él negó con la cabeza.

—Dentro de dos días.

—¿Adónde?

—A Escocia.

Tomó a Anna entre sus brazos, dejó que su cabello rubio le rozara el rostro, que su aroma se entremezclara con el suyo, pese al hedor del río Amstel.

—Pero antes, a la cama.

Volvieron a hacer el amor. Después de que ella se durmiera, Shaw colocó una mano debajo de la cabeza a modo de almohada y llevó la otra sobre el brazo de Anna en un gesto protector.

Escuchó la lluvia e imaginó a Frank sofocando una risilla después de haberlo fastidiado una vez más. Le tocó la mejilla a Anna. Sí, ahora era diferente.

El torrente de Dublín seguía cayendo a raudales; cada gota de agua como un proyectil de punta blindada disparado directamente contra su cerebro. Shaw le había pedido que se casara con él. Pero tras su conversación con Frank, temía que aquello se convirtiera en el peor error de su vida.

—¿C.I.R.? —preguntó Anna al tiempo que levantaba el periódico para que lo viera Shaw, que servía el café, todavía en calzoncillos. Anna apartó el carrito del servicio de habitaciones y desplegó el encarte que acababa de desprenderse del *Herald Tribune*.

Shaw la miró por encima del hombro. El artículo era largo, rebosaba datos dudosos y constituía otra irresistible andanada contra el gobierno de la federación rusa. El título del artículo podría haber sido: «El imperio del mal, segunda parte».

Shaw leyó en voz alta: «El Congreso Independiente Ruso, o C.I.R., y su división adjunta, el Grupo Rusia Libre, apelan a los países libres de todo el mundo para que planten cara al presidente Romuald Gorshkov y a un gobierno de terror y opresión antes de que sea demasiado tarde».

Anna echó un vistazo a otro apartado. «El gobierno Gorshkov ha llenado prisiones secretas de rivales políticos, asesinado adversarios, instituido una política de limpieza étnica en los más altos niveles de poder y empezado a fabricar y almacenar en secreto armas de destrucción masiva contraviniendo claramente infinidad de tratados de desarme». Levantó la mirada hacia Shaw.

—Primero el asunto de Konstantin, luego todos esos rusos supuestamente asesinados ¿y ahora esto? ¿Habías oído hablar alguna vez de esta organización, el C.I.R.? —Él negó con la cabeza—. Al final de la página figura la dirección de una página web.

Anna sacó el portátil, lo encendió y en cuestión de un minuto estaba conectada a la red inalámbrica del hotel. Sus dedos se deslizaron sobre las teclas y brotó en la pantalla una página llena de colorido.

—Fíjate en esta web. —Señaló la pantalla—. Esto no estaba colgado ayer, me habrían llegado rumores.

Anna cogió casi al vuelo el móvil que había empezado a sonar, escuchó, hizo preguntas y escuchó un poco más. Colgó y desvió la mirada hacia Shaw.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Era de mi oficina. Todo el mundo está comentando este nuevo artículo. Se rumorea que Gorshkov y sus ministros están furiosos. Lo niegan todo y exigen saber quién está detrás de lo que tachan de inmensa campaña de difamación.

—¿Alguna idea sobre quién lo hizo?

Ella negó con la cabeza.

—Aún no se sabe nada. No tiene por qué haber un gran grupo detrás de esto. Ni siquiera mucho dinero. Aunque este encarte no fue barato, unas cuantas personas con conocimientos informáticos pueden inundar el planeta entero de propaganda, ya lo hemos visto en otras ocasiones.

—Y todo el mundo se ha subido al carro.

Ella volvió a centrarse en la pantalla y fue desplazándose por la web.

—Siguen con lo de que si la malvada Rusia tal y la malvada Rusia cual. Mi oficina ha elaborado varios libros blancos sobre el regreso de Rusia a un sistema de gobierno autocrático. Es un asunto de interés tanto profesional como personal. Ahora mismo hay una gran tensión entre Moscú y el resto del mundo. Y todo esto no ha contribuido precisamente a arreglar el asunto.

—Bueno, hombre precavido vale por dos —comentó Shaw.

Ella lo miró pensativa.

—Eso es lo malo. Cuando uno está precavido y armado, tiende a apretar el gatillo más rápido de lo que debería.

—Como en los viejos tiempos —dijo él—. Otra vez la Guerra Fría.

Anna le dirigió una mirada extraña.

—Precisamente. Tal vez haya alguien interesado en restaurar el antiguo orden mundial.

La lluvia había escampado. Sólo disponía de dos días más con Anna; tal vez para siempre.

La abrazó y dijo:

—Que les den a los rusos.

La sostuvo con fuerza entre sus brazos y ella le advirtió:

—Shaw, no puedo respirar.

La soltó y retrocedió, mirándola.

Ella le tomó la barbilla en el cuenco de la mano.

—Estamos prometidos. Deberías estar feliz.

—Lo estoy, más de lo que nunca había estado.

—No parece muy contento.

—Tenemos que separarnos.

—Pero no por mucho tiempo. Volveremos a estar juntos pronto. Volvió a rodearla con sus brazos, aunque no tan fuerte. Volver a estar juntos... No había garantía. En absoluto.

Dos días después Shaw dio un beso de despedida a Anna, llorosa.

—Tenemos que fijar una fecha para la boda —le dijo.

Ella lo miró como extrañada.

—Sí, claro.

Shaw se fue en un coche de alquiler, pero no se dirigió al aeropuerto. Iba al castillo de Malahide.

En gaélico, Malahide significa «al borde del mar». Estaba situado en la península de Howth, al norte de la bahía de Dublín. Construido sobre una colina, tenía una vista dominante de las aguas porque, en aquellos tiempos, los enemigos llegaban a menudo en barco con la intención de arrasarlo y masacrar. Shaw atravesó los amplios campos en los terrenos del castillo donde los equipos locales jugaban a *rugby* y *críquet*, sin el menor indicio de un saqueador pertrechado de hacha a la vista.

Shaw pagó la entrada y accedió al castillo habitado más antiguo de Irlanda. Tenía todo el aspecto que cabría esperar de una edificación medieval: construido con robustos bloques de piedra, dotado de las alas que constituían sus imponentes torreones circulares y con hiedra aferrada a su duro pellejo. Había sido propiedad de la familia Talbot desde 1185 hasta la década de 1970.

Esperó a que hubiera tocado a su fin la visita guiada y luego se acercó a la mujer menuda que acababa de poner a una manada de turistas al tanto de todo lo que había que saber acerca del castillo de Malahide, la familia Talbot, la batalla de Boyne, la virgen desaparecida y los cuatro espectros del edificio, incluido el malicioso «Puck».

—Hola, Leona.

La mujer se volvió, vacilante al principio, y luego se giró del todo para mirarlo directamente. Leona Bartaroma tenía sesenta y tantos años, la melena todavía morena, la cara en buena medida sin arrugas, los labios carnosos y pintados de un rojo morigerado que coexistía agradablemente con su tez natural.

No dijo nada, sino que lo cogió del brazo y lo llevó aprisa a un cuartito para luego cerrar la puerta a su espalda.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le espetó.

—Me parece que no te alegras mucho de verme.

—Si Frank se entera...

—Frank sabe exactamente dónde estoy, gracias a ti. —Se llevó un dedo al costado derecho—. Por eso estoy aquí.

Ella tomó asiento tras una mesita de madera con querubines tallados a los lados.

—No te entiendo, Shaw. No te he entendido nunca.

—Quiero que me lo quites.

—Estoy jubilada. Trabajo de guía. No hago operaciones quirúrgicas.

Shaw se acercó más a la mesa.

—Todavía llevas dentro una operación más.

—Imposible. —Empezó a examinar los documentos que tenía encima de la mesa.

—Nada es imposible si lo deseas lo suficiente.

—Eres un insensato.

—Yo también voy a jubilarme pronto, Leona. Y quiero que me lo saques.

—Entonces, búscate a otro. —Agitó la mano a la ligera por la habitación como si en algún rincón acechara otra persona con conocimientos de cirugía.

—Tú, Leona. Ya sé cómo me lo colocaste. Si lo sacan de manera incorrecta...

La cara de la mujer palideció considerablemente.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Dirk Lundrell, Leona, ¿lo recuerdas? Intentó que le extrajeran el suyo. Aún no han encontrado todos los pedazos.

—Lundrell también acudió a mí. Y le dije lo mismo que te estoy diciendo. ¡No!

—¿Y si Frank da el visto bueno? —Ladeó la cabeza hacia ella—. Entonces ¿qué?

—¿Crees que Frank daría su aprobación a algo así? —se mofó—. Tengo entendido que seguís sin llevaros bien. —Sonrió—. ¿Y qué es eso de retirarte? Uno no se jubila de un trabajo como el tuyo, Shaw.

—Voy a casarme. Dos trabajos más y ya está.

—¿Tú, casado? —dijo con incredulidad.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Crees que la gente como yo no se casa? He pasado seis años de mi vida arriesgándome a que me maten. Estoy cansado. Estoy harto.

—Ya sé lo que has estado haciendo estos últimos seis años —dijo ella, más sosegada—. Sé perfectamente los riesgos que has corrido. —Hizo un alto para observarlo con atención—. ¿Cómo se llama ella?

—¿Qué?

—Tu prometida. ¿Cómo se llama?

—Anna.

—Yo estuve casada. —Leona se miró las manos—. ¿La quieres mucho?

—No me casaría con ella si no la quisiera.

Leona guardó silencio un largo momento mientras Shaw sencillamente la miraba.

—Si Frank da su consentimiento, te lo quitaré.

—¿Y seguiré vivo cuando lo hayas hecho?

—Una operación siempre conlleva riesgos —empezó, pero luego concluyó—: Vivirás.

Shaw se levantó.

—Eso es todo lo que quería saber. Seguimos en contacto.

Se volvió para irse.

—¿De dónde es esa Anna?

—De Alemania.

—Las alemanas son buenas esposas, o eso tengo entendido.

Shaw cerró la puerta suavemente a su espalda. Ahora lo único que tenía que hacer era convencer a Frank, y sobrevivir durante los días siguientes.

Tres horas después, iba a bordo de un catamarán ultrarrápido a través del mar de Irlanda camino de Inglaterra. Por lo general habría tomado un vuelo a Edimburgo desde Dublín, pero sus instrucciones habían sido claras: toma el *ferry*. Y luego, en Holyhead, un tren expreso a través de Gales hasta Londres. Y de allí un tren nocturno hasta la capital escocesa. Llegaría a primera hora de la mañana, cuando un vuelo directo de Dublín a Edimburgo lo habría llevado en menos de una hora.

En el salón, Shaw tomó asiento en la tercera mesa por la derecha, al lado de una mampara. Había una lámpara en la mesa. La apagó, la encendió y volvió a apagarla, de acuerdo con las instrucciones que había recibido.

Mientras esperaba, Shaw abrió el libro para leer la dedicatoria de Anna. El mensaje estaba escrito en francés, pero sus conocimientos eran suficientes para traducirlo. Era breve, sencillo y lo golpeó como un mazo.

«El amor no es nada sin confianza».

Mientras cerraba lentamente el libro, levantó la mirada por instinto.

Alertado por la señal en la lámpara, un hombre se acercaba a él. Siempre había alguien al acecho.

Shaw llegó a Edimburgo en plena noche y caminó de la estación de tren hasta el hotel Balmoral en uno de los extremos del North Bridge. Llevaba grabada en la memoria la dedicatoria de Anna en su libro. «El amor no es nada sin confianza». En torno a las tres de la madrugada se durmió, rondándole la cabeza nociones de una posible vida y familia en común con Anna.

Y tal vez por eso empezó. De nuevo.

—¿Modre? ¿Dónde está Modre?

—Calla de una maldita vez, gilipollas. ¡No tienes mami! El niño, que acababa de despertar de una pesadilla, gritó más fuerte:

—¡Modre!

Uno de los niños mayores imitó la manera de hablar del pequeño:

—¿Modre, dónde está Modre? Modre está muerta. Por eso vives en un orfanato, so idiota.

Otro chico mayor lanzó una risilla y dijo:

—Modre está muerta. Modre está muerta. Modre está total y absolutamente muerta.

Entonces todos oyeron los pasos lentos y la sala quedó en silencio salvo por los sollozos ahogados del pequeño.

—¿Modre? ¿Dónde está Modre?

La vieja monja achaparrada entró en la sala y se llegó hasta la cama como planeando. Era evidente que conocía bien su punto de destino, incluso en la oscuridad. Tomó en brazos al niño, lo acunó, le acarició la cabeza y lo besó en la frente.

—No es más que una pesadilla, eso es todo. Ya estoy aquí, pequeño. No pasa nada. Sólo es una pesadilla.

Su presencia siempre tranquilizaba al niño, y, al cabo, guardó silencio. Era grande para su edad, pero la monja, aunque vieja, estaba fuerte. Los años no parecían haberla minado, aunque allí tenía muchos motivos para estar hastiada.

Lo volvió a acostar en su camita, de la que había treinta y seis unidades en una sala destinada a albergar la mitad de niños. La monja estaba al tanto de que los pequeños tenían que pasar por encima de las camas para llegar a los dos cuartos de baño que compartían, hasta ese punto estaban hacinados los lechos. Sin embargo, tenían una cama, un techo sobre la cabeza y un poco de comida en el estómago. En el caso de niños así, era lo único que les importaba por el momento. O probablemente durante el resto de su vida.

Mientras la monja regresaba penosamente a su celda, cincuenta y dos oídos siguieron sus pasos mesurados. Cuando se oyó el sonido de su puerta al cerrarse, uno

de los chicos mayores dijo:

—Y tu padre también está muerto. Bebió hasta quedar tumbado en la cuneta. Yo mismo lo vi.

—Modre está muerta —empezó a canturrear el otro chico, pero en voz más queda esta vez, pues aunque la monja era buena mujer, su paciencia tenía un límite.

El niño no lloró en esta ocasión. Su cuerpo no empezó a temblar, como ocurría a veces cuando se metían con él. Una hora después los canturreos y las pullas verbales cesaron. Estaban todos dormidos.

Todos salvo uno.

Se bajó de la cama, se tendió en el suelo y empezó a arrastrarse boca abajo tal como había visto hacer a los soldados en la tele en blanco y negro en la parte del edificio destinada a las monjas. A veces ella lo dejaba ir allí, a tomar un zumo de naranja recién exprimido y una rebanada de pan untada con sustanciosa mantequilla y abundante mermelada.

Llegó a la cama, se puso en cuclillas, tomó impulso y se abalanzó.

Sus manos se cerraron en torno al cuello del otro chico. Un puño entró en contacto con su rostro, mucho más grande. La sangre borboteó sobre las mantas y notó que le salpicaba el brazo. Olió a sudor. Y a miedo. Sería la primera de las numerosas veces que lo percibiría en otra persona.

Lanzó otro puñetazo y alcanzó la carne blanda. Entonces algo duro lo golpeó en el ojo derecho. Notó un agujonazo y de inmediato se sintió hinchado. Una rodilla huesuda se le clavó dolorosamente en el vientre y le hizo perder el aliento. Aun así, se aferró. Golpeó con las manos, los pies, incluso la cabeza, dirigiéndola hacia lo más hondo de la cavidad torácica del chico que tenía debajo. Notó cómo su propia sangre le resbalaba por la cara, la saboreó cuando el denso líquido le llegó a los labios: era salada y espesa y le produjo arcadas, pero ni siquiera entonces cejó.

—¡Modre! —oyó que gritaba su propia voz. Sus brazos y piernas funcionaban cual pistones; notaba el pecho tan pesado por el esfuerzo que era como si se le hubieran solidificado los pulmones.

»Modre... no... —jadeó.

Unas manos tiraron de él, uñas como garras se le clavaron en la espalda. Alguien le gritaba al oído, pero era como si estuvieran del otro lado del muro de un huracán.

Golpeó, carne, hueso, cartílago. Las uñas lo desgarraron. La sangre le entró a chorro en la boca: el sabor del océano.

—Modre... no... está.

Le propinó un rodillazo al chico en los genitales, cosa que ya le habían hecho a él allí en más de una ocasión. El muchacho gimoteó y de inmediato quedó exangüe debajo de él.

Tomó el aliento suficiente para gritar:

—¡Modre... no... está... muerta!

Entonces las garras lo asieron con más fuerza y él se soltó, y como un clavo

torcido y herrumbroso en una vieja verja por fin se desenganchó y cayó al suelo, sin resuello, sangrando, pero sin llorar.

No había vuelto a llorar nunca. Ni una sola vez.

Shaw se incorporó en la cama. Olió su sudor de adulto y lo saboreó también al gotearle hasta la boca. Se levantó, abrió la ventana de la habitación de hotel y dejó que el aire frío de Edimburgo barrierá el terror de un niño de seis años.

Su habitación en el Balmoral daba a Princes Street, una formidable calle de comercios, *pubs* y restaurantes. Hacia el este sobre una alta colina se alzaba la imponente huella del castillo de Edimburgo, capaz de empequeñecer Malahide si los hubieran colocado uno junto al otro. El palacio de Holyroodhouse afianzaba el extremo occidental de la ciudad y era la residencia de verano oficial de la familia real británica.

Debía de estar bien, pensó Shaw, tener una residencia de verano.

—Modre —dijo en voz queda. Hacía casi un año que no experimentaba el dolor de esa pesadilla. Pensó que había desaparecido para siempre. Como en lo tocante a muchas cosas importantes en su vida, se había equivocado.

Lo expulsaron del orfanato al día siguiente pese a las apasionadas súplicas de la anciana monja para que le permitieran quedarse. El otro chico, un corpulento chaval de doce años, había sufrido graves lesiones a manos del pequeño Shaw. Alguien había querido llamar a la policía. Sin embargo ¿cómo se podía considerar responsable desde el punto de vista criminal a un niño de seis años? Shaw recordó términos como daños intencionados, agresión premeditada. No había sabido a qué se referían, pero lo que sí sabía era que quería matar al otro niño. Matar al otro niño para que sufriera tanto como sufría él.

Al cabo, se decidió que a un niño que ni siquiera era capaz de pronunciar correctamente la palabra «madre» porque nunca la había tenido, no se le podía acusar de un delito.

Sor Mary Agnes Maria, qué nombre tan pasmosamente hermoso el suyo. Todos la llamaban sor MAM, cosa que Shaw había traducido por mamá. Era lo más cercano a una madre que tendría en su vida. Nunca había tenido otra.

No se había puesto el nombre de A Shaw porque fuera «un». Shaw, sino debido al orfanato. Pintada en la pared encima de la cama del niño que dormía enfrente se veía la letra «A». No estaba allí al azar; no era el comienzo de un tren alfabético. Antaño había formado parte de una palabra, pero la «m», la «e» y la «n» se habían borrado con los años, y la pobre sor Mary Agnes Maria, tan atareada, no había dispuesto del tiempo ni, por lo visto, de la pintura para devolver el M-E-N a AMÉN.

Shaw no lo lamentaba. Miraba la letra e imaginaba las largas líneas verticales de la A atenuándose para formar la cara redondeada de su madre. El trazo horizontal que conectaba las dos líneas largas se combaba en una sonrisa en el rostro de su madre, porque estaba feliz de verlo. Había regresado a por él. Se irían juntos. Se irían de inmediato. La A era su amiga. Estaba llena de posibilidades halagüeñas. Y entonces salía el sol y las vencía todas. Desde entonces a Shaw le gustaba mucho más la noche

que el día. Ahora siempre sería una persona nocturna.

Los años habían transcurrido aprisa con una rápida sucesión de orfanatos, en ninguno de los cuales volvió a encontrar una sor Mary Agnes Maria. Luego llegaron hogares de acogida y otros centros para niños que, si bien no eran técnicamente delincuentes, se acercaban tanto a la línea que nadie quería hacerse cargo del problema. Así fueron todos y cada uno de los días de su vida hasta que el muchacho Shaw se convirtió a los dieciocho años en Shaw el hombre.

Para entonces ya era capaz de pronunciar «madre» perfectamente pero no tenía ni una sola razón para hacerlo.

Cerró la ventana y se sentó en la cama. El hombre en el *ferry* ultrarrápido desde Dublín se había puesto en contacto con él. Habían ido hasta las puertas abiertas de la embarcación hacia popa. Con el viento y los motores sofocando su conversación, había puesto a Shaw al tanto de la primera fase de lo que necesitaba saber. Cuando se alejaba, el hombre se quedó mirándolo, su expresión era evidente: «si sobrevives a esto, será un milagro».

En el expreso de Gales a Londres, Shaw había estado mirando por la ventanilla, contemplando alternativamente las vistas marítimas y los paisajes de las montañas de Cambria, mientras intentaba aislarse de las tibias conversaciones en derredor. Su mundo no tenía nada de normal, y se sentía casi incapaz de establecer un vínculo con nada que estuviera al margen de su esfera.

Salvo por Anna. Ella constituía su primer y único vínculo con el resto de la humanidad.

En el tren nocturno a Escocia recibió otra visita, en su coche-cama, esta vez una mujer. Era joven pero parecía mayor. Era físicamente atractiva pero daba la impresión de haber perdido el ánimo. No era más que un recipiente. Gente como Frank le había arrancado el alma de raíz para poder llenarla con lo que les viniera en gana. En un tono monocorde le relató la segunda fase de lo que necesitaba saber. Nunca se dejaba nada por escrito, así que memorizó hasta el último detalle. Si cometía un error estaba muerto. Era así de sencillo.

Se levantó, se vistió y miró una vez más el libro que le había dedicado Anna.

«El amor no es nada sin confianza».

Estaría dormida. Llamó de todas maneras. Sorprendentemente, respondió al segundo tono.

—Esperaba que fueras tú —dijo con voz despierta sólo a medias—. ¿Qué tal el viaje?

—He leído la dedicatoria.

Anna guardó silencio.

Shaw tragó saliva con dificultad.

—Quiero confiar en ti. Confío en ti. Te dije lo que hacía. ¿Entiendes lo difícil que me resultó?

—Sí, pero es evidente que hay cosas que no puedes contarme.

—Las hay —reconoció.

—De modo que, cuando estemos casados ¿te irás sin decir palabra y volverás sin dar explicaciones?

—Voy a dejarlo. Te lo dije. Y tengo un trabajo de oficina.

—No me tomes por tonta con historias de maletas que se caen del compartimiento superior del avión. Y la gente con un trabajo de oficina no va de visita a castillos para después no molestarse siquiera en verlos. Ni se toma su tiempo para viajar en transbordador de Irlanda a Escocia. ¿Tenías que ver a alguien?

Sus palabras lo inquietaron.

—¿Me has seguido?

—Claro que sí. Tengo previsto casarme contigo. Y detesto tener que plantearme siquiera la idea de seguirte, por no hablar de hacerlo.

Su voz vaciló y Shaw oyó un leve sollozo. Le habría gustado tender las manos a través de la línea telefónica y abrazarla, decirle que todo iría bien. Aun así, le había mentido más que suficiente.

Shaw recuperó su propia voz:

—Aún hay tiempo para echarse atrás, Anna. Dijiste que sí, ahora también puedes decir que no. Lo entendería. Su tono se volvió áspero:

—No me haría ninguna gracia que lo entendieras. No deberías entenderlo. A mí me ocurriría lo mismo si te marchases. No lo entendería.

—Te quiero. Conseguiré que lo nuestro funcione. Lo lograré.

A Shaw le pareció oír que escapaba de sus labios otro sollozo, lo que le hizo sentir aún más culpable.

—¿Y cómo piensas hacer que funcione todo esto? ¿Quieres decírmelo?

—No —reconoció él—. No puedo.

—¿Adónde irás después de Escocia?

—A Heidelberg.

—Mis padres viven a una hora escasa de allí. En una localidad llamada Durlach, junto a la ciudad de Karlsruhe. Tienen una librería, la única de Durlach. Ve a verlos. Se llaman Wolfgang y Natasha. Son buena gente, muy amables. Me habría gustado que los conocieras antes, pero siempre estabas ocupado.

No siempre había estado ocupado, bien lo sabía Shaw. Lo que pasaba era que le había dado miedo.

—¿Quieres que vaya a verlos sin ti?

—Sí. Pídele a mi padre mi mano en matrimonio. Si accede, nos casaremos. Si es que todavía quieres casarte.

Semejante petición lo dejó perplejo.

—Anna, yo...

Ella siguió adelante:

—Si crees que merece la pena, irás. Les diré que vas. Si no vas, entonces ya sabré a qué atenerme.

Se cortó la comunicación. Shaw colgó lentamente el auricular y miró el papel secante encima de la mesa donde había escrito el nombre de Anna Fischer una y otra vez, marcando las letras con fuerza sobre la fina superficie. Rasgó el papel, salió del Balmoral y echó a andar Princes Street abajo, por delante de todos los comercios cerrados. Dos horas después seguía deambulando por la antiquísima capital escocesa mientras el sol empezaba a salir a hurtadillas, iluminando los viejos puentes de piedra y proyectando sombras tras las que Shaw alcanzaba a imaginar todas y cada una de sus pesadillas. Y eso que tenía más que la mayoría de la gente.

Iría a ver a sus padres en la librería de Durlach. Les pediría la mano de su hija en matrimonio.

Haría todo eso, sí, en el caso de seguir con vida.

«¿Dónde está Modre?», susurro en la penumbra mientras regresaba al Balmoral para prepararse de cara a lo que podían ser sus últimas horas sobre la faz de la Tierra.

La torre de pisos a lo largo del corredor de alta tecnología Dulles estaba en buena medida a oscuras. Una firma, Pender & Associates, era propietaria del edificio entero tras haber pagado una suma de ocho cifras al contado para comprar una torre de oficinas justo en medio de una de las zonas más caras del país. Y aunque se llamaba Pender & Associates, la empresa la dirigía un solo hombre, su fundador, Richard Pender.

Poseía un rostro tan esculpido, una sonrisa tan dentada y un pelo tan perfectamente acicalado como cualquier predicador de esos que iban proclamando los evangelios por televisión. Tenía la labia suave y sedosa de un abogado judicial en su máximo esplendor. Y seguiría sonriendo mientras el cuchillo que blandía entraba en contacto una y otra vez con tu columna vertebral.

Su lema era sencillo: «¿Por qué perder el tiempo en descubrir la verdad cuando la puedes crear con tanta facilidad?».

El trabajo de Pender se denominaba gestión de la percepción. Las empresas de GP, tal como se conocen, cobraban por establecer lo que era o no era cierto, por todo el planeta. Algunas firmas tradicionales especializadas en intrigas y grupos de presión se consideraban empresas de GP, pero en realidad no lo eran. No había más que unos pocos expertos en GP y Pender & Associates era uno de los mejores del mundo.

Dick Pender era capaz de enterrar cualquier secreto, pese a los intentos de la prensa de desentrañarlo. De vez en cuando, también había iniciado o agravado guerras sobre la base de ciertas «verdades». Y cuando la gente empezaba a hurgar, había ocultado esas razones bajo estratos tan desconcertantes de hechos, estadísticas y falsedades que nadie podría penetrar hasta ellas.

No obstante, lo contrataban sobre todo para crear la verdad.

Le pagaban inmensas cantidades de dinero para hacerlo, tanto el gobierno como fuentes privadas en todo el mundo. Para sus clientes, «crear» la verdad era esencial porque la auténtica verdad era impredecible en grado sumo. La verdad creada era controlable. Y de ahí que la diferencia entre lo real y lo creado equivaliese a la diferencia entre una bomba cualquiera y una bomba atómica en cuanto a efectividad.

Pender esperaba una visita especial esa noche. El ascensor privado llevó a su invitado hasta la planta superior. Se abrió una puerta, y a Nicolás Creel, ataviado con un abrigo de capucha negra, le mostraron el camino hasta una sala dominada por una gran cristalera ahumada por el otro lado que permitió al magnate de la industria armamentística ver el interior del centro de mando digitalizado y dotado de tecnología punta de Pender & Associates.

Pender tomó asiento a su lado.

—Espero que el vuelo fuera grato, señor Creel.

—No tengo ni idea. He dormido todo el trayecto.

—Alguien me comentó que ha entrado entre los quince primeros de la lista de

Forbes.

—Así es —reconoció Creel en un tono a todas luces desinteresado.

—¿Dieciocho mil millones de dólares? —estimó Pender.

—Veintiún mil, en realidad.

—Enhorabuena.

—¿Por qué? Cuando pasé de los primeros mil millones ¿qué diferencia supuso? No es que otros veinte mil millones hayan cambiado mucho mi estilo de vida. Vamos a centrarnos en el informe.

Pender señaló hacia la cristalera unidireccional detrás de la que docenas de personas se afanaban en su trabajo.

—Hemos dedicado todo nuestro centro de mando a la tarea. Treinta personas, cientos de ordenadores, enormes bases de datos y una vía de subida de información a Internet capaz de hacer sombra a cualquier cosa que pueda ofrecer Google.

—¿Y estás completamente seguro de que nada de ello puede rastrearse hasta aquí?

—Hemos tomado las medidas de seguridad más extraordinarias, incluido el robo de la identidad digital de cientos de páginas web y portales de Internet. Si alguien intenta rastrear hasta sus orígenes el túnel electrónico, acabará directamente, por poner un ejemplo, en la página oficial del Vaticano, o en la web de la Cruz Roja. También hemos incluido nuestra propia web en el batiburrillo, junto con la de algunos de nuestros rivales.

—Así que, si alguien lo localiza, puede alegar que se trata de un robo de identidad, ¿no?

—¿Por qué intentar ocultar la aguja en el pajar cuando se puede crear un montón de agujas? —replicó Pender con suficiencia.

—¿Y tus empleados?

—Extremadamente bien remunerados y fieles a mí. No tienen ni idea de su..., bueno, de su interés en este asunto. Aunque tampoco les importaría mucho. Aquí no valoramos eso que se denomina conciencia. No nos preocupamos por las consecuencias de nuestro trabajo. Eso se lo dejamos al cliente.

—Da gusto encontrarse con semejante actitud. Y el impacto inicial ha cumplido todas nuestras expectativas.

—Ha sido un poco más sofisticado que las historias acerca de brutales invasores extranjeros que arrancan a los niños del desierto de las incubadoras a fin de que ciertos países entren en guerra —se jactó Pender con toda calma, aunque con sonrisa de superioridad—. Pero también es cierto que eligió usted bien, señor Creel. Lo único que tuvimos que hacer fue echar la bola a rodar y todo el mundo se subió al carro.

—El Oso es un blanco fácil. ¿De dónde sacaste los millares de rusos muertos?

—En esencia gracias a técnicas de photoshop con una intensificación de varios niveles. Pero nos centramos también en algunas víctimas reales que obtuvimos de antiguos archivos del KGB comprados hace años. Si tienes cinco cadáveres

auténticos todo el mundo da por sentado que los otros treinta y dos mil son igualmente legítimos.

—Qué clarividencia la tuya.

—A eso me dedico. Soy capaz de visualizar el aneurisma que se le va formando lentamente en el cerebro al presidente Gorshkov. Déjeme ver, ya hemos utilizado la estrategia del «pasma», luego la táctica Vesubio. —Hizo un gesto hacia Creel—. Ahora quiere que pasemos a la filtración, ¿no es así?

—Sí, pero envíame cualquier cosa que llegue a tu mesa con aspecto prometedor. La seguiré a partir de ahí.

—No es que su motivación sea de mi incumbencia en absoluto, pero leí que Ares ha errado en sus previsiones trimestrales cuatro veces seguidas a estas alturas.

—La punta del iceberg. Estamos perdiendo dinero como si de una hemorragia se tratara. Estaba convencido de que Irak era el comienzo del Armagedón en Oriente Próximo y nos preparamos para ello. Pero a unos pocos meses de conmoción y miedo les siguió un concurso para ver quién mea más lejos que ya lleva años en marcha utilizando sobre todo escopetas de perdigones. No levanté una empresa de ciento cincuenta mil millones de dólares para que mi gente se dedique a suministrar ensalada de patata a los soldaditos en Anbar. Fue una cagada monumental y la responsabilidad es mía. Pero conseguiré que salgamos de ésta. Por eso le contraté. Tengo que preocuparme por los míos.

—Claro que sí —coincidió Pender casi con recato—. Y también hemos notado el interés de algunos famosos. Se pondrán una camiseta con la leyenda RECORDAD A KONSTANTIN que nosotros les facilitaremos, darán publicidad a su nueva peli, levantarán un puño a favor de «Rusia libre». Igual hasta van a Washington y se dejan joder cual buenas estrellas por políticos diversos.

—¿Algún área problemática?

—Tres. —Pender echó un vistazo a la pantalla del ordenador—. Durante la semana siguiente o así habrá ciento cuarenta y ocho reportajes sobre la «amenaza roja» corriendo por todo el planeta. Todos salvo dos se ciñen a nuestra opinión hasta la última coma. Uno en España. El otro en Nueva York. El tipo español es especialmente tenaz, pero también lleva dos años trabajando en un escándalo en el que estaría involucrada la familia real. Mañana recibirá documentos que reavivarán su interés en ese reportaje.

—¿Y el tipo de Nueva York?

—Su mujer sospecha desde hace tiempo que su marido le está siendo infiel. Mañana recibirá también un regalo del cual deducirá que sus instintos no la engañaban. De esa manera su maridito quedará fuera de juego. Los divorcios pueden ser muy liosos y requerir mucho tiempo. Hablo por experiencia, desgraciadamente.

—¿Y tenías todo eso al alcance de la mano?

—Dispongo de expedientes prácticamente sobre todos y cada uno de los periodistas que tienen un mínimo interés. Recogemos secretos, elaboramos mentiras

que sólo lo son a medias y filtramos esos artículos de manera anónima cuando más conviene a nuestros clientes.

—Has dicho que había tres áreas problemáticas, ¿no?

—Hay un senador, aquí en Estados Unidos, convencido de ser experto en asuntos rusos. Se rumorea que tiene previsto convocar audiencias sobre el particular desde un punto de vista muy escéptico.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—La próxima vez que entre en un urinario público vamos a montarle una encerrona al estilo Larry Craig.

—¿Así que lo del senador Craig fue una encerrona?

—¿Quién sabe? ¿Qué más da? Pero a este senador nos lo quitará de en medio.

»La maniobra *Estoy jodido* —dijo Pender con una sonrisa.

—Un nombre adecuado.

—En realidad yo prefiero un enfoque más sutil en el que el objetivo ni siquiera se entera de lo que ha ocurrido. ¿Recuerda que se enviaron periodistas junto con las tropas en Irak?

—¿Para que pudieran ver la guerra con sus propios ojos?

—No, para que se les pudiera contar la historia sólo desde el punto de vista del Pentágono. Eso fue idea mía, y todos los generales y funcionarios del gobierno implicados han venido aquí en persona a lamerme el culo por haberseme ocurrido algo semejante.

—Conoces muy bien el terreno que pisas, Dick.

—He aprendido de los mejores.

—¿Dónde?

—Empecé en la oficina de prensa de la Casa Blanca.

Creel señaló una amplia mesa de trabajo en el centro de mando donde dos personas trabajaban con cierto material por escrito.

—Explícame eso.

—Eso es el «Memorando de tragedias». Hace poco descubrimos que uno de nuestros rivales fue contratado para elaborar algo así durante la Primera Guerra del Golfo con el fin de convencer a Occidente de que defendiera Kuwait. Así que pensamos en utilizar aquí el mismo concepto. Pero en vez de imprimir cientos de miles de copias en papel satinado optamos por darle un aspecto más rudimentario, hecho a mano. Eso le dará un aire más realista y casero que equilibre la ofensiva de alta tecnología lanzada hasta el momento. Sólo haremos una docena pero los enviaremos a objetivos óptimos para obtener el máximo efecto.

—Botas sobre el terreno —masculló Creel pensativo.

—De eso debía encargarse usted —señaló Pender—. Yo puedo hacer que cualquiera tome por cierta una mentira. Sin embargo, no hay manera de sustituir el derramamiento de sangre real.

—Lo de las botas ya lo tengo dilucidado. De hecho, verás pruebas de ello muy

pronto.

—¿Y qué hay de la otra parte de la ecuación?

—¿Qué ocurre con eso? —dijo Creel con aspereza.

—Sólo que usted dijo que nos aconsejaría el momento más indicado.

—¿Te lo he aconsejado ya?

—No.

—¡Entonces no debe de haber llegado el momento más indicado!

Un instante después Creel se había ido. Pender había ayudado al hombre a amasar una fortuna durante la Guerra Fría y cuando ésta se marchitó, habían organizado numerosos conflictos globales más pequeños hasta que la Primera Guerra de Irak les cayó literalmente en el regazo seguida por la lucrativa Segunda Guerra de Irak. Pero como le había dicho a Pender recientemente: «Los norteamericanos están completamente pelados. Y la UE anda en plan pacífico, invirtiendo su dinero en educación, infraestructuras y asistencia sanitaria en vez de defensa. Esos idiotas no se paran a pensar que les resultaría difícil de narices a los críos ir al colé y a la abuela ir al médico si no pueden evitar que sus países acaben jurando lealtad a Alá. Pero a pesar de todo lo que tengo en contra, voy a ganar esta guerra».

Y Dick Pender sería incapaz de apostar contra ese hombre.

Sergei Petrov caminaba calle abajo con el cuello del abrigo levantado para protegerse del frío que se había cernido sobre Nueva York durante los dos últimos días. Acababa de terminar una grabación para un programa de televisión local en el que se narraban los considerables horrores de que había sido testigo bajo los regímenes de Putin y Gorshkov como número dos del Servicio de Seguridad Federal antes de huir del país. Petrov había descubierto que los occidentales se tragaban aquello que vendía y pagaban a base de bien por el privilegio, mucho más de lo que obtenía haciendo de perrito faldero a dictadores disfrazados de presidentes. No sabía dónde se había originado la campaña de la «amenaza roja» y lo cierto era que le traía sin cuidado. Gorshkov era la maldad en persona. La patria de Petrov iba por mal camino. Tanto si todos los horrores que habían salido a la luz recientemente eran ciertos como si no, también le traía sin cuidado. Algunos probablemente eran ciertos. Con eso ya bastaba.

Palpó el arma en el bolsillo del abrigo. Petrov era hombre prevenido. Era consciente de que se había convertido en un objetivo. Si Gorshkov tenía una lista de blancos a eliminar, él debía de estar entre los primeros. Siempre salía armado, nunca se alejaba de los lugares públicos y su mirada adiestrada permanecía alerta en todo momento. No bebía ni comía nunca cuando había otra persona presente. No moriría como Litvinenko. No se tomaría ninguna taza de té con polonio 210.

Se llegó hasta la esquina y llamó a un taxi. Un vehículo se detuvo junto al bordillo y el taxista miró por la ventanilla.

—Grand Central Station —dijo Petrov.

El hombre asintió y Petrov subió al coche. Cuando lo hacía, se abrió la puerta trasera del otro lado e irrumpió un hombre en el vehículo. Al mismo tiempo otro fornido caballero propinó un empujón a Petrov y se sentó a su lado. Se cerraron las puertas y el taxi se puso en marcha.

Petrov ni siquiera tuvo tiempo de mirar a sus atacantes. Arremetieron contra él por ambos lados, le inmovilizaron las manos a los costados con su corpulencia y no le permitieron sacar el arma del bolsillo. El cuchillo le abrió un tajo en la garganta al tiempo que sentía otro filo lanzarle un hondo mordisco en el costado derecho. Y luego otro mordisco y otro más.

Se desplomó hacia delante mientras la vida iba abandonándolo.

El taxi salió de la ciudad y se adentró en Westchester. Cerca de un parquecillo oscuro se detuvo y los tres hombres se apearon y se montaron en un todoterreno que estaba a la espera y se puso en marcha de inmediato, dejando el cuerpo inerte de Petrov tendido en el suelo del taxi.

Había una palabra rusa escrita en su frente con rotulador negro. Su traducción tenía pleno sentido.

«Traidor».

En el todoterreno, Caesar se quitó el gorro y la máscara. Aquello era la salva inicial de Nicolás Creel en la sección de «botas sobre el terreno». El cuatro por cuatro siguió adelante durante un buen rato hasta que llegaron a su destino. Todo había quedado dispuesto, se había abonado el dinero necesario y entraron sin problemas. El todoterreno accedió hasta el fondo mismo del lugar donde se había cavado un boquete de grandes dimensiones en la Tierra. Los hombres se bajaron, abrieron la trasera del vehículo y sacaron la bolsa para restos humanos.

Caesar abrió la cremallera y echó un vistazo a la cara, que le devolvió una mirada inexpresiva.

Pobre Konstantin, su carrera en los culebrones latinoamericanos no había tenido oportunidad de despegar. Caesar cerró la bolsa, se la echó al hombro, la llevó hasta el borde del agujero y la dejó caer. Un volquete se puso de inmediato en marcha, se acercó lentamente al borde y dejó caer toneladas de escombros sobre la «tumba» de Konstantin. Después una excavadora entró en acción y procedió a introducir de nuevo una montaña de tierra en el hoyo. Para cuando amaneciera ya no quedaría ni rastro del agujero. Caesar dirigió al hombre un saludo informal.

—Adiós, Konstantin, nunca te olvidaremos.

Cuando Caesar y sus hombres se alejaban de allí, éste llamó a un número privado e informó del éxito de su misión.

A tres mil kilómetros Nicolás Creel tachó otro asunto en su lista de cosas pendientes. Dick Pender era un hombre listo que sabía muy bien cómo tomarle el pelo al mundo entero con sus artimañas mentales. Pero a veces un cadáver «real» podía partir un millón de almas. Y a eso nadie sabía jugar como Nicolás Creel. Además, si todo eso podía conseguirse con un solo cadáver, ¿qué podría conseguirse con un montón de muertos?

Katie James prolongó su estancia, reacia a regresar a Nueva York y a la siguiente muerte de postín. Había tomado un tren de First ScotRail de Glasgow a Edimburgo, contemplando el paisaje escocés alternativamente inhóspito y exuberante durante el trayecto de cincuenta minutos, cerca de donde el estuario del Forth arrebató un pedazo al país justo por encima de la capital.

Tomó habitación en el Balmoral y picó algo para almorzar en el restaurante antes de ponerse en marcha. Camino de la salida se topó con un hombre alto y ancho de hombros que se disculpó con amabilidad y se alejó con zancadas decididas. Katie se frotó el hombro magullado y lo siguió con la vista. Había sido como chocar con un maldito muro. Probablemente era jugador de *rugby*.

Pasó por delante del portero vestido con el típico traje escocés hasta el último detalle, incluido el cuchillo tradicional en el calcetín. Katie pasó un día agradable dando vueltas por la ciudad y se tomó un té cerca del palacio de Holyroodhouse. Evitó un número ingente de *pubs* que intentaban atraerla cual clavo a un imán e hizo el peregrinaje colina arriba hasta la joya de la corona de la ciudad, el castillo de Edimburgo.

Los sombríos peñascos de Castle Rock, descollando hacia el cielo por encima del extremo de poniente de la ciudad constituían la única razón de la existencia de Edimburgo. Los restos volcánicos sembrados de rocas estaban aferrados como un ancla entre Escocia central e Inglaterra, la Tierra a la que muchos escoceses seguían refiriéndose como el «antiguo enemigo». Katie traspuso la puerta de entrada, flanqueada por estatuas de Robert the Bruce y William Wallace, que habían forjado sus respectivas leyendas pateando el culo de los ingleses. Se había perdido la salva del cañón a la una en punto, una pieza de la Segunda Guerra Mundial, pero vio la Piedra del Destino. La habían robado en el siglo XIII los ingleses, que la tuvieron en su poder hasta el siglo XX. En el transcurso de esos setecientos y pico años había reposado bajo el trono de la coronación en la abadía de Westminster, al que habían encaramado su real trasero todos los monarcas desde Eduardo II hasta Isabel II.

Poco después paseó hasta la cima de Castle Rock donde se alzaba la capilla de St. Margaret, el edificio más antiguo de Edimburgo todavía en pie. Fue allí, dentro de la capilla, donde volvió a verlo: el hombretón que había tropezado con ella en el hotel. Estaba arrodillado delante del tercer banco. Conforme se acercaba, Katie miró de reojo al otro individuo a su lado. Parecía un típico turista. Habría dado media vuelta y salido de no ser por lo que vio de pronto. Se apresuró a ponerse de hinojos en el último banco, sacó la cámara con disimulo y se sirvió del *zoom* para confirmar su observación inicial.

El tatuaje en el antebrazo izquierdo del hombre. Había visto uno exactamente igual años atrás mientras cubría otra guerra más en el extranjero. Sus sentidos se

aguzaron y alcanzó a ver que no rezaban ni recitaban catecismos trillados. Susurraban entre sí.

No los oía con claridad suficiente para entender sus palabras, así que salió de la capilla y se quedó a unos pasos de la puerta principal. Diez minutos después salió el hombre tatuado. Katie se preguntaba si seguirlo o no cuando de pronto lo perdió de vista entre una muchedumbre de turistas que pasaba por allí.

El hombre alto salió un minuto después y Katie se centró en él. Si se alojaba en el Balmoral, pensó, tal vez fuera en esa dirección. No tenía ninguna razón de peso para seguirlo, ni para implicarse en nada. Aun así, era periodista, una periodista que no podía caer más bajo, desesperada por encontrar la manera de huir de la página de obituarios. No tenía idea de si aquello la llevaría a alguna parte, pero tal vez fuera así. Y tampoco es que tuviera nada más que hacer.

El individuo no regresó al Balmoral, sino que caminó en dirección a la zona norte del centro urbano, tres kilómetros para ser exactos, hasta Leite, donde apoquinó lo necesario para visitar el velero real *Britannia*, anclado y fuera de servicio.

Katie se quitó los zapatos y se masajeó los pies doloridos. Su presa había tenido la poca consideración de caminar muy aprisa. Abonó unas libras y cruzó la pasarela. Hizo todo lo posible por confundirse con el gentío por temor a que el hombre al que seguía la reconociera del hotel, o de la capilla. Parecía lo bastante fuerte para estrangular un toro.

Katie escuchó a medias al guía mientras recitaba los datos a la muchedumbre. Prestó atención cuando el guía señaló el cortavientos de caoba en la cubierta superior delante del puente. Lo habían construido para evitar que alguna brisa furtiva levantara de súbito faldas reales y dejara a la vista bragas regias. Katie se cogió con fuerza sus propias faldas sin quitar ojo al hombre alto, que merodeaba más allá. Lo siguió. El individuo se apoyó en la borda para contemplar las aguas. Otra persona se le acercó. Katie se aproximó hasta donde tuvo valor y se las arregló para oír cuatro palabras que se lo resumieron todo: «Esta noche» y «Gilmerton's Cove».

Abandonó el velero de inmediato y tomó un taxi de regreso al hotel. No disponía de mucho tiempo para prepararse. Y antes se tenía que documentar un poco. No sabía con qué se había topado. Aun así, la experiencia le había enseñado que algunos de los reportajes que había obtenido en exclusiva empezaron con los encuentros más inopinados.

Esta pandilla dejaba al iraní y a sus muchachos sedientos de sangre a la altura de un montón de pardillos de cuatro años, pensó Shaw. Estaba sentado en un coche, con un bloque de granito de Tayikistán a un lado y una pequeña montaña de ese mismo país asiático al otro. Era un milagro que las ruedas delanteras del enorme Mercedes no se desviarán del camino con la media tonelada de carne encaramada detrás. Pero también era posible que se debiera a la pareja en los asientos delanteros, tayikos también, que sobrepasaban los trescientos kilos entre ambos, muy pocos de ellos de grasa, por lo que alcanzaba a ver Shaw. Un tipo más y podrían haber constituido una buena línea ofensiva de cualquier equipo de fútbol americano de la Liga Nacional.

Nunca había conocido a un tayiko que no pareciera cabreado. Tal vez al vivir en un país brutalmente rodeado de montañas que había sido utilizado por los soviéticos como vertedero tóxico y tenía un índice de pobreza del ochenta por ciento, tenían buenas razones para estar perpetuamente mosqueados.

Dijo algo en ruso y recibió como respuesta algo que sólo podría describirse como un gruñido. Los tayikos no se consideraban rusos; culturalmente, al igual que los persas, formaban parte de la reserva étnica iraní. Shaw no se había molestado en aprender tayiko. No tenía plena seguridad de seguir vivo para lamentar esa decisión.

Se retrepó en el asiento. Los tayikos vendían droga, heroína, en concreto, elaborada a partir del opio cultivado en el vecino Afganistán, el producto de exportación más lucrativo del país. Aquello era posible gracias a que las fuerzas de coalición habían abandonado en gran medida Afganistán para ir a convertir Irak en un faro de la democracia. Los imperios del tráfico de droga del mundo entero les agradecían todas las noches el detalle, porque sin opio no se podía elaborar heroína, una de las drogas callejeras más populares de todos los tiempos. Era imposible calcular la absoluta miseria que esta corrupta bomba de relojería química había causado en todo el mundo.

Shaw había ido hasta allí para adquirir una tonelada métrica de ese sufrimiento, mil kilos por un valor a pie de calle en Estados Unidos de quince millones de dólares o 120 dólares el gramo. La droga se enviaría desde Escocia a Nueva York oculta en el interior de miles de balones de fútbol. Las importaciones desde Escocia, según habían descubierto los tayikos, eran objeto de una atención mucho menor por parte de los inspectores de aduanas de Estados Unidos, siempre faltos de personal, que, pongamos por caso, un paquete procedente de Irán o Corea del Norte con la leyenda MUERTE A NORTEAMÉRICA escrita en letras bien grandes en el embalaje.

Naturalmente, si las cosas salían tal como estaba planeado, el cargamento que iba a adquirir Shaw esa noche sería confiscado en el puerto de Nueva York. La incautación se pregonaría en la prensa como un tremendo revés para los traficantes internacionales de droga y una prueba de la eficiencia de los esfuerzos globales

dirigidos a velar por la aplicación de la ley. Eso si Shaw tenía éxito en su misión y se las arreglaba para salir de allí con todos los órganos intactos. Aunque dudaba mucho que Frank considerase su supervivencia una condición imprescindible para el triunfo de la misión.

No obstante, dejar a los agentes de aduanas de Estados Unidos en buen lugar no era la razón de que Shaw estuviera allí. El motivo era evitar que las ganancias de la transacción llegaran a manos de un sindicato del crimen internacional del que se habían apropiado en buena medida fundamentalistas islámicos que campaban a sus anchas por todo Tayikistán. Con su tajada del negocio de esa noche podrían comprar unas cuantas bombas sucias o diez mil dispositivos explosivos caseros, ambas posibilidades sumamente negativas para el mundo civilizado.

No estaban tan lejos de Edimburgo pero el paisaje se había tornado rápidamente abierto y aislado. A lo lejos, hacia el norte, estaba el estuario del Forth. Al bajar uno de los tayikos la ventanilla para expulsar el humo de su cigarro, Shaw comprobó que alcanzaba a oler el denso aire marino. Treinta minutos después enfilaron un camino de gravilla y se vieron rápidamente engullidos por un tupido bosque a ambos lados.

El conductor de la camioneta que esperaba al final del camino saludó con un asentimiento a su colega del sedán cuando aminoró la velocidad hasta detenerse al lado de la camioneta.

Shaw y los otros cuatro hombres se apearon del vehículo.

—¿Balones de fútbol? —preguntó Shaw, que señaló la carga de la furgoneta.

El hombre a su izquierda gruñó, cosa que interpretó Shaw como un «sí» en tayiko.

La única razón de que Shaw siguiera con vida era que esos hombres lo consideraban un buen cliente para el futuro a cualquier lado del charco. Los carteles sudamericanos controlaban el mercado de la droga ilegal de Estados Unidos, el mayor del mundo, pero los tayikos le habían echado el ojo hacía ya tiempo. Si tenían que volar hasta Colombia para cortar el pescuezo a unos miles de hispanohablantes, estarían más que dispuestos.

Shaw abrió de un tajo uno de los balones de fútbol sirviéndose de un cuchillo ofrecido por uno de los tayikos. En el interior había bolsitas de plástico llenas de un polvo blanco. No rasgó una bolsita y probó la merca como hacían en la tele porque no quería meterse esa mierda en el organismo. Lo único peor que la heroína en ese sentido era la metanfetamina. Daba la impresión de que con sólo olisquearla a cincuenta metros de distancia eras candidato a un programa de desintoxicación.

—¿Y qué? ¿Sólo tengo tu palabra de que es heroína y todas las demás pelotas están llenas hasta un total de mil kilos?

Los cuatro hombres se le quedaron mirando fijamente; ninguno parecía inclinado a responder. Se abrió la puerta del acompañante de la camioneta y un hombre pequeño y esbelto se apeó de un brinco y cayó con agilidad sobre la tierra mullida. Tenía el pelo rubio y ralo, vestía un traje caro y lucía una perpetua sonrisa que dejaba

a la vista una nueva serie de implantes.

—Llevamos mucho tiempo dedicándonos a esto —dijo, cualquier acento que pudiera tener no era apreciable, y le tendió la mano a Shaw.

—Todos los nuevos clientes tienen la misma pregunta, pero nunca quedan defraudados. —Señaló la pelota de fútbol rajada—. Es la mejor heroína del mundo, con una pureza garantizada del setenta por ciento incluso después de toda la mierda con que la cortaréis antes de que llegue a las calles de Estados Unidos. Con la mayoría de las heroínas te hacen falta diez kilos para obtener algo más de dos kilos vendibles. Su índice de pureza es del cuarenta por ciento. Eso es una mierda. Eso te cuesta dinero, amigo mío. Con nuestro producto sacarás el doble.

Shaw se imaginó plantado en la cola de demostración de algún producto mientras escuchaba la verborrea del vendedor.

El hombre continuó:

—Y he añadido diez kilos sin cargo adicional. Eso son un millón doscientos mil dólares norteamericanos en la calle. Es sólo para los clientes nuevos, como prueba de nuestra buena fe. Oferta única —añadió con firmeza, aunque sin perder la sonrisa—. Te la vendemos por ocho millones de euros y sacas entre doce y quince por ella en Nueva York, Los Ángeles y Miami. No es un mal margen de beneficio. Y podemos hacerlo cada dos semanas. Dinero fácil.

—Traficar en Norteamérica supone un gran riesgo —señaló Shaw.

El hombre profirió una risilla.

—No es eso lo que tengo entendido. Es como quitar gominolas a los críos, porque todos los norteamericanos son adictos. Maníacos sexuales glotones y gordos. Y ahora que has visto nuestro producto, me gustaría ver tu dinero.

—¿Cómo llevo las pelotas hasta el puerto? —inquirió Shaw, para ganar tiempo.

¿Y si Frank lo había dejado en la estacada? Los tayikos se lo echarían a las ardillas como pienso, los dedos de las manos y de los pies y todos los órganos vitales, uno tras otro.

—Las llevamos hasta el barco nosotros mismos. No se entera nadie. Y ahora, ¿el dinero? —El hombre miró en el interior del Mercedes—. No veo ningún maletín. Ocho millones de euros ocupan mucho, incluso en billetes grandes. —Miró a Shaw con aire inquisitivo—. No aceptamos cheques ni tarjetas de crédito —añadió con un destello de sonrisa, y luego frunció los labios—. ¿Dónde hostias está la pasta?

—La van a traer los míos —dijo Shaw con despreocupación.

—¿Los tuyos? ¿Quiénes? —El hombrecillo miró en torno, el paisaje desolado que los rodeaba.

—Tú tienes a los tuyos, yo tengo a los míos.

—No nos lo advirtieron.

—Venga. ¿Creías que iba a meterme en un coche solo con cuatro tiranosaurios que no conozco de nada y ocho millones de euros quemándome los bolsillos? Si fuera tan idiota, no habría durado ni una semana en el negocio.

El hombrecillo hizo un gesto a sus hombres y emergieron del portaequipajes del Mercedes cuatro ametralladoras MP5. A juzgar por el sonido metálico que oyó Shaw procedente de la camioneta, el conductor también iba armado.

«¿Dónde demonios estás, Frank?».

Katie James reguló sus pequeños binoculares a la vez que se llevaba una mano al pecho para intentar impedir que el corazón le latiera tan fuerte. Había seguido al Mercedes desde el Balmoral. Al haber oído más temprano en la capilla de St. Margaret el punto de destino, había podido adelantar al coche un par de veces a fin de evitar cualquier sospecha antes de quedarse un poco rezagada. Cuando se habían desviado por el camino de grava ella los siguió, y luego dio media vuelta, dando por sentado que no habrían ido muy lejos. Había aparcado el coche tras un recodo en la carretera, continuado a pie, ascendido a un montículo, penetrado en un bosquecillo y tomado posición tras un arcén para otear.

Estaba lo bastante cerca para captar retazos de lo que decían los hombres. El tipo alto del Balmoral era el comprador de la droga. Eso la sorprendió debido al individuo que había visto con él en la capilla. El hombre llevaba un tatuaje que, por lo que sabía Katie, sólo se grababan en la piel los miembros de las Fuerzas Especiales Delta. Pero incluso esos tipos podían desviarse por el mal camino, pensó. Los otros individuos eran vendedores. La droga estaba en el interior de balones de fútbol y estaban hablando de dinero cuando salieron las ametralladoras.

Katie se había planteado utilizar el móvil para llamar a la policía, pero ahora había decidido cambiar de táctica. Con la súbita aparición de las armas, iba a optar por largarse de allí a toda prisa. Había empezado a recular cuando un sonido la dejó de piedra.

Hacia la derecha, en los márgenes de su visión, percibió una especie de oleada negra que atravesaba el bosque. Se lanzó al suelo e intentó amadrigrarse. Cuando las armas empezaron a disparar se esforzó por cavar más hondo aún. Sin embargo, algo, tal vez su instinto periodístico, la impulsó a mirar por los binoculares a tiempo de ver a dos de los traficantes acribillados por fuego de metralleta, sus cuerpos literalmente reventados y sembrados de agujeros inundados en sangre. Se desplomaron muertos sin haber proferido sonido alguno.

Ante la mirada de Katie, el hombre alto se las arregló para arrebatarse la ametralladora a uno de los gigantes y luego, con una destreza que contradecía su corpulencia, lanzarle sendas patadas al estómago y la cabeza del hombretón, derribándolo. Se dio media vuelta y alzó la ametralladora, como si se rindiera, pero al ver que había fuego de metralleta todo en torno, pareció pensárselo mejor.

Los demás traficantes se habían parapetado tras la camioneta. Disparaban contra todo lo que se les pusiera delante, mientras que la oleada que había pasado cerca de Katie lanzaba andanadas de fuego intenso. Y el hombre alto se había visto atrapado justo en medio.

«Está muerto», susurró Katie para sí, aterrada.

Shaw se agazapó detrás del Mercedes en el momento en que otra ráfaga erraba su objetivo por unos centímetros escasos. Los tayikos le disparaban por detrás y sus

propios hombres los imitaban por delante. ¿Acaso había olvidado Frank mencionar al equipo de asalto que tenían que dejar con vida por lo menos a uno?... A él.

Lanzó una ráfaga de ametralladora en dirección a los tayikos y luego se arrastró hasta el asiento delantero del Benz. Puso en marcha el motor y metió primera. Otra andanada de balas a su espalda reventó el parabrisas trasero.

Pisó el acelerador con todas sus fuerzas y el S600 dio un brinco hacia delante, proyectando con las ruedas rociadas de gravilla que alcanzaron la camioneta. Con la MP5 asomando por la ventanilla, vació el cargador contra la camioneta: alcanzó a uno de los tayikos en toda la cara y puso fin a su carrera en el tráfico de droga a escala internacional.

Los disparos repiquetearon por todo el coche como granizo y empezaron a brotar a chorros agua y aceite de debajo del capó. Metió marcha atrás, desanduvo la rodera que había dejado en la grava y giró el volante para que el Benz derrapara e hiciese un brusco cambio de sentido. Dejó atrás el giro de ciento ochenta grados, metió gas con fuerza y se precipitó hacia delante. Alcanzó los ciento cincuenta en la recta y estaba a punto de rebasar los árboles cuando el motor empezó a vomitar humo negro y el coche feneció.

Shaw recorrió con la mirada el interior del vehículo hasta posarla en la Sig de nueve milímetros parcialmente oculta bajo la alfombrilla a los pies del asiento del acompañante. La cogió, abrió la puerta de una patada y echó a correr. Y no fue el único.

Cambió de trayectoria, rodeó el recodo consumiendo trechos del camino a largas zancadas y la alcanzó cuando intentaba montarse en el coche, un Mini Cooper negro.

—¡Suéltame! —gritó ella cuando la cogió por el brazo.

—¡Dame las llaves! —respondió él a voz en grito.

Se las arrebató de los dedos y abrió la puerta del coche para introducir su corpachón en el breve espacio.

—¡Sube! —le gritó, porque se había quedado allí plantada.

—¡No!

—Si te encuentran aquí, van a matarte.

—Querrás decir que vais a matarme. —Fijó la mirada en su arma.

—Si tuviera intención de hacerlo, ya estarías muerta. No me estaría ofreciendo a llevarte.

—A llevarme como rehén, querrás decir.

—A esos tipos les importan una mierda los rehenes. Ahora, sube de una vez.

Ambos alcanzaron a oír algo que se aproximaba a escasa distancia ya.

—¡Es tu última oportunidad! —dijo Shaw en un tono que no dejó lugar a dudas.

La camioneta brotó como una explosión de la hilera de árboles a cincuenta pasos de donde se encontraban. Era la furgoneta con el cargamento y la conducía uno de los enormes tayikos. El hombrecillo de la sonrisa malvada, que no aceptaba tarjetas de crédito ni cheques, iba sentado a su lado. Su mirada los localizó de súbito y su sonrisa

se hizo más intensa conforme bajaba la ventanilla y apuntaba hacia ellos.

—¡Cuidado! —exclamó Shaw.

Sus ojos habían visto lo que los de Katie habían pasado por alto. La cogió por el brazo y la hizo pasar por la ventanilla abierta hasta el interior del coche para luego apretar el acelerador, como si todo formara parte de un mismo movimiento. Un segundo después el punto donde había estado Katie en pie era arrasado por un lanzagranadas.

Shaw empujó a Katie hacia el suelo del vehículo y puso el motor a plena potencia. Cambió de marchas y aceleró mucho más allá del número de revoluciones por minuto previsto por el fabricante. Y aun así tal vez no fuera suficiente.

El fuego de ametralladora les sobrevino por detrás como un enjambre de langostas con aguijones del calibre cincuenta. Volvió a empujar a Katie hacia el suelo cuando ella intentó tomar asiento.

—¡Quédate ahí!

Shaw miró por el retrovisor. Se planteó abandonar el camino y probar suerte a través de los verdes campos. El único problema era que las cunetas eran meros surcos profundos que el Cooper no lograría sortear. Y aunque los sorteara, el terreno era tan abrupto que sólo un vehículo con tracción en las cuatro ruedas hubiera podido aventurarse por allí.

El Cooper era mucho más ágil que la camioneta, pero en carreteras rectas Shaw no podría zafarse del alcance de otro ataque con lanzagranadas. Esperaba recibir un pepinazo en todo el trasero en cualquier momento. Le pareció que alcanzaba a ver la enorme dentadura del tayiko bajito al sonreír, pensando sin duda que tenía la sartén por el mango. Y así era, aunque eso estaba a punto de cambiar.

—¡Agárrate! —le gritó Shaw a Katie. Dio un volantazo, hizo otro giro de ciento ochenta grados y apretó el acelerador hasta el suelo. Ahora iban lanzados como un cohete en dirección a la camioneta.

Katie se irguió justo a tiempo para verlo.

—¿Qué demonios haces? —chilló.

Faltaban cinco segundos para que tocara a su fin el desafío en carretera al abalanzarse la enorme camioneta y el utilitario uno contra otro. Katie cerró los ojos y se aferró al salpicadero.

Conforme los faros se acercaban, los tayikos se miraron, al parecer incapaces de creer lo que estaba ocurriendo. Si chocaban con el coche, la camioneta podía quedar fuera de combate, y con sus perseguidores al acecho bosque a través, les hacía falta un vehículo de huida.

Y por eso exactamente había enfilado Shaw su coche contra ellos.

El corpulento tayiko dio un volantazo hacia la izquierda. Sería su última maniobra de evasión en carretera.

La pistola de Shaw abrió fuego y aparecieron tres agujeros de bala en el costado del conductor de la camioneta. La sonrisa del hombrecillo desapareció junto con la

vida de su conductor. Shaw desvió el coche de súbito hacia la derecha y pasó rozando la camioneta; las ruedas del Cooper dejaron una rodera de un par de centímetros de ancho en la parte superior del arcén de tierra antes de recuperar la tracción y seguir adelante a la carrera.

La camioneta sin conductor continuó unos ciento cincuenta metros, se salió de la carretera, chocó contra la irregular cuneta, abrió una cuña de tierra y hierba y volcó sobre un lado.

Sólo entonces abrió los ojos Katie James.

Cuando estaban a unos quince kilómetros de donde deberían de haber muerto, Shaw aminoró la velocidad del Mini, bajó la ventanilla y respiró hondo. Había estado muy cerca de palmarla, incluso para él.

Por primera vez Katie reparó en la mancha roja junto al hombro de Shaw.

—¡Te han alcanzado!

Él miró la herida con escaso interés mientras su mente repasaba desbocada lo que acababa de ocurrir.

—No es más que un rasguño, la bala no ha entrado.

—Mira, si me dejas ir te prometo que no diré nada.

—Ves demasiadas pelis.

—¿Quieres decir que me vas a dejar ir sin más ni más?

—Bueno, te aseguro que no me apetece pasar el rato contigo, maldita sea.

—¿Quiénes eran todos esos hombres de negro disparando?

—Te he dado un garbeo en coche, no voy a prestar testimonio también.

Katie lo miró con curiosidad.

—Tú no eres traficante, ¿verdad?

—Has conocido a muchos, ¿eh?

—Pues sí, lo cierto es que sí.

—¿Qué estabas haciendo ahí, por cierto? —Shaw adoptó un semblante adusto al reconocerla de pronto—. Me he topado contigo en el Balmoral. Y estabas en el velero. ¡Has estado siguiéndome! —La agarró por el hombro—. ¿Por qué? ¿Quién te ha encargado que me sigas?

Ella le cogió la mano.

—Me estás haciendo daño. Por favor.

Con un último apretón, Shaw terminó por soltarla.

—¿Qué hacías ahí?

—Ha sido una coincidencia.

—Las mentiras me molestan mucho.

—Vale, vale, te comportabas de una manera sospechosa y te he seguido.

—¿Por qué? ¿Eres poli?

—No. Soy... soy periodista.

—¿Periodista? ¿Tras la pista de traficantes de droga en Escocia?

—No, yo...

—Dime la verdad o es posible que cambie de idea respecto a dejarte ir.

—Estaba en Escocia haciendo un artículo especial sobre la muerte de Andrew McDougal —dijo atropelladamente.

—¿Para qué periódico?

—El *New York Tribune*.

Shaw vaciló y luego dijo:

—¿Eres Katie James?

—¿Cómo lo sabías?

—Leí la necrológica de McDougal. Llevaba tu pie de autora. Pero McDougal murió en Glasgow, ¿qué estás haciendo en Edimburgo?

—De vacaciones. Los periodistas disfrutamos de ellas de vez en cuando.

—¿Meter las narices en asuntos que no te conciernen forma parte de tus planes para las vacaciones?

—Ojalá no fuera así.

—Supongo que la cagaste de alguna manera para acabar en la página de obituarios antes de cumplir los setenta.

—Vete al infierno.

—Ya he estado en el infierno. Es tan chungo como cree la gente —dijo Shaw.

Y lo dijo en un tono tan prosaico que la curtida periodista no pudo por menos de sopesarlo con la mirada antes de tartamudear:

—¿A qué te refieres?

—Si tienes que preguntarlo, entonces no entenderías la respuesta.

En realidad, Katie estaba convencida de saber exactamente a qué se refería, pero prefirió no decir nada. Continuaron su camino en silencio y treinta minutos después el Cooper se detenía al lado del Balmoral.

Shaw se volvió hacia Katie.

—Muy bien, ahora lárgate de la ciudad lo antes posible.

—¿Y tú, qué? Te disparaban a ti.

—Sé cuidar de mí mismo.

Ella alargó el brazo y le tomó la mano cuando Shaw iba a apearse.

—¿Cómo te llamas?

—He seguido tu trabajo a lo largo de los años, así que sé que no eres tan estúpida.

—¿Puedes decirme al menos qué ha ocurrido ahí atrás? —dijo Katie y Shaw titubeó—. No voy a escribir el reportaje, si es lo que piensas. No sé lo suficiente para escribirlo.

—Si escribes un artículo, echarás por tierra un montón de trabajo duro y ayudarás a los malos.

—Nunca me ha ido eso de ayudar a los malos.

Shaw hizo una pausa, observándola con atención.

—Era una transacción de droga. Intentamos evitar que la pasta llegue a manos de terroristas. Bueno, ahora ya lo sabes todo.

—Los buenos no abren fuego de esa manera.

—Lo sé —reconoció Shaw—. No entiendo por qué han empezado a disparar.

Su sinceridad hizo que se desvaneciera la mayor parte de las dudas de Katie, que añadió en tono cauto:

—Pero entonces ¿por qué disparaban contra ti los tuyos?

—Eso es exactamente lo que voy a averiguar. —Le dirigió una mirada penetrante

—. Y lárgate de Edimburgo. Has sobrevivido esta noche. Sería una pena desperdiciarlo.

En cuestión de segundos, Shaw había desaparecido.

Katie se recostó en el cuero del Mini. Había visto muchas muertes a lo largo de su carrera, situaciones desgarradoras que nunca se superaban del todo. Pero lo de esta tarde había tenido un no sé qué... Y nunca había conocido a nadie como ese hombre.

¿Lo que le había contado era un embuste de cabo a rabo? Como periodista veterana, a menudo se encontraba con que así era. Pero la había dejado marchar. Y le había salvado la vida. Cayó en la cuenta, no sin cierto pesar, de que ni siquiera le había dado las gracias. De no ser por él, ahora sería un montón de pedazos de carne dispersos por Escocia.

Katie recogió el bolso del asiento trasero y sacó libreta y bolígrafo. Antes de pasarse a periodismo, había seguido cursos de arte en la universidad. Abrió la libreta y esbozó un retrato de Shaw. Luego tomó unas notas.

Hablaba consigo misma mientras escribía.

«Pelo moreno, en torno a un metro noventa, algo más de cien kilos, los hombros del tamaño de Nebraska. Unos ojos azules asombrosos». Bajó el bolígrafo. ¿Unos ojos azules asombrosos? ¿De dónde había salido eso?

Daba igual. Las probabilidades de que volviera a verlo...

Se pasó al asiento del conductor, enfiló una callejuela, aparcó el coche y volvió a entrar en el Balmoral por la puerta de servicio.

Shaw no se molestó en recoger la ropa del hotel. Había dejado sus pocos efectos personales en la consigna de la estación de tren. Llamó a Frank en cuanto estuvo lo bastante alejado del hotel para sentirse a salvo. El hombre esperó hasta el cuarto tono para contestar.

—¿A qué demonios estás jugando? —le espetó Shaw por el auricular.

—Deberías estar celebrando otra misión terminada con éxito. Hemos recuperado la droga, los malos no se han llevado la pasta y hemos dejado con vida a un tipo que está cantando como un canario en estos mismos instantes. Yo ya he descorchado una botella de champán.

—Tus muchachos abrieron fuego sin que mediara provocación.

—¡Vaya! ¿De veras?

—Sí, de veras. ¿Qué ha pasado con eso de tenéis derecho a guardar silencio y conservar la sangre en las venas?

—Bueno, nos hemos cargado a unos cuantos tayikos, ¿y qué? ¿Sabes lo que son capaces de comer esos capullos? Y yo ya voy muy justo de presupuesto.

—Y tus chicos también me disparaban a mí.

—Entonces tal vez deberías prestar atención.

—¿Prestar atención a qué?

—No nos gusta que la gente se retire, Shaw. Te vas cuando te digamos que puedes irte, si alguna vez te lo decimos.

—Según mi trato...

—Tu trato es una mierda. Tu trato siempre ha sido una mierda, pero nunca has querido afrontarlo. Bueno, esta noche has recibido un toque de atención, amigo mío. El único que recibirás. Es posible que la próxima vez no fallen. Y considérate afortunado. Ah, por cierto, las órdenes para Heidelberg te esperan en el aeropuerto. Vuelo chárter, despegas dentro de dos horas. Un hombre se reunirá contigo en la entrada principal del aeropuerto. Mientras tanto, disfruta del resto de tu velada en la preciosa Escocia.

Frank puso fin a la llamada y Shaw sencillamente se quedó plantado en Princes Street en medio de la antiquísima ciudad de Edimburgo con miles de personas en torno.

Nunca se había sentido más solo.

Katie sacó una libreta en blanco del bolso, metió algo en su interior y entró en el vestíbulo del Balmoral. El recepcionista de guardia era un joven alto y esbelto. Katie se llegó hasta él a zancadas decididas y le tendió la libreta.

—Se le ha caído esto a un hombre en el vestíbulo. No lleva nombre, pero es posible que se aloje en el hotel. Se ha subido a un taxi antes de que pudiera

alcanzarlo. —Describió a Shaw con detalle.

—Sí, se aloja aquí, señora —dijo el muchacho escocés—. Un tal señor Shaw. Voy a dejarlo en su casillero.

Katie le vio poner la libreta en el casillero de la habitación 505. Cuando el recepcionista se volvió de nuevo, ella ya había desaparecido.

«Dios bendiga a los escoceses», pensó. Si hubiera probado ese truco en Nueva York, le habrían tirado la libreta a la cara, la habrían reducido por la fuerza y después habrían llamado a la poli.

Aguardó durante dos horas en el vestíbulo, desviando fugazmente la mirada hacia la recepción de vez en cuando mientras tomaba una Coca y se mordía las uñas hasta hacerse sangre. Se sentó más erguida cuando el joven escocés cedió su puesto a una mujer de mediana edad a la que Katie no había visto nunca. En cuanto el muchacho se perdió de vista, Katie se acercó a la recepción.

—Me alojo en la 505 con mi prometido —empezó—. Le he dado mi llave cuando él ha perdido la suya, pero tenía que dejarla en un libro a mi nombre para que yo pudiera entrar en la habitación.

La mujer volvió la vista hacia la pared de casilleros a su espalda, alargó la mano hacia el de la 505 y sacó el «libro».

—¿Ésta? —preguntó.

Katie asintió y la tomó de su mano. Hojeó la libreta y tuvo buen cuidado de dejar que el objeto que ella misma había colocado cayera encima de la mesa de recepción. La mujer lo recogió: era el carné de conducir norteamericano de Katie. La mujer miró la foto y luego a Katie, quien dijo:

—Lo he estado buscando por todas partes. Debe de haberlo encontrado en la habitación y lo ha puesto aquí para que lo viera.

—¿Y dónde está su prometido? —preguntó la mujer con bastante amabilidad, aunque también con el tono de una persona que tenía un trabajo que hacer y la intención de cumplir con él.

—En Glasgow. —Fue pasando las páginas—. Volverá mañana, pero no me ha dejado la llave. ¿Cómo puedo entrar en la habitación?

—¿Ha probado a llamarlo?

—Sí, no responde. A veces la cobertura no es muy buena.

—Y que lo diga —coincidió la mujer con efusividad.

Volvió a mirar de soslayo el carné de conducir y la libreta.

—Bueno, no podemos permitir que nuestros huéspedes duerman en la calle, ¿verdad?

Sacó una llave de reserva del casillero y se la pasó junto con la libreta y el carné a Katie, quien miró la plaquita con el nombre de la recepcionista.

—Sara, no sé cómo agradecerse. Aún me parece increíble que haya olvidado dejarme la maldita llave.

—Llevo veintiséis años casada con mi Dennis y el pobre es incapaz de recordar

fechas, cumpleaños, aniversarios o, a veces, los nombres de sus cinco hijos. De manera que si lo único que olvida su hombre son las llaves, yo seguiría adelante con el matrimonio y me daría por afortunada, señora.

Katie se dirigió al ascensor.

Un minuto después abrió la puerta de la 505. Había visto a Shaw marcharse del Balmoral, así que podía tener la razonable seguridad de que no estaba en el edificio. Aun así, se dijo que sólo disponía de diez minutos para husmear en la habitación.

Nueve minutos más tarde había escudriñado hasta el último centímetro cuadrado de la habitación y las pocas pertenencias que había dejado atrás el hombre, y el resultado era un cero patatero. Bueno, no exactamente. En el bolsillo de una americana había encontrado el recibo de un libro adquirido en Dublín, pero eso no le servía de gran ayuda.

Recorrió el perímetro de la habitación y se detuvo junto a la mesa, paseando la mirada por los objetos que había encima, todos propiedad del hotel. Fue entonces cuando lo vio. Tomó asiento y se acercó el bloc de papel, cogió un lapicero del soporte y pasó con sumo cuidado la punta por encima a modo de pincel. Un nombre fue emergiendo lentamente del papel blanco donde Shaw lo había dejado grabado ejerciendo tanta presión que había quedado impreso en la página inferior a la arrancada, un error de principiante, cometido mientras estaba preocupado por Anna.

«Anna Fischer», dijo Katie. El nombre no era poco común, pero por alguna razón a Katie le pareció reconocerlo.

Y entonces algo encajó en su memoria. Miró el recibo encontrado en el bolsillo de la americana.

«Análisis histórico de los estados policiales», leyó. Una vez más, algo estaba tomando forma en su mente.

Salió de la habitación y llamó al número de teléfono de la librería que figuraba en el recibo. No esperaba que contestasen a esas horas, pero se puso al aparato una mujer. Katie le preguntó si tenían ese libro. Así era, le informaron, pero sólo disponían de un ejemplar.

—¿Y el nombre del autor? —preguntó—. No consigo acordarme.

—Anna Fischer —respondió la mujer.

Anna Fischer caminaba a paso lento por las calles de Westminster, en Londres. Muchos turistas tendían a congregarse en esa zona de la ciudad, alargando el cuello para atisbar aunque fuera de pasada a la reina o a cualquier otro miembro de la familia real en el palacio de Buckingham, o ver en la famosa abadía las tumbas de monarcas muertos mucho tiempo atrás. El distrito teatral del West End también estaba próximo, así como Lord Nelson, con aspecto pensativo en Trafalgar Square encima de la inmensa columna de granito, pese a que los pájaros le cagaban en la cabeza.

Entró en St. James Park, cruzándose con niñeras extranjeras y mamás británicas que empujaban cochecitos y disfrutaban de un garbeo vespertino bajo cielos despejados. Semejante tiempo no abundaba especialmente en la isleta en medio del gran océano, de manera que los londinenses se apresuraban a sacar partido del sol cuando se les presentaba la oportunidad.

Anna siguió caminando a paso lento, dejó atrás la escalinata del rey Carlos y luego se detuvo y contempló Duck Island en mitad del lago de St. James Park. Allí optó por tomar asiento, con la falda recogida en torno a sus largas piernas.

¿Se había pasado de dura con Shaw? Una parte de ella lo creía así, pero otra parte se mantenía firme con un estrepitoso «¡No!». El matrimonio, al menos para Anna, era un compromiso de por vida. Sí, debería haberlo dejado bien claro antes, pero ahora que Shaw se le había declarado oficialmente, el asunto había adquirido mayor urgencia. Él tenía que verlo, y si no lo veía, bueno, tal vez sería mejor que no siguieran juntos.

Había tenido otros pretendientes a lo largo de su vida, hombres cultos y elocuentes que ocupaban cargos importantes en el mundo o habían amasado una riqueza considerable. Ninguno de ellos, no le quedaba más remedio que reconocerlo, ni uno solo de ellos, había provocado en ella emociones tan tiernas y hondas como las que le producía Shaw. Sin embargo, ¿sería capaz siquiera de ir a Durlach a ver a sus padres?

Se levantó y tomó asiento en un banco del parque. A su lado había un periódico que alguien se había dejado atrás. Lo recogió y vio que el *Guardian* estaba exprimiendo a base de bien la historia de la Rusia malvada. El titular lo decía todo: «¿El regreso de la amenaza roja?».

Y agencias de noticias de primer orden y líderes globales selectos acababan de recibir algo denominado «Memorando de tragedias». La rudimentaria presentación y las fotos de grano grueso de rusos supuestamente asesinados, sus trágicas historias escritas en un lenguaje sencillo, poseían una intensidad que no habría inspirado un lanzamiento de lujo de un millón de ejemplares. Anna frunció el ceño conforme iba leyendo el contenido del artículo. Digería buena parte de lo que ya se sabía y luego abundaba en ello. Era como ese juego en el que se le susurra una historia al oído a

alguien de un grupo y luego se va siguiendo la cadena y se comprueba hasta qué punto ha cambiado la historia al salir de los labios de la última persona. Y sin embargo el asesinato de Sergei Petrov, con la palabra rusa que significa traidor grabada en la frente, había sido prueba casi concluyente de la culpabilidad de Gorshkov, al menos a los ojos de la prensa occidental.

El presidente ruso había puesto sus fuerzas armadas en plena alerta mientras estallaban manifestaciones por todo el país. Daba la impresión de que aquel lugar iba a implosionar. Anna había oído incluso rumores, a través de sus antiguos colegas en Naciones Unidas, de que si la «amenaza roja» no daba pronto explicaciones que dejaran a Gorshkov en buen lugar, el asiento de Rusia en el Consejo de Seguridad corría peligro. Konstantin se estaba vengando por lo que les había ocurrido a él y a su familia, fuera lo que fuese.

Sin embargo, ¿se había molestado alguien en verificarlo? A diferencia de otras personas que podían albergar esas mismas dudas, Anna disponía de medios para intentar obtener respuestas. Tal vez para olvidarse de sus problemas personales, decidió hacer algo al respecto de inmediato.

Se fue a pie hasta su despacho, un edificio de piedra caliza con 175 años de antigüedad anidado en una tranquila calle sin salida cerca de Buckingham Gate. Los edificios a ambos lados del suyo estaban desocupados, aunque su renovación estaba prevista para dentro de unos seis meses. Disfrutaría de la paz y la soledad por el momento hasta que la devastaran los martillos neumáticos y el ruido de las sierras. El olor a pintura fresca impregnaba el aire. Su edificio acababa de ser remozado, lo que conllevaba una mano de pintura en todas las puertas y ventanas.

Abrió la gruesa puerta principal en la que una placa chapada en oro anunciaba el nombre de la firma: Phoenix Group Limited. Cuando entró a trabajar allí, Anna había sido informada de que la empresa estaba financiada por un caballero muy rico y solitario nacido en Estados Unidos, en Arizona concretamente. Era un individuo tan celoso de su intimidad que nadie de los que trabajaban en Phoenix Group conocía siquiera el nombre de su benefactor. Tampoco los visitaba nunca. No obstante, recibían comunicados suyos de vez en cuando y palabras de aliento respecto de su importante tarea. Y representantes de ese hombre habían viajado desde Estados Unidos para conocerlos y responder sus preguntas. El propietario le había sido descrito a Anna como un intelectual interesado en las vastas cuestiones que seguían turbando a la humanidad. Y pagaba a gente como Anna para que las dilucidase. Fuera quien fuese, daba a Anna y los demás vía libre para ahondar en sus pasiones. Quedaban ya pocos empleos que ofrecieran semejante libertad. Era el trabajo más estimulante que había hecho Anna en su vida. Claro que ojalá fuera capaz de tener en tan buena forma su vida personal.

Cerró la puerta a su espalda y se dirigió escaleras arriba. Su atestado despacho estaba al final del pasillo en la planta superior. Pasó por delante de otros despachos, todos vacíos salvo uno cerca del suyo donde un colega, Avery Chisholm, un viejo y

arisco académico, trabajaba a destajo en un proyecto, con un círculo de cabello blanco descollando apenas por encima de los montones de libros delante de él. Levantó una mano en respuesta al saludo de Anna y ella siguió su camino a paso ligero.

Se acomodó delante de su amplia mesa llena a rebosar de libros y pilas de documentos. Su trabajo consistía en encontrarle sentido al mundo, centrándose cada vez en uno de sus complejos factores. Ella y sus colegas escribían un informe tras otro, publicaban un libro tras otro, daban una conferencia tras otra en la que exponían análisis detallados y precisos que deberían haber sido atesorados por líderes gubernamentales y empresariales desde Estados Unidos hasta Japón. Sin embargo, era penosamente consciente de que apenas nadie en cargos de poder se molestaba en leerlos.

Se conectó a la Red y entró en algunos canales de chat. Cada vez que planteaba cualquier duda acerca de la culpabilidad de los rusos o el «auténtico» origen de la «amenaza roja», la atacaban por todos los flancos y la gente ponía en tela de juicio su fe religiosa y su patriotismo, aunque no sabían si tenía creencias religiosas ni de qué país era. También la tildaban de lameculos de Gorshkov, traidora a la humanidad y zorrón de tomo y lomo.

Se retiró de ese mundo y amplió su búsqueda hasta centrarse en un oscuro bloguero en una lejana galaxia del ciberespacio que planteaba preguntas y dudas similares a las suyas. Le envió un correo detallado con la esperanza de que le respondiera pronto.

Le respondería, pero no como siquiera podría haber llegado a imaginar.

Anna Fischer era una mujer extraordinariamente inteligente con multitud de titulaciones de universidades de categoría mundial. No obstante, había cometido un error crítico. En su defensa, era imposible que hubiera podido saber que se trataba de un error. Sin embargo, suelen ser precisamente esa clase de errores los que vuelven a la cabeza para acecharnos.

El bloguero a quien había enviado un correo con sus propias dudas no era quien parecía ser. Ni siquiera era una persona. En esencia era humo y espejos digitales.

Dick Pender y los suyos habían estado supervisando lo que acontecía en varios miles de canales de chat del mundo entero. El fuego racheado de réplicas agudas, que avanzaba un kilobyte tras otro por sus inmensas pantallas de ordenador, no tenía parangón con nada que hubiera llegado a inspirar la angustia de las columnas de la prensa británica de finales del siglo XIX. La «amenaza roja» era naturalmente el tema que tenía en mente todo el mundo, y Pender sonreía mientras contabilizaba a los que estaban convencidos de que los rusos estaban detrás de todo frente a quienes no estaban seguros. La cuenta total se decantaba casi en un noventa y ocho por ciento a su favor.

Observó con regocijo que en cuanto alguien decía algo en contra de la «verdad» que él había establecido, era electrónicamente arrollado por una multitud de participantes en el chat. En miles de canales de discusión, Pender colgaba respuestas escritas de antemano que aportaban un hecho tras otro, en realidad sin dato probado alguno, y sonreía burlón al ser aclamado como héroe y portavoz de suprema sabiduría por las hordas de los canales de chat.

Dios, qué fácil era apoyar una postura popular, por muy equivocada que estuviera, pensó Pender. No requería ningún alarde de valentía.

Poco después la sonrisa de Pender se hizo más amplia incluso. Acababa de echar un vistazo a lo que denominaba sus trampas para osos en línea. Una de ellas era el bloguero al que Anna había enviado sus dudas. El equipo de Pender la había tendido, al igual que otras similares, para calibrar el interés de cualquier persona con la sospecha de que la campaña de la «amenaza roja» era un camelo. Era esencial saber si había una oleada inversa de recelo sobre la veracidad de la «amenaza roja».

En el caso de que Pender detectara movimientos semejantes, disponía de numerosas estrategias a su alcance para disiparlos. Una de sus preferidas consistía en crear un acontecimiento atroz que desviara la atención de todo el mundo respecto de un asunto problemático.

A lo largo de los años, había sido contratado para ello con muy poco tiempo de antelación por gobiernos en Washington, Londres, París, Pekín y Tokio. Por lo general la necesidad se presentaba en torno a períodos electorales, escándalos, guerras y enfrentamientos presupuestarios.

No mucha gente había enviado correos a las páginas web espías. Por lo visto, la amplia mayoría del mundo había aceptado con fe ciega que todo lo que se estaba diciendo acerca de los rusos era cierto. La mayoría de las personas no tenía ningún problema con ser borregos toda su vida, y eso le iba de maravilla al negocio de Pender. Como es natural, había algunos que querían saberlo todo acerca del C.I.R. y estaban profundizando mucho para llegar hasta allí. Por tanto, Pender les estaba dando migajas para saciar su apetito. En el fondo, no era difícil llevarles ventaja. Mientras que los medios tenían muchos reportajes y frentes que cubrir, Pender sólo tenía un asunto del que preocuparse: Nicolás Creel. A esa técnica Pender se refería como «acomparar el grifo», abrir y cerrar el grifo de la información en los momentos óptimos. Tenía a los medios de comunicación justo donde los quería: en un estado puramente de reacción.

El número limitado de gente que había hecho indagaciones en las páginas web infiltradas ya había sido supervisado por los hombres de Pender, quienes lo habían considerado poco digno de atención.

A diferencia de los canales de chat básicos, había que buscar con ahínco para dar con estas trampas para osos en línea. Eso suponía llevar a cabo un esfuerzo más tenaz del que serían capaces de acometer la mayoría de los participantes esporádicos en los foros. Pender no tenía ni idea de quién era Anna Fischer, pero el nombre en la dirección de su web lo intrigó.

«Phoenix Group», dijo para sí mientras tomaba asiento a su mesa en el centro de mando. Ya había rastreado electrónicamente el origen geográfico del mensaje. Phoenix Group estaba radicado en Londres. Tenía sobre su mesa un expediente elaborado sin pérdida de tiempo. Phoenix Group era un grupo de expertos ubicado en Westminster, cerca del palacio de Buckingham; el verdadero y concreto propietario de la institución era anónimo.

Pender tenía cantidad de cosas en la cabeza. El *Wall Street Journal* iba a publicar en breve un artículo que arrojaría ciertas dudas sobre las decenas de miles de rusos muertos. Pender conocía al periodista encargado del reportaje. Era buen profesional pero un poquito perezoso y tenía reputación de no continuar con los reportajes si las cosas se ponían difíciles o su punto de vista no conseguía popularidad entre los lectores.

Pender dio instrucciones a su personal de que colgaran en la Red cuatro artículos en los que quedase claramente implícito que si el pasado de algunos fallecidos rusos podía ser incorrecto era debido a que los archivos del gobierno contenían gazapos, lo que no debía diluir en modo alguno la importancia de tan indiscutible holocausto contra el pueblo ruso. Hacerlo equivalía a mancillar el recuerdo de los asesinados. Pender también lo organizaría todo para que varios «expertos» apareciesen en programas nacionales de televisión y remacharan esta opinión con toda la contundencia posible.

Pender estaba seguro de que el periodista del *Journal*, que no querría ser tachado

de cínico y cerdo partidario de dictadores, no volvería a tocar la noticia. También se había enterado de que la BBC iba a hacer un reportaje al respecto pero la productora no estaba segura del enfoque a adoptar. Pender hizo que enviaran a la agobiada productora una nota anónima y tres artículos «publicados» por sus negros en los que se facilitaba a la mujer un enfoque de lo más inspirado para su programa que además encajaba a la perfección con los objetivos de Pender y Creel. Ya tenía ganas de ver el reportaje.

Aun así, Pender supo de manera instintiva que ese «PhoenixGroup» podía ser precisamente aquello a lo que Creel le había dado instrucciones de que se mantuviera atento. De ahí que remitiera electrónicamente toda la información a su cliente.

Pender volvió a centrarse en lo que mejor hacía: vender la verdad a un mundo crédulo.

No se había inventado juego más estimulante.

Nicolás Creel estaba sentado en la lujosa sala de cine en su finca de la Rivera viendo el final de *Salvar al soldado Ryan*. Le encantaba esa película, no debido a las excelentes interpretaciones ni a los mensajes morales inherentes a la clásica historia bélica. No, le encantaba ver el mundo en guerra porque daba un aire sumamente noble a la muerte.

Creel había hecho su fortuna a fuerza de construir y vender máquinas capaces de matar a miles, incluso a millones de personas, y sin embargo, era un hombre pacífico. Nunca le había pegado a nadie espoleado por la furia; ni siquiera había disparado nunca un arma de ninguna clase. Detestaba la violencia. Ganaba la mayor parte de su dinero mientras el mundo estaba en paz, si bien en una clase determinada de paz. En realidad no era más que una sensación de paz entreverada del miedo a que en cualquier momento estallara la guerra. Para Creel, la paz basada sobre un terror indefinible era la mejor de todas.

A Creel también le encantaba *Salvar al soldado Ryan* por otra razón. La Segunda Guerra Mundial era el conflicto clásico entre el mal y el bien, una guerra noble que había permitido a una meritoria generación de norteamericanos cumplir con su destino y convertirse en la generación «más grande». Tanto si el mundo era consciente de ello como si no, ahora estaba teniendo lugar un conflicto semejante. Y Creel estaba emplazando a confiados agentes globales a ponerse a la altura de las circunstancias, a aplastar el mal y convertir el mundo en un lugar más seguro de lo que venía siendo durante décadas. A corto plazo, resultaría un tanto agitado, desde luego, pero siempre había bajas. A la larga todo merecería la pena.

Se levantó, fue al dormitorio y le dio un piquito en la mejilla a miss Buenorra, que yacía desmayada en la cama después de haberle hecho su servicio habitual.

Ya mientras la miraba supo que lo suyo estaba tocando a su fin. A la Buenorra le gustaba la riqueza recién adquirida, el estatus social y también darle a la botella más de lo debido. Gritaba a los criados por costumbre, se daba aires que no le correspondían ni de lejos y se las arreglaba para aterrorizar a los hijos mayores de Creel de matrimonios anteriores cada vez que iban de visita, lo que no era necesariamente malo, pues Creel no adoraba en exceso a ninguno de sus hijos. Aun así, los arrebatos de ira podían llegar a ser incómodos.

De hecho, su querida mujer podía ser la viva imagen de la inseguridad. Apenas poseía una educación de enseñanza media embutida en un caparazón de supermodelo. Aun así, cuando la vio lucir palmito en aquella pasarela en Nueva York, supo que debía ser suya, porque todos los demás la deseaban con desesperación. Creel siempre quería ser el primero.

Como tenía por costumbre todas las noches, fue a su despacho a trabajar. El espacio probablemente no era tan grande como hubiera cabido esperar de un hombre con su riqueza, pero resultaba eficiente. Tomó asiento a su mesa, encendió el

ordenador y vio el correo y los ficheros adjuntos de Pender.

Los leyó a conciencia y despertaron su interés de manera notable.

¿Phoenix Group? No le sonaba de nada.

Hizo una llamada para pedir algo concreto: «Averiguad exactamente quién está detrás de Phoenix Group, un grupo de expertos con sede en Londres, y hacedlo tan rápido como sea posible».

Todos los instintos que poseía Creel le decían que aquélla podía ser otra de las piezas que necesitaba para completar su grandioso puzle. Tal vez le hiciera falta un poco de suerte, pero incluso los mercaderes de la muerte multimillonarios tenían derecho a la buena fortuna en ocasiones.

Varias horas después se hizo realidad su deseo. Su equipo era muy bueno. Se habían abierto paso a través de varias tapaderas levantadas para ocultar quién era el auténtico propietario de Phoenix Group. Y cuando la gente se tomaba tantas molestias para engañar, por lo general había una buena razón. Ahora apenas podía dar crédito a su buena suerte.

La propiedad de Phoenix Group no tenía vínculos con Arizona. Se creía que el «fénix» era en buena medida de origen egipcio, pero también procedía de otra parte del mundo, de aquella antigua Tierra que simbolizaba el poder proveniente de los cielos. También representaba la lealtad y la honestidad. No podría haber sido más perfecto.

Tomó el auricular y dijo: «Mantened el edificio de Phoenix Group bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. Y quiero expedientes exhaustivos sobre todos los que trabajan allí. Y los planos de todos los rincones y grietas del edificio. No hay detalle demasiado insignificante».

Creel llamó luego a Caesar. Casi había llegado el momento de que sus «botas sobre el terreno» pasaran a la acción.

Shaw estaba dentro del castillo de Heidelberg delante del tonel de madera más grande en la historia de la humanidad. Había tomado un avión de Edimburgo a Francfort la víspera por la noche he ido en coche hasta Heidelberg esa misma mañana. Su misión esta vez era relativamente fácil: pasar unos documentos a otro hombre para que siguieran la cadena.

Tras llevar a cabo su encargo, debía ir a ver a los padres de Anna en su librería en Durlach. ¿Aún debía ir? Frank había dejado claro que la esclavitud de Shaw no iba a tocar a su fin en el futuro próximo. De hecho, tal vez sólo acabara cuando terminase la vida de Shaw. De manera que ¿qué razón tenía para ir a Durlach? No podía casarse con Anna y seguir trabajando para Frank. No debería haberle pedido que se casara con él. Ahora que lo había hecho, debería desaparecer de su vida para que algún otro tuviera oportunidad de darle lo que no podía darle él.

Esa sería la actitud más noble y desinteresada, y sin embargo, Shaw no se sentía en absoluto noble ni desinteresado. No quería perder a Anna. No podía perder a Anna. Iría a Durlach y tal vez por el camino se le ocurriera milagrosamente alguna manera de escapar de esa pesadilla.

Los documentos cambiaron de manos media hora después, tras estar a punto de producirse un fallo técnico con un joven que tenía toda la pinta de un universitario norteamericano, incluida la gorra de béisbol de los Red Sox, los vaqueros desastrados y las zapatillas de deporte Nike.

Shaw continuó con su papel de turista tomando fotos de la vieja fortaleza y sus terrenos e informándose sobre la historia del castillo más antiguo de Alemania y sus muros de siete metros de grosor. Cuando vio que podía irse sin peligro, prácticamente descendió la colina a la carrera hasta su coche de alquiler y se fue camino de Durlach.

Pasó por las afueras de Karlsruhe en el trayecto hacia Durlach. Tal como había dicho Anna, la librería, ubicada en la calle principal que atravesaba la pintoresca población, no tenía pérdida.

Natasha Fischer salió a la puerta a recibirlo. La madre tenía buena parte de la altura y el atractivo de su hija. Sea como fuere, mientras que Anna era habladora y extrovertida, la madre era reservada y no lo miró a los ojos cuando se presentó.

La librería era pequeña pero las estanterías tenían buenos armazones de pino añejo y nogal oscuro. Había una escalera corrediza apoyada en una pared de volúmenes antiguos, y frente a otra había una mesa de gran tamaño cubierta de documentos a la que estaba sentado un hombre más grande incluso que Shaw. Wolfgang Fischer se levantó y le tendió la mano. Anna los había puesto al tanto de su llegada. Natasha colocó el cartel de «Cerrado» en la puerta y pasó el pestillo. Luego siguió a su marido y a Shaw por una puerta que daba al piso anexo, en el que vivían.

Al igual que la librería, estaba decorado de una manera pulcra y agradable, con abundantes fotografías de Anna desde que era niña hasta la edad adulta. Mientras Natasha hacía el té, Wolfgang sacó una botellita de ginebra de una alacena.

—Un acontecimiento así exige algo más fuerte que té, ¿eh? —dijo Wolfgang en inglés, si bien con un fuerte acento alemán, que Shaw no tuvo dificultades para entender. Wolfgang sirvió las copas, se sentó y miró con expectación a Shaw, que se apoyaba nervioso en una repisa de madera toscamente labrada.

—Anna nos ha hablado mucho de ti —comenzó Wolfgang en tono atento.

Natasha regresó con el té y unas pastas en una bandeja. Lanzó una mirada de desaprobación al vaso de ginebra en la mano de su marido.

—Aún no son las cuatro —dijo en tono de reproche.

Su marido sonrió.

—Shaw estaba a punto de decir algo.

Natasha se sentó y sirvió el té, aunque sin dejar de lanzar miradas inquietas a su visita.

Shaw notó que la transpiración le humedecía las axilas. No sudaba prácticamente nunca por causa de los nervios, ni siquiera cuando alguien disparaba contra él. Se sentía como un colegial en su primera cita. Tenía la boca seca; era como si las piernas no lo sostuvieran.

—He venido a preguntarles una cosa —dijo por fin, al tiempo que se sentaba delante de ellos.

«Más vale que lo diga de una vez». Miró directamente al padre:

—¿Le supondría algún problema que me casara con su hija?

Wolfgang miró de soslayo a su mujer, sus labios combados en una sonrisa. Natasha se enjugó los ojos con una servilleta para el té.

Wolfgang se puso en pie de un brinco, hizo levantar a Shaw y le dio un abrazo de oso tan fuerte que le dolieron las costillas. Entre risas, Wolfgang dijo con voz atronadora:

—¿Responde eso tu pregunta?

Natasha se puso en pie con ligereza, tomó la mano de Shaw firmemente, le dio un beso en la mejilla y dijo en voz queda:

—Has hecho muy feliz a Anna. Nunca ha hablado de nadie como habla de ti. Nunca, ¿verdad, Wolfie? —Su marido negó con la cabeza—. Y ella te hace feliz, ¿verdad que sí?

—Más feliz de lo que he sido nunca.

—¿Cuándo se celebrará la boda? —preguntó Natasha—. Será aquí, claro, donde está su familia, ¿no?

Wolfgang la miró con enojo:

—Bueno ¿y qué hay de la familia de Shaw? Igual no les apetece venir a un lugar como éste.

Propinó una palmada a Shaw en el brazo, por desgracia justo donde la bala lo

había rozado en Escocia. Shaw tuvo que morderse la lengua para no gritar de dolor.

—Aquí será estupendo —aseguró—. Yo, bueno, no tengo familia. —Los Fischer lo miraron con curiosidad—. Soy huérfano.

A Natasha le tembló el labio inferior.

—Anna no nos lo contó. Lo siento.

—Pero ahora ya tienes familia —dijo Wolfgang—. Familia más que de sobra. Ya sólo en Durlach hay veinte Fischer. Si incluyes Karlsruhe y Wurttemberg, somos más de un centenar. En toda Alemania, miles, ¿a que sí, Tasha?

—Pero no vendrán todos a la boda —se apresuró a puntualizar Natasha.

—Nietos —dijo Wolfgang, mirando fijamente a Shaw, con una sonrisa de oreja a oreja—. Por fin voy a tener nietos. Tú y Anna tendréis una gran familia, desde luego.

—Wolfgang —lo reprendió Natasha con severidad—, eso no es asunto tuyo. Y Anna ya no es una jovencita. Tiene su carrera, una carrera muy importante. Y eso está en manos de Dios. Nosotros queríamos muchos hijos pero sólo tuvimos a Anna.

—Bueno, entonces no una familia enorme —se corrigió Wolfgang—. No más de cuatro o cinco.

—Haremos todo lo posible —replicó Shaw, incómodo.

—Anna dijo que eras asesor —continuó Wolfgang—. ¿Sobre qué asesoras?

Shaw se preguntó si la hija habría sugerido esa línea de indagación para obligarle a contarles a sus padres aquello que ya le había contado a ella en confianza.

—Relaciones internacionales —respondió.

—¿Hay mucho trabajo en eso de las relaciones internacionales? —preguntó Wolfgang.

—Más de lo que puede imaginar. —Luego añadió—: Bueno, en realidad es algo más que eso. —Al ver que lo miraban a la expectativa, se apoyó en la pared. Tuvo la impresión de que la robusta madera fortalecía su resolución—. Trabajo en un organismo que contribuye a hacer del mundo un lugar más seguro.

Marido y mujer cruzaron una mirada, y Wolfgang preguntó:

—¿Eres algo así como un policía? ¿Un policía internacional?

—Algo por el estilo, pero tengo previsto retirarme cuando Anna y yo nos casemos.

Por fortuna, sólo le hicieron unas pocas preguntas más acerca de su trabajo, percibiendo tal vez que podía entrañar información clasificada.

Si lo hubieran sabido...

Shaw se quedó con los Fischer más de una hora. En cuanto se alejó de su casa, un hombre se llegó al umbral de los Fischer y llamó a la puerta. Cuando Natasha fue a abrir, el individuo dijo:

—Señora Fischer, tengo que hablar con usted acerca del hombre que acaba de conocer.

Pasó por su lado sin que mediara invitación, y cuando Wolfgang se sumó a ella, el individuo dijo:

—Me parece que más vale que se sienten.

Para regocijo de Nicolás Creel, Rusia volvió a hacer algo totalmente previsible. Aislada y empujada hasta el límite, sacó músculo lanzando desde un avión Tul60 la abuelita de todas las bombas no nucleares. Su rendimiento explosivo termobárico equivalía a cincuenta toneladas de TNT o más de cinco veces la de una bomba similar lanzada previamente por Estados Unidos, que dejó un cráter de quinientos metros de radio y decoró el cielo con una nube en forma de hongo, aterradora pero por fortuna no radiactiva. La detonación se anunció como parte de unas maniobras de preparación rutinarias ordenadas por el presidente Gorshkov, que inmediatamente después puso el ejército ruso en situación de alerta. También declaró con la mayor contundencia que cuando Rusia averiguara quién estaba detrás de esa campaña de desprestigio, su actitud sería considerada una acción de guerra.

«Compadezco al país u organización que esté detrás de esto, sean quienes sean, por mucho poder que tengan», había añadido Gorshkov en tono ominoso, haciendo un corte de mangas verbal a Estados Unidos, que había negado rotundamente cualquier vinculación con la campaña en contra de Rusia. Sea como fuere, en círculos diplomáticos aquello fue considerado casi una confesión de culpabilidad, pues, según su razonamiento, ¿quién tenía dinero y motivos suficientes para hacer algo semejante salvo los norteamericanos?

Nicolás Creel se echó a reír mientras leía este último informe. Estaba en la sala de reuniones de su reactor Boeing a trece mil metros de altura sobre el Atlántico. Caesar estaba sentado delante de él. Creel le dio la vuelta al documento para que Caesar viese el titular sobre el lanzamiento de la bomba llevado a cabo por Rusia y las amenazas de Gorshkov.

Creel se mofó:

—¿Una acción de guerra? Para ir a la guerra hace falta un ejército y los rusos no lo tienen. Están sentados encima de una montaña de rentas gracias al petróleo, pero por decreto presidencial, un decreto cuya imbecilidad pone a prueba la credulidad, no pueden gastar más del tres y medio por ciento de su producto interior bruto en cuestiones militares. Eso son veintidós mil millones de dólares al año, y sólo ocho mil millones se destinan a la adquisición de armas. No se puede levantar un sistema armamentístico de primer orden con semejante calderilla. Fíjate en los norteamericanos. Incluidos los presupuestos suplementarios, gastan más de setecientos mil millones al año en defensa, en torno al veinte por ciento del presupuesto federal. Los yanquis gastan en armas más que todos los demás países del mundo juntos. Y así es como debe ser. El estatus de superpotencia no sale barato, pero desde luego merece la pena, porque cuando quieres patearle el culo a alguien, puedes pateárselo, amigo mío.

Creel señaló un gráfico estadístico en el informe, en el que se detallaban las tropas que poseía Rusia.

—Es posible que los rusos cuenten con cinco divisiones del ejército listas para el combate, cinco, con suerte. Antes construían un tercio de los barcos del mundo. Ahora, ni siquiera pueden construir un portaaviones porque esos idiotas no disponen de unos astilleros lo bastante grandes en todo el país para acometer semejante trabajo. Vaya planificación la suya, camarada. Y puesto que su propio gobierno no está dispuesto a utilizar su dinero, los fabricantes de armas rusos tienen que exportar su bazofia a la India, China y cualquier otro pardillo que quiera comprar barato y no perder el tiempo en especulaciones.

»A los yanquis, británicos, alemanes y franceses ni se les ocurriría gastar un solo céntimo en la porquería rusa. Y los comunistas reformados llevan quince años sin sumar un solo avión a sus defensas fronterizas. Tienen más de tres mil aparatos pero con eso no se acercan siquiera al estándar de Occidente, y la mitad de sus bases militares ni siquiera cuenta con combustible. Su avión de combate más reciente ni siquiera obtuvo fondos para su construcción. Aún tienen bombas nucleares, pero no las pueden utilizar. Si hacen estallar una, los yanquis les lanzarán diez como respuesta.

»Su cacareada Marina de guerra consiste en veinte barcos desvencijados, incluido un portaaviones con varias décadas de antigüedad, aunque sin contar los submarinos que tienden con regularidad a abrirse camino hasta el fondo del mar y quedarse allí. Los norteamericanos tienen trescientos barcos, incluidos portaaviones nucleares de clase Nimitz. Y eso sin contabilizar la docena o así de submarinos lanzamisiles de clase Ohio. Cada uno de esos trastos puede cargarse un país entero. Y lo sé porque los construyó una de mis empresas subsidiarias. Qué coño, los yanquis podrían borrar de la faz de la Tierra la «amenaza roja» en cuestión de una semana sin el menor apuro. —Creel volvió a reír entre dientes—. Pero aun así soy feliz.

Caesar terminó de leer el artículo.

—¿Por qué? Es evidente que los rusos no van a comprar nada de lo que usted vende.

Creel se tomó un momento para encender un puro.

—El año pasado, el presidente Gorshkov, en un insólito momento de lucidez, puso en práctica un nuevo programa armamentístico a ocho años vista por valor de casi cinco mil millones de rublos, lo que viene a ser ciento ochenta y seis mil millones de dólares, muy por encima del actual presupuesto de defensa.

—De acuerdo, ya veo por qué está interesado.

—Eso pensé cuando hice que mis hombres se llegaran allí para conseguir que el plan fuera aprobado. Pero lo siento, eso no me emociona. No fue más que el principio.

—Perdone que lo diga, señor Creel, pero no le entiendo.

El multimillonario sonrió.

—Únete al resto de la civilización. Bueno, déjame que te lo explique. La mayor parte de esos dólares va a organizaciones rusas. Pero si los rusos se pusieran a la

altura de Estados Unidos en lo que respecta a porcentaje del producto interior bruto destinado a defensa, eso supondría setenta mil millones extra al año además de lo que ya están gastando ahora más el nuevo programa armamentístico. Es imposible que la maquinaria bélica del país pueda acometer semejante tarea. Y el rearme necesario les llevaría unos diez años. Eso significa que deben mirar hacia Occidente, hacia mí, en realidad, para lograrlo.

»En dólares ajustados a la inflación eso supone cerca de un billón de dólares. Supongamos que Ares se lleva el setenta por ciento. Eso serían setecientos mil millones de dólares. Y eso sí que hace que me suba la presión.

—¿Pero por qué iban a hacerlo, ponerse a la altura de Estados Unidos?

—Lo harán si tienen el convencimiento de que es necesario.

—¿Konstantin? ¿La campaña de publicidad que ha pergeñado? ¿Cree que eso los obligará a convertirse en una potencia como la antigua Unión Soviética y llenarle a usted las arcas?

—No es tan sencillo. La campaña de la «amenaza roja» los ha aislado del resto del mundo, desde luego. Y ahora mismo podrías proclamar que Gorshkov desayuna bebés crudos y la mitad del mundo lo creería, pero para que funcione mi plan tengo que subir la apuesta. Los rusos no son idiotas. Si van a pagar por lo mejor, necesitan una razón buena de veras.

—Bien, ¿y cómo sube la apuesta?

—Ahí es donde entras tú. Necesito una docena de hombres, todos rusos, o al menos de aspecto ruso.

—No hay problema. La tasa de desempleo es alta, así que tengo rusos para dar y tomar. Son capaces de matar con armas de fuego, cuchillos o con las manos, no les supone la menor diferencia.

—Ya me parecía a mí. También es necesario que sean genios informáticos.

—Como decía, no hay problema. Rusia está a la cabeza en lo que respecta a *hackers* de primera.

Creel se inclinó hacia delante y sacó un expediente.

—Bien, ahora vamos a centrarnos en lo de las «botas sobre el terreno».

Anna Fischer estaba a punto de abrir la puerta de su piso en Londres cuando el hombre se le acercó por la espalda. Al percibir una presencia, y siempre en guardia tras el atraco en Berlín, se volvió rauda a la vez que sus dedos aferraban el *spray* pimienta que siempre llevaba a guisa de llavero.

El hombre ya había sacado la placa.

—¿Señora Fischer? Soy Frank Wells. Me gustaría hablar con usted sobre Shaw.

Ella se quedó mirando la placa y luego levantó la vista hacia él.

—No me suena ese organismo —dijo.

—Le pasa a la mayoría de la gente. ¿Podemos entrar?

—No invito a pasar a desconocidos. Dice conocer a Shaw, pero podría estar mintiendo.

—Debería haberlo sabido. Una mujer con todos sus títulos no es tonta.

—¿Todos mis títulos? ¿Cómo lo sabe?

—Tengo un informe de cinco centímetros de grosor sobre Anastasia Brigitta Sabena Fischer. Sus padres, Wolfgang y Natasha, viven en Durlach, Alemania, donde regentan una librería. Es hija única. Campeona de natación. Titulaciones superiores en Cambridge, entre otras universidades. Trabajó durante un tiempo en Naciones Unidas y en la actualidad está empleada en Phoenix Group, aquí en Londres. —Miró el anillo que llevaba—. Y ahora está prometida a Shaw. —Desvió la vista de su semblante anonadado y la dirigió hacia la puerta—. ¿Podemos entrar ya en su piso? Es importante.

Se sentaron en el saloncito con vistas a la calle. Frank paseó la mirada por el piso.

—Qué bonito.

—¿Por qué ha venido?

—Como he dicho, para hablar con usted sobre Shaw. Tal como han hecho mis hombres con sus padres.

—¡Mis padres! No, se equivoca. Me habrían llamado...

—Les dijimos que no lo hicieran, para que yo tuviera oportunidad de verla antes.

—La miró de hito en hito—. Se le declaró en Dublín, ¿verdad?

—No veo por qué habría de ser asunto suyo.

Frank hizo caso omiso de sus palabras.

—Y le dijo que pensaba dejar su trabajo. —Anna se vio asintiendo, a regañadientes—. Permítame que le diga la verdad, ¿quiere?

A Anna se le anegaron los ojos en lágrimas. Se las enjugó con la mano y se serenó.

—Si tiene algo que decirme, dígalo. Pero seré yo quien decida si es verdad.

Frank sofocó una risilla y asintió:

—Me parece bien. —Se inclinó hacia delante y ladeó la cabeza para que ella alcanzara a ver el hoyuelo en su cráneo—. ¿Ve esa muesca? La tengo por gentileza de

un tiro que me pegó Shaw en el cerebro cuando intentaba detenerlo.

Anna lo miró con frialdad.

—¿Detenerlo? ¿Por qué?

—Eso es información clasificada. Pero no fue por no pagar una multa de tráfico, eso se lo aseguro. Después de recuperarme, cuando conseguimos dar con él de nuevo, entró a trabajar para nosotros.

—¿Trabajar para ustedes? ¿Después de haber estado a punto de matarlo? Ha dicho que quería detenerlo. Si es un criminal y asegura que disparó contra usted, ¿cómo es que no está en la cárcel?

Frank levantó un puro.

—¿Le importa si fumo?

—Sí.

Volvió a guardarse el puro.

—El mundo en el que vivo no se ciñe estrictamente a bueno y malo, correcto y erróneo. Shaw estaría en la cárcel en estos momentos de no ser por una cosa.

—¿Qué? —preguntó con fiereza.

—Su prometido posee unas aptitudes increíbles. Nadie con quien haya trabajado en este campo le llega a la suela de los zapatos. Es capaz de entrar en una sala llena de terroristas armados hasta los dientes, birlarles el turbante, reducirlos y salir con vida. Es algo así como único. Y por eso hacemos excepciones. —Se dio un golpecito en la cicatriz de la cabeza—. Aunque la excepción estuviera a punto de matarme.

—Así que trabaja para ustedes. Me contó que trabajaba para un organismo encargado de velar por el cumplimiento de la ley.

—¿Ah, sí? ¿Y que va de aquí para allá por todo el mundo sin saber si va a salir con vida? —La observó con detenimiento.

Anna se retorció las manos con nerviosismo.

—Dijo... dijo que ahora tenía un puesto de despacho.

—¿De despacho? —Frank sonrió burlón—. Y también dijo que iba a retirarse, ¿verdad? —Se inclinó tan cerca que Anna alcanzó a oler a tabaco en su aliento—. Voy a decirle una cosa: la gente como Shaw no se retira. Sigue adelante hasta que muere o no lo necesitamos más. Si intenta dejarlo antes, irá de cabeza a la cárcel más mugrienta que pueda encontrar. —Se recostó en el asiento.

—¿Por qué ha venido hasta aquí para decírmelo?

—Porque creo que necesita saber toda la verdad.

—El hombre que ha descrito no es el hombre que conozco. Me salvó la vida en Alemania. Es el hombre más bueno y maravilloso con el que me he cruzado.

—Mata personas, señora Fischer. Son mala gente, desde luego, pero aun así los mata. Yo también. O los mataba. ¿Ve? Yo sí que tengo un puesto de despacho. Su prometido es un hombre valiente, eso tengo que reconocerlo. Nunca había visto nervios como los suyos. Pero también le he visto abrir a un hombre en canal, desde aquí hasta aquí. —Frank recorrió su cuerpo con el dedo desde el ombligo hasta el

cuello—. El tipo se lo merecía, pero Shaw no se dedica a hornear galletitas. ¡Cuando va de caza, es un macho alfa con una A de tres pares de cojones! ¿Sabe qué quiero decir? —Se interrumpió y volvió a observarla mientras se propagaba por su rostro una sonrisa—. Tengo que decirle que estoy impresionado. Suponía que ya se habría echado a llorar hace cinco minutos.

—¿Ha estado enamorado de alguien alguna vez, señor Wells? —le preguntó Anna de repente.

Frank entornó los ojos y su aire jocoso se desvaneció.

—¿Cómo?

—Me da la impresión de que todo esto le resulta divertido, de algún modo. ¿Disfruta viendo sufrir a los demás? ¿Es eso lo que busca su organización en sus empleados? ¿Que no tengan alma, ni compasión?

—Mire, he venido para contarle la verdad.

Anna fue a la puerta y la abrió.

Frank se quedó de piedra un momento y luego se encogió de hombros.

—De acuerdo, no podrá decir que no se lo advertí.

Cuando pasaba por su lado, Anna dijo:

—¿Por qué lo odia tanto?

—¡Me pegó un tiro en la cabeza, señora!

—Me parece que ésa no es la auténtica razón.

—¿Qué, ahora hace de psicóloga?

—Nunca ha habido nadie en su vida, ¿verdad? ¿Alguien que le importase de veras? O que se preocupase por usted.

—¡No estamos hablando de mí!

—Supongo que usted es el único capaz de responder a eso con sinceridad. Buenas noches, señor Wells.

Cuando cerraba la puerta a su espalda, Anna se llevó las manos a la cara y sofocó un sollozo.

Sonó el teléfono y a punto estuvo de no contestar.

La voz dijo:

—¿Anna Fischer, por favor?

—Al aparato —contestó Anna un tanto vacilante—. ¿Quién es?

—¿Conoce a alguien llamado Shaw?

Anna se puso tensa.

—¿Por qué lo pregunta?

—¿Es un hombre grande, moreno, de ojos azules?

Se le hizo un nudo en la garganta. «Por favor, Dios, que no sea...». Aquello la superaba.

—Sí, lo conozco —consiguió decir.

—Entonces, creo que deberíamos vernos.

—¿Está bien? —preguntó Anna en un grito ahogado.

—Lo estaba la última vez que lo vi. Pero eso no quiere decir que vaya a seguir estándolo.

—¿A qué se refiere? ¿Quién es usted?

—Me llamo Katie James. Y creo que Shaw anda metido en graves problemas.

Las dos mujeres estaban sentadas una frente a otra en un café de Victoria Street. Era una tarde fría y oscura de lluvia intermitente, una de esas que tan bien conocen los londinenses.

Katie James removía el café con la cucharilla mientras Anna Fischer miraba por la ventana la bandada de paraguas que desfilaba por delante; le resbaló por la cara una lágrima solitaria. Katie fingió no darse cuenta.

—Me ha contado lo que ocurrió en Edimburgo con Shaw, pero en realidad no me ha explicado cómo ha dado conmigo —dijo Anna.

—Hace unos años hizo usted una ponencia en La Haya acerca del equilibrio entre la defensa de los derechos civiles y la lucha contra el terrorismo. Yo cubrí el tema para mi periódico. Estaba trabajando en Oriente Próximo por aquel entonces y el asunto era sin duda pertinente en aquella parte del mundo. Luego me encontré el recibo de compra que tenía Shaw. Había adquirido un ejemplar de su libro. Recordé que habló al respecto en su conferencia. Fue un coloquio brillante.

—Sí, bueno, es una pena que nadie prestara atención.

—Seguro que se la prestó mucha gente, señora Fischer.

Anna levantó la mirada de las sobras de un almuerzo que apenas había tocado.

—Anna, por favor. Deberíamos tutearnos, teniendo en cuenta lo que me acabas de contar acerca del hombre al que estoy prometida —añadió en tono resignado.

—¿No tenías ni idea?

—Claro que tenía cierta idea. Y albergaba mis sospechas.

—¿Pero nunca lo alentaste a que te hablara al respecto?

—Claro que sí. Después de que me pidiera en matrimonio —dijo con voz entrecortada. Cuando empezó a sorber por la nariz, varios clientes se volvieron para mirarla sin disimulo.

—¿Quieres que vayamos a algún lugar más discreto? —sugirió Katie en voz queda.

Anna se enjugó los ojos y se levantó.

—Mi despacho. Está cerca.

Unos minutos después Katie estaba sentada en el despacho revestido de libros de Anna en Phoenix Group. Una secretaria les sirvió té caliente y luego se retiró. Katie echó un vistazo por la habitación con interés.

—Bueno, ¿qué es lo que hacéis aquí? —preguntó, en un intento evidente de romper el hielo.

—Aquí, pensamos —respondió Anna—. Pensamos sobre asuntos globales de importancia vital acerca de los que la mayoría de la gente no tiene tiempo, experiencia ni deseos de meditar. Luego escribimos nuestros informes blancos, publicamos libros con una tirada de un centenar de ejemplares y damos conferencias ante salas a duras penas medio llenas, y el resto del mundo sigue tan feliz sin

hacernos el menor caso.

—¿Tan mal va?

—Sí. —Anna tomó un sorbo de té—. ¿Dices que Shaw resultó herido? —Aunque quería mostrarse despreocupada, se le crispó el rostro.

—No dio la impresión de que le importara mucho. La bala no entró, según dijo, o algo por el estilo. Pero le disparaban a él. Los de su propio bando, los «buenos».

—O quienes dijo él que eran los buenos —replicó Anna con dureza.

Katie quedó un tanto desconcertada.

—Bueno, supongo que no me quedó más remedio que fiarme de su palabra. Tampoco es que tuviera oportunidad de pedirle a nadie su identificación oficial.

Anna se levantó y empezó a caminar arriba y abajo por la habitación efectuando precisos cambios de dirección de noventa grados.

—Bien podría ser que Shaw no sea quien yo creía.

—Me salvó la vida, Anna. Y me dejó marchar.

Como si hubiera agotado todas sus energías, Anna se dejó caer en el sillón, se llevó una mano a la cara y rompió a llorar sin hacer ruido.

Katie se levantó y le posó una mano en el hombro para reconfortarla.

—¿Hay algo más?

Anna respiró hondo y se enjugó la cara con un pañuelo de papel.

—Shaw fue a ver a mis padres, en Alemania. Lo hizo a petición mía. Para pedirle a mi padre mi mano en matrimonio. —Levantó la mirada hacia Katie—. Ya lo sé, es una tontería. Pero quería...

—¿Ver si lo hacía? —Anna asintió. Katie preguntó—: ¿Y qué pasó?

—Mi padre accedió encantado.

—Entonces ¿qué problema hay?

—Después de marcharse Shaw, fue otro hombre que les contó cosas acerca de él, cosas muy inquietantes. Luego, la noche que me llamaste, un hombre vino a verme. Pertenecía a un organismo internacional del que no había oído hablar nunca. Dijo que Shaw trabajaba para ellos.

—¡Así que es de los buenos! —exclamó Katie.

Pero Anna negó con la cabeza.

—Dijo que Shaw se veía obligado a trabajar para ellos.

—¿Obligado? ¿Cómo?

—Para evitar ir a la cárcel por crímenes graves. Ese hombre me dijo que Shaw le pegó un tiro en la cabeza. Casi lo mata.

—Si de veras lo hizo, ¿por qué no se limitaron a meterlo en la cárcel? ¿Por qué hacer un trato así con él?

—Yo le hice la misma pregunta. Y ese hombre, que dijo llamarse Frank Wells, aseguró que Shaw es muy bueno a la hora de hacer lo que ellos necesitaban llevar a cabo. Es valiente y tiene los nervios bien templados. Que puede meterse en situaciones peligrosas y salir vivo como nadie.

—Por lo que vi, le creo. Así que trabaja para los buenos.

—Wells dijo que Shaw mata gente.

—Cuando intentan matarlo a él.

—¿Por qué lo defiendes así? —preguntó Anna en tono súbitamente feroz—. No lo conoces. Lo viste, según tú misma reconoces, en una sola ocasión.

—Es verdad, pero fue una ocasión memorable. Se aprende mucho sobre alguien en una situación así. No hay oportunidad de disimular. Me salvó la vida y me dejó ir, Anna. Así que tengo la sensación de estar en deuda con él. Pero mi opinión no es importante. Lo que cuenta es lo que creas tú.

—Creía conocer a Shaw. —Se interrumpió—. Mi padre se ha echado atrás en lo que respecta a su consentimiento.

—Ya eres mayorcita, no te hace falta el permiso de tu padre para casarte.

—¿Te casarías tú con un hombre en semejantes condiciones?

—Habría con él antes de tomar ninguna decisión.

—Yo... tengo miedo —reconoció Anna.

—Anna, si fuera a hacerte daño, ya lo habría hecho a estas alturas.

—No temo que me haga daño físicamente. Pero ¿y si cometió esos crímenes de los que habló el hombre? ¿Y si me lo cuenta? No podría vivir con ello. No quiero saberlo.

—Pero entonces no tendrá oportunidad de contarte su versión de los hechos. Eso no es justo para él.

—Y me dijo que tenía un trabajo de despacho. Según tú eso no es verdad. Así que me mintió. Y prometió que iba a dejarlo. Según ese tal Frank Wells, no tiene la opción de hacerlo. Si lo deja, irá a la cárcel.

—Anna, no tengo respuesta para todo, pero sí que tengo una sugerencia. Habla con Shaw. Te necesita ahora mismo. Los de su propio bando intentaron matarlo. Tal vez está intentando por todos los medios dejarlo y ellos le lanzaron una advertencia de lo más mortífera. Pero tienes que hablar con él.

Anna se serenó.

—Quiero darte las gracias por venir y contarme todo esto.

—De nada —dijo Katie, no sin cierto resentimiento—. Pero no vas a hablar con él, ¿verdad?

—Si no te importa, eso no es cosa tuya.

Se abrió la puerta y entró un hombre.

—Anna, Bill quiere hablar contigo.

Anna se volvió hacia Katie.

—Ahora vuelvo.

—No queda gran cosa que decir, ¿verdad?

Anna se apresuró a salir mientras Katie se ponía la gabardina. Su mirada fue a dar con unos documentos encima de la mesa de Anna, y como el alma curiosa que era, se acercó un poco.

«La amenaza roja», leyó en el encabezamiento de una copia impresa. La mesa de Anna estaba sembrada de material relativo al reportaje más importante del mundo junto con sus notas manuscritas. Recorrió la mesa con la mirada, asimilando tanto como le fue posible: nombres, fechas, lugares, páginas web. Tenía una memoria a corto plazo maravillosa. En cuanto saliera anotaría todo aquello. No sabía por qué. Bueno, sí lo sabía, así era ella.

Entonces Katie reparó en otra cosa. Cogió la foto de la mesa. Shaw y Anna parecían profundamente enamorados allí de pie, el brazo de cada uno en torno al otro. Al fondo descollaba el Arco del Triunfo.

«Bueno, si no podéis enamoraros en París, es que lo vuestro no tiene futuro».

Levantó la mirada en el momento en que Anna entraba presurosa en el despacho.

—Así que estás analizando la «amenaza roja», ¿no? —dijo Katie, que señaló su mesa.

—Me pica la curiosidad, como a todos.

A renglón seguido Anna vio lo que tenía Katie entre las manos.

—Deja eso, por favor.

Al pasar junto a Anna, Katie le entregó la fotografía y dijo:

—No esperes volver a cruzarte con un amor así. La mayoría de la gente no lo encuentra ni una sola vez en su vida. Y hablo por experiencia. —Le pasó a Anna una tarjeta de visita con una dirección escrita en el reverso—. En Londres me alojo aquí, por si quieres seguir hablando.

Katie dejó a Anna aferrada a la foto y se marchó escaleras abajo.

Shaw estaba esperando en la sala de British Airways en el aeropuerto de Francfort. Al igual que otros pasajeros, veía las noticias en varios monitores dispersos por la sala. En una pantalla, indignados senadores de Estados Unidos tomaban la palabra en la augusta cámara turnándose para arremeter al azar contra los rusos y su espiral descendente hacia un estado autocrático que rivalizaba con la implacable máquina pergeñada por *Papá Joe Stalin*.

En otra pantalla la BBC mostraba el Parlamento británico sometiendo al mismo tratamiento a la antigua Unión Soviética. En otra pantalla más, la canciller alemana ponía su granito de arena. Aunque pedía calma e instaba a los demás a no llegar a juicios precipitados, la canciller dejaba bien claro que los rusos deberían estar hondamente avergonzados de sí mismos. Era el mismo enfoque que adoptaba el presidente francés, aunque éste pecaba de cauteloso en mayor medida que los demás líderes.

Shaw no estaba centrado en los grandes asuntos políticos internacionales de la jornada. Había tomado una decisión. Iba a tomar un vuelo a Londres y le contaría a Anna la verdad acerca de cómo se ganaba la vida. Si aún estaba dispuesta a casarse con él, cosa que dudaba, entonces encontraría la manera de resolverlo. Lo cierto era que estaba sorprendido de no haber tenido noticias de Anna tras la visita a sus padres. La había llamado y le había dejado un mensaje para advertirle que pensaba ir a Londres. Ella no le había devuelto la llamada, cosa también insólita. Estaba dándole vueltas cuando se le acercaron los hombres. No les hizo falta enseñar sus credenciales; los reconoció.

Eran los matones de Frank.

Unos minutos después, en lo más profundo de las entrañas del aeropuerto, Shaw entró en una salita donde Frank estaba sentado a un extremo de una mesa y un hombre desconocido para Shaw al otro. Había otros cuatro individuos, todos en forma y, supuso Shaw, generosamente armados.

—Cumplí con el asunto de Heidelberg.

Frank asintió.

—Lo sé. Un trabajillo sin complicaciones, igual que en Escocia. ¿Qué tal el desvío que tomaste a Durlach, por cierto? ¿Te fueron bien las cosas?

Shaw no se sorprendió. Estaba al tanto de que Frank seguía todos sus movimientos.

—A decir verdad, sí.

Frank miró a los hombres que estaban apoyados en la pared y asintió. Todos avanzaron un poco, levantando un muro de carne y armas entre Frank y Shaw.

—Los Fischer son buena gente, ¿verdad? —comentó Frank—. Mi hombre disfrutó de veras charlando con ellos. Y yo también disfruté de la oportunidad de conocer a Anna cuando fui a verla a Londres. Aunque me sorprendió que anduviese

tan perdida con respecto a ti. Pero ahora, para que lo sepas, ya está al tanto de todo.

Hubo un minuto de silencio absoluto mientras Shaw miraba fijamente a Frank y éste le sonreía.

Shaw calibró la situación al instante. Lo matarían mucho antes de que pudiera llegar hasta Frank. Pero si algo le habían enseñado los últimos seis años era a tener paciencia. Se volvió hacia el hombre sentado a la mesa, bajo, ancho de cuello, con el pelo rizado y más o menos de la edad de Shaw.

—¿Quién es ése, Frank? ¿Tu jefe u otro lacayo?

Si Frank se llevó una decepción al no verse atacado por Shaw, no lo demostró. Se limitó a seguir sonriendo e indicó con un gesto de la mano hacia el otro hombre, que dijo:

—Lo cierto es que no soy lo uno ni lo otro. Soy Edgard Royce, del MI5. —Le entregó a Shaw su tarjeta.

—¿Y qué es eso tan importante que los ha obligado a arrancarme de un cómodo taburete y una botella de Guinness, señor MI5?

Royce lanzó una mirada a Frank con las cejas levemente arqueadas.

—Lamento haberlo importunado.

—No lo lamenta, y dese prisa, tengo que coger un avión. —Shaw miró directamente a Frank mientras lo decía.

El comentario hizo que Royce volviera a arquear las cejas.

—Bueno, a decir verdad, si por mí fuera, señor Shaw, no estaría aquí. El MI5 trabaja con la Interpol en la investigación del fenómeno de la «amenaza roja». Creo que somos perfectamente capaces de manejar la situación, pero la decisión no es mía. Y mis superiores han pedido ayuda a los colaboradores del señor Wells, quien, a su vez, me ha recomendado que me reuniera con usted.

—¿Qué quiere que haga yo al respecto? —preguntó Shaw sin miramientos.

—Me han dicho que tiene muy buenos contactos en Moscú, habla ruso con soltura y es capaz de manejarse en situaciones peligrosas. Eso hace de usted una persona muy poco común.

—Si pasé una temporada en Rusia fue en contra de mi voluntad. Así que tal vez prefiera buscarse a otra persona «poco común» que le lleve el equipaje.

—¿No quiere averiguar quién está detrás de la «amenaza roja»?

—¿Por qué? —preguntó Shaw sin rodeos—. ¿Acaso no es cierto lo que están diciendo sobre Rusia?

—¿Quién demonios lo sabe? —exclamó Royce—. Bueno, sin duda lo es en parte, pero la verdad no viene al caso. De hecho, es lo último que nos hace falta. Como probablemente sabe, el MI5 protege el Reino Unido de terroristas, espías, extremistas y demás. Bueno, pues el asunto de la «amenaza roja» ha abierto la caja de Pandora. El mundo está ahora mismo en una situación delicada. Muchos países son barriles de pólvora a punto de explotar.

—¿De verdad? He debido de pasar por alto las señales de aviso —se mofó Shaw.

La respuesta le provocó un bufido de risa a Frank.

Royce siguió adelante sin pérdida de tiempo:

—Sea como sea, esta campaña está encauzando a los rusos en una dirección que ni nosotros ni el resto de la Unión Europea queremos que tomen. Un oso ruso siniestro y acechado constituye un peligro para todo el mundo, señor Shaw. Tenemos que reducir la tensión, y para hacerlo, es necesario averiguar quién anda detrás de toda esta campaña.

—¿Por qué no aliarse con los norteamericanos? Ellos pueden arrancarle las garras al oso, si de eso se trata.

—Los norteamericanos, como siempre, van por libre en este asunto. Pero Frank ha accedido a dejar que usted trabaje con nosotros. Ha dicho incluso que conocía a Sergei Petrov, que fue asesinado hace poco.

Shaw lanzó una mirada a Frank, que se la sostuvo, impasible.

—Ha sido muy generoso por parte de Frank brindarles mis servicios, pero rehúso el ofrecimiento, con todo respeto.

Royce dijo airadamente:

—Muy bien. A mí ni me va ni me viene.

Frank se puso en pie.

—Mira, Shaw, si cumples con este asunto, tal vez podamos hablar de lo otro.

—¿De veras? —Shaw tuvo que esforzarse para no saltar por encima de la mesa y arrancarle la tráquea.

Frank tiró de las presillas de los pantalones para subírselos un poco.

—Así es. Te digo lo que hay, Shaw. Siempre lo hago.

—Ya me pondré en contacto contigo.

—¿Cómo? ¿Por qué? —exclamó Frank.

—Ahora mismo tengo algo más importante que hacer.

—¿Más importante que el mundo yéndose al carajo? —dijo Royce.

—Sí.

—¿Y qué es? —exigió saber Royce.

—Tengo que ir a ver a una mujer —respondió Shaw, que miró fijamente a Frank antes de abandonar la sala.

Royce también miró a Frank.

—No es exactamente lo que esperaba —gruñó.

Frank adoptó un aire solemne mientras seguía a Shaw con la vista.

—A mí también me ha sorprendido, aunque por otra razón.

—¿Por qué? ¿Qué demonios esperaba?

—Que intentara matarme.

—Dios bendito. ¡Y ése trabaja para usted! Están los dos como cabras.

—En realidad ese hombre no trabaja para nadie, Royce.

—Pero creía que me había dicho...

—Sí, bueno, Shaw es un caso aparte.

—¿Cuenta con alguien que pueda hacer lo mismo que él?
—Ni de lejos.

Anna estuvo a punto de gritar cuando despertó y vio al hombre que rondaba la cama donde estaba acostada en su piso de Londres. Se incorporó y se cubrió con la sábana.

—¿Qué haces aquí? —preguntó airada.

Shaw se sentó en el borde de la cama.

—Creo que ya lo sabes —respondió él en voz baja.

—¿Cómo has entrado?

Levantó una llave.

—Me la diste, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo —contestó medio dormida aún.

—Fui a ver a tus padres, aunque seguro que ya lo sabes.

—¿Y sabes tú lo del hombre que fue a verlos después? ¿Y lo del hombre que vino a verme?

—¿Qué te contó?

—¿Por qué no lo adivinas? En realidad no es muy difícil. Lo que necesito saber es la verdad.

—Anna, lo siento. No tenía intención de que ocurriera nada de esto.

—Deberías saber que las mentiras siempre hacen daño.

—Sé que estás molesta, que probablemente me detestas. Y estás en tu derecho, pero he venido a contarte la verdad.

—¿Y se supone que yo tengo que limitarme a creer que esta vez es la verdad?

Shaw paseó la mirada por la habitación, donde tantas horas felices habían pasado. Conocía hasta el último rincón del piso de Anna mejor que cualquier otro lugar que hubiera considerado un hogar propio.

—Lo único que puedo hacer es intentarlo.

—Deja que me vista. Puedes esperar en la otra habitación.

—Como si no te hubiera visto desnuda un millar de veces...

—Esta noche no vas a verme desnuda. ¡Venga!

Salió y Anna se reunió con él unos minutos después con una larga bata ceñida al cuerpo, aunque seguía descalza. Se sentaron a la mesita desde la que se veía la calle, la misma a la que habían estado sentados Frank y ella.

—Bien, explícate —dijo lacónicamente.

—Frank Wells es mi superior en la organización de la que te hablé.

—Sí. ¿Ésa en la que tienes un puesto de «despacho»? ¿Qué tal va, por cierto? ¿Te has encontrado con algún asunto interesante en ese puesto de despacho tan seguro?

Shaw se quedó mirando el suelo.

—El trabajo que hago es sumamente peligroso. Cuando voy a realizar una misión, casi nunca tengo la seguridad de que saldré con vida. La verdad es ésa.

Anna dejó escapar un gemido perceptible pero luego se contuvo.

—¿Y lo haces por puro altruismo?

—Hace siete años alcancé con un disparo en la cabeza a Frank Wells en Estambul. Él había sacado una pistola y yo estaba convencido de que iba a matarme. Cuando caí en la cuenta de quién era lo llevé a un hospital. De no ser por eso, habría muerto. Probablemente olvidó mencionar esa parte.

—Dijo que intentaba detenerte por algún crimen.

—Ésa es su versión, lo que no quiere decir que sea cierta.

Anna se recostó y se ciñó más la bata.

—Entonces ¿cuál es tu versión? ¿Qué ibas a hacer cuando le disparaste?

—Lo único que te puedo decir es que no soy la persona por quien me tomó Frank, aunque en realidad no puedo demostrarlo.

Anna lo miró con incredulidad.

—¿Así que se supone que debo creer en tu palabra? No tienes precisamente un buen historial en lo que a veracidad respecta.

Shaw lo sopesó unos instantes.

—De acuerdo, pero esto no puede seguir así, Anna. De veras, no puede seguir así.

Ella se apresuró a asentir, su rostro estaba crispado.

—Aquel día estaba en Estambul para averiguar quién estaba intentando tenderme una trampa por trabajar con un violentísimo cartel de traficantes de droga que operaba desde Tayikistán. Por entonces iba por libre. Trabajaba para los norteamericanos, los franceses y los israelíes, entre otros, ninguno de los cuales se dedicaba a actividades delictivas.

—¿Quién iba a intentar tenderte una trampa? —dijo Anna, aunque en tono más conciliador.

—Había unos cuantos sospechosos en potencia. Mi trabajo había hecho mella en las actividades de muchos indeseables. Y supongo que la organización de Frank se involucró, llegaron a la conclusión de que yo había ido por el mal camino y tomaron la decisión de echarme el guante. Pensé que Frank era uno de los que me habían tendido la trampa. Estaba convencido de que me habían preparado una encerrona en Turquía y él había ido a culminar el trabajo. Así que le disparé antes de que me disparase él.

—¿Por qué después accediste a trabajar para Frank si no habías obrado mal en ningún momento?

—Por así decirlo, si hubiera ido a los tribunales, lo más probable es que no hubiese vuelto a ver nunca la luz del día. No tenía pruebas, y la encerrona fue bastante convincente. Trabajar para Frank no es fácil precisamente, pero me parece mejor que la otra alternativa. Y creo que Frank y los suyos sospechaban que me habían tendido una trampa, pero en vez de seguir investigando para demostrar mi inocencia lo utilizaron como excusa para hacerme trabajar para ellos, hasta ese punto son buena gente.

—Entonces ¿por qué dispararon contra ti en Escocia los de tu propio bando?

—¿Quién te lo contó? —replicó con dureza.

—Tal vez fue Frank.

—No me mientas, Anna.

—Mira quién habla.

—En realidad no te he mentado nunca. Sencillamente no te lo conté todo.

—Una distinción que va más allá del absurdo —replicó ella.

Shaw pareció furioso por un instante y luego su gesto se serenó.

—Tienes razón. Sea como fuere, llegamos al acuerdo de que trabajaría para ellos durante cinco años, y si sobrevivía, sería hombre libre. Me he quedado casi seis años para estar más seguro.

—¿Por qué trabajar para esa gentuza un año extra? No tiene sentido.

—Lo hice porque quería tener la seguridad de que me dejarían marchar. Tenía que estar seguro porque..., bueno, por una razón muy importante.

—¿Y cuándo decidiste trabajar para ellos un año más?

—Hace tres años. A las doce en punto de la noche. En Berlín.

Sus ojos se encontraron y se sostuvieron la mirada mientras Anna contenía la respiración. Se habían conocido exactamente a las doce de la noche, cuando la salvó de los atacadores. Lo sabían porque un reloj urbano había señalado la hora con sus tañidos.

—Pero él me dijo que no eres libre, que sigues trabajando a sus órdenes, que la gente no se retira de ese trabajo; nunca.

—Eso ya lo he averiguado. —Sonó tan plenamente abatido que Anna le apretó la mano con la suya.

—¿No puedes dejarlo, irte sin más? —Las lágrimas habían empezado a acumularse en los ojos de Anna.

—Podría irme, pero estaría muerto o más probablemente en la cárcel en menos de veinticuatro horas si lo hiciera.

—¿Pero esas personas son la ley! ¿Cómo es posible que puedan hacer algo así?

—Son la ley, y tienen una ley propia. Matan cuando el fin lo justifica. Es un mundo peligroso y las reglas del juego han cambiado.

—Vaya consuelo.

—¿Quieres sentirte segura?

—¿A cualquier precio? ¡Pues no!

—Eso te pone del lado de la minoría.

—¿Y dónde nos deja eso exactamente?

—Te pedí que te casaras conmigo. Aceptaste. Me pediste que fuera a solicitar la aprobación de tus padres. Lo hice. Pero no fui sincero contigo. Y no puedo dejar de trabajar para Frank. Y tampoco puedo albergar esperanzas de casarme contigo en estas condiciones. No es justo. Y no está bien. Y te quiero demasiado para hacerte algo así. Y ahora voy a hacer lo más difícil que he hecho en mi vida.

—¿Y qué es? —dijo Anna en un suspiro vacío.

—Alejarme de tu vida.

Shaw hizo ademán de levantarse.

—¡Espera! —exclamó ella. Shaw volvió a tomar asiento y Anna se enjugó los ojos con el puño de la bata—. ¿Todavía quieres casarte conmigo?

—Anna, ya no se trata de eso. Cada vez que me vaya no sabrás si voy a regresar con vida.

—¿Qué crees que hacen las cónyuges de militares o policías a diario?

—Anna, es fácil decirlo pero...

Ella se le sentó en el regazo y Shaw posó su mano grande y musculosa sobre su alianza.

—Sólo tienes que plantearte una pregunta, Shaw. Sólo una. ¿Todavía me quieres? Si la respuesta es que no, tu problema se desvanece.

Él apoyó la cabeza suavemente en la de ella.

—Entonces tengo un problema de mucho cuidado.

Nicolás Creel no había sido nunca un hombre abiertamente religioso. No obstante, esta racha de buena fortuna sin duda debía de tener en su epicentro una luz divina. Una vida dedicada a compensar con buenas obras la venta de armas letales estaba dando sus frutos, a juzgar por la última oportunidad de oro que le había caído entre las manos.

Había revisado las grabaciones de seguridad del edificio de Phoenix Group y visto con asombro cómo una mujer identificada como Anna Fischer y nada menos que la legendaria periodista Katie James entraban en las oficinas prácticamente cogidas del brazo.

Ahora disponía de la pieza que le faltaba a su estrategia. Creel tenía expedientes sobre una docena de candidatos prometedores y Katie James ni siquiera se le había pasado por la cabeza, porque había desaparecido de la pantalla de los radares. En cuestión de una hora después de verla en el vídeo, tenía todo un dossier sobre ella. Y le gustó lo que había visto.

Su caída de la cima había sido veloz. Alegaciones de alcoholismo, reportajes chapuceros o que no había llegado a escribir. Relegada a la página de obituarios, y eso que aún le faltaban unos años para cumplir los cuarenta. Sus dos Pulitzer no la habían librado de esa suerte. En la grabación se la veía sedienta.

Bueno, Creel le concedería su sueño. Le daría el reportaje que la catapultaría de nuevo a la cima.

Llamó a Caesar y le dijo que estuviera listo para entrar en acción en dos días. Colgó el teléfono y se recostó en el sillón justo en el momento en que se abría la puerta de su despacho y miss Buenorra entraba a paso lento con una botella de champán en la mano y ataviada únicamente con lo que llevaba al nacer.

—Me encanta tu despacho —comentó—. Me produce la misma sensación que tú. A veces vengo aquí sólo para embeberme. —Tomó asiento en su regazo y bebió a morro de la botella.

—Qué agradable sorpresa —dijo Creel mientras le pasaba la mano por el muslo desnudo—. No estaba programada, cariño.

—Una manera de darte las gracias por el anillo de la hostia que me compraste, cielo —dijo con la lengua espesa. Estaba borracha, y, a juzgar por el aspecto dilatado de sus pupilas, también iba colocada. No obstante, Creel había comprobado que su mujer hacía mucho mejor el amor cuando iba ciega a más no poder.

—Es asombroso lo que pueden hacer veinte quilates hoy en día —suspiró Creel mientras la Buenorra se encaramaba a su mesa.

El zumbido despertó a Shaw, que se incorporó instintivamente y escudriñó la habitación, hasta que cayó en la cuenta de dónde estaba. A su lado Anna seguía

dormida. Se frotó la cara y miró el teléfono. Era Frank. Lo cogió de un zarpazo y se fue a la habitación de al lado para contemplar por la ventana una noche londinense sin luna. La lluvia había escampado pero seguía corriendo por la calle una neblina fría que oscurecía todo aquello que tocaba.

—¿Qué quieres? —dijo Shaw.

—¿Te has quedado a dormir? Esa mujer debe de quererte de verdad.

—Si te acercas a ella, Frank, te mato.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, amigo mío.

—¿Qué demonios quieres? —le espetó Shaw.

—Bueno, ya que no parecías muy interesado en el encargo del MI5, tengo el deber de ponerte a currar ya mismo. Y espero que te hayas olvidado de la idea esa de la libertad. O si no, tu mujercita ya puede prepararse para ir a visitarte a la cárcel más cutre que logre encontrar.

Su reconciliación con Anna había tenido un efecto tan intensamente eufórico que Shaw se sentía inmune incluso a las pullas de Frank.

—¿Dónde? —preguntó secamente.

—En París, mañana por la noche. Cruzarás el Canal de la Mancha en tren esta tarde. Instrucciones en Waterloo. El resto cuando llegues a la ciudad.

—Un consejo, Frank, ándate con cuidado.

La conexión, no obstante, ya se había cortado.

Shaw sonrió y colgó. Tenía a Anna. Eso era lo único que importaba. El enorme peso que se había quitado de encima le producía la sensación de que podría haber echado a volar.

Desayunó con su prometida, le dio un beso de despedida y estaba a punto de salir del apartamento mientras Anna se duchaba cuando recordó que se había dejado la americana en el despacho abarrotado, junto al salón. Al ir a por ella, vio por casualidad una tarjeta encima de su mesa y la cogió.

«Katie James, *New York Tribune*», pronunció lentamente, cada vez un poco más furioso.

Le dio la vuelta a la tarjeta y vio la dirección de Londres escrita a lápiz. Así se había enterado Anna de lo de Escocia. Echó un vistazo al reloj. Tenía tiempo. Se metió la tarjeta en el bolsillo.

Shaw alcanzó a sentir el ojo que lo miraba penetrante desde la mirilla. Habría apostado a que no iba a franquearle el paso. Hubiera perdido.

Katie fue directa al grano.

—¿Viste a Anna? —Había tomado asiento en el pequeño sofá y recogió las piernas debajo del cuerpo. Llevaba un albornoz del hotel y los pies enfundados en zapatillas y tenía el cabello liso y húmedo. Shaw percibió el vapor que seguía saliendo del cuarto de baño.

El aroma a champú le llegó a las fosas nasales. Sin embargo, apenas reparó en ello. Estaba tan rabioso que apenas podía dejar de temblar.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo él.

—Adelante.

Estalló:

—¿Qué demonios te has creído que haces metiéndote en mi vida?

Ella se retrepó en el sofá, se cruzó de brazos y dijo con toda tranquilidad:

—¿Y qué vida es ésa? ¿La vida en la que dispararon contra ti y tal vez te traicionaron? ¿O la vida en la que tienes a una mujer estupenda que está locamente enamorada de ti pero intenta decidir si eres su príncipe azul o un psicópata?

—No es asunto tuyo. No tienes ningún derecho a meter las narices en esto.

—Le dije a Anna que hablase contigo antes de tomar una decisión. Le dije que a mi modo de ver eres un buen tipo. Y bien, ¿lo eres o no?

—Ahora mismo, no me resulta nada fácil decidirme.

—¿Por qué?

—Porque parte de mí quiere estrangularte.

—Muy bien. ¿No prefieres un café?

Reparó entonces en el carrito de servicio de habitaciones con el desayuno.

—No.

—Bueno, seguro que no te importa que desayune. Se sirvió un café y le dio un mordisco a un bollo.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué? —replicó él.

—¿Hablaste con Anna?

—Sí.

—¿Y?

—Y no es asunto suyo, señora.

—¿Así que sólo has venido por esa razón? ¿Para leerme la cartilla? No te está saliendo demasiado bien —dijo en tono divertido.

Shaw se movió tan aprisa que sus ojos apenas pudieron seguirlo. El carrito del servicio de habitaciones se estrelló contra la pared con un fuerte estrépito.

Impertérrita, Katie se terminó el café y dejó la taza.

—¿Ya has terminado con las payasadas?

—Mantente al margen de mi vida.

Se volvió para marcharse.

—Lo cierto es que tengo una pregunta. Y no tiene que ver con Anna —se apresuró a añadir. Shaw se detuvo delante de la puerta y la fulminó con la mirada—. ¿Qué quisiste decir con eso de que habías estado en el infierno y es tan chungo como cree la gente?

—Tal como te dije, no entenderías la respuesta.

A modo de réplica, Katie se retiró un poco la bata y dejó a la vista un tajo fruncido y rojizo en la parte superior del brazo.

—Ponme a prueba.

Shaw observó la antigua herida en su hombro.

—¿Un balazo?

—Ya imaginaba que estás entre los que son capaces de distinguirlo. Lo disparó un sirio cabreado. Por suerte era un tirador penoso. Luego dijo que me apuntaba a la cabeza. —Katie recogió una taza intacta y el recipiente del café que milagrosamente no había reventado, y le sirvió un café. Al tiempo que se lo ofrecía, dijo—: Cuando a Clint Eastwood le pegaban un tiro en el brazo en una peli sencillamente le echaban un poco de *whisky* encima, lo vendaban para ponérselo en cabestrillo y luego se montaba en su fiel caballo y se marchaba. Nunca hacían hincapié en lo que ocurre si la bala penetra en el brazo y sigue adelante, destrozándote una arteria por aquí, desgarrando músculo y tendón por allá, o mellándome el ventrículo izquierdo en su furioso trayecto a través de mis órganos.

»Estuve tres meses en rehabilitación cuando por fin me destetaron del respirador y me dieron la patada de cuidados intensivos. Tuvieron que abrirme un buen boquete en la espalda para sacar el proyectil, liso como la palma de la mano.

—Punta blanda. Diseñado para abrirse paso por el cuerpo arrasando con todo a su paso. Y tiende a quedarse dentro, lo que supone que el cirujano tiene que rajarte por algún otro sitio, mientras tú ya estás prácticamente muerto, para sacar la puta bala.

Katie lo miró por encima del borde de la taza.

—¿Cuántas heridas de bala tienes? Puedes enseñármelas, no me voy a ir de la lengua.

—Un buen cirujano plástico podría ocuparse de esa cicatriz.

—Lo sé. Quisieron arreglármela a mi regreso a Estados Unidos.

—Entonces ¿por qué no lo hicieron?

—No quise que lo hicieran.

—¿Por qué no?

—Porque quería conservarla. ¿Te vale con esa explicación? —Su semblante se suavizó y, en un tono más sosegado, le dijo—: Mira, tienes todo el derecho a estar cabreado conmigo. Si tú estuvieras metiendo las narices en mi vida, aunque en realidad ahora no tengo vida, pero bueno, si las estuvieras metiendo, a mí no me haría

ninguna gracia. Por si sirve de algo, sólo intentaba ayudar. Fuiste a dar con una mujer magnífica y salta a la vista lo mucho que te quiere. —Shaw se tomó el café pero no dijo nada—. Y no voy a volver a entrometerme, lo juro —aseguró Katie—. Espero que todo os vaya la mar de bien.

Shaw tenía el aspecto de estar muy incómodo.

—Anna y yo estamos bien. Le conté..., le conté cosas que debería haberle contado mucho tiempo atrás. —Dio unos pasos hacia la puerta antes de volver la mirada—. Me alegra ver que saliste sin más incidentes de Edimburgo.

—Me temo que llego con un retraso terrible, pero quiero darte las gracias por salvarme la vida. Te lo digo de todo corazón.

—¿Cómo averiguaste lo de Anna?

—Oye, soy una periodista de investigación reconocida y con premios. La habitación del hotel. Dejaste su nombre marcado en el bloc de papel. Y encontré el recibo de un libro en el bolsillo de tu americana. De hecho, oí hablar a Anna Fischer hace unos años y me impresionó. Supuse que merecía la pena hacer un par de llamadas de teléfono para ver si era la misma persona. A juzgar por lo que he visto, hace falta una mujer excepcional para mantener tu interés.

Shaw se sorprendió un tanto al oír el elogio, pero no dijo nada.

Miró casualmente la mesa de Katie junto a la puerta de la habitación: montones de papeles, recortes de prensa y notas dispersos sobre el tablero. En la pantalla del portátil un titular proclamaba los recientes acontecimientos en Rusia.

—¿Tu próximo Pulitzer? —preguntó.

—Una chica como yo tiene que seguir intentándolo. Y hacerlo mucho mejor que los chicos para mantenerse a la altura.

—Hablas igual que Anna.

Shaw vaciló y luego sacó lentamente algo del bolsillo y se lo tendió. Era una tarjeta sin nombre, sólo con un número de teléfono.

—No se la doy a mucha gente.

—Seguro que no.

—Pero si has ido a ver a Anna, es posible que el hombre para el que trabajo se pase por aquí. En caso de que lo haga...

—Serás el primero al que llame.

—Cuídate. Dudo que nos volvamos a ver.

—Eso pensé la última vez, y fíjate dónde estamos, tomando un café como si nada.

Transcurrido un segundo, Shaw había desaparecido.

Después de que Shaw se fuera a París, los rusos anunciaron públicamente que si tan terribles eran, el mundo, naturalmente, no se iba a rebajar a servirse de su asqueroso petróleo, así que reducían a la mitad sus exportaciones de crudo. Como segundo exportador mundial, por detrás únicamente de Arabia Saudita, y poseedor de las reservas de gas natural más importantes halladas en el planeta, no era un gesto vacío de contenido. Rusia exportaba más petróleo que los tres países siguientes —Noruega, Irán y los Emiratos Árabes Unidos— juntos. La producción global apenas se mantenía al nivel de la demanda cuando todos los cilindros de exportación ya empezaban a arder. Sin la total disponibilidad del oro negro ruso, no había manera de compensar el déficit.

Los mercados mundiales no se alegraron precisamente. Tras el anuncio el precio del crudo alcanzó los 120 dólares por barril en cuestión de horas y las bolsas de todo el mundo sufrieron enormes pérdidas, sin precedentes, a pesar de la entrada en vigor de la suspensión automática de las operaciones bursátiles. Se dispararon los precios de la gasolina y los billetes de avión. Y puesto que muchos de los artículos de uso cotidiano están hechos con productos derivados del petróleo, el precio de todo, desde los juguetes hasta las furgonetas, también se catapultó.

La OPEP, durante tanto tiempo en el centro del escenario económico internacional, luchó por compensar parte de la diferencia, pero no llegó a acercarse siquiera. Y en vez de prodigar al mundo árabe más riquezas fabulosas con un precio del petróleo tan elevado, en realidad les estaba costando miles de millones porque, a diferencia de Rusia, los países desérticos importaban prácticamente todo lo que les hacía falta. Así que mientras que el precio del crudo se había puesto por las nubes, aumentando un cuarenta por ciento, el coste de los productos derivados se había doblado. Debido al incremento del precio y a las reservas de capital de Rusia, así como a sus inversiones en el extranjero y su nivel relativamente bajo de importaciones y consumo per cápita, se creía que Moscú podía mantener su postura durante una buena temporada.

Por si todo eso no fuera trago suficiente para que el mundo lo asimilara en el lapso de una semana, los rusos se guardaban algo más en la manga. Su ministro de Asuntos Exteriores anunció que un sector de Afganistán ocupado por los talibanes había sido sorprendido con las manos en la masa sirviéndose de Uzbekistán y Kazajistán para pasar droga de contrabando hasta Rusia, cosa que estimulaba la actividad criminal y corrompía a la inocente juventud rusa. Todo el mundo sabía que era cierto, claro, pero los rusos no habían hecho nunca gran cosa al respecto. Los rusos no estaban dispuestos a seguir cauces diplomáticos para afrontar este grave problema, aseguró el ministro. Afganistán había permitido esta actividad durante años y Moscú ya estaba harto.

Y cuando los rusos se decidían, pasaban a la acción.

Un día después cinco enormes misiles crucero lanzados desde un submarino ruso alcanzaron un complejo de adiestramiento talibán que, según dijo luego el ministro, contribuía decisivamente al tráfico de droga. En cuestión de segundos un millar de combatientes talibanes quedaron hechos trizas, al igual que sus alijos de armas y equipamiento. Los rusos advirtieron a todos los países árabes de Oriente Próximo que si había alguna represalia contra intereses rusos, podían esperar el mismo trato multiplicado por cien.

El presidente afgano emitió un comunicado oficial en el que denunciaba esta «intrusión injustificada tras las fronteras de una nación soberana». Pero en los círculos diplomáticos no se le dio demasiada importancia, teniendo en cuenta que los talibanes estaban haciendo todo lo posible por derrocar el gobierno afgano y ya habían intentado asesinar al actual presidente en dos ocasiones. El líder afgano, por tanto, probablemente estaba dando volteretas por su pasillo presidencial al mismo tiempo que despoticaba contra Moscú.

Teherán lanzó una furiosa réplica diciendo que estaban consternados por lo que tacharon de bárbaro comportamiento ruso, y se apresuraron a apelar a Naciones Unidas.

Estados Unidos también emitió una protesta contra Rusia con el apoyo de Naciones Unidas y empezó a retirar sus tropas de Irak y Afganistán. El Pentágono anunció que aquello no estaba vinculado con los ataques a los talibanes, sino que meramente se ceñía a la política de la administración previamente planteada. Los expertos sabían, al igual que probablemente la mayoría de los norteamericanos, que esa consolidación de fuerzas militares estaba directamente relacionada con la amenaza rusa en ciernes. Próximo Oriente ya no era tan importante. Los generales de todas y cada una de las naciones de la OTAN desempolvaron sus viejos planes de ataque y defensa frente a la agresión soviética.

Uno de los periódicos más importantes proclamó en tono tan sucinto como melodramático en un titular de diez centímetros de alto:

VUELVE LA GUERRA FRÍA

De puertas adentro, los funcionarios de la administración y los militares de Estados Unidos se alegraban de que los rusos hubiesen eliminado de un plumazo una buena parte de la capacidad terrorista talibán. Un general de cuatro estrellas se lamentó a su ayudante de campo: «Ojalá pudiéramos nosotros hacer algo semejante y salir impunes».

Cuando empezaron las primeras retiradas de tropas a gran escala de Irak, elementos de las milicias y las tribus chiítas y sunitas empezaron a lanzar ataques unos contra otros en preparación para lo que, a juicio de muchos, sería la tan temida guerra civil a gran escala. La noticia se vio relegada a las páginas interiores de la mayoría de los periódicos importantes, y no fue reportaje estrella en ninguno de los programas de noticias mayoritarios. Irak, en tanto que tema digno de atención, había

descendido a segunda división. El terrorismo islamista se había visto relegado al undécimo lugar en importancia para los ciudadanos en las encuestas más recientes, quedando por detrás del exceso de sexo y violencia en televisión.

Rusia era la preocupación esencial, y la razón estaba más que clara. Los terroristas tenían bombas pequeñas; Rusia poseía toneladas de bombas nucleares de las de verdad, y por lo visto había perdido la cabeza de manera colectiva.

La búsqueda de las fuerzas que estaban detrás del asunto de Konstantin y todo lo demás cobró una urgencia mucho mayor. El mundo probablemente llegó a la conclusión de que si se podía ofrecer a los rusos un objetivo contra el que arremeter, tal vez dejaran en paz a todos los demás.

No obstante, muchos se preguntaban con preocupación qué ocurriría si la fuerza tras la «amenaza roja» era Estados Unidos. Los rusos habían dicho que lo considerarían una acción de guerra. ¿De veras era el principio del fin? ¿Cabía la posibilidad de que los norteamericanos hubieran cometido un error de cálculo tan colosal? En todas las naciones la gente se preparaba para el estallido de la siguiente crisis.

No tendrían que esperar mucho.

Los elementos finales de la misión en Francia le habían llevado un tiempo desmesurado. Por lo general Shaw llegaba a la ciudad un par de días antes del momento clave, lo ponían al corriente de todo y cumplía sus objetivos. El que saliera o no con vida era en realidad la única pregunta sin respuesta. Esta vez había sido distinto.

Frank había llegado al extremo de desplazarse en avión con todo un equipo para supervisar hasta el último detalle con meticulosidad.

En la reunión final antes del día clave, le había remachado a Shaw los pormenores fundamentales mientras aguardaban en una casita de campo a treinta kilómetros escasos de París.

Le advirtió que:

—Esos tipos son buenos, Shaw, buenos de veras. No confían en nadie, y a cualquiera en quien no confíen, se lo cargan.

—Gracias por darme ánimos, Frank, lo aprecio de veras. —Shaw estaba sentado delante de él, restregándose las manos lentamente sin mirar a los ojos a su colega.

Frank se apercibió y de súbito lanzó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Estás nervioso o qué hostias!

Shaw levantó la mirada hacia él.

—¿A ti qué demonios te parece?

—Me parece que necesito al Shaw de antes, el hombre que ni siquiera suda. Si esos tipos llegan a oler siquiera tu hedor, te meterán una bala ahí antes de que puedas decir «¡Ay, joder!» —añadió Frank, que le señaló al centro de la frente—. Y luego trocearán tu cadáver mientras charlan del tiempo y de mujeres.

—No va a pasarme nada, Frank.

—Es por esa mujer, ¿verdad? Vas a casarte y ahora por fin tienes algo que perder. —Frank se recostó en el asiento y negó con la cabeza al tiempo que se adueñaba de su rostro un aire condescendiente—. Bueno, tenlo en cuenta, tortolito, si mañana la jodes, no habrá boda, sólo cuatro funerales. Uno por cada trozo en los que te cuarteen esos cabrones.

—¿Cuánto llevo dedicándome a esto? Y siempre he salido bien parado.

—Hay una primera y una última vez para todo el mundo. Pero procura que no sea en esta ocasión, aún no he terminado contigo.

Shaw alargó la mano y cogió al otro hombre por el brazo.

—Dime para qué fuiste a ver a Anna en realidad.

—Te lo dije. Quería ser justo. Y deberías haber sido tú quien se lo dijera, no yo. Tenía derecho a saber en qué se está metiendo.

—No es ninguna cría, Frank.

—¿Le dijiste que no vas a retirarte? ¿Que en cualquier momento podrías acabar hecho pedazos?

—¿Qué demonios te importa a ti?

Frank se mostró incómodo y se encogió de hombros.

—Me parece una buena mujer. ¿Te has parado alguna vez a pensar en el dolor que podría causarle que te maten? ¿O el que alguno de los pirados con quienes nos las vemos a diario se enterase de su existencia?

—No permitiría que le ocurriese nada a Anna.

—Pero eso no lo controlas tú, ¿verdad? No eres un simple contable, Shaw. Y en tu oficio, si cometes un error acabas muerto en un abrir y cerrar de ojos. Y tal vez ella también. —Se interrumpió—. Teniendo en cuenta todo eso, ¿no crees que tenía derecho a saberlo?

Shaw guardó silencio, pues en buena medida estaba llegando a la conclusión de que Frank, por mucho que lo detestara, podía tener razón.

Frank se puso en pie, cogió el abrigo y se dirigió hacia la puerta.

—Buena suerte, Shaw. Y si no vuelvo a verte, tendré que encontrar a algún otro, ¿no?

—Nunca encontrarás a nadie tan bueno.

Frank sopesó sus palabras mientras se ponía un sombrero estropeado.

—Probablemente tienes razón, pero me conformaré con alguien casi tan bueno. Y si al final acaban matándote, justo antes de que la bala te llegue al cerebro, plantéate una pregunta: «¿De verdad merecía la pena esa mujer?».

Frank dio un portazo a su espalda y dejó a Shaw a solas con sus pensamientos.

—Sí —dijo Shaw a la habitación vacía—. La merece.

Shaw ya estaba en marcha. El almacén se encontraba en una zona de París en la que nunca se aventuraban aquellos que preferían evitar la violencia. Aquel pedacito de suelo francés no estaba controlado por la policía; pertenecía a otros que lo consideraban su casa. Y no alentaban a las visitas.

Cuatro cabezas rapadas salieron de la oscuridad al encuentro de Shaw, que estaba en un extremo del almacén, iluminado únicamente por unas pocas bombillas de baja intensidad en el techo. Los jóvenes lo rodearon; ni siquiera se molestaron en disimular que iban armados. Probablemente desayunaban, comían y cenaban más aferrados a sus armas que a cualquier mujer con la que se hubieran acostado.

La mayoría iba en camiseta, aunque hacía bastante frío en la calle. Eran todos blancos, aunque tenían el torso tan ennegrecido por los tatuajes que no resultaba evidente. Los grabados en la piel eran todos distintos, salvo por uno que cada hombre lucía en el tríceps derecho: una esvástica. Uno de ellos, que aparentaba unos veinte años, tenía enrollado en torno a la parte superior del cuerpo un dragón de cuerpo entero en colores negro, verde y salmón, cuyos colmillos se le extendían hasta la parte inferior de la cara. Llevaba una escopeta de pistón de doce proyectiles en una mano y sus ojos castaños inundados de una actitud en plan «todo me importa una mierda» miraban a Shaw con una convincente mezcla de odio y desdén. Amartilló el arma y lanzó un escupitajo a un par de centímetros escasos del pie de Shaw.

«Qué orgullosa debe de estar tu madre».

Shaw se volvió hacia el hombre que se acercaba. En vez de pantalones negros de camuflaje, camiseta ceñida y botas militares con puntera para reventar cabezas, llevaba americana, vaqueros planchados y mocasines con borlas. Pero su actitud era reflejo de la de sus hombres, y se movía con un cimbreo engreído que hacía que te entraran ganas de echar mano a un arma o blandir el puño y machacarlo por el bien de la humanidad.

No podía tener más allá de treinta años, pero su rostro surcado de cicatrices y sus rasgos expresivos sugerían un nivel de experiencia muy superior al que por lo general otorgan tres décadas.

Le estrechó la mano a Shaw y le indicó que se dirigiera hacia una mesita de juego en un rincón. Sólo cuando él tomó asiento lo siguió Shaw. Los cabezas rapadas se dispusieron en círculo en torno a la mesa. Eran animales de jauría, observó Shaw, siempre a la espera de la orden de dar muerte a la presa.

—*Je suis Adolph, monsieur*. ¿Y a usted le puedo llamar...?

—Nada —replicó Shaw—. Tengo todo lo que necesita.

—No se llegó a estipular el precio —dijo Adolph—. Extraño, ¿verdad?

Shaw se inclinó un poco hacia delante.

—Hay cosas más importantes que el dinero.

—La mayoría de las cosas son más importantes que el dinero, pero hace falta

dinero para conseguirlas todas. —El hombre sonrió y encendió un pitillo—. Si Sartre siguiera con vida, podría ofrecernos un análisis filosófico más preciso, o tal vez se limitaría a responder: *C'est la vie*.

—Quiere asesinar al presidente Beniste —comenzó Shaw—. Eso sumiría Francia prácticamente en la anarquía.

Adolph negó con la cabeza.

—Sobrestima el aprecio de los franceses por la política. ¿Dice que quiero asesinar a Beniste? Ésa es únicamente su opinión. Pero aunque lo hiciera, no sería más que un presidente muerto. Sencillamente elegirían a algún otro idiota.

—Esta es la Tierra de la revolución política —respondió Shaw.

—*Au contraire*. Fue la tierra de la revolución política —contestó Adolph—. Nos hemos americanizado de la cabeza a los pies. Lo único que les importa a mis compatriotas es si tienen el iPhone más reciente. Pero los auténticos revolucionarios somos nosotros, *mon ami*.

—¿Y de qué va su revolución?

—¿Usted qué cree? —bufó de pronto el francés, a la vez que le cogía el brazo a uno de sus hombres y ponía la svástica delante de la cara de Shaw—. A diferencia de los farsantes de Hitler que sólo la lucían en su uniforme, a nosotros nos impregna la piel. Es nuestra identidad permanente. Y he tomado el nombre del maestro como propio.

—Así que los judíos son el origen de todo mal, ¿eh?

—Judíos, musulmanes, cristianos, todos comparten la misma culpa. La madre de Beniste era judía, aunque él intente ocultarlo. Dijo usted que dispone de la información y las credenciales para permitarnos entrar en el hotel donde estará, ¿no es así?

—Así es. No lo llevo todo conmigo, pero he traído una muestra para que vea que voy en serio. —Metió la mano lentamente en el bolsillo y sacó un pase de prensa de aspecto oficial y una entrada para acceder al próximo discurso del presidente en un hotel de París.

Adolph los miró impresionado:

—*C'est bon. Bien fait!*

—Tengo cinco más —añadió Shaw—. Además, estarán incluidos en la lista oficial de VIP.

—¿Armas? —indagó Adolph.

—Los franceses no son tan paranoicos como los americanos. Los VIP no tienen que pasar por detectores. —Miró a los fieros skins—. Pero tendrán que parecer VIP y comportarse como ellos.

Adolph se echó a reír.

—Éstos son mis guardaespaldas personales. Crecimos juntos en las calles de París. Todos y cada uno de ellos darían con gusto la vida para que yo siguiera vivo. Soy el elegido. Eso lo entienden todos.

Shaw miró al cabeza rapada del dragón. «Sí, parece lo bastante estúpido para morir por ese gilipollas megalómano».

—Así que cuenta con otros que cumplan su cometido. ¿Y dan el pego?

Adolph asintió.

—¿Cuándo podemos disponer del resto de la documentación?

—En cuanto paguen mi precio.

—Ah, ya llegamos al asunto. —Adolph se retrepó en la silla, cruzó las piernas y lanzó un aro de humo hacia el techo del almacén treinta metros por encima de sus cabezas—. Voy a decírselo ya de entrada, *monsieur*, no disponemos de mucho dinero.

—Creía haber dejado claro que no estoy interesado en el dinero.

—Todo el mundo dice no estar interesado en el dinero hasta que lo pide. No somos traficantes de droga ni terroristas del desierto forrados gracias al petróleo. No tengo miles de millones de euros en una cuenta suiza. Soy un pobre con ideas ricas.

—Mi padre murió en una cárcel francesa el año pasado.

Adolph se irguió en la silla y miró a Shaw con cierto interés.

—¿Qué cárcel?

—La Santé.

El hombre asintió y aplastó el cigarrillo con el tacón del zapato contra el frío suelo de hormigón.

—Es de las peores. Y las cárceles francesas son todas una mierda. Ahora mismo tenemos encerrados en La Santé a varios hombres cuyo único crimen fue limpiar las calles de escoria. ¿Y por algo así los encierran como animales? El mundo está loco.

Detrás de Shaw el cabeza rapada del dragón dejó escapar un gruñido.

Shaw se volvió a mirarlo y vio cómo aterrizaba cerca de su zapato otro escupitajo. Adolph dijo:

—El hermano de Victor es uno de ellos. Se suicidó en La Santé el año pasado. Estabas muy unido a tu hermano, ¿verdad, Victor?

Victor profirió otro gruñido y amartilló la escopeta.

—Seguro que eran uña y carne —comentó Shaw secamente.

—Así que su padre murió en la cárcel. ¿Qué crimen cometió?

—Mi padre era un norteamericano que inmigró para poner en marcha un negocio, un negocio que empezó a hacer competencia a otros dirigidos por amigos de Beniste, una competencia excesiva, por lo visto. Así que cuando Beniste ocupaba el cargo de fiscal del Estado, tendió una trampa a mi padre y lo condenó por delitos que no había cometido, sólo para arruinarlo. No eran más que embustes y Beniste lo sabía. Mi padre pasó veinte años en ese infierno y la víspera de su excarcelación murió de un infarto, con el corazón partido. Es como si Beniste le hubiera asestado una cuchillada en el pecho.

—Y si verificamos su historia, ¿veremos que es cierta?

—Lo que digo es verdad —aseguró Shaw con énfasis, su mirada fija en la del otro hombre—. Si no, no me habría metido aquí.

—Así que busca venganza. ¿Nada más?

—¿Acaso no es suficiente? Le facilito la información y mata a Beniste. —Hizo una pausa—. Y también a otra persona —añadió lentamente.

—¿A quién? —preguntó Adolph con aspereza.

—Al padre de Beniste. Me arrebató a mi padre, ahora pienso quitarle el suyo. Adolph se recostó en la silla y lo sopesó.

—Tengo entendido que también cuenta con protección.

—Lo tengo todo planeado. He pasado años planeándolo. —Miró a los skins en torno—. Estos hombres pueden hacerlo. Sólo hace falta un poco de valentía y mano firme.

—¿Y cómo ha obtenido esa información? Tengo gran interés en saberlo.

—¿Por qué?

—Porque se rumorea que Beniste es muy capaz de tender trampas, por eso.

Hizo un gesto a sus hombres, que cogieron a Shaw, le retiraron la americana y le hicieron ponerse en pie. Victor sacó un cuchillo y le rasgó la camisa a Shaw en busca de un micrófono. Luego le quitaron los pantalones con el mismo fin. Después de llevar a cabo un cacheo que habría hecho enrojecer a un proctólogo, permitieron a Shaw volver a ponerse la ropa.

—Me sorprende que haya esperado hasta ahora para registrarme —comentó Shaw mientras se abrochaba la camisa.

—¿Qué importaría si fuera un *poseur* y llevase micrófono? Estaría muerto de todas maneras. Y yo me habría largado mucho antes de que aparecieran por aquí esos idiotas.

—Podrían haber rodeado el almacén —señaló Shaw. Adolph le dirigió una sonrisa condescendiente.

—No, no, *monsieur*, no podrían acercarse a diez manzanas de aquí sin que yo lo supiera. Los gendarmes controlan las zonas de París a las que van los turistas, pero me parece que ésta no, *monsieur*, ésta no.

Shaw volvió a tomar asiento.

—Estoy próximo a Beniste. Confía en mí.

—¿Y cómo es eso, después de lo que le hizo a su padre?

—No sabe que ese hombre era mi padre —se limitó a decir Shaw—. Me fui de Francia, cambié de nombre, adopté una nueva identidad y luego volví. Hago su trabajo sucio entre bambalinas. Confía en mí, desde luego, como si fuera su hijo. Me regodeo en la ironía a diario.

—Su odio es un ejemplo a seguir.

—¿Trato hecho?

—*Vive la revolution, Monsieur!*

Anna Fischer estaba en su despacho en el edificio de Phoenix Group donde seguía escudriñando los documentos esparcidos por toda la mesa. En realidad ahora tenía más preguntas que respuestas acerca de la «amenaza roja». Y a cada día que pasaba, a veces a cada hora, salía a la superficie una nueva revelación como las réplicas de un tsunami, y la tierra volvía a estremecerse.

Lo que más preocupaba a Anna era que no había ni rostro ni nombre alguno tras el C.I.R. Los comunicados de prensa se realizaban exclusivamente a través de Internet. Nadie había dado un paso al frente para decir: «El C.I.R. soy yo». Y con el asesinato de Petrov y el ataque contra Afganistán, Anna tal vez podía entender por qué. Gorshkov había declarado sin margen de duda que quien estuviera detrás de aquello, fuera quien fuese, iba a ser castigado, y había pocas naciones sobre la faz de la Tierra tan duchas en castigos como los rusos.

¿Se había vuelto todo ello contra sus propios perpetradores? ¿Huían en desbandada sin saber muy bien qué hacer a continuación? Anna no podía responder a ninguna de esas incógnitas. Lo único que sabía era que el esfuerzo se había planificado extraordinariamente bien. No obstante, ignoraba si sus motivaciones eran buenas o malvadas. Alcanzaba a entender el argumento benévolo: Rusia, después de todo, no tenía una historia ejemplar en lo tocante a derechos humanos y había muchas personas y organizaciones por ahí a quienes les encantaría ajustarles las cuentas. La parte malvada le costaba más conceptualizarla. ¿Qué objetivo se lograría haciendo que Rusia se volviese un país más aislado e incluso paranoico? Sería algo similar a entregar a Corea del Norte bombas nucleares gratis y decirles que abrieran fuego.

Se masajeó las sienes. No podía dedicar todo su tiempo a eso. Sin embargo, estaba segura de que mucha gente por todo el mundo estaba haciendo justo lo mismo en esos instantes. Alguien tema que toparse con la verdad en algún momento.

Echó un vistazo al reloj. Eran casi las tres. Había una reunión de empresa a la que estaban emplazados todos los miembros del equipo. No tenía ninguna gana de aguantar lo que por lo general acababa siendo una discusión aburrida, pero al menos disponía de media hora para trabajar en algo importante. Y luego, esa noche, tenía algo más apremiante que hacer.

Iba a comprarse el vestido de novia. ¿Ella vestida de novia? Anna sonrió con sólo pensarlo y notó un cosquilleo en la piel. Lo único mejor que eso sería ver a Shaw de esmoquin. No le cabía la menor duda de que le sentaría de maravilla.

Con el mundo en crisis, parecía ridículo estar pensando en vestidos y bodas. Por otra parte, si el mundo iba a estallar en pedazos en un futuro no muy lejano, Anna no tenía el menor deseo de esperar para formalizar su relación con el hombre al que amaba.

Unos minutos después estaba tan ensimismada en su trabajo que no llegó a oír lo que ocurría en la planta baja.

En el mismo preciso instante la puerta principal y la trasera del edificio reventaron y un total de doce hombres vestidos de abrigo largo entraron en tropel. De debajo de los abrigos los hombres sacaron armas con silenciador, apuntaron y empezaron a disparar.

Cuando irrumpieron, la recepcionista en el vestíbulo acababa de descolgar el teléfono para hacer una llamada, pero la línea estaba cortada. Un momento después caía muerta al alcanzarla una bala en la frente. Se escurrió del asiento y se desplomó inerte junto a su mesa, la pechera del vestido manchada por la sangre que brotaba de la herida en la cabeza. Un analista de mediana edad había tenido la mala fortuna de ir a elegir ese instante para entrar en el vestíbulo. Un segundo más tarde yacía muerto al lado de la recepcionista. Parte de los hombres armados se dirigió al sótano. Otros recorrieron las salas de la primera planta, abriendo las puertas a patadas y matando a quien estuviera dentro. Otros se precipitaron hacia las plantas superiores. Había veintiocho personas en el edificio ese día. Ni una sola de ellas regresaría a casa al final de la jornada.

Cuando los gritos llegaron a oídos de Anna, pensó que alguien había sufrido un accidente. Se puso en pie de un brinco y se dirigió hacia la puerta. Al oír un sonido amortiguado, no identificó de inmediato lo que era. Cuando volvió a oírlo, la verdad la golpeó. ¡Era un disparo! Luego oyó varios más.

Cerró la puerta de golpe y pasó el pestillo, volvió a su mesa a la carrera e intentó telefonar. La línea estaba cortada. Cogió su bolso del estante y sacó el móvil mientras los sonidos de pasos se iban acercando. Oyó más descargas, más gritos y más golpes sordos, probablemente de cuerpos que caían al suelo. Procuró mantener la calma pero le temblaban tanto las manos que apenas podía sujetar el maldito teléfono.

Marcó el número de emergencia de la policía y luego observó incrédula cómo el aparato intentaba establecer conexión sin que llegara a sonar tono alguno. Había efectuado infinidad de llamadas desde el edificio con su móvil. ¿Qué estaba pasando? Escudriñó la pantallita: no tenía indicio alguno de cobertura. Probó una y otra vez sin resultado. Al cabo, lanzó el teléfono y corrió hasta la ventana. Estaba en una tercera planta, pero no tenía opción. Oyó el estruendo de zancadas que se acercaban escaleras arriba. Su despacho era el último en el pasillo. Aun así, lo más probable era que sólo dispusiese de un minuto.

Se afanó con todas sus fuerzas en abrir la ventana de guillotina. Habían pintado recientemente el exterior y Anna cayó de pronto en la cuenta de que los idiotas de los pintores habían sellado la ventana con pintura. Hincó las uñas en el marco de madera y empleó hasta la última pizca de fuerza que poseía, pero siguió sin ceder. Los sonidos se aproximaban por el pasillo. Oyó que abrían una puerta de una patada, y a continuación un grito. Luego un sonido como el de un libro al caer cuando otro cadáver se desplomó al suelo.

Aún sumida en el terror, aquello le dio una idea. Cogió un libro de la mesa y se sirvió de él para romper el vidrio de la ventana. Se asomó por la ventana y gritó:

—¡Socorro! ¡Ayúdenos! Llamen a la policía.

Por desgracia, era una calle tranquila con edificios desocupados a ambos lados y no pasaba nadie que pudiera oírla. Vio una furgoneta de gran tamaño aparcada junto a la acera. Volvió a gritar pero, por lo visto, no había nadie en el vehículo. Iba a lanzarle algo cuando reparó en lo que parecía ser una pequeña antena parabólica en el techo de la furgoneta que apuntaba directamente al edificio.

Con la mente aterrada funcionando a una velocidad increíble, alcanzó a entrever la verdad. Por eso no tenía indicio de cobertura en el teléfono móvil. Lo que emitía la furgoneta, fuera lo que fuese, la estaba bloqueando. Miró arriba y abajo por la calle sin salida y se fijó en las barreras provisionales ubicadas en un extremo, que impedían el paso de vehículos.

Se quitó los zapatos, se encaramó al alféizar y miró hacia abajo. Había un toldo sobre la ventana de la primera planta. «Si consigo caer ahí y luego rodar hasta la calle...».

No tenía idea de si quedaba alguien en el interior de la camioneta. Lo único que sabía era que, en el caso de permanecer allí, estaba muerta. Reunió fuerzas para saltar. Las lágrimas le resbalaban por la cara cuando oyó que otra puerta se abría hecha astillas en el despacho anexo. Un grito, un topetazo y luego un golpe sordo. Ese era el pobre Avery: muerto.

«Dios, ojalá estuviera aquí Shaw».

Pronunció una plegaria, calculó distancias y tensó las piernas para el salto. En cuando estuviera a salvo en la calle, correría como no había corrido en la vida en busca de ayuda. Aunque dudaba que quedase alguien vivo a quien ayudar; salvo ella misma.

Las dos balas disparadas a través de la puerta la alcanzaron directamente en la espalda y le salieron por el pecho hacia el aire fresco de una tarde londinense. Anna se quedó de piedra, acuclillada en el alféizar, aparentemente ajena a que le hubieran disparado mientras la sangre caía a borbotones sobre el suelo y la ventana. Y sobre todo su cuerpo. Cuando se le empezó a nublar la vista, el cielo azul se tornó pardo, el pequeño parterre verde al otro lado de la calle se diluyó hasta volverse amarillo. Ya no alcanzaba a oír los pájaros en el cielo ni los coches que transitaban una manzana más allá. Se aferró a la madera de la ventana con todas sus fuerzas, pero en cuestión de segundos, conforme la sangre iba abandonándola a toda prisa, ya no le quedaban fuerzas.

Cuando Anna Fischer cayó, no fue hacia delante, ventana afuera, sino de espaldas, hacia el interior de la habitación, donde quedó tendida boca arriba mirando fijamente el techo de su despacho.

Abrieron la puerta de un puntapié e irrumpieron dos hombres que se le acercaron. Uno de ellos se levantó la máscara y la miró de cerca al tiempo que meneaba la cabeza.

—Joder, vaya chiripa —comentó—. Lo que quería era abrir la puerta a tiros.

El otro individuo se quitó la máscara y la contempló.

—¿Qué demonios? —empezó Caesar—. ¿Dos disparos en todo el pecho y aún respira?

—Espera un minuto. Está a punto de palmarla —dijo el otro.

—No dispongo de un minuto. Fíjate en la ventana. Intentaba huir.

El otro siguió su mirada hasta el cristal hecho añicos. Caesar apuntó con cuidado pese a que el pecho de Anna subía y bajaba de manera errática en los espasmos postreros de su vida. El disparo la alcanzó justo en la frente.

Cuando dejó escapar el que sería su último aliento, sonó muy parecido a un nombre: «Shaw».

Caesar se sirvió de la bota para propinar un empujón a la mujer en el hombro, pero saltaba a la vista que ya no podía atestiguar contra ellos por lo que había pasado allí ese día.

El segundo hombre habló al micrófono de un *walkie-talkie*. Escuchó un instante y luego asintió.

—Todos muertos —le dijo a Caesar.

—Todos muertos —repitió Caesar—. ¿La brigada de la gacetillera?

—Casi han terminado.

—Diles que disponen de dos minutos. Envía un hombre a la calle a ver si alguien ha visto a la tía esta en la ventana. Si la han visto, ya saben qué hacer. El avión está a la espera. Si no están a bordo, peor para ellos. Adelante.

El otro hombre y él abrieron sus mochilas y sacaron cuadernos, resmas de papeles, gráficos, cuadros y demás documentos y luego procedieron a dejar las huellas dactilares de Anna en muchos de ellos.

Mientras empezaban a disponer el material sobre la mesa de Anna, Caesar dijo: «Maldita sea». Estaba mirando los documentos que ya había allí.

—¿Qué? —le preguntó su compañero.

Caesar señaló uno de los papeles que había impreso Anna, en el que se apreciaba su interés por la «amenaza roja».

Caesar comentó:

—Está claro que ya le picaba la curiosidad, pero encajará bien. Sacó una cámara y empezó a tomar instantáneas del interior del despacho.

Recibieron confirmación de que nadie había visto a Anna en la ventana, aunque parte de su sangre había ido a caer al jardincillo hacia la izquierda de la entrada al edificio. Los lirios de la mañana se habían vuelto de un tono más oscuro por efecto del impacto de las gotas de sangre.

Poco después se sumó a ellos otro hombre. Tomó asiento ante el ordenador de Anna e introdujo un DVD en la ranura. Tecleaba tan aprisa que sus dedos enguantados parecían una mancha difusa y el teclado traqueteaba como un vagón de tren sobre vías defectuosas.

Sesenta segundos después sacó el DVD. «La descarga ha finalizado». Se levantó

y salió a toda prisa.

Treinta segundos después no quedaba ni una sola persona con vida en el interior del edificio de Phoenix Group.

Cuando el presidente Beniste salía del Hotel Ritz Carlton de París tras pronunciar una conferencia, seis hombres fueron detenidos por intentar asesinarlo. En las noticias lo pregonaron como una operación policial milagrosa, ya que los aspirantes a asesinos, que habían conseguido acceder al evento con documentación ingeniosamente falsificada, fueron apresados antes de que pudieran acercarse siquiera a Beniste. En una noticia relacionada, se daba cuenta de que habían intentado secuestrar al anciano padre de Beniste, pero los criminales habían sido atrapados antes de que tuvieran oportunidad de introducirse en el apartamento de Beniste padre. Dos de ellos habían sido abatidos por las fuerzas de seguridad.

Por lo visto, los hombres eran miembros de un renombrado grupo neonazi que operaba en los alrededores de París. Se esperaban más detenciones. Las autoridades aseguraron haber asestado así un golpe definitivo a aquella organización ultraviolenta.

Shaw escuchó la noticia en la tele mientras hacía el equipaje en la habitación del hotel. Vibró su teléfono móvil y contestó.

—Enhorabuena —dijo Frank—. No han detectado tu hedor en todo ese follón.

—Siempre se te han dado bien las palabras.

—¿Listo para seguir trabajando?

—No, me marcho ahora mismo.

—A ver si lo adivino, ¿a Londres?

—No puedo guardar ningún secreto contigo, ¿eh?

—Dos días. Luego te necesito otra vez.

—Tres. Y considérate afortunado.

Colgó, recogió la maleta y se dirigió hacia la puerta, que se abrió antes siquiera de que tocase el pomo.

La pistola apuntaba directamente al pecho de Shaw cuando reculó, aferrado todavía al equipaje.

Victor lanzó a Shaw un escupitajo que le dio en toda la cara.

Otro hombre que llevaba una mochila pequeña entró detrás de Victor y cerró la puerta con llave.

En el bolsillo de Shaw empezó a vibrarle el móvil. Probablemente era Frank para advertirle, aunque mucho más tarde de la cuenta.

Adolph dirigió una sonrisa burlona a Shaw.

—No, no, *mon ami*, todavía no puede irse de París. El espectáculo no ha terminado aún.

Shaw retrocedió otro paso hasta que se topó con la pared. Su mirada pasó rauda del arma a Adolph mientras la saliva del escupitajo de Victor le resbalaba por la cara.

Adolph sacó una sierra para metales y una hachuela de la mochila mientras Victor colocaba un silenciador en el extremo de la pistola.

—Debéis de ser los dos únicos que quedan —comentó Shaw.

—Siempre puedo reclutar más hombres —se jactó Adolph—. Por cada uno que pierdo, puedo conseguir cinco que lo sustituyan.

—Los franceses tienen que hacer algo con respecto al paro, salta a la vista.

Adolph levantó el hacha.

—¿Eres judío?

Shaw miró fijamente la herramienta.

—¿Por qué? ¿Quieres trocearme según la ley judía?

—Quiero saber por qué me tendiste una trampa. Quiero saberlo antes de que mueras. Te vendrá bien descargar la conciencia. Confiésamelo. Confiéaselo a papá Adolph.

—Vamos a ver: voy a daros una oportunidad de largaros de aquí. Sólo una. Luego, que se apañe cada cual.

Adolph miró a Victor y se echó a reír.

—Tenemos armas y tú no tienes nada, lo que significa que no dices más que chorradas. —Blandió la hachuela y sonrió malicioso—. Y ahora voy a arrancarte las tripas de cuajo para que dejes de decirlas.

Shaw pulsó un botón junto al cierre de la maleta. Un segundo más tarde, una sirena ensordecedora empezó a sonar alrededor.

Adolph y Victor miraron hacia la ventana, pensando sin duda que la policía estaba al llegar.

Un instante después Shaw cargaba directamente contra ambos, con la maleta en vertical delante de sí. Victor apuntó y disparó contra la maleta convencido de que se abriría paso sin problemas a través del material y alcanzaría a Shaw en la cabeza. Se equivocaba.

Las balas hicieron blanco en la maleta pero rebotaron en el revestimiento reforzado de varias capas y se incrustaron en el techo. El impacto de los disparos contra la maleta hizo trastabillar a Shaw, aunque se las arregló para seguir cargando hacia delante. Cuando golpeó a Victor la colisión fue tan violenta que le arrebató el arma de la mano y también le arrancó al cabeza rapada el dedo índice.

Victor gritó de dolor a la vez que aferraba el muñón ensangrentado. Sus gritos cesaron cuando la maleta de Shaw lo golpeó en la cabeza y le hizo salir disparado por encima de un pequeño sofá.

Antes de que Shaw tuviera oportunidad de volverse hacia Adolph, el hombre le había abierto un profundo tajo en el brazo con la hachuela. Cuando retrocedía a trompicones, Adolph volvió a levantar el arma, pero Shaw se las arregló para hacerle perder el equilibrio de una patada. El francés se vino abajo con un estrépito, y perdió el hacha en su caída. Se arrastró por el suelo para recuperarla, la cogió y la empleó contra Shaw. Por fortuna, fue el mango en vez de la hoja lo que golpeó el muslo de Shaw, aunque le produjo un dolor de mil demonios.

No notó que el teléfono volvía a vibrarle en los pantalones porque Adolph se le

abalanzaba con el hacha y Victor, con la mitad de la cara destrozada y sanguinolenta, se había puesto en pie sobre sus piernas temblorosas e iba en busca de la pistola.

Shaw se abalanzó contra Adolph y le clavó el hombro en todo el vientre, impulsándolos a ambos sobre la cama, por encima de la que rodaron para ir a caer al suelo con un buen topetazo, Shaw encima del francés. Adolph cogió a Shaw por la cara e intentó clavarle los dedos en los ojos. Medio cegado, sin apenas resuello y con el brazo y la pierna heridos y doloridos, Shaw se las apañó para colocar el brazo contra la tráquea de su oponente, pero cuando intentó apretar para quitárselo de en medio, su fuerza habitual sencillamente no respondió. Se miró el brazo: la sangre salía a borbotones, densa y apesada.

¡Joder! El filo debía de haber alcanzado una arteria. Notó que los dedos se le entumecían.

Se apartó de Adolph y consiguió ponerse en pie, aunque por desgracia las piernas empezaban a fallarle. Al volverse en busca de alguna vía de escape, se quedó paralizado.

Victor le apuntaba directamente a la cabeza con el dedo corazón en el gatillo.

Por lo visto la malévol mueca del skin iba a ser el último recuerdo consciente de Shaw. «Vaya manera de morir tan cutre».

Se abrió la puerta de golpe e irrumpió Frank acompañado de seis de sus hombres. Frank calibró de inmediato la situación y efectuó dos disparos, que alcanzaron a Victor en la cabeza haciéndole desplomarse.

Adolph lanzó un grito y se precipitó hacia Shaw para echarle las manos al cuello.

—A por él, maldita sea —aulló Frank, y cuatro de sus hombres se abalanzaron contra Adolph y lo apartaron de Shaw, que estaba gravemente herido.

—Llevaos de aquí a ese cabrón —ordenó Frank, y sacaron a Adolph de la habitación a empellones.

Cuando Frank se volvió hacia Shaw, el hombretón tenía la cara blanca como la tiza, y un momento después se vino abajo.

—¡Shaw! —Frank cruzó la habitación a la carrera y se arrodilló a su lado—. ¡Que vengan ahora mismo los servicios de emergencia! —bramó.

Tomó la cabeza de Shaw entre sus manos.

—¿Shaw? ¿Me oyes? ¡Shaw!

La cabeza de Shaw se volvía de lado a lado con languidez en manos de Frank, que reparó en el profundo desgarrón en el brazo, se arrancó la corbata y apañó un torniquete por encima de la herida.

—Aguanta, Shaw, los de emergencias están a punto de llegar. ¡Ahora mismo! —A sus hombres les gritó—: ¿Cómo demonios lo, han encontrado estos mal nacidos? ¡Se suponía que tenía una tapadera!

—¿Frank? —dijo la voz apagada.

Frank bajó la vista hacia Shaw, que ahora lo miraba.

—Shaw, no te preocupes. Ya oigo al equipo médico en las escaleras.

—Llama a Anna —dijo Shaw, cuya respiración era cada vez más superficial—. Llama a Anna de mi parte.

El equipo de emergencias irrumpió en la habitación y rodeó a Shaw y Frank. Cuando éste intentaba apartarse de Shaw, el hombre herido se le aferró con las escasas fuerzas que le quedaban.

—Llama a Anna, por favor.

—Claro que sí. Ahora mismo la llamo —se apresuró a decir Frank.

Shaw perdió el conocimiento y el brazo le cayó a un costado, inerte.

Unos minutos después sacaban a Shaw en camilla.

Victor, el cabeza rapada del dragón tatuado, hizo mutis definitivo en una bolsa para cadáveres.

Desde la ventana, Frank observó alejarse la ambulancia a toda velocidad. La habitación sería «esterilizada», negociarían con la policía local y el incidente no trascendería a los noticiarios franceses. Frank repasó mentalmente los pasos necesarios que debía llevar a cabo.

—¿Quién es Anna? —preguntó uno de los hombres de Frank al acercarse a su jefe.

Frank sacó la Blackberry del bolsillo y leyó por cuarta vez el correo: «Alerta urgente. Ataque contra Phoenix Group en Londres. No hay supervivientes». Por eso había estado intentando ponerse en contacto con Shaw en el hotel. Al no obtener respuesta, venía de camino para decírselo en persona cuando recibió la señal de socorro. Dejó escapar un profundo suspiro mientras inspeccionaba los destrozos en la habitación.

—Una mujer a la que estaba muy unido, nada más.

Katie James estaba sentada en su pequeño apartamento en la parte alta del West Side en Nueva York con la mirada fija en una botella de ginebra que había ubicado minuciosamente en la encimera de la cocina. Al lado había un vaso vacío. Puso cinco cubitos de hielo en el vaso y luego añadió dos dedos de tónica. Se recostó en el asiento y examinó lo que había hecho hasta el momento. Removió la tónica con una cucharilla, haciendo que los cubitos emitieran un tentador tintineo contra los costados del vaso. Miró la botella de ginebra. Una copa, nada más. ¿Acaso no se la merecía?

Casi la habían matado, ya para empezar. Y luego había tomado un vuelo hasta Nueva York para encontrarse con que la habían despedido de su trabajo en la página de obituarios debido a recortes de presupuesto. Había sido sustituida por un colaborador autónomo que ya iba por los ochenta años.

También le habían dedicado un cordial: «¡Buena suerte, Katie!» mientras los de seguridad la escoltaban hasta la salida del edificio. Sintió deseos de volver a entrar, coger los Pulitzer que había ganado y metérselos por esas gargantas sebosas.

En cambio, había ido a casa y estaba mirando fijamente la ginebra. Lo dejaría después de la primera. Sabía que era capaz. Se sentía con las fuerzas necesarias para detenerse después de la primera. Desenroscó el tapón y olió la deliciosa bebida. Dejó caer una rodaja de limón en el vaso, la hizo girar mientras se aplomaba para el paso definitivo, que consistía en verter la Bombay Sapphire. Sería un brindis por su nueva carrera, aunque aún no sabía a qué iba a dedicarse.

Pero ésa no era la historia completa. El caso era que cuando estaba sobria veía a Benham en sueños. El niño afgano que había muerto para que ella obtuviera su segundo Pulitzer se le aparecía en sueños. Parecía plenamente vivo, su cabello rizado mecido por un abrasador viento del desierto. La sonrisa de su rostro hubiera podido ablandar el corazón más duro, iluminar la noche más oscura. Pero el sueño siempre terminaba con el niño muerto en sus brazos. Siempre muerto, estaba Benham.

Sólo cuando estaba borracha dejaba de verlo. Sólo cuando estaba como una cuba permanecía alejado el niño. Y eso suponía que lo había visto prácticamente todas las noches durante los últimos seis meses. Había muerto en cientos de ocasiones tras resucitar en sus sueños tres o cuatro veces cada noche. Estaba harta del espectáculo. Quería tomar un trago. No, deseaba emborracharse. No le apetecía ver a Benham vivo y después muerto.

Mientras permanecía sentada con las piernas al aire y una sudadera raída como única prenda, miró por la ventana. Hoy había una concentración en Central Park. Era una protesta contra el gobierno ruso. Decenas de miles de personas se manifestaban y ondeaban banderas con el lema RECORDAD A KONSTANTIN. Katie no podía saber que las banderas habían sido suministradas en secreto a los organizadores de la manifestación por una organización que trabajaba para una empresa tapadera vinculada a Pender &

Associates, aunque eso habría sido imposible rastrearlo. Se habían fabricado y distribuido veinte millones de banderas por todo el mundo para manifestaciones como aquélla.

Katie había decidido no asistir a la protesta. Tenía otras cosas en la cabeza.

Apartó la mirada de la ventana y casualmente se fijó en la pantalla de la televisión detrás del vidrio azul de la botella de ginebra.

Noticia de última hora. Claro. Siempre había alguna noticia de última hora. El siguiente gran artículo. No mucho tiempo atrás, ya habría estado a bordo de un avión encaminado a novecientos y pico kilómetros por hora hacia el epicentro de la tormenta. Y además encantada. Disfrutando todos y cada uno de los segundos del reportaje hasta que hubiera tocado a su fin y se presentara la siguiente historia. Y luego la siguiente, en una carrera de intensa carga psicótica que consistía en quemar adrenalina sin línea de llegada a la vista.

Londres otra vez. Bueno, en Londres se habían dado muchas noticias de última hora, aunque no había ocurrido nada malo durante su estancia. Qué suerte la suya. Respiró hondo y miró sin demasiado interés el edificio acordonado con cinta de la policía. Le resultaba conocido. Se sentó más erguida y se olvidó de la ginebra.

¿Qué decía la mujer? ¿Westminster? ¿Qué grupo? Katie se puso en pie de un salto, se llegó a la sala de estar a la carrera y subió el volumen.

La periodista estaba bajo la lluvia mientras agentes de policía e individuos de uniforme blanco se apresuraban de aquí para allá. Una muchedumbre curiosa con el cuello estirado era mantenida a raya por barreras portátiles. Los equipos de televisión estaban dispuestos por toda la longitud de la calle, los mástiles de sus antenas parabólicas para emisión por satélite difundiendo la noticia electrónicamente por el mundo entero, un frenético *byte* tras otro, un frenético píxel tras otro.

«Phoenix Group sería el último lugar donde la mayoría de la gente esperaría que ocurriese algo así, decía la periodista. Situado en una tranquila calle londinense, ha sido descrito como un grupo de expertos dedicado a la investigación sobre políticas globales que abarca infinidad de temas sociales y científicos. Prácticamente todos los que trabajaban aquí eran eruditos y científicos, muchos de ellos antiguos académicos que difícilmente podrían considerarse objetivo de un brutal asesinato múltiple. Aún no se ha emitido una lista oficial de fallecidos, pendiente de que se ponga al corriente a sus familias. Aunque los detalles siguen siendo imprecisos, parece ser que la masacre...».

¿Masacre? ¿Había dicho masacre esa mujer? Katie se dejó caer en la moqueta, el corazón desbocado contra su pecho. Notaba las extremidades muertas.

La periodista continuó: «En estos instantes, las autoridades sólo dicen que hay casi treinta víctimas en el interior del edificio. No hay indicio de ningún superviviente».

¿No hay indicio de ningún superviviente? Katie miró el reloj e hizo un rápido cálculo de diferencias horarias mientras la periodista que llevaba en su interior

entraba en acción a pesar de su pánico cada vez más intenso. Ahora era de noche en Londres. Unas horas para que los cadáveres fueran identificados, llamaran a la policía y los reporteros y la muchedumbre se desplazaran hasta allí. Debía de haber ocurrido en torno a las tres o las cuatro de la tarde. Entonces volvió a caer presa del pánico.

No había supervivientes.

Se levantó de un brinco, se llegó al teléfono a la carrera, sacó la tarjeta de visita que le había dado Anna y llamó. Saltó el buzón de voz inmediatamente. Katie sofocó un sollozo al oír la voz precisa de Anna pidiéndole que dejara un mensaje. Katie colgó sin decir palabra.

El siguiente pensamiento la alcanzó como un rayo.

—¡Shaw! —exclamó.

Llamó al número que él le había facilitado. Sonó cuatro veces y pensó que también estaba a punto de saltar el buzón de voz cuando respondió alguien.

—*Alo?* —dijo una voz de mujer en francés.

Momentáneamente confusa, Katie preguntó:

—Esto..., ¿puedo hablar con Shaw?

La mujer al otro extremo de la línea volvió a dirigirse a ella en francés.

Katie pensó rápido, intentando recordar su francés escolar y el poco que había aprendido en el extranjero. Le preguntó a la mujer si hablaba inglés y ella dijo que un poco. Katie inquirió dónde estaba Shaw.

A la mujer no le sonaba el nombre.

—Tiene su teléfono.

Entonces la mujer sonó confusa pero le preguntó si era familiar suya.

Eso no sonaba nada bien, pensó Katie. Durante un momento irreal se preguntó si Shaw no estaría con Anna en Phoenix Group y habría resultado asesinado también. Sin embargo ¿por qué iba a tener una francesa su teléfono si la masacre había tenido lugar en Londres?

—Sí —le dijo a la mujer—. Soy familiar suya, su hermana. ¿Quién es usted?

La mujer le explicó que era enfermera y se llamaba Marguerite.

—¿Enfermera? No entiendo.

—Este hombre, este Shaw está en hospital —le informó Marguerite.

—¿Qué le ocurre?

—Ha resultado herido. Lo están operando.

—¿Dónde?

—En París.

—¿En qué hospital?

La mujer se lo dijo.

—¿Se repondrá?

Marguerite aseguró que no sabía la respuesta a esa pregunta.

Katie se apresuró a hacer el equipaje. Sirviéndose de los millones de kilómetros que tenía acumulados como viajera habitual, reservó una plaza en un vuelo de Air

France que partía del JFK esa misma noche.

Procuró dormir durante el vuelo, pero no lo consiguió. Mientras otros pasajeros dormitaban a su alrededor, Katie tenía la vista fija en la cadena de noticias en su monitor personal. Había un poco más de información acerca de la masacre de Phoenix Group, tal como la habían bautizado los medios, pero nada que arrojara luz sobre el suceso. Katie había intentado ponerse en contacto con Anna antes de subir a bordo del aparato, pero seguía encontrándose con su buzón de voz.

Mientras el reactor cruzaba zumbando el océano, Katie se preguntó por qué lo estaba haciendo. Apenas conocía a Anna ni a Shaw. Y según le había dejado Shaw bien a las claras, y además con toda la razón, no tenía derecho a meter las narices en sus vidas.

«Entonces ¿por qué lo estás haciendo, Katie? ¿Por qué?».

Tal vez la respuesta era tan sencilla como que no tenía nada más en su vida. Y aunque no sabía gran cosa de Anna ni de Shaw, la manera tan dramática en que había entrado en contacto con ellos le producía la sensación de que eran mucho más que meros conocidos. Los apreciaba. Quería que fueran felices. ¿Y ahora? Y ahora se sentía igual que si hubiera fallecido un amigo muy íntimo.

Aterrizó a las siete de la mañana hora local francesa, pasó por la aduana y tomó un taxi al hospital, que quedaba cerca del centro de París.

Pagó al taxista y entró a la carrera por la puerta principal de doble hoja. Sirviéndose de su francés chapurreado no tardó en encontrar a alguien que hablara inglés y le preguntó por la ubicación de la habitación de Shaw. Le informaron de que no había nadie ingresado con ese nombre.

«¡Maldita sea!».

Se propinó un puntapié mentalmente por no haberle preguntado a la enfermera al teléfono con qué nombre había ingresado Shaw.

—Estaba gravemente herido. Ayer pasó por quirófano. Es un hombre grande, uno noventa más o menos, moreno, con los ojos muy azules.

La mujer la miró inexpresiva.

—Este hospital es muy grande, *madame*.

—Hablé de él con una enfermera. Se llamaba Marguerite.

—Ah, Marguerite, *bon*, ahora sí —dijo la mujer. Hizo una llamada, habló durante un minuto y luego dirigió un asentimiento a Katie—. *Monsieur* Ramsey está en la habitación ochocientos cinco.

Cuando Katie echaba a correr hacia la zona de ascensores con su maletita de ruedas a la zaga, la mujer reanudó la conversación por teléfono, siguiendo a Katie con mirada de preocupación.

Una hora después de que Anna Fischer hubiera sido asesinada, la Blackberry de Nicolás Creel emitió un zumbido. Se volvió en la cama, la cogió, pulsó un botón y aparecieron en la pantalla seis palabras: «Bien está lo que bien acaba». Era de Caesar. ¿Quién iba a pensar que un tipo semejante era seguidor del Bardo? Creel miró el reloj. En Londres era media tarde, justo según lo previsto. Se volvió de nuevo y concilio el sueño otra vez.

Esa misma noche, Creel alisó la chaqueta del esmoquin, se ajustó los puños con gemelos y se levantó de su asiento en medio de una ovación atronadora. De camino al atril, estrechó la mano del gobernador, que lo acababa de presentar a un público de élite constituido por personas que habían apoquinado cinco mil dólares por barba por el privilegio de ver a Nicolás Creel nombrado hombre del año por sus labores filantrópicas, la última de las cuales había sido la donación de ocho millones de dólares para un pabellón de vanguardia dedicado al tratamiento del cáncer infantil en un hospital de primer orden. El pabellón, no obstante, no llevaba el nombre de Creel. Ya tenía suficientes edificios bautizados en su honor. Le había puesto el nombre de su difunta madre.

El gobernador de California se había mostrado entusiasta en sus comentarios de presentación, retratando al multimillonario fabricante de armas como un hombre que pasaría a la historia, poseedor de una visión sin parangón y una ilimitada compasión por el prójimo. De haber seguido con vida la madre de Creel, sin duda habría vertido lágrimas en abundancia al oír semejante descripción. Los ojos de Creel ni siquiera se humedecieron. Sencillamente no le iba eso. Al igual que con todo lo demás en su vida, todo acto tenía múltiples motivaciones. El evento de esa noche no constituía ninguna excepción. De hecho, era dinero bien invertido. No tenía problema en ayudar a niños enfermos. A punto había estado de perder a su primogénito por culpa de la leucemia, lo que había espoleado su interés en los tratamientos y la investigación sobre el cáncer. Tal vez fuera más codicioso y ambicioso que la mayoría, pero también había tenido mucho más éxito que la mayoría.

En realidad, poseía un corazón generoso. Y más aún, tenía dinero en abundancia. A lo largo de décadas, Creel había dado miles de millones a organizaciones benéficas, mucho más que buena parte de sus colegas superricos juntos. Y compartir la riqueza producía una sensación agradable, propiciaba que otros se sintieran bien, y de paso hacía algún bien. También era una buena manera de honrar a su madre, de otorgarle la inmortalidad que se merecía. Pero hacer buenas obras también te hacía ganar buenos amigos en puestos de poder cuando los necesitabas. Tenía la sensación de que el gobernador de California y el estado en general iban a ser amigos suyos de por vida. Era una situación sin inconveniente alguno; caía por su propio peso. Por ochenta millones de dólares, lo cierto es que salía barato.

Se sacó el discurso del bolsillo y miró hacia el gentío entregado, preguntándose

de pronto si habría una nueva miss Buenorra por ahí ya con el nombre de Creel. Tenía una buena razón para haber dejado a su mujer en casa. Sin duda había llegado el momento de cambiar. Ella estaba aburrida de él y el único valor de interés que poseía ella había perdido su atractivo para Creel mucho tiempo atrás. Imaginaba que esta vez se decantaría por alguna con un poco más de sesera, siempre y cuando la señora tuviera un exterior excepcional. Era un hombre al que le gustaba rodearse de objetos bellos.

Dio comienzo a sus comentarios con una referencia a lo que los medios ya habían bautizado despiadadamente como la masacre de Londres. Luego pidió unos momentos de silencio como muestra de respeto por los asesinados. Le pareció que era un bonito detalle. Inclino la cabeza e incluso pensó en los muertos y sus allegados. Entonces sí se le humedecieron los ojos. En el fondo era horrible. Lamentaba haber tenido que hacerlo. Ojalá hubiera dispuesto de alguna otra opción. Qué tragedia. El mundo se había vuelto tremendamente complicado, las fronteras entre el bien y el mal eran ahora borrosas hasta casi desaparecer.

Levantó la mirada y vio un mar de ojos vidriosos que lo contemplaban. Fue un momento mágico, desde luego que sí. En esos preciosos instantes, el público y él habían establecido un vínculo. Estaban juntos en aquello. El mundo se había unido un poquito más ante esa calamidad, tal como cuando ocurrían otros desastres. De la adversidad, de la catástrofe, surgían cosas asombrosas. No era coincidencia que los más grandes presidentes estadounidenses hubieran cumplido su mandato en tiempos de guerra. Eso te hacía el conflicto armado. O mejor dicho, eso hacía por ti. O remontabas el vuelo, o te ibas a pique. No había término medio, no había dónde esconderse. Era la tarjeta de resultados más perfecta de la historia. Era únicamente con la pérdida, estaba convencido Creel, como la gente desarrollaba al máximo el potencial de la vida.

Cuando unos diez minutos después terminó con sus comentarios y regresó a su asiento, quitando importancia humildemente a la prolongada ovación con el público en pie de la que estaba siendo objeto, reflexionó un momento sobre el mensaje de Caesar. ¡Había sido una velada extraordinaria, incluso para él! Caesar y Pender creían sin duda que todo aquello giraba en torno al dinero, que se trataba de rescatar Ares de entre los muertos corporativos. Desde luego era una de las razones, pero sólo una, y no estaba entre las principales motivaciones. Sólo él, Nicolás Creel, sabía por qué lo estaba haciendo. Y si la gente hubiera conocido sus razones, estaba seguro de que muchos las hubiesen aplaudido. A veces el fin justificaba plenamente los medios. En ese viejo tópico, tan trillado y desacreditado a lo largo de los años, yacía una perla de sabiduría que a juicio de Creel otros empezaban por fin a comprender.

El fin justificaba los medios pero sólo si el fin era realmente lo bastante crítico. No obstante, pocos fines lo eran. En toda empresa acometida por la humanidad se llevaba a cabo una evaluación. Ya fuera a la hora de ofrecer un carísimo tratamiento médico a un anciano de noventa años que tenía poco tiempo por delante, o de impedir

que fueran explotados campos petrolíferos para que sobreviviera cierta especie de búho, o de gastar miles de millones de dólares y sacrificar cientos de miles de vidas para establecer una cabeza de playa de la democracia en tierras musulmanas con la esperanza de que la libertad se propagase. Decisiones así se tomaban a diario. Y fuera cual fuese la opción favorecida, alguien salía mal parado, a menudo morían muchos, infinidad de vidas más quedaban destruidas, pero había que tomar la decisión. Y eso era exactamente lo que había hecho Creel. En el fondo, lo había llevado a cabo con mucha más planificación y estudio de los que empleaban la mayoría de los gobiernos cuando sopesaban acometer algo tan monumental. Por encima de todo, Creel tenía una estrategia de salida, tanto si su plan funcionaba como si no.

En la gala que siguió a la ceremonia de entrega de galardones, conoció a varias mujeres que podían dar la talla como futuras compañeras, que no esposas: ya había tomado una decisión al respecto. Siempre las había en esa clase de eventos, incluso mujeres que poseían gran inteligencia y títulos de universidades de primera categoría. Sencillamente era demasiado rico y tenía demasiados contactos para que lo pasaran por alto.

Luego, cuando la mujer alta y elegante que había escogido para ir a tomar una copa entraba en su limusina, Creel tuvo la sensación de que nada volvería a torcerse en su vida. Fue un momento insólito y de una inmensa fuerza vital, incluso para un hombre como él.

Intentó saborearlo todo lo posible, pues bien sabía Creel que aquello podía cambiar mañana mismo.

Un hombre inteligente era consciente de que la victoria no era inevitable. Un hombre más inteligente incluso era consciente de que la derrota nunca era total si uno sabía manejar los resultados con pericia e imprimirles el giro adecuado.

Y los hombres más inteligentes de todos, incluso cuando perdían, salían ganando. Nicolás Creel siempre se había tenido por uno de esos hombres.

Cuando Katie salió del ascensor y accedió a la octava planta una manaza se posó de inmediato en su hombro. Su reacción inmediata fue apartarla de un zarpazo, pero cuando levantó la vista hacia los ojos del hombre, ancho de hombros y con el semblante serio, se lo pensó mejor.

—Acompáñeme —dijo con un acento británico sincopado.

—¿Por qué?

El individuo le cogió el hombro con más fuerza. Al mismo tiempo, se sumó a ellos otro individuo trajeado, más grande y de aspecto más fornido que el primero. Le mostró una placa tan rápido que Katie no alcanzó a ver lo que ponía.

—Tenemos que hacerle algunas preguntas —dijo el segundo hombre.

—Bien, porque yo tengo unas preguntas para ustedes.

Los dos individuos la flanquearon cual paréntesis pasillo adelante. Se abrió una puerta e hicieron pasar a Katie a una salita, donde le indicaron que tomara asiento. Permaneció de pie, cruzada de brazos y con expresión desafiante. Uno de los hombres profirió un suspiro.

—Ahora mismo volvemos.

Sesenta segundos después regresaron con otro hombre, mayor, calvo y vestido con un traje arrugado al que le hacía falta una buena limpieza.

Se sentó e indicó a Katie que hiciera lo propio.

—¿Quiere tomar algo?

—No —respondió ella, que se sentó enfrente—. Lo que quiero es ver a Shaw.

Frank se retrepó en la silla y la observó con atención.

—¿Le importa decirme de qué lo conoce?

—Sí, me importa.

Hizo un gesto con la cabeza a uno de sus hombres, que le arrancó el bolso de la mano. Ella se aferró al bolso, pero el otro individuo la retuvo. Sacaron su cartera y su pasaporte y se los entregaron a Frank.

Él los examinó con detenimiento un instante.

—Katie James, el nombre me suena. Periodista, ¿verdad? ¿Está haciendo algún reportaje sobre Shaw?

—No, es amigo mío.

—Qué curioso, porque conozco a todos los amigos de Shaw y usted no se cuenta entre ellos.

—Soy una amiga reciente. ¿Y puedo ver su placa o sus credenciales? ¡Quiero tener todos los datos claros para el artículo que voy a escribir desenmascarándolo si no me deja salir de aquí ahora mismo, joder!

—¿Hasta qué punto «reciente»? —indagó Frank con toda tranquilidad.

Ella vaciló.

—De Edimburgo.

—No lo mencionó. —Frank escudriñó su pasaporte con más atención—. Así que ha tomado un vuelo desde Nueva York para visitar a su amigo «reciente». ¿Por qué?

—¿Quién demonios es usted?

—¿Por qué ha venido? —insistió Frank.

—¡Está vivo o muerto!

—Vivo, aunque a duras penas. Ahora responda mi pregunta.

—Lo llamé ayer y respondió una mujer. Me contó que había ingresado en el hospital y estaba en el quirófano. Así que he venido.

—Ya veo. ¿Y por qué lo llamó?

—¿Va a responderme alguna pregunta?

—¿Por qué lo llamó?

Katie paseó la mirada por la sala con nerviosismo. Los otros dos hombres se la devolvieron impasibles.

—Porque me enteré de lo de Phoenix Group.

A Frank no pareció hacerle gracia la respuesta.

—¿De qué se enteró?

—¡Venga ya! —explotó Katie—. Dudo que le haya pasado inadvertida la «masacre de Londres».

—¿Qué relación guarda con Shaw?

—Anna Fischer. Y ya veo por su expresión que está al tanto de todo eso, así que no me venga con embustes. No me sienta nada bien.

—¿De qué conoce a la señora Fischer?

—¿Está muerta?

—¿De qué la conoce, señora James?

Katie se planteó si contarle o no toda la verdad y optó por una invención absoluta que sonara verosímil.

—Estaba trabajando en un reportaje sobre Phoenix Group. Así es como conocí a Anna. Y a través de ella conocí a Shaw. Nos hicimos amigos.

—Dice que conoció a Shaw en Edimburgo. ¿Cómo sabía que estaría allí?

—Me lo dijo Anna.

—No, no se lo dijo. Soy capaz de detectar embustes tan bien como usted. Ahora tiene dos opciones. O me dice toda la verdad, o puede ir a refrescarse los pies en una celda francesa como presa preventiva. Y los tribunales franceses son famosos por su lentitud. Podría pasar años allí antes de que alguien se acuerde de llevarla a juicio. Además, a los franceses no se los conoce por la pulcritud de su sistema penitenciario precisamente.

—Lo sé. Hice un reportaje sobre esos vertederos que llaman cárceles hace cinco años, y fui galardonada con un importante premio por él. Por cierto, ¿de qué se me acusa? Porque hasta los franceses exigen saberlo antes de enchironar a alguien.

—¿Qué le parece de ser estúpida y reacia a cooperar?

—¿Qué le parece si me llevan a la embajada de Estados Unidos? Me sé la

dirección de memoria.

—Por lo visto, estamos en punto muerto. —Repiqueteó Frank con los dedos sobre la mesa—. ¿Me contará la verdad si le permito ver a Shaw?

Katie se recostó entonces en el respaldo con un aire que no era tan desafiante ni tan aplomado. Esta vez optó por la verdad.

—De acuerdo, estaba en Edimburgo de vacaciones. Vi a Shaw y otro hombre en la capilla del castillo. Algo me hizo sospechar. —Katie procedió a explicarle lo ocurrido cerca de Gilmerton's Cove, cómo Shaw le había salvado la vida y también cómo había rastreado la pista dejada por Shaw en su hotel. Y de resultas de ello, su encuentro con Anna.

—Me sorprende que no me contara nada de eso.

—Aquella noche sobrevivió de milagro. Y no estaba al tanto de que yo había dado con Anna hasta hace muy poco. No le hizo ninguna gracia. De hecho, se enfureció.

—No me extraña.

—Ahora ya lo sabe todo. —Katie vaciló, esperanzada contra toda esperanza—. ¿Fue Anna... asesinada?

—Sí. Junto con todas las demás personas que se encontraban allí.

Katie se miró las manos.

—¿Por qué? No eran más que un grupo de expertos. Anna dijo que ni siquiera se prestaba atención a su trabajo.

—Por lo visto, alguien se la prestaba.

—¿Sabe Shaw lo de Anna? —Levantó la vista hacia él.

—No —respondió Frank en voz queda, sin sostenerle la mirada.

—¿Se va a recuperar?

—Perdió mucha sangre, pero los médicos dicen que salió bien de la operación y que está fuera de peligro. Es un tipo duro.

Katie dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias a Dios.

—Pero cuando se entere de lo de Anna...

—Alguien tiene que decírselo.

—No estoy seguro de que convenga hacerlo en el futuro inmediato —dijo Frank con toda sinceridad.

—¿Pero y si lo averigua por la tele, la prensa, por teléfono?

Frank negó con la cabeza.

—Ya nos hemos encargado de ello.

—¿No se preguntará cómo es que no está a su lado en el hospital?

—Le diré que la hemos obligado a mantenerse alejada.

—Pero querrá hablar con ella, al menos por teléfono. —Hizo una pausa—. No me ha dicho su nombre.

Él titubeó.

—Frank.

—¿Nombre o apellido?

—Sólo Frank.

—Muy bien, sólo Frank, están prometidos. Shaw no va a tragarse ni por un momento que no puede hablar con ella ni verla.

—¡No he dicho que fuera un plan perfecto! —estalló Frank de súbito—. Me pidió que la llamara cuando creía estar agonizando. Y le aseguré que lo haría a pesar de que ya sabía que estaba muerta. —Se puso en pie con ademán presuroso y empezó a caminar arriba y abajo por la salita, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos y la mirada fija en sus propios zapatos.

—¿Puedo verlo? Ha dicho que si le contaba la verdad podría verlo.

Frank dejó de caminar. Sin mirar a Katie, dirigió un parco asentimiento a sus hombres.

Cuando la acompañaban fuera de la sala, Frank dijo a su espalda:

—Cuénteselo.

Katie se volvió.

—¿Cómo?

—Tenía razón. Dígale lo de Anna.

Katie se mostró perpleja.

—¿Yo? No..., no puedo...

—Ha dicho que le salvó la vida, que es amiga suya. Empiece a comportarse como tal.

Katie, aterrada, comenzó a decir algo, pero Frank le cerró la puerta en las narices. Un instante después iba camino de la habitación de Shaw.

Y tenía la sensación de estar recorriendo el último desolado kilómetro hacia su propia ejecución.

Con ayuda de un vuelo nocturno en su jumbo privado, Nicolás Creel había cambiado Los Ángeles por Italia y hoy hacía las veces de capitán a bordo de su impresionante barco, el *Shiloh*. El tremebundo yate tenía más de ciento sesenta metros de eslora con una manga de veinticinco metros y se vanagloriaba de nueve cubiertas de opulencia. Podía acomodar hasta treinta invitados con un nivel extremo de lujo, ya que tenía piscina cubierta, cine, discoteca, gimnasio, bodega, cancha de baloncesto, todas las diversiones acuáticas imaginables, dos pistas de aterrizaje para helicóptero, varios *jacuzzis* y su propio submarino privado con capacidad para treinta pasajeros. El submarino salía del barco por el fondo del casco, de manera que Creel podía ir y venir a su antojo. El *Shiloh* también llevaba una tripulación de treinta profesionales soberbiamente preparados cuyo único objetivo era servir a placer. Ya sólo la *suite* presidencial de Creel medía más de mil quinientos metros cuadrados, mucho más grande que la típica «casa».

El *Shiloh* era asimismo una embarcación sumamente fiable con dispositivos de seguridad de vanguardia, sensores de movimiento e incluso un sistema especial de detección de misiles. Y aunque estaba fondeado en aguas italianas, el gobierno de ese país, que siempre tenía presente el prestigio de Creel y sus obras de beneficencia en su territorio, brindaba un par de barcos de la policía para que montaran guardia.

A pesar de su gigantesco tamaño, más grande que muchas embarcaciones de la Marina, el *Shiloh* alcanzaba una velocidad punta de veinticinco nudos, lo que le permitía sacar ventaja sin problema a cualquier tormenta.

En términos generales, Creel lo había considerado una ganga de apenas trescientos millones de dólares. De las residencias que tenía repartidas por todo el mundo, el *Shiloh* era la que más le gustaba. De joven tenía una pasión secreta por el mar, y el deseo, nunca cumplido, de enrolarse en la Marina mercante y ver mundo como marinero.

En armonía con el entorno náutico, hoy vestía de chaqueta cruzada azul marino, pantalones de color crema y una gorra blanca de marino. Observó mientras el helicóptero se aproximaba al barco, surcando las tranquilas aguas algo más abajo a poco más de cien nudos. El aparato aminoró la velocidad, se cernió y tras alcanzar la plataforma de aterrizaje sus palas empezaron a perder impulso. Dick Pender se apeó, tocado con un sombrero de ala ancha, grandes gafas de sol y un abrigo largo. Llevaba un maletín fino que aleteó contra su pierna a causa de la estela de las hélices.

Creel salió a recibirlo a la cubierta de popa y lo acompañó por unas amplias escaleras de lustrosa teca hasta una espaciosa sala revestida de paneles de nogal en la zona central del barco. Del otro lado de los grandes ojos de buey el litoral italiano resultaba visible a través de la superficie oscura y siniestra del Mediterráneo.

—¿Está con usted la señora? —preguntó Pender a la vez que se quitaba el sombrero y el abrigo y los dejaba caer encima de una silla.

—No. A la tripulación le resulta un tanto excesiva su costumbre de tomar el sol desnuda. Se encuentra en Suiza, rejuveneciéndose en algún balneario. No llegué a enterarme exactamente de qué se estaba recuperando.

Pender miró de reojo la pantalla plana de televisión en la pared, donde estaban reemitiendo escenas de la masacre de Londres.

—Vaya lío se ha montado —comentó Pender—. Se ha mantenido usted ocupado.

Creel poseía información suficiente para enterrar a Pender varias veces y éste lo sabía, así que no le preocupaba en absoluto la posibilidad de que Pender se volviera en su contra. Y nadie sabía que Pender estuviera allí. Había llegado en secreto y se marcharía en secreto. Así funcionaba Creel. Y cuando uno prácticamente poseía su propia aerolínea, nada resultaba más fácil.

—Manos a la obra.

Pender extendió el contenido de su maletín.

—Doy por sentado que dejaron en Phoenix Group el material adecuado, ¿no es así?

—Correcto.

—¿Algún indicio acerca de si la policía lo ha revisado ya?

—Aún es pronto, pero resulta fácil encontrarlo. Sólo es cuestión de tiempo.

—¿Cuentas con algún infiltrado?

Creel se limitó a asentir a la pregunta.

—La verdad es que cuando me llamó y me dijo lo que había descubierto acerca de Phoenix Group me pareció demasiado perfecto.

—Yo pensé lo mismo —reconoció Creel—. Pero lo verificamos todo, o de otra manera no habríamos seguido adelante. Así que dime qué pasos has planeado de cara a transmitir nuestra siguiente «verdad» al público.

Pender cogió un documento.

—Para que la explotación y la diseminación sean máximas, recomendamos acudir a Internet primero y dejar que los canales de distribución mayoritarios le busquen la vuelta a la historia. A las cadenas más importantes no les gusta reconocerlo, pero rastrean el mundo de los blogs constantemente en busca de los últimos reportajes y tendencias. De esa manera parecerá más natural, como de cosecha propia. Eso otorga credibilidad y ahuyenta cualquier sospecha.

Creel se mostró conforme.

—Así que de esa manera sacamos partido al asunto del auténtico propietario de Phoenix Group, lo que dará pie de una manera perfecta a la inevitable filtración derivada de lo que se descubra en Londres.

—Así es como lo imagino. Tenemos la revelación de quién es el auténtico propietario y luego la auténtica noticia trascendental, la de las actividades que se han estado llevando a cabo allí. Todo ello será puesto en tela de juicio, claro —añadió.

—Claro que sí, y eso no hará sino darle mayor credibilidad. Cuando se entra en disputas, se sale perdiendo.

—El plan de las botas sobre el terreno ha funcionado a la perfección.

—Bueno, aún no han terminado —respondió Creel en tono críptico.

—¿Cuándo se producirá la filtración?

—Ya la tenemos cebada. Apretaré el gatillo cuando lo considere conveniente.

—¿Y podemos confiar en ella?

—No es una cuestión de confianza.

—¿Y después de que haya realizado la filtración?

—Entonces ya decidiré qué hacer, Dick.

—Según mi experiencia... —empezó Pender antes de que Creel lo interrumpiera encendiéndose un puro para luego volverse y coger una licorera.

—¿Una copa de oporto? El oporto siempre me ha parecido de gran ayuda a la hora de desarrollar grandes proyectos.

—Seguro que su oporto es mejor que el de cualquier otro —dijo Pender con una sonrisa.

Resonó una sirena de barco.

Pender miró por el ojo de buey de estribor a tiempo para ver que una lancha de ocho metros se aproximaba con cerca de una docena de niños a bordo, alborotados con prendas de aspecto usado.

Miró a Creel con expresión divertida.

—¿Ahora permite que se hagan visitas al *Shiloh*, señor Creel? ¿Está sacando un dinerillo extra gracias a la sucia chusma mediterránea?

Creel no le devolvió la sonrisa. Se levantó de la silla y se alisó la chaqueta azul marino para luego colocarse bien la gorra. Por eso se había vestido de uniforme, para los niños.

—Son niños italianos de un orfanato local. Nunca tienen oportunidad de hacer nada, así que cuando anclamos aquí los hago venir para que coman bien, se lleven ropa nueva y juguetes y pasen un buen rato. No son más que críos; tienen que divertirse, Dick.

—Qué generoso por su parte.

—Por eso no he hecho venir a mi mujer. A esa mujer le resulta imposible permanecer vestida en este barco, ni siquiera cuando hay chiquillos correteando por ahí. Los adultos son una cosa, y si la tripulación quiere comérsela con los ojos, que se la coma, ¿pero con niños? Es una faceta espantosa de su personalidad. Si lo hubiera sabido antes de casarme... Bueno, ya te lo puedes imaginar.

—Una pequeña mella en su aura de omnisciencia —comentó Pender, sin molestarse en disimular la sonrisa.

—Dick, he observado que de vez en cuando te tomas conmigo libertades que no tienes derecho a tomarte.

Pender se quedó pasmado.

—Lo siento, señor Creel. No tenía intención...

Creel dejó la copa de oporto delante de sí.

—Por cierto, es el mejor.

Pender, pálido, alzó la copa con nerviosismo tal como hacía Creel con la suya.

—Por un mundo mejor —brindó Creel.

—Por un mundo mejor —masculló Pender, nervioso.

—No te pongas así, Dick. No lo decía completamente en serio. —No dio la impresión de que el comentario hiciera sentir mejor a Pender en absoluto—. Vuelvo en unos minutos, después de acompañar a los niños al comedor. Luego voy a darles un paseo en submarino.

—¡Tiene submarino!

—Lo tengo todo, Dick. Creía que ya lo sabías.

—Sí, ¿pero huérfanos italianos en un submarino?

—Y cuando uno lo tiene todo, necesita compartirlo —añadió Creel con firmeza.

Al subir Creel a cubierta para ver a sus jóvenes invitados, Pender se puso a trabajar de nuevo. Sea como fuere, parte de su mente seguía rumiando sobre lo extraño de la humanidad en general y la peculiaridad de un hombre enormemente rico en particular. Y Pender también tomó nota mental de no ponerse a la altura del multimillonario nunca, jamás. Eso, bien lo sabía, podía resultarle letal. Era perfectamente cierto que muy pocos eran capaces de hacer lo que hacía Dick Pender.

Pero también era cierto que sólo había un Nicolás Creel.

Shaw abrió los ojos lentamente. Su primera imagen fue la pared opuesta, donde había un armario. Cuando desplazó la mirada hacia la derecha, su visión captó el par de largas piernas torneadas plantadas junto a la puerta.

Sonrió pese a que el efecto de los analgésicos empezaba a desvanecerse y se sentía como si le hubieran amputado el brazo izquierdo.

—¿Anna? —dijo, e intentó levantar el brazo sano para tendérselo.

Las piernas se movieron hacia delante, cada vez más nítidas.

—Soy Katie, Katie James. ¿Me recuerdas? —comenzó, tan incómoda que se le quebró la voz.

¡Dios, la había tomado por Anna!

Katie se detuvo junto a la cama. Shaw fue levantando la cabeza con suma lentitud para poderla ver allí de pie.

Con una voz titubeante por efecto de la medicación, preguntó:

—¿Qué haces aquí?

Katie se quedó de piedra un instante. Ésa no se la traía preparada. ¿Qué razón tenía para estar allí, aparte de lo que le había ocurrido a Anna? De pronto su mente empezó a carburar.

—Te llamé al móvil y respondió una enfermera. Dijo que estabas herido, así que he venido a..., bueno, a ver qué tal estabas. A asegurarme de que te encontrabas bien.

—¿Has venido a París?

—Bueno, estaba en Londres —mintió—. Ha sido un viaje rápido.

Katie acercó una silla, dejó el bolso en la mesita de noche y tomó asiento a su lado. Pasó las manos por entre las barandillas laterales de la cama y tomó su mano grande en las suyas, bien fuerte. Se fijó en el grueso vendaje que le cubría el brazo izquierdo y en la mancha de sangre que lo impregnaba, y también en las magulladuras y los cortes en la cara y el cuello.

—Vaya, parece salido de un accidente de tren, pero dicen que te vas a recuperar.

—¿Dónde está Anna? —preguntó como grogui.

Katie hizo ademán de responder, pero no pudo decirlo. Era incapaz. Una noticia así podía matarlo.

—No estoy segura. ¿Se han puesto en contacto con ella?

Shaw asintió, ausente.

—Se lo encargué a Frank. Él se ha ocupado —respondió distraídamente.

De pronto hizo una mueca de dolor y se cogió el brazo herido, con el lado derecho evidentemente afectado por un intenso dolor.

Katie miró en torno frenética, vio el botón de llamada y lo pulsó. Respondió una voz, Katie habló con la enfermera y unos instantes después ya estaba en la habitación. Le pusieron más medicación a través del gotero y Shaw perdió el conocimiento lentamente.

Katie siguió cogiéndole la mano, se quitó los zapatos con ayuda del otro pie y se apoyó en la barandilla, contemplando el suave oscilar arriba y abajo del pecho del hombre.

Permaneció allí sentada, ajena al transcurrir del tiempo. Agotada por los viajes y la falta de sueño, acabaron por cerrársele los ojos. Pasó un rato más mientras Shaw y ella dormían profundamente. Katie abrió por fin los ojos y se encontró con que Shaw la miraba de hito en hito. Le soltó la mano poco a poco y se incorporó.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó.

—¿Por qué has venido? —Su tono era áspero y la atravesó como un filo. La niebla inducida por la medicación se había levantado, sin lugar a dudas.

—Ya te lo dije. Oí que estabas herido. Y bueno, ya sabes, me salvaste la vida. Una buena acción se paga con otra —añadió con escaso convencimiento, y de inmediato deseó no haber dicho semejante memez.

Shaw parecía mirar a través de su piel, contemplando directamente lo más recóndito de su alma, un lugar al que ni siquiera ella misma se aventuraba. Resultaba de lo más desconcertante.

—¿Tienes hambre o sed? —se apresuró a preguntarle, con la esperanza de encontrar en cuestiones prácticas refugio de su mirada fulminadora.

—¿Dónde está Frank? Has tenido que sortear a Frank para entrar aquí.

—Anda por ahí, en alguna parte.

Shaw intentó incorporarse en la cama, pero Katie lo obligó con delicadeza a tenderse.

—Estás conectado a tubos por todas partes —le advirtió—. Quédate bien quieto o vas a hacerte daño de veras.

—Quiero ver a Frank —dijo con firmeza—. ¡Quiero saber dónde está Anna!

—Voy a ver si puedo encontrarlo.

—¡Sí, encuéntralo!

Katie notó que la boca se le quedaba seca mientras Shaw la miraba acusador, como si hubiera cometido algún delito. Y a decir verdad se sentía como si realmente lo hubiera cometido. Le había mentado y sabía que Shaw lo advertía.

Salió prácticamente corriendo de la habitación.

—¿Así que no se lo ha dicho? —preguntó Frank con el mismo tono de acusación que había empleado Shaw. Estaban otra vez en la misma salita.

—Ya está bastante herido, vulnerable y deprimido —le espetó Katie—. No conviene decírselo ahora.

Frank no pareció muy convencido, pero tampoco se lo rebatió.

—Quiere verlo a usted —dijo Katie.

—Seguro que sí, pero no puedo decirle lo que quiere oír.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Podríamos mantenerlo sedado hasta que esté un poco más recuperado.

—¿Cómo resultó herido? Frank la miró con incredulidad.

—¿Qué, quiere que la ponga al tanto de los pormenores de la operación?

—Si sigue trabajando para usted, acabará muerto, eso ya lo sabe, ¿verdad?

—Es una profesión arriesgada. Intentamos conducirnos con toda la prudencia posible.

—¿Eso incluye hacer que sus propios hombres disparen contra él? Porque me parece un tanto excesivo incluso para su «profesión».

Frank se volvió para mirarla fijamente. A punto estaba de decir algo cuando el alboroto llegó a sus oídos. Katie y Frank salieron a toda prisa y se dirigieron a la habitación de Shaw. Rasgaron el aire unos gritos y se oyó un estrépito como el de una mesa al volcarse. Se abrió una puerta de golpe. Múltiples pares de pies corrían por el suelo embaldosado.

Dio la impresión de que otro grito se alzaba por encima de todos los demás.

—¡Es Shaw! —exclamó Frank—. ¿Qué demonios está pasando?

De pronto Katie se miró las manos.

—¡Ay, Dios mío!

—¿Qué? —se apresuró a preguntar Frank.

—Mi bolso. Me he dejado el bolso en su habitación. Llevaba el teléfono móvil, que tiene conexión a Internet. —El rostro de Katie adquirió una blancura mortal.

—¡Hostia puta! —gritó Frank a la vez que echaba a correr pasillo adelante.

Doblaron la esquina y se detuvieron.

Shaw estaba plantado en el otro extremo del pasillo, con la bata del hospital casi desgarrada, sangre resbalándole por el brazo y tubos colgando del cuerpo. Katie vio que aferraba el teléfono con la mano ensangrentada.

La mirada de Katie buscó la cara de Shaw y entonces comprobó que no podía apartarla. Sus rasgos albergaban una angustia y un sufrimiento como no había visto nunca.

—¡Shaw! —exclamó, y echó a correr hacia él.

Había caído de rodillas para cuando llegó a su altura, y lo rodeó con sus brazos mientras las lágrimas se le empezaban a derramar.

—¡Anna! —gritó él—. ¡Anna! —No parecía apercibirse siquiera de la presencia de Katie.

—Lo siento, lo siento —le dijo ella al oído—. Ay, Dios, cuánto lo siento.

Unas manos la apartaron. Unas personas le gritaban en francés pero ella no quería soltarse. No podía soltarlo.

Entonces una voz le lanzó un gruñido en inglés:

—¡Va a morir desangrado! ¡Suéltelo! ¡Si no, va a matarlo!

Katie aflojó el abrazo de inmediato y se retiró, pero siguió mirando a Shaw mientras el personal del hospital lo acostaba en una camilla y se lo llevaba entre movimientos bruscos.

Frank fulminó con la mirada a Katie, se agachó, recogió el teléfono móvil de

donde Shaw lo había dejado caer y se lo lanzó.

—¡Gracias por su ayuda, James! —dijo con amargura—. La próxima vez ¿por qué no trae un arma y le mete un tiro en todo el cerebro? Así sería más rápido. —Se alejó a largas zancadas.

Katie lo siguió con la mirada unos momentos y luego miró temerosa la pantallita del móvil, engalanada con el titular: «La masacre de Londres». Tiró el Nokia pasillo adelante y se dejó caer al suelo mientras le resbalaban por la cara nuevas lágrimas.

Shaw se puso lentamente la camisa holgada, con cuidado de no rozar el grueso vendaje que llevaba en el brazo izquierdo. Tan ancha y profunda había sido la herida, que el cirujano había tenido que graparle los pliegues de piel. También solicitaron la ayuda de un cirujano plástico que hizo todo lo que estaba en su mano. «Le quedarán cicatrices», le había dicho la médico a Shaw, a quien no podría haberle importado menos.

«Podemos llevar a cabo otra operación más adelante, después de retirar las grapas, y dejarlo un poco mejor», le había dicho la doctora.

Shaw respondió que no, sin dudarlo. Aún podía disparar un arma y eso era lo único que le importaba ahora.

Por fortuna, el filo de la sierra había pasado por alto los tendones, y no había sufrido ninguna lesión en los nervios. Sin embargo, tal como le había advertido la doctora: «Si la hoja llega a alcanzarlo un centímetro más a la derecha o a la izquierda, lo más posible es que no estuviéramos manteniendo esta conversación».

Transcurriría una temporada antes de que Shaw estuviera en plenas facultades, pero los médicos le aseguraron que se recuperaría por completo.

—Quiero ir a Londres, hoy mismo —le anunció Shaw a Frank mientras terminaba de hacer el equipaje en la habitación del hospital.

Frank estaba sentado en una silla con aire de malas pulgas.

—A ver si adivino por qué.

—¿Cómo puedo llegar antes?

—El tren por debajo del Canal es más rápido que los aviones hoy día. Puedes estar en Londres en el tiempo que te llevaría pasar por la aduana en el De Gaulle.

—¿Vuelo privado?

—Lo siento, ahora mismo no tengo ninguno disponible.

—Entonces, resérvame plaza en el tren. Que sea para primera hora de la tarde.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

—Resérvame plaza en el tren, Frank.

—Muy bien, ¿y luego qué?

—¿Dónde está Katie James?

Frank se mostró sorprendido.

—¿Por qué?

—Quiero darle las gracias.

—¿Has perdido la cabeza o qué hostias? ¿Después de lo que hizo?

—Lo que hizo fue cruzar medio mundo en un avión para ver si me encontraba bien. ¿Dónde está?

—Yo qué demonios sé. No soy su guardaespaldas. Bastante trabajo tengo ocupándome de ti.

—Dime dónde está —insistió Shaw.

—¿Qué ha pasado con lo de que yo daba las órdenes y tú las acatabas? —preguntó Frank con desdén.

—Se terminó cuando murió Anna, porque ya no me importa una mierda. ¿Dónde está Katie?

—Ya te lo he dicho...

Shaw lo atajó:

—Tú nunca dejas que nadie se vaya sin más. Ahora, dime, ¿dónde está? —vociferó.

Frank miró por la ventana.

—En el apartamento de un amigo en la Rué de Rivoli, cerca del Hotel de Ville, mientras el tipo está en el extranjero.

—Necesito la dirección. ¿Puedes conseguirme un coche?

—¿Podrás conducir con el ala rota?

—Mientras no sea con cambio de marchas manual.

Frank ayudó a ponerse la americana a Shaw, que cogió el bolso sirviéndose del brazo bueno.

Frank dijo:

—Mira, siento lo de Anna, Shaw. Lo siento de veras. Y lo creas o no, iba a dejarte marchar cuando te casaras. Ahora puedes tomarte tanto tiempo de descanso como creas necesario.

A Shaw se le nubló el gesto.

—¿Por qué demonios me dices eso ahora? Y para que conste, ¿por qué me das tregua?

Frank se acercó a la ventana y luego se volvió:

—Ando a la búsqueda de cabezas rapadas, nada más —dijo con una sonrisa.

—¿Por qué, Frank? Me detestas. Te detesto. No es una gran relación laboral pero al menos las reglas básicas están claras.

Frank se dejó caer en la silla con la mirada fija en la pared.

—¿Cómo crees que entré a trabajar en esta magnífica organización?

—Cuéntamelo.

Miró a Shaw.

—Tuve la misma opción que tú. Y sigo currando aquí. Shaw lo miró boquiabierto.

—¡A ti también te obligaron! ¡Y te has vengado obligándome a mí!

—¡Sí! ¿Y qué? Además, para que conste, sigo detestándote.

—Gracias, Frank. Y yo que pensaba que mi vida ya no podía ser más agradable...

Frank se miró las manos fornidas.

—Anna debía de quererte de verdad. Yo nunca tuve nadie así.

—Bueno, ahora yo tampoco lo tengo. —Shaw se detuvo en el umbral—. ¿Sigue el cadáver de Anna en el depósito de Londres? Frank asintió lentamente.

—Aún no han entregado ninguno de los cuerpos. La investigación sigue en

marcha —añadió innecesariamente.

—Le habría gustado ser enterrada en Alemania. Seguro que sus padres están haciendo los preparativos. —Parte del cerebro de Shaw no alcanzaba a imaginar y mucho menos entender que estuviera hablando con tanta tranquilidad, tan racionalmente sobre el funeral en ciernes de Anna. De pronto tuvo la sensación de que si no salía al aire libre, la piel iba a empezar a arderle en llamas.

Frank lo siguió hacia la salida.

—¿Vas a ver a James ahora?

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. —Shaw se detuvo de súbito y se cogió el brazo herido, que a todas luces le dolía.

Frank le pasó un brazo por los hombros en señal de apoyo.

—Lamento la metedura de pata con esos tarados nazis —dijo en tono de aparente sinceridad—. Fue una cagada de esas en las que la mano derecha no sabe lo que hace la izquierda. No volverá a pasar.

—Claro.

Frank hizo una llamada cuando salían del hospital y para cuando llegaron a la calle ya había un coche esperando a Shaw. Anotó algo en un papel y se lo entregó.

—La dirección de Katie James.

—Gracias.

Shaw se acomodó en el asiento del conductor y sacó la cabeza por la ventanilla.

—Llámame con la información del tren.

Frank asintió, sombrío.

—Vas sólo a ver el cadáver de Anna, ¿verdad? No vas a acercarte al lugar donde ocurrió, ¿a que no?

—Nos vemos.

—Maldita sea, Shaw, no vas a acercarte a Phoenix Group. ¿Me oyes?

—Voy a hacer un trato contigo, Frank. Un trato tan bueno que no vas a poder rechazarlo. ¿Quieres oír en qué consiste?

Frank lo miró con recelo.

—No lo sé, ¿quiero oírlo?

—Déjame que hurgue en lo de Phoenix Group.

—Shaw... —empezó Frank, pero él siguió hablando por encima de su voz.

—Si me permites hacerlo, trabajaré con ese tal Royce del MI5 en el asunto ruso.

—No me parece que...

Shaw lo interrumpió.

—Y voy a endulzártelo más aún. Si me das luz verde, seguiré trabajando para ti hasta que la palme.

Frank guardó silencio un largo momento y luego dijo lentamente:

—¿Y qué me dices de lo de retirarte?

Shaw le lanzó una mirada que de alguna manera transmitía tanto impotencia como amenaza.

—¿Para qué iba a retirarme, Frank? ¿Trato hecho?

Frank vaciló.

—Sí, claro.

Frank empezó a decir algo más, pero con un chirriar de neumáticos, Shaw ya se había marchado.

Se volvió y caminó calle abajo en busca de un bar y una copa.

Un jirón de sol de primera hora de la mañana se las arregló para colarse por entre las persianas, arrastrarse por el piso y posarse por fin brevemente sobre la pantorrilla que asomaba bajo la sábana. Luego, cruzó en línea recta la cama y se deslizó hacia el suelo donde refulgió contra la botella azul de ginebra vacía, haciendo que un remolino de cuentas de luz reflejadas provocara un efecto caleidoscópico en el techo.

Los demonios por fin habían dado alcance a Katie James. Los últimos días se habían esfumado en una borrachera tan descomunal que lo único que recordaría después sería la sensación de profundo bochorno. Y la peor resaca que había tenido en su vida.

En la agonía de alguna pesadilla apartó la sábana de una patada y permaneció tumbada con una camiseta de manga larga y unos pantalones de deporte anchos; el sudor brotaba por sus poros y le humedecía la ropa. Su respiración fue tornándose normal y al cabo se tranquilizó, la leve oscilación de su pecho y la piel sonrosada, los únicos indicios reales de que seguía con vida.

No llegó a oír el timbre de la puerta, los toques de nudillos que lo habían acompañado, los fuertes golpes en la puerta, ni, luego, su nombre llamado a voces. No llegó a oír la puerta al entreabrirse, ni los pasos que cruzaban el saloncito, ni la puerta del dormitorio al abrirse de par en par. No notó la presencia de la otra persona en la habitación, ni sintió nada cuando el intruso recogió la sábana del suelo y la cubrió con ella.

El leve chirriar de los muelles del somier cuando la visita tomó asiento tampoco la despertó. ¿Su nombre pronunciado en voz queda? Ni se dio cuenta. ¿La mano que la meneó levemente por el hombro? No hubo respuesta.

Sea como fuere, el vaso de agua derramado sobre su cara sí que le hizo prestar atención.

Se incorporó escupiendo saliva al tiempo que se frotaba los ojos y la nariz.

—Qué co... —empezó a decir furiosa hasta que sus ojos enfocaron a Shaw, que estaba sentado con el vaso vacío, mirándola.

Sufrió una arcada más mientras el resto del agua que se le había colado por la tráquea acababa de entrarle por la vía rápida.

—¿Cómo has entrado?

—He llamado al timbre, aporreado la puerta, te he llamado a gritos. Lo mismo después de entrar. Ni te has movido. Creía que no había nadie hasta que, bueno, hasta que te he visto tumbada en la cama.

Ella se frotó las sienes palpitantes.

—Duermo..., duermo como un tronco.

Shaw cogió la botella vacía de ginebra.

—Y bebes como un cosaco, por lo visto. —Cogió con un dedo otra botella vacía, y luego la tercera y la cuarta.

—¿Mezclas ginebra, *bourbon* y *whisky*?

—Estamos en Escocia, ya sabes.

—Estamos en Francia —la corrigió él, con el ceño fruncido.

Katie se pasó una mano por el cabello rubio revuelto y bostezó.

—Ah, sí, claro, París —asintió despreocupada. Entonces dio la impresión de que algo la alcanzaba a través de las nubes de estupor alcohólico—. Ay, Dios mío, claro. —Se puso en pie de inmediato—. Shaw, lo siento mucho. Lo lamento todo. La estupidez del móvil, haberte mentado. —Hizo una pausa—. Y lo de Anna. —Se miró los pies con aire de indefensión al tiempo que pronunciaba el nombre.

Shaw se tomó su tiempo alineando las botellas vacías en un escritorio ubicado contra la pared.

—Lo cierto es que quería darte las gracias por venir a ver qué tal me encontraba.

Katie se mostró sorprendida.

—No tenías por qué hacerlo. Sobre todo después de lo de ayer en el hospital. Fue ayer, ¿no?

—En realidad fue hace cinco días. Puso cara de pasmo.

—¡Cinco días! ¿Me estás tomando el pelo?

Shaw miró de soslayo la hilera de botellas.

—¿Tienes la cabeza como si te estuviera tomando el pelo?

Katie se quedó mirándolo, luego miró las botellas y después se sentó en la cama.

—Llevaba más de seis meses sin probar gota, ¿no es increíble? Shaw volvió a mirar la hilera de botellas.

—Sí, lo es.

Ella dejó escapar un hondo gruñido.

—Bueno, es verdad. No..., no puedo creer que lo hiciera. No puedo creer que me haya caído del carro de la abstinencia.

Shaw miró la hilera de botellas una vez más.

—No era un carro, era un acantilado. Te espero en la habitación de al lado. Dúchate y vístete. Luego te invito a desayunar. —Se dirigió hacia la puerta.

—Espera un momento, ¿qué haces fuera del hospital?

—Ya he tenido suficiente de hospitales.

—¿Estás seguro? —preguntó sin estar muy convencida, a la vez que miraba el bulto bajo la manga izquierda de su chaqueta.

—Hoy mismo me voy a Londres en el tren que cruza el Canal, pero antes quería hablar de Anna contigo.

—¿Qué quieres saber?

—Por qué alguien querría matarla.

Katie lo miró sin acabar de entender.

—Yo no sé nada de eso.

—Es posible que creas que no, pero también es posible que vieras u oyeras algo cuando fuiste a verla que podría serme de ayuda.

—Shaw, ¿de verdad crees que estás lo bastante recuperado para encargarte de algo así?

Él se volvió y fijó sus ojos en ella, unos ojos tan azules e intensos que Katie notó que le faltaba el aliento y se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos con nerviosismo igual que una colegiala metida en un buen lío.

Shaw dijo en voz queda:

—Mi vida ha tocado a su fin, Katie. Pero el que le haya hecho esto a Anna va a morir, y pronto.

A Katie se le pusieron de punta todos y cada uno de los pelos de la nuca y notó la carne de gallina por primera vez desde hacía años. La cabeza le palpitaba y el estómago le dio un vuelco inquietante.

—Shaw...

—Ahora haz el favor de vestirte.

En cuanto salió de la habitación, ella se apresuró a ir al baño y vomitó un infierno líquido equivalente a cinco días.

Se sentaron en una pequeña *brasserie* desde la que había una vista parcial del Sena del otro lado del Quai De Gevres. Con sólo estirar un poquito el cuello, Katie alcanzaba a ver las agujas de la catedral de Nôtre Dame en medio del famoso río. El Louvre quedaba a poco más de medio kilómetro hacia el este, la Bastilla, poco más lejos hacia el oeste.

El café era fuerte, el pan estaba caliente y el sencillo plato de huevos, tan delicioso como sólo los franceses sabían prepararlo.

—Te encontraste con ella en Londres —dijo Shaw—. ¿En su despacho? ¿Su piso?

—Primero nos reunimos en un café y luego fuimos a su despacho.

—¿Viste algo fuera de lo normal al llegar allí?

Katie se encogió de hombros a la vez que se llevaba a la boca con delicadeza un bocado de huevos mientras el estómago seguía dándole pequeños bandazos.

—Me resultó normal y extraordinario al mismo tiempo. Un edificio de ladrillo rojizo, antiguo y hermoso en una calle tranquila en el corazón de Londres, ocupado por un montón de eruditos que escriben cosas que no lee nadie, o al menos esto último dijo Anna. —Miró a Shaw de soslayo—. ¿Has estado alguna vez?

Shaw asintió.

—Y sólo por curiosidad, hará cosa de un año, eché un vistazo al catastro para ver el valor del edificio. ¿Quieres hacer una estimación?

Katie negó con la cabeza y mordió un trocho de tostada mientras lo miraba con curiosidad.

—Dieciséis millones de libras.

A Katie casi se le cayó de la boca la tostada.

—Son más de treinta millones de dólares.

—Así es, y eso sólo es el precio de adquisición de hace diez años. Evidentemente ahora vale mucho más.

—¿Cuánto tiempo llevaba Anna trabajando allí?

—Cinco años. Era analista con antigüedad, una de las mejores que tenían.

—No me cabe duda. En esencia me explicó lo que hacen allí. ¿Pero a quién pertenece Phoenix Group?

—Una vez lo comentó: un tipo rico que vive recluido en Arizona, de ahí el nombre. Aunque también me dijo que creía que era una referencia al ave mítica, el fénix.

—El que no muere nunca —comentó Katie, y luego enrojeció al ver que Shaw la miraba atentamente.

—No resultó ser el nombre más adecuado, ¿verdad? —señaló él.

Katie se apresuró a decir:

—Pero detrás de Phoenix Group tiene que haber algo más que lo que sabía la gente. Así que tenemos que averiguar con exactitud quién o qué es Phoenix Group.

—No, soy yo quien tiene que averiguarlo.

—Creía que estábamos juntos en esto.

—Pues te equivocabas.

—Yo también quiero descubrir qué le pasó a Anna.

Shaw se limitó a menear la cabeza.

—¿Qué más puedes decirme?

—¿Por qué iba a decirte nada ahora?

—Porque te lo he preguntado con educación.

Volvió a mirarla de hito en hito y Katie se notó temblar bajo sus ojos abrasadores.

—Bueno, cuando estaba a punto de marcharme, vi que tenía numerosos documentos de investigación encima de la mesa.

—Siempre los tenía: era su trabajo.

—No, me refiero a que eran sobre una investigación en concreto, la denominada «amenaza roja».

Shaw se inclinó hacia delante.

—¿Le preguntaste al respecto? ¿Le había encargado el trabajo Phoenix Group?

Negó con la cabeza.

—Anna dijo que le picaba la curiosidad, que sólo trabajaba en ello en lo que supongo era su tiempo libre.

—Cuando estábamos en Dublín se mostró muy interesada en esa organización del C.I.R. Se conectó a la Red para intentar averiguar algo, pero no encontró gran cosa.

—Bueno, por lo visto seguía picándole la curiosidad. —Katie se mostró pensativa un momento—. A tu modo de ver, su patrón no tendría nada que ver con aquello, ¿verdad? Me refiero a lo de intentar averiguar quién estaba detrás de la «amenaza roja». Tal vez lo descubrieron y eso explicaría el tiroteo, ¿no crees?

Shaw sacó una tarjeta de visita del bolsillo y la miró. Edgard Royce, MI5. El hombre con el que Frank quería que hiciese frente común en la investigación sobre la «amenaza roja». Tenía su centro de operaciones en Londres. Shaw no pensó ni por un instante que Phoenix Group hubiera estado investigando la «amenaza roja» y ésa fuera la razón de la masacre. Sin embargo, Royce probablemente tenía los contactos necesarios para, al menos, franquearle la entrada en el edificio si accedía a ayudarlo en el asunto de la «amenaza roja».

—Anna me lo habría contado si hubiera estado trabajando en algo así para ellos.

Katie se pasó la lengua por los labios y dijo en tono nervioso:

—Interpreta lo que voy a decirte sin buscar segundas intenciones.

Shaw levantó la mirada de la tarjeta.

—¿Qué?

—¿Es posible que Anna te ocultara algo acerca de lo que hacía en realidad? —Al notar que los rasgos de Shaw se volvían sombríos, se apresuró a añadir—: Mira, tú no fuiste precisamente sincero con ella. Se me ha pasado por la cabeza, sin más.

—No es nada descabellado. Lo tendré en cuenta. Gracias.

—Bueno, ¿cuándo te vas?

—Pronto.

Vibró la Blackberry de Shaw, que tuvo cierta dificultad para sacarla del bolsillo de la americana hasta que Katie lo ayudó.

—¿Quieres que te busque los mensajes? —le preguntó mientras lo veía forcejear con el aparato prácticamente con una sola mano.

—Ya me las puedo arreglar —dijo, sospechando tal vez que era una treta por parte de Katie para leer su correo. Miró la pantalla y vio que tenía un billete de primera clase en el Eurostar desde la Gare du Nord en París a Waterloo en Londres. Se alojaría en el Savoy. Al menos Frank no reparaba en gastos. Era una compensación parcial por realizar un trabajo que conllevaba un riesgo potencial de muerte violenta prácticamente en cualquier momento.

—¿Por lo menos me llamarás y me informarás sobre lo que averigües?

Shaw se puso en pie tras dejar unos euros en la mesa para pagar la cuenta.

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero. ¿Te vale con esa explicación?

A Katie le llevó un momento caer en la cuenta de que sencillamente estaba contraatacando con sus propias palabras, las mismas que pronunció ella cuando Shaw indagó acerca de por qué no se había sometido a cirugía plástica para arreglar la cicatriz de su brazo.

—No, pero supongo que no tengo otra opción.

—Gracias por tu ayuda. Ahora vuelve a casa y sigue adelante con tu vida.

—Sí, claro, gracias —exclamó ella con fingido entusiasmo—. Tengo entendido que el *New York Times* está buscando director editorial. O igual podría ocupar el puesto de Christina Amanpour en CNN. Siempre he querido pasarme a la tele. Seguro que ganaré millones. No tengo ni idea de por qué no lo hice hace años.

—Cuídate, Katie. Y mantente apartada de la botella.

La dejó sentada a la mesa. Transcurrieron cinco minutos y ella seguía sin moverse en absoluto, mirando fijamente la nada, porque al parecer era lo único que tenía, nada. El timbre de su teléfono le produjo un sobresalto. Era un número de Estados Unidos que no reconoció.

—¿Sí?

—¿Katie James?

—Sí.

—Soy Kevin Gallagher, editor de artículos de *Scribe*. Somos un diario bastante nuevo radicado en Estados Unidos.

—He leído algunas cosas tuyas. Cuentan con buenos periodistas.

—Es todo un elogio viniendo de alguien que ha sido galardonada con el Pulitzer en dos ocasiones. Mire, seguro que está ocupada, pero me ha pasado su número un colega del *Trib*. Por lo que sé, ya no trabaja allí.

—Así es —reconoció Katie, y a renglón seguido añadió—: Diferencias irreconciliables. ¿Por qué me llama?

—Bueno, no hace falta ser ingeniero aeronáutico para saber que una periodista de su talla no está disponible a menudo. Me gustaría contratarla para cubrir la noticia para el periódico.

—¿«La» noticia?

Gallagher dejó escapar una risilla.

—Al menos la única noticia que parece importar ahora a todo el mundo.

—¿La «amenaza roja»?

—No —dijo él—. Ya tenemos un equipo en ello. Me refiero a la masacre de Londres. —A Katie se le aceleró el pulso—. ¿Katie, sigue ahí?

—Sí, sí. ¿Cómo lo enfocaríamos?

—No podemos pagarle lo que cobraba en el *Trib*, pero le pagaremos por artículo según la tarifa vigente para alguien como usted, además de los gastos razonables. Si da con algo importante, puedo encargarle más cosas. Tiene total libertad sobre el enfoque del reportaje. ¿Qué le parece?

—Me parece que es exactamente lo que estaba buscando. Resulta que ahora mismo estoy en Europa.

—Vaya, eso es lo que yo llamo una coincidencia flipante.

«Pues yo no lo llamaría así».

—Puedo enviarle por correo electrónico el contrato y demás información esencial.

Hablaron un par de minutos más y luego Katie colgó. No podía creer el insólito giro de su situación. Echó un vistazo al reloj. Tenía el tiempo justo para tomar el Eurostar de la una a Londres.

El tren Eurostar amarillo y azul partió justo a su hora, y una vez dejados atrás los barrios periféricos de París, aceleró a más de trescientos kilómetros por hora. Las vías estaban diseñadas para trenes de alta velocidad y el trayecto era suave, apenas con el leve balanceo necesario para conciliar un agradable sueño si se sentía tal inclinación.

Shaw estaba en primera clase, donde tenía a su disposición un asiento amplio y cómodo y una comida de tres platos con vino, ofrecida profesionalmente por una azafata de elegante uniforme que hablaba tanto francés como inglés. Shaw, sin embargo, no comió ni bebió nada. Se limitó a mirar por la ventanilla con gesto agriado.

Rara vez pensaba en el pasado, pero mientras el tren seguía su curso, Shaw lo hizo aunque sólo fuera porque ya no tenía un futuro en el que pensar. La vida había descrito un círculo completo. Abandonado por una mujer que era su madre natural pero también una persona a la que ya no recordaba, y luego lanzado al vertedero de una ristra de familias de pega que no le habían hecho ningún bien y sí mucho mal, Shaw había construido su vida adulta en torno a la necesidad de ser un solitario. Antes de haberse sumado a regañadientes al grupo de Frank, pasó años yendo de un país a otro, cumpliendo la voluntad de terceros a cambio de un sueldo. No le importaban los riesgos personales ni las implicaciones morales de su comportamiento. Había hecho daño a gente y había resultado herido. Algunos de sus actos habían hecho del mundo un lugar más seguro; otros habían supuesto un peligro añadido para los seis mil millones de personas que compartían el planeta con él. No obstante, todo lo que había hecho lo habían autorizado gobiernos u organizaciones que actuaban en nombre de esos gobiernos. Y a eso se reducía toda su existencia. Hasta que Anna llegó a su vida.

Antes de conocerla estaba convencido de que su vida terminaría cuando alguna de las misiones de Frank se torciera gravemente.

- no tenía nada que objetar al respecto. Uno vive y luego muere. Antes de Anna, Shaw no tenía otra razón para alargar su vida que la tendencia innata a la propia conservación. Sin embargo, cuando uno vive la vida sólo a medias incluso ese instinto se atenúa con el paso de los años, se agota. Con Anna, Shaw tenía de pronto una razón de verdad para sobrevivir. Se preparaba cada vez con más ahínco de cara a sus misiones, porque quería regresar a su lado.
- luego planeó su huida de Frank. Y su vida futura con Anna.
- tenía la sensación de estar a un paso. Por mucho que Frank fuese Frank, aún era posible, siempre y cuando Shaw consiguiera seguir vivo.

Y esa era la despiadada ironía que ahora lo atormentaba. Nunca se le había pasado por la cabeza, nunca había entrado en su ecuación personal, la posibilidad de

que Anna fuera quien sufriese una muerte violenta en vez de él. Nunca.

Contempló por la ventana el ondulante paisaje de belleza arrebatadora. No tenía ningún sentido para él y nunca lo tendría. Lo único hermoso que le había importado en la vida estaba en esos momentos en el interior de una cámara de refrigeración en un depósito de cadáveres de Londres. Su belleza sólo existía ahora en la mente de Shaw, en sus recuerdos. Eso debería haberle supuesto un consuelo, pero no era así. Con los ojos abiertos o cerrados, todo lo que veía era la única persona a quien se había permitido amar. Esa imagen lo acompañaría siempre, su penitencia por creer que alguna vez podría merecerse ser normal, o feliz.

Ahora sólo tenía un objetivo: matar. Luego, terminaría su vida tal como la había empezado. Solo.

Apenas unos vagones de tren separaban a Katie de Shaw, aunque ella no lo sabía. Mientras el pintoresco paisaje campestre francés pasaba raudo por su lado, estaba centrada, a pesar de su nuevo encargo, en compadecer a Shaw y preguntarse qué ocurriría cuando llegara a Londres. Naturalmente, iría al edificio de Phoenix Group y, con sus contactos, seguro que se las arreglaba para entrar. También se pasaría por el piso de Anna. Tendría que ir, se dijo Katie. A Shaw le sería imposible evitarlo.

Tan abstraída estaba que ni siquiera se fijó en que el tren atravesaba Calais y se introducía en el túnel, descendiendo para ir abriéndose paso por debajo del lecho rocoso del Canal de la Mancha. Con miles de millones de toneladas de agua sobre sus cabezas, paseó la mirada por el túnel bien iluminado, sin preocuparse por filtraciones ni muros de agua que pudieran aplastar el tren hasta dejarlo plano.

Veinticinco minutos después el tren volvía a salir a la brillante luz del sol. Estaban en Inglaterra. El viaje entero llevaría unos ciento cincuenta agradables minutos y Katie contaba con electricidad para su ordenador portátil y con la ventaja del móvil, aunque no tuviera nadie a quien llamar. De hecho, tras el episodio en el hospital, no tenía deseos de volver a utilizar el móvil en su vida.

También pensó en las palabras de Shaw. «Mi vida ha tocado a su fin. Pero el que le haya hecho esto a Anna va a morir». No le cabía la menor duda de que lo decía en serio. No le cabía la menor duda de que intentaría matar a la persona o personas responsables con sus propias manos, herido o no.

Pero después ¿qué? ¿Qué haría? O ¿y si moría en el intento? Alguien capaz de orquestar el asesinato de casi treinta personas no debía de ser una presa fácil de eliminar.

Y ahora ella tenía artículos por escribir. ¿Qué pensaría Shaw si se enteraba de que estaba informando sobre los asesinatos de Londres, ganándose la vida con la muerte de Anna? Pero a eso se dedicaba. Era periodista. Aun así, se pondría furioso. Muy furioso.

Mientras pensaba en ello, reparó en una botellita de vino tinto en la bandeja en la que le habían servido el almuerzo. La había conservado cuando la azafata se había

llevado las sobras de la comida. Katie empezó a mirarla fijamente mientras el tren seguía su curso. Veinte minutos después, cuando el Eurostar llegaba a las afueras de Londres, y empezaban a apreciarse las antiguas viviendas con sus característicos fustes de chimenea, seguía mirando el vino. Desenroscó el tapón, lo olió, echó un trago rápido y notó la inmediata gratificación seguida por un sentimiento de culpa tan acusado como abrumador. Aun así, echó otro trago. Y la culpa se multiplicó por mil. Volvió a enroscar el taponcito, dejó caer la botella en la bandeja y masculló la palabra «Mierda».

El individuo a su lado la oyó, la miró y luego miró el vino.

—¿Mal año? —le preguntó con una sonrisa.

Ella le lanzó una mirada candente.

—¡Mala vida!

El viajero volvió a centrarse en su periódico.

Katie era consciente de que no podía hacer su trabajo de esa manera. No podía buscarse la vida siendo alcohólica. No podía regodearse en la autocompasión, por muy tentadora que le pareciera la perspectiva. Cuando pasó por su lado un camarero, lo detuvo y le pidió que se llevara la botella.

Unos minutos después entraban en la estación de Waterloo. Katie se apeó del tren y fue directa a la parada de taxis.

Al igual que Shaw, se alojaría en el Strand, en la parte oeste de la ciudad, aunque no en un sitio tan elegante como el Savoy. Londres no era nunca barato, pero podían encontrarse chollos, y Katie había viajado lo suficiente para saber dónde buscarlos. Si su estancia en Londres iba a prolongarse, esperaba, tal como había hecho en París, quedarse como huésped en el piso de otra corresponsal amiga suya que pasaba más tiempo fuera que en su casa.

Se registró en un hotel de tarifa modesta, dejó la maleta en la habitación y tomó un taxi al edificio de Phoenix Group. En algún momento, probablemente se toparía con Shaw. En caso de que así ocurriera, tenía confianza en su plan de acción.

«Correré como alma que lleva el diablo».

En el trayecto a las antiguas oficinas de Anna, Shaw sacó la tarjeta de visita que le habían facilitado y llamó al agente Edward Royce del MI5. El hombre respondió al segundo tono y Shaw le explicó que estaba en Londres y se había replanteado ayudarlo en la investigación sobre la «amenaza roja».

Cuando Royce le preguntó por los motivos de su cambio de parecer, Shaw dijo:

—Es una larga historia en la que no merece la pena entrar, pero tengo que pedirte un favor. Ya lo he hablado con Frank.

—Me llamó.

—¿De veras? ¿Qué dijo?

—Que te ayude por todos los medios. Me contó tu..., tu vínculo personal con los asesinatos de Londres.

—¿Puedes permitirme acceder al edificio?

—Bueno, es posible que podamos matar dos pájaros de un tiro. ¿Qué te parece el plan?

—¿A qué te refieres? —preguntó Shaw con curiosidad.

—Lo verás cuando llegues aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—El edificio de Phoenix Group.

Shaw se quedó boquiabierto.

—¿Qué haces ahí?

—Nos veremos cuando llegues —se despidió Royce lacónicamente.

Shaw guardó el móvil y se recostó en el asiento a la vez que se masajaba el brazo herido.

«¿Qué demonios está ocurriendo?».

Tras hacerse con el teléfono de Katie y averiguar que Anna había muerto, los dos días siguientes en el hospital habían sido peores que cualquier misión que hubiera llevado a cabo, peor que cualquier pesadilla que hubiera evocado su subconsciente. Recordaba haber sido sedado una y otra vez tras escapar de la habitación y lanzar a alguien contra una pared. Aquel desahogo de su aflicción, su furia, no había servido de nada. Sencillamente habían seguido creciendo hasta que su mente y su cuerpo ya no pudieron soportarlo más. Y Shaw se había venido abajo. En realidad llegó a creer que estaba muerto. Y un buen pedazo de sí mismo deseaba que así fuera.

No se movió ni habló durante veinticuatro horas. Se limitó a mirar la pared blanca del hospital, tal como hiciera de niño en el orfanato, intentando pergeñar una realidad distinta del lamentable desplome de su vida. Sin embargo, cuando por fin se levantó de la cama, Anna seguía muerta. Siempre estaría muerta.

Lo único que le hacía seguir adelante ahora era la perspectiva de encontrar a quien lo hubiera hecho. Era el único objetivo que podía su actual, pura y simple desintegración. No se había dejado arrastrar hacia el melodrama cuando le dijo a

Katie que su vida había tocado a su fin. Había tocado a su fin.

Lo único que le quedaba por hacer ahora era ponerle fin como era debido, vengando a Anna.

Tomó un taxi y se dirigió al lugar donde había terminado su vida, aunque en el fondo le habría gustado correr en dirección contraria.

Royce salió a recibir a Shaw a la puerta principal, donde las cintas policiales todavía se veían tendidas. En el interior del edificio la actividad era intensa, con equipos de agentes y personal forense examinando hasta el último centímetro cuadrado del lugar. Cuando Shaw se abrió paso esquivándolos con sumo cuidado se fijó en los charcos de sangre seca y las siluetas de cinta adhesiva blanca que señalaba con toda claridad dónde habían caído los cuerpos.

Royce echó un vistazo a su brazo herido.

—¿Qué demonios te ha ocurrido?

—Me mordió el perro. ¿A qué te referías con lo de matar dos pájaros de un tiro? ¿Y qué haces aquí, en medio de la investigación de unos asesinatos?

—Primero me gustaría que vieras esto.

Llevó a Shaw a una habitación en la primera planta que había sido habilitada como despacho de investigación criminalista. En la mesa había un ordenador. Royce tomó asiento delante y empezó a pulsar teclas.

—Tenemos imágenes de una cámara de vigilancia instalada en la calle para registrar matrículas de cara al impuesto de alta densidad en los desplazamientos urbanos. Aquí está lo que captó el día de los asesinatos.

Shaw vio por encima del hombro de Royce cómo la pantalla cobraba vida. La ubicación de la cámara en lo alto de un poste ofrecía una vista completa del exterior del edificio. Una furgoneta con antena parabólica en el techo se detenía delante del edificio y de ella se bajaban dos hombres.

Royce le explicó:

—Es el uniforme de los equipos de reparación vial de Londres.

Los hombres sacaron de la furgoneta una serie de conos de tráfico y los utilizaron para acordonar un extremo de la calle y las aceras en ambas direcciones. En cuanto empezaban a hacerlo, Shaw se fijó en que la antena parabólica entraba en movimiento.

—Están obstruyendo la cobertura telefónica —dedujo Shaw.

Royce asintió.

—Tras haber cortado las líneas de tierra del edificio.

Shaw se puso rígido cuando el siguiente fotograma en la pantalla mostró a media docena de hombres que salían en tropel de la furgoneta y se dirigían al edificio a la carrera. Ocurría tan rápido que resultaba casi imposible ver sus movimientos con claridad. Era muy posible que alguien que miraba por la ventana o pasaba por la calle no hubiera advertido que ocurría algo fuera de lo normal sencillamente porque tenía lugar a toda prisa.

—Ralentízalo —le pidió Shaw.

Un instante después, la escena volvía a desarrollarse a mitad de velocidad y con la imagen ampliada por medio del *zoom*. Los hombres eran todos altos y de aspecto

fornido. Cubrían sus rostros con máscaras de aspecto real, y cualquier arma que hubieran podido llevar estaba oculta bajo el largo abrigo que vestían. Shaw escudriñó todas y cada una de las figuras en busca de cualquier detalle significativo, cualquier retazo de piel al aire que pudiera ofrecer una marca reconocible, pero no consiguió sino decepcionarse.

Royce, que estaba mirándolo, asintió para mostrarle su solidaridad.

—Ya lo sé, lo hemos repasado una docena de veces y nosotros tampoco hemos visto nada. Está claro que eran profesionales. Estaban al tanto de la presencia de la cámara y actuaron en consecuencia.

—Supongo que las imágenes de la cámara no se revisaban en tiempo real, ¿no?

—Por desgracia, no, de otra manera habría dado pie a una respuesta enérgica por parte de la policía metropolitana, eso te lo aseguro. Los asaltantes también debían de estar al tanto de ello.

—Probablemente no tendría que haberme molestado siquiera en preguntarlo.

—La matrícula y el vehículo no llevan a ninguna parte. La furgoneta fue robada de un depósito de chatarra en Surrey hará cosa de una semana; las matrículas son de un coche accidentado en un garaje aquí en Londres. La puerta de atrás del edificio fue derribada a patadas, así que es evidente que entró por allí otro equipo de asalto.

—Creo que has dado en todo el clavo, un equipo de asalto. Por delante, por detrás, barriendo las plantas como si fueran las cuadrículas de un mapa. Probablemente tenían una lista de todos los que trabajaban aquí y un plano del edificio. —Shaw lo dijo más para sí que para Royce—. Muy bien, pasa el resto de la grabación.

Shaw se tensó una vez más cuando el vidrio de la ventana se desprendió hecho añicos hacia la calle. Vio asomar una cabeza y la persona empezó a gritar. No podía oírla, porque no había audio, pero no le hizo falta.

—¡Es Anna!

—Me pareció que podía serlo —reconoció Royce.

Shaw le lanzó una dura mirada.

—¿Qué te contó Frank acerca de ella y yo?

—No mucho, pero sí lo suficiente. Y he estado en el despacho de la señora Fischer. He visto fotos vuestras. Lo siento. ¿Llevabais mucho tiempo juntos?

—No lo suficiente.

—Lo siento, de veras. No puedo sino imaginar lo que sientes.

—Mejor que no intentes siquiera imaginarlo —replicó Shaw.

Royce carraspeó y se volvió hacia la pantalla.

—Las ventanas habían quedado atascadas accidentalmente por causa de la pintura reseca, y tuvo que romper el cristal.

—¿Accidentalmente? ¿Estás seguro?

—Hemos investigado la empresa de pintores. Es legal, lleva décadas encargándose de edificios en esta zona. Han dado razón de todos sus trabajadores. No

es tan infrecuente, por lo visto. Me refiero a un trabajo descuidado. Yo hice que pintaran mi casa hace tres años y aún no puedo abrir las malditas ventanas.

Shaw no prestaba atención. Observaba la imagen de Anna gritando por la ventana, a todas luces pidiendo ayuda, ayuda que no llegaría nunca. Un instante después la vio encaramarse al alféizar.

—¿Iba a saltar? —dijo en tono áspero.

—Al toledo que hay más abajo, suponemos.

—Pero no lo consiguió —dijo Shaw con voz apagada—. ¿Por qué?

—Tengo que advertirte que los siguientes fotogramas son... Bueno, no resulta fácil verlos. —Royce se volvió para mirarlo—. ¿Seguro que quieres seguir adelante?

—Tengo que verlo.

Las escenas siguientes se desarrollaban aprisa. Anna estaba en el alféizar de la ventana, sólo con los calcetines, aferrada al marco de la ventana a ambos lados con las manos.

Mentalmente, Shaw la instó a que saltara, a que saltara antes de que fuera demasiado tarde, aunque sabía que ya lo era. Fue un momento de agonía para él; no podía imaginar siquiera lo aterrador que debía de haber sido para ella. El siguiente fotograma, no obstante, aupó su sufrimiento a un nivel nuevo por completo.

Vio la primera bala atravesarle el pecho al tiempo que una rociada de sangre y tejido salía despedida de su cuerpo. Una fracción de segundo después otro pedazo de Anna salía proyectado hacia el aire de Londres. Cuando caía de espaldas hacia el interior de su despacho, Shaw apartó por fin la mirada.

—Podemos acabar con esto luego —sugirió Royce.

—Sigue adelante, estoy bien.

Varios minutos después los hombres salían por la puerta principal. Unos segundos más tarde, la furgoneta había desaparecido.

—¿Y nadie vio ni oyó nada? —preguntó Shaw—. ¿Ni siquiera una mujer gritando por la ventana? ¿Disparos, su sangre al caer a la calle?

—Los edificios a ambos lados de éste se encuentran pendientes de renovación, así que estaban vacíos. Los edificios de enfrente están ocupados, pero los inquilinos recibieron notificación de que el ayuntamiento ese día estaba llevando a cabo una peligrosa reparación del suministro de gas en la zona, y que tenían que abandonar sus casas antes de mediodía o corrían riesgo de encontrarse con una buena multa.

—¿Y nadie se molestó en llamar para comprobar si era cierto?

—Había un número de teléfono en la nota informativa. Varios inquilinos llamaron y recibieron confirmación de que era verdad.

—Sólo que el número era falso.

—Correcto. Y los conos bloqueaban el flujo normal de automóviles y el tráfico peatonal. Eso sin contar con que es una calle sin salida. Nunca pasan muchos vehículos por allí.

—Lo que dejaba a Phoenix Group aislado por completo. Fue muy bien

planificado —reconoció Shaw a regañadientes—. Ahora me gustaría ver el despacho de Anna.

—Bueno, primero quiero presentarte a uno de los propietarios de Phoenix Group.

—¿Están aquí? —preguntó Shaw con dureza.

—Uno de ellos se desplazó en avión en cuanto recibió la noticia.

—¿Desde dónde?

—¿Qué sabes acerca del símbolo del fénix?

—Es el ave que nunca muere. Renace de sus cenizas. Es de origen egipcio.

—Tu descripción es acertada, dentro de sus límites. En realidad el fénix es un símbolo que tiene orígenes diversos. Egipcio, como has dicho, pero también árabe, japonés y de otra procedencia al menos.

—¿Que es...? —preguntó Shaw, impaciente.

Apareció un hombrecillo en el umbral. Iba vestido de traje negro y su expresión era acorde con el color de su atuendo. Royce se levantó para saludarlo.

—Shaw, te presento al señor Feng Hai, de China.

Mientras Shaw estaba en el interior del edificio, Katie se había mantenido ocupada en el exterior. De hecho, había llegado antes que él y se había ocultado a la vuelta de la esquina al verlo llegar en taxi. Le enseñó su pase de prensa ya caducado al agente de guardia a la entrada y disparó a bocajarro una serie de preguntas a las que el hombre de azul no pudo dar una sola respuesta.

—Circule —dijo. Su gran rostro era presa de una considerable irritación.

—¿No le va eso de la prensa libre e independiente, señor policía? —le preguntó.

—Lo que me va es que la gente como usted nos deje hacer nuestro puto trabajo sin meter las narices allí donde no conviene.

—No aparecerá su nombre. Será una fuente anónima.

—Desde luego que no aparecerá mi nombre. ¡Ahora, circule!

Katie siguió caminando lentamente un trecho calle abajo, con la vista levantada hacia las ventanas del edificio. Shaw estaba allí dentro averiguando toda la historia mientras ella permanecía fuera sin enterarse de nada.

«Si lo consiguiera... Otra vez en lo más alto. Otro Pulitzer».

Tan absorta estaba en sus pensamientos que a punto estuvo de dar un salto cuando algo le tocó el brazo. Se volvió de golpe y lo vio, con la mullida gorra de fieltro en la mano; los ojos amplios y nerviosos mirándola fijamente.

—¿Puedo ayudarlo? —dijo, recelosa.

—Usted es periodista, ¿no?

Su voz era chillona y no rebosaba aplomo precisamente. A Katie no le costó suponer que su idioma materno no era el inglés. Era bajo y dolorosamente delgado. Tenía los dientes mellados y amarillentos, y sus ropas alcanzaban a duras penas el nivel de raídas.

—¿Quién lo pregunta? —Katie miró por encima de su hombro como si esperara ver a algún otro detrás.

Él volvió la mirada hacia el edificio de Phoenix Group.

—He venido aquí todos los días para verlo. Este lugar, quiero decir. —Se estremeció involuntariamente.

—Es inquietante, desde luego —convino ella, todavía recelosa de aquel hombre.

Él pareció percibir su incomodidad.

—Me llamo Aron Lesnik. Soy de Cracovia. Está en Polonia —añadió.

—Ya sé dónde está Cracovia —dijo Katie—. He estado allí. ¿Qué quiere de mí?

—La he visto hablando con el agente de policía. Le he oído decir que era periodista. ¿Es verdad? ¿Es periodista?

—Sí, ¿y qué?

Lesnik miró una vez más el edificio. Cuando se volvió de nuevo hacia ella, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lamento mucho lo de esas personas. Eran buena gente y ahora están muertos.

—Se enjugó los ojos con el dorso de la manga y la miró con aire lastimero.

—Fue una auténtica tragedia. Ahora, si me perdona... —Katie se preguntó por qué siempre parecía atraer a los pirados. Las palabras que dijo el hombre a continuación le hicieron olvidarse de esa idea.

—Estaba ahí. Ese día. —Lo dijo con voz ronca.

—¿Cómo? —Katie no podía haberlo oído bien—. ¿Dónde?

Lesnik señaló el edificio de Phoenix Group.

—Ahí dentro —repitió, alzando la voz hasta un tono agónico.

—¿Donde tuvieron lugar los asesinatos?

Lesnik asintió, la cabeza arriba y abajo como un niño que hiciera una confesión.

—¿Qué hacía en el edificio?

—Buscaba trabajo. Un empleo. No hablo inglés muy bien, pero se me da bien la informática. Voy allí porque oigo que necesitan gente que sepa de informática. Tengo una cita. Es ese día. Ese día... tan malo.

—A ver si lo entiendo —dijo Katie, que intentaba disimular su entusiasmo sin conseguirlo—. ¿Estaba en el edificio para hacer una entrevista cuando esas personas fueron asesinadas? ¿Mientras estaban siendo asesinadas?

Lesnik asintió.

—Sí. —Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—Entonces ¿cómo es que no está muerto? —le preguntó con desconfianza.

—Oigo las armas. Sé cómo suenan las armas. Soy niño en Cracovia cuando llegan los soviéticos con armas. Así que me escondo.

El recelo de Katie empezó a desvanecerse un tanto. Ella también había tenido que esconderse de hombres armados mientras informaba desde el extranjero.

—¿Dónde se escondió? Quiero detalles precisos.

—En la segunda planta hay una máquina en un cuarto pequeño que utilizan para hacer copias de papeles. Tiene puertas al fondo. Un espacio pequeño para colgar cosas. Estaba vacío. No soy grande. Me meto dentro. Me quedo allí hasta que acaba el tiroteo. Luego salgo. Pienso que van a dispararme también cuando me encuentren, pero no me encuentran. Tengo suerte.

Katie estaba tan emocionada que se encontraba a punto de despegar del suelo.

—Mire, probablemente no es buena idea hablar de esto aquí. ¿Por qué no vamos a alguna otra parte? Lesnik retrocedió de inmediato.

—No, ya he dicho suficiente. Vengo aquí todos los días. Vengo porque no puedo permanecer alejado. Esas personas, todos muertos. Todos muertos menos yo. Yo también debería estar muerto.

—No diga eso. Es evidente que no había llegado su hora. Como ha dicho, tuvo suerte. Y además, le vendrá bien desahogarse —lo instó.

—No. ¡No! Sólo hablo con usted porque oigo que es periodista. En Polonia tenemos periodistas que son héroes, héroes en Polonia. Se enfrentan a los soviéticos. Mi padre es uno de ellos. Lo matan, pero sigue siendo héroe —añadió con orgullo.

—Seguro que lo es. Pero no puede contárselo al primero que se encuentre. Tiene que acudir a la policía.

Lesnik retrocedió otro paso.

—No, policía no. No me gusta policía.

Katie lo miró con cautela.

—¿Está en este país de manera ilegal?

Lesnik no respondió, sino que se limitó a apartar la mirada.

—Nada de policía. Ahora tengo que irme.

Ella lo cogió por el brazo.

—Espere un momento, señor Lesnik. —Katie pensó rápido—. Mire, si le prometo no revelar la fuente ¿podría decirme al menos qué vio? Le prometo, le juro sobre un montón de biblias, que nunca diré quién me lo contó. Después de todo, ha sido usted el que ha acudido a mí. Debe querer que eche una mano de alguna manera.

Lesnik pareció vacilar.

—No sé por qué acudo a usted. —Se interrumpió—. ¿Puede..., puede hacer eso? ¿No decir?

—Desde luego. —Katie escudriñó su cara angustiada, su constitución menuda, casi infantil, sus prendas desaliñadas. No le costó trabajo imaginárselo escondido, aterrado dentro de una sala de fotocopidora mientras las descargas resonaban a su alrededor—. ¿Y si le invito a que coma algo y hablamos un rato? Sólo hablar. Si sigue sintiéndose incómodo, puede marcharse. —Le tendió la mano—. ¿Trato hecho? —Él no le estrechó la mano—. Estoy segura de que su padre querría ver que sale a la luz la verdad. Y que los asesinos son castigados.

Lentamente, Lesnik fue rodeando con sus dedos los de ella.

—Vale. Voy con usted.

Mientras caminaban, Katie planteó la pregunta que se moría por hacer.

—¿Vio quién lo hizo? —Contuvo la respiración esperando la respuesta.

El hombre asintió.

—Y también los oí. Los oí muy bien. Conozco a la perfección el idioma que hablan.

—¿Idioma? ¿Así que eran extranjeros?

Lesnik se detuvo y la miró fijamente.

—Eran rusos.

—¿Está seguro? ¿Seguro del todo?

Por primera vez su rostro adoptó una expresión confiada, casi desafiante.

—Soy polaco. De Cracovia. Reconozco ruso cuando lo oigo.

—Bautizamos la empresa en honor al fénix chino, el *Feng Huang* —dijo Feng Hai mientras estaban sentados en un despacho anexo al vestíbulo principal—. En la mitología china el fénix encarna la virtud, el poder y la prosperidad. También se decía que el ave representaba el poder otorgado a la emperatriz desde los cielos. Tal vez estén al tanto de que *Feng* alude al fénix masculino.

—Y también es su apellido —comentó Shaw. A diferencia de los occidentales, los chinos ponían antes el nombre de la familia que el de pila. Así que Hai era el nombre del individuo.

Feng asintió.

—Eso también me dio la idea, está en lo cierto.

—¿Y qué vínculo tiene Phoenix Group con China? —indagó Royce.

—Es sencillamente una empresa china radicada en Londres, como tantas otras.

—Sus empleados parecían estar convencidos de que era propiedad de un acaudalado norteamericano de Arizona —observó Shaw.

Feng se encogió de hombros.

—Rumores, evidentemente.

—Creo que era algo más. Creo que era una tapadera deliberada —dijo Shaw.

Royce se inclinó hacia delante mientras Feng fulminaba con la mirada a Shaw.

—¿Así que en esencia era un grupo de expertos que estudiaban temas globales fundado por usted y sus socios? ¿Ése era el modelo de empresa?

Feng asintió.

—Sí, señor.

—¿Y cuál fue su razón para fundarlo? —preguntó Royce.

—Encontrar respuestas a preguntas complicadas —contestó Feng—. Los chinos también tenemos interés en problemas y soluciones semejantes. No todos somos contaminadores despiadados y gente que pone plomo en los juguetes de los niños, caballeros —dijo, e intentó ofrecer una débil sonrisa.

—¿Les reportó beneficios económicos Phoenix Group? —preguntó Shaw.

—No lo hacíamos por el dinero.

Shaw paseó la mirada por el interior del despacho, cuidadosamente decorado.

—Este edificio tiene que valer, cuánto, ¿treinta millones de libras?

—Ha sido una buena inversión. Pero como decía, el dinero no es nuestra preocupación principal. Nosotros, mis socios y yo, somos buenos empresarios. Ganamos dinero a espuertas con otros asuntos. Phoenix Group era nuestra manera de hacer algún bien. De ofrecer una compensación, me parece que dicen ustedes.

—¿Y no tiene la menor idea de por qué alguien podía querer asaltar este lugar y matar a todo el mundo? —preguntó Royce. El escepticismo en su voz era incontestable.

—Ni la más mínima idea. Me dolió mucho cuando me enteré. Mucho. No..., no

podía creer que sucediera algo así. Las personas que había aquí eran expertos, intelectuales. Investigaban temas como los derechos de acceso al agua, la globalización de la economía mundial, el calentamiento atmosférico debido al uso de los combustibles basados en el carbono, el consumo de energía, asuntos de ayuda financiera internacional a países del tercer mundo, dinámica política. Temas intelectuales que no perjudicaban a nadie, caballeros.

—Anna Fischer escribió un libro sobre estados policiales —señaló Shaw—. Eso no es precisamente un asunto intelectual que no perjudica a nadie.

—La señora Fischer era excelente en su trabajo.

—¿La conocía?

—Sabía de ella.

—¿Había llegado a conocer a alguna de las personas que trabajaban aquí? —se apresuró a preguntar Shaw.

—Nosotros, mis socios y yo, preferimos pasar inadvertidos. Pero recibíamos informes con regularidad.

«Seguro que sí», dijo Shaw para su coleteo.

—¿Han encontrado alguna prueba que pueda llevarnos hasta los responsables de esto? —preguntó Feng con preocupación.

Royce negó con la cabeza.

—No había huellas, ni casquillos, no había el menor rastro, me temo. —No mencionó la grabación en vídeo.

—Qué desalentador.

—Pero hemos encontrado algo interesante, señor Feng —dijo Royce—. ¿Quiere verlo? Es de lo más revelador.

Aron Lesnik devoró el sándwich y se tomó el café a grandes sorbos. Por una parte, Katie estaba asqueada por sus modales en la mesa, pero por otra, sentía compasión. Debía de estar aterrado, pensó. Aterrado, probablemente sin blanca, tal vez sin papeles y a todas luces hambriento.

Lesnik se pasó la mano por la boca y dejó escapar un pequeño suspiro. La vio mirarlo fijamente y su semblante dejó traslucir vergüenza.

—Gracias por la comida.

—De nada. ¿Le importa si uso esto? —Sacó una minigrabadora.

—No. Se lo cuento, pero no quiero que la gente me oiga. —Miró en torno con nerviosismo—. Tengo miedo.

Ella apartó la grabadora.

—Muy bien, me limitaré a escribirlo. —Lesnik se tranquilizó y se recostó en el asiento—. Ahora cuénteme todo lo que vio y oyó.

El relato sólo llevó a Lesnik unos minutos. Lo estaba entrevistando un hombre entrado en años que se llamaba Bill Harris en la segunda planta.

—¿Por qué no lo mataron entonces? —preguntó Katie sin miramientos.

—Voy al baño al fondo del pasillo —le explicó Lesnik.

Cuando regresaba, oyó disparos y gritos. Se lanzó hacia un cuarto vacío, vio la fotocopiadora y se metió dentro. Escuchó más gritos y disparos. Oyó gente que pasaba cerca. Pensó que iban a encontrarlo. Le dijo a Katie que estaba convencido de que iba a morir. Tuvo que interrumpirse varias veces mientras contaba su historia para tomar agua y calmarse. El bolígrafo de Katie volaba sobre la página tomando nota de todo lo que decía.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Pienso: «espero que ya se hayan ido todos», los hombres con las armas, quiero decir. Pero oigo algo.

—¿Qué oyó?

—Oigo hablar a dos hombres. ¡Entran en el cuarto donde estoy escondido! Hablan en ruso. Yo sé ruso, lo hablo, sí.

—¿Qué dijeron?

—Dicen que tienen una lista de nombres y están muertos todos los nombres.

—¿Así que sabían quién trabajaba en el edificio?

—Creo que sí.

—¿Qué más?

—Hablan de que alguien más entra en el edificio, pero no tienen su nombre. Y les parece que no está muerto.

Katie lo entendió de inmediato.

—¡Hablaban de... usted!

Lesnik asintió.

—Eso creo yo también. Pienso que van a registrar el edificio de nuevo y esta vez me van a encontrar. Estoy atrapado. Ahora sé que voy a morir. —Empezaron a resbalarle lágrimas por la cara.

Ella le sirvió un poco más de café.

—¿Cómo es que no lo encontraron?

—Un hombre le dice a otro que tienen que irse ahora. Se ha roto una ventana en despacho. Una mujer ha gritado por ventana. Tienen que irse por si aparece la policía.

—¿Así que entonces se marcharon?

—Sí, pero al salir siguen hablando. Un hombre dice que Gorshkov se alegrará cuando se entere de que la misión ha salido bien.

Katie estuvo a punto de rasgar el papel con la punta del bolígrafo.

—¿Gorshkov? ¿El presidente ruso Gorshkov? Lesnik asintió.

—Oigo su nombre y me asusta mucho. Todo el mundo sabe que, al igual que Putin, Gorshkov era del KGB. Se ríe de la democracia. Todo el mundo en Polonia lo sabe.

—¿Por qué iba Gorshkov a arremeter contra un grupo de expertos en Londres? —se planteó Katie en tono confuso.

—No lo sé.

—¿Cómo escapó?

—Espero a que se marchen los hombres. Oigo cerrar una puerta y espero un poco más, para asegurarme. Luego salgo por puerta de atrás. Así es como he entrado.

—¿Cómo es que no entró por delante?

—El hombre con el que hablo, el señor Harris, me dice que entre por allí. Dice que me resultará más fácil cuando le digo por dónde vengo. —Se le nubló el gesto—. Y ahora no salgo por la puerta principal porque..., porque hay dos cadáveres. Un anciano, una joven, con disparos en la cara. —Se señaló el ojo derecho—. Con disparos aquí. No puedo pasar por su lado. Salgo por puerta de atrás. Y luego corro. Corro todo el camino hasta donde me alojo.

—¿Y no ha hablado con nadie de esto?

Lesnik negó con la cabeza.

—Si cuento, la gente viene a matarme. Sólo voy allí por empleo. No quiero morir.

—Vale, vale —dijo Katie, que posó una mano tranquilizadora sobre su delgado hombro—. Ha sido un primer paso importante.

—¿Escribe el artículo ahora? ¿No usa mi nombre? —añadió, ansioso.

—Le he prometido que no lo nombraría. ¿Pero dónde puedo encontrarlo si tengo alguna pregunta más?

—Estoy en albergue junto al río. —Anotó una dirección para Katie en un trozo de servilleta—. No tengo dinero para más.

Katie volvió a recorrer con la mirada sus prendas viejas y remendadas y su cuerpo escuálido. Metió la mano en el bolsillo y le entregó unas libras.

—No es gran cosa, pero intentaré conseguirle algo más.

—*DzieJewje*. Eso quiere decir «gracias» en polaco.

—De nada.

Lesnik se levantó de la mesa.

—¿Tiene un teléfono en el que pueda localizarlo?

Sonrió hastiado.

—No tengo teléfono. Estoy en albergue. *¡Powodzenia!*

—Eso quiere decir «buena suerte» en polaco, ¿verdad?

A Lesnik se le iluminó la cara un instante.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he adivinado.

Cuando Lesnik se marchaba, Katie se retrepó en la silla. «¿Qué demonios hago ahora?». Parte de ella no podía creer que aquello fuera cierto. Un tipo polaco que hablaba un inglés pasable se le acerca por la calle. ¡A ella! Y empieza a contarle la historia que el mundo entero se muere por oír. Un reportaje que le acababan de encargar. Nadie tenía tanta suerte, y mucho menos ella.

Y sin embargo, al repasar todos los datos de que disponía, el relato de Lesnik era verosímil. Tenía detalles del interior del edificio, detalles que Katie tendría que verificar. Parecía realmente asustado y si decía la verdad tenía razones más que de sobra para estarlo. ¿Y por qué iba a mentirle? ¿Porque era un tarado en busca de quince minutos de fama? Pero él no quería que figurase su nombre. No buscaba hacerse famoso. Saltaba a la vista que estaba asustado. ¿Y si le estaba diciendo la verdad?

Katie se puso en pie de un salto y se dirigió a toda prisa a Phoenix Group. Había una persona que podía ayudarla a verificar el relato de ese hombre: Shaw. No le entusiasmaba la perspectiva del reencuentro, pero su instinto periodístico estaba en llamas y la impulsaba hacia la presa más esquivada de todas: la verdad.

Los artículos estaban pulcramente dispuestos sobre la mesa. A su lado había un ordenador. Royce acababa de mostrar unas cosas en la pantalla a Shaw y a Feng. Éste estaba sentado en una silla con cara de asombro mientras Shaw examinaba detenidamente los documentos escritos.

—¿Así que, según usted, no estaban al tanto de nada de esto? —preguntó Royce; la incredulidad en su voz rebotó por toda la sala como un proyectil extraviado.

Feng negó tajante.

—Así es —dijo firmemente—. No sabía nada.

—Señor Feng, permítame que le deje algo bien claro. Hay documentos por todo este edificio que demuestran sin lugar a dudas que Phoenix Group formaba parte de la campaña propagandística contra Rusia. Y están cubiertos con las huellas dactilares de sus empleados. Los discos duros también contienen miles de ficheros en los que se hace una crónica completa desde la creación del denominado «Memorando de tragedias» hasta los detalles sobre el tal Konstantin, pasando por anuncios diversos que circulaban en relación con la mencionada campaña de publicidad. Hay más de treinta mil nombres de rusos en sus discos duros, los mismos nombres y antecedentes que se colgaron en Internet junto con denuncias de que todos eran víctimas de la «amenaza roja» rusa.

—No tengo ni idea de cómo ha llegado todo esto hasta aquí —tartamudeó Feng—. ¡Ni la menor idea!

—¿Acaso no supervisan el trabajo que se lleva a cabo en esta institución?

Feng replicó indignado:

—Dejamos que nuestros empleados investiguen aquello que deseen investigar. Nuestra implicación es mínima. Yo nunca había estado en este edificio.

—Bueno, parece ser que la supuesta investigación de sus empleados se desmandó un poquito. ¿Entiende la magnitud de la situación que tenemos entre manos?

Feng lanzó a Royce una mirada interrogadora.

—No entiendo a qué se refiere.

—¿Tienen ustedes alguna vinculación con el gobierno chino?

—No veo qué tiene que ver eso...

Shaw lo interrumpió.

—Gorshkov ha jurado que a quien estuviera detrás de la campaña de desprestigio se le consideraría responsable de un acto de guerra contra su país. Si tienen algún vínculo con el gobierno chino, es posible que hayan provocado una guerra entre la República Popular China y la Federación Rusa.

Feng se puso en pie de un salto.

—¡Eso es ridículo!

—No creo que vaya a parecerle ridículo al resto del mundo, caballero —exclamó Royce.

Shaw añadió en voz más baja:

—¿Tienen alguna vinculación con el gobierno chino? Más vale que salga a la luz cuanto antes.

De pronto Feng se mostró vacilante y volvió a tomar asiento.

—Podría interpretarse..., quiero decir, hay quien podría...

Shaw se acercó al rostro atribulado de Feng.

—Seguro que es consciente de que contarnos la verdad es la única opción que tiene.

Feng se pasó la lengua por los labios y empezó a jugar con un anillo que llevaba en el dedo.

—Parte de nuestra financiación proviene del gobierno. —Comenzó a hablar a un ritmo trepidante—. Mis socios y yo hemos trabajado a fondo con el Partido Comunista respecto del desarrollo económico tanto en China como en otros países. Pusimos en marcha Phoenix Group con el único objetivo de intentar comprender mejor temas globales que contribuyan a la adaptación de China a un papel más amplio en los asuntos internacionales.

»No hay duda de que nuestra economía se convertirá en algún momento en la más importante del mundo. Eso conlleva responsabilidades, responsabilidades que nos tomamos muy en serio. Y de ahí que queramos instruirnos en lo tocante a asuntos críticos por todo el planeta. Crear un gabinete de expertos y dotarlo de los cerebros más privilegiados parecía un objetivo razonable.

—Y sin embargo, ocultaron sus vínculos con el gobierno chino tras la fachada del millonario de Arizona, ¿no es así? —le espetó Shaw.

—En muchos lugares del mundo no se nos entiende bien. —Lanzó una mirada al agente del MI5—. Includo su propio país, señor Royce. No queríamos que hubiera dudas persistentes ni malentendidos que mancillasen el importante trabajo acometido por Phoenix Group.

—¿Alguna de las personas que trabajaban aquí estaba al tanto de esos vínculos? —indagó Royce.

Shaw sabía la respuesta a esa pregunta. Anna se lo habría dicho.

—No —respondió Feng—. No creímos que fuera importante, ni siquiera pertinente para su trabajo. ¿Qué importaba para quién trabajasen siempre y cuando sus objetivos fueran buenos?

—¿Es miembro del Partido Comunista? —le preguntó Royce.

—No veo qué...

—Haga el favor de responder.

—Tiene que entender...

—¡Lo es! —aulló Royce.

—Sí, lo soy, como muchos de mis compatriotas —reconoció Feng a la defensiva.

El agente del MI5 lanzó las manos al aire.

—Esto es un follón de mucho cuidado.

Feng, pálido, dijo:

—No, caballeros, esto es absurdo. Phoenix Group no estaba implicado en el asunto ese de la «amenaza roja». Es ridículo sugerirlo siquiera.

—Puesto que ha dicho que no había estado nunca aquí, no está precisamente en posición de saberlo, ¿no cree? —le respondió Royce.

—¿Por qué iban a hacer algo así? —dijo Feng en un tono próximo al gemido.

—¿Cuántos socios tiene?

—Cuatro.

—Creo que alguien debería preguntárselo —dijo Royce, que miró a Shaw—. Por el momento, esto queda entre nosotros. Si llegara a trascender, no puedo imaginar consecuencias más graves para su país, señor Feng.

—Me niego a creer que Rusia nos atacara.

—Gorshkov se ha jugado su reputación a que hará precisamente eso. Pregunte en Afganistán si no me cree.

—¿Quién más lo sabe? —le preguntó Shaw a Royce.

—Algunos integrantes del equipo de criminología. No esperábamos encontrar nada por el estilo cuando se puso en marcha la investigación. Una vez que supieron lo que tenían entre manos, impidieron el acceso a todo el mundo y me llamaron.

—Me sorprendió que me dejaras acceder a mí —dijo Shaw sin ambages.

—Frank me aseguró que eres su mejor hombre. Así que pensé que podía contar con tu discreción, y necesito desesperadamente tu ayuda.

—Te brindo ambas, desde luego.

Royce se volvió hacia Feng.

—Quiero que me entregue su pasaporte.

A Feng se le ensombrecieron los rasgos.

—No puede decirlo en serio.

—Démelo. —Royce tendió la mano.

—No he cometido ningún delito.

—Eso está por verse, ¿no cree?

—¿Va a provocar un incidente internacional? —dijo Feng.

—¿Qué importancia tiene uno más? —replicó Royce.

—Quiero ir a la embajada china. De inmediato.

—Primero el pasaporte, y luego ya veré si podemos llevarlo allí —dijo Royce en un tono bastante amable, rematado incluso con una sonrisa al final de la oferta.

Feng le entregó lentamente el pasaporte.

—Esto es un escándalo.

—Desde luego —coincidió Royce—. Todo lo que hemos descubierto aquí hasta el momento es un escándalo.

Cuando Feng y Royce salían, Shaw dijo:

—Voy a subir al despacho de Anna.

—Shaw, sólo retiramos el cadáver. El resto del despacho está intacto. No es

muy...

—Ya sé que no.

Shaw subió de dos en dos los peldaños y recorrió el suelo enmoquetado hasta el final del pasillo. La puerta a la izquierda estaba abierta. Cerró los ojos e hizo de tripas corazón para centrarse en la tarea que tenía ante sí: encontrar cualquier indicio que pudiera llevarlo hasta los asesinos de Anna.

Entró en la habitación y de pronto notó un frío intenso. Su mirada fue vagando por el pequeño despacho, los libros, la mesa antigua y la silla en la que él mismo se había sentado cuando vino a visitarla. Sus ojos asimilaron la alfombra oriental en el centro de la estancia, las plantas de Anna y el jersey todavía colgado en el respaldo de su silla. Tocó la prenda, y su muro de profesionalidad empezó a desmoronarse cuando respiró el aroma de Anna que de alguna manera aún se apreciaba en el tejido, a pesar del hedor todavía presente de las armas disparadas, a pesar de la estela de vapor antiséptico del equipo forense.

Su aire profesional comenzó a venirse abajo un poco más aprisa cuando se le fue la mirada hacia el estante justo detrás de la mesa donde había varias fotos de Anna y él. Tuvo la impresión de que sus amplias sonrisas se le caían encima grano a grano, cual cereal en un silo, amenazando con enterrarlo bajo su tonelaje conjunto.

Cuando bajó la vista al suelo y vio su sangre donde se había filtrado en la madera Shaw tuvo que sentarse. En aquellas manchas oscuras estaba su pasado, su presente e incluso su futuro sombrío y solitario en una imagen abrumadora. Cuando uno entregaba su corazón a otra persona, ya no volvía a ser libre. Y más le valía estar preparado para algo así. Sólo que nunca se podía estar preparado de verdad.

La ventana hecha añicos había sido recubierta con cinta adhesiva, pero se levantó y la examinó igualmente, diciéndose que si se venía abajo ahora, eso no contribuiría a vengar a Anna. Vio los arañazos que habían dejado sus dedos desesperados en el marco de la ventana. Debía de haber estado a escasos segundos de saltar. Volvió la vista hacia la puerta y los dos agujeros de bala gemelos. Su ojo experto trazó una trayectoria aproximada. Sin duda habían debido de alcanzarla en el pecho, tal como había visto en el vídeo. Sin embargo, con la puerta cerrada, era imposible que quien efectuó los disparos supiera que Anna intentaba saltar por la ventana.

Pura suerte al efectuar los disparos, dedujo presa de un intenso dolor.

Anna había caído de espaldas hacia el interior del despacho. Se arrodilló y miró las manchas de sangre y la silueta de cinta adhesiva. Fuera se oían los sonidos habituales de una gran ciudad. Allí dentro sólo quedaba el silencio de la muerte. Y aun así, a veces los muertos son los que más claro hablan.

«Cuéntamelo, Anna. Dime qué ocurrió».

Miró más de cerca y le pareció ver el tenue rastro de una huella en la sangre. No era lo bastante grande para que sirviera de ayuda en la investigación, motivo por el cual probablemente no la había mencionado Royce. Se desplazó hasta la mesa de Anna y se sentó a su silla. Los hombres de Royce habían retirado el ordenador para

examinarlo, pero el tablero de su mesa seguía cubierto de cosas en las que había estado trabajando. La única diferencia era que todos los artículos habían sido sellados como pruebas.

Shaw cogió un fajo de papeles. A través del plástico vio la caligrafía precisa de Anna en los márgenes de las páginas manuscritas. Había bromeado con ella más de una vez acerca de que anotar y garabatear era algo más fuerte que ella, que nunca veía un escrito sobre el que no pudiera hacer comentarios. Lo dejó en la mesa y cogió otro rimero embolsado.

Esos documentos supuestamente demostraban que Anna se había dedicado a preparar elementos propagandísticos sobre la «amenaza roja». Aunque en teoría sus huellas estaban por todas partes en esas hojas, Shaw sabía muy bien que la idea de que Anna hubiera contribuido a la campaña de la «amenaza roja» era ridícula. Y si albergaba alguna duda acerca de la implicación de Anna, esas páginas acabaron por disiparla, pues no tenían ni una sola marca de bolígrafo en ellas. No obstante, estaba al tanto de que eso no constituiría una prueba concluyente para el resto del mundo.

«Debieron de presionar los dedos de todos contra los papeles después de matarlos. Los que estaban detrás de esto, fueran quienes fuesen, eran una pandilla de capullos despiadados. Y disfrutaría de lo lindo matándolos a todos y cada uno».

También sospechaba que habían descargado archivos incriminatorios en todos los ordenadores del edificio. Tal vez una investigación a fondo revelaría que los habían instalado el día de los asesinatos, pero si los responsables sabían de veras lo que se hacían, era muy posible que no consiguieran demostrarlo nunca.

No iba a poner a Royce al tanto de sus dudas acerca de las pruebas porque no estaba seguro de adónde iba a llevarlo. Aunque aparentaba trabajar mano a mano con Royce, era consciente de que sus propios intereses y los del agente del MI5 acabarían por divergir en algún punto. Royce no quería más que detener a quienes habían hecho aquello. Shaw sencillamente quería matarlos.

Feng había reconocido que el gobierno chino tenía vinculaciones con Phoenix Group. De manera que ¿había alguien empeñado en que diera la impresión de que los chinos andaban detrás del asunto de la «amenaza roja»? ¿Pero quién, y por qué? ¿Qué maníaco podía estar interesado en que semejante perspectiva se hiciera real?

Y Anna se había visto atrapada en medio del desaguisado. Pero ¿por qué habían ido a elegir Phoenix Group, con tantos lugares que podrían haber escogido como objetivo? ¿Era mera coincidencia que estuviera vinculado con el gobierno chino? No, no podía ser.

Era evidente que los asesinos habían averiguado la conexión, lo que tenía que haberles supuesto un esfuerzo considerable. Sin embargo, debía de haber miles y miles de entidades vinculadas con China a lo largo y ancho del mundo. ¿Por qué aquí? ¿Por qué Anna?

Fue hasta la estantería y cogió una fotografía. Había sido tomada la noche en que se le declaró. Anna le había pedido a un camarero que les sacara una instantánea, con

particular hincapié en el nuevo anillo de compromiso en su dedo. Su sonrisa, tan rebosante del luminoso futuro que tenían por delante juntos, le hizo olvidar el dolor del brazo, porque el sufrimiento de su corazón era mucho más intenso.

De pronto comprendió que no podía permanecer allí ni un instante más. Se precipitó escaleras abajo y abrió la puerta de golpe. Tenía la sensación de que no podía respirar, como si los pulmones se le hubieran petrificado. Tenía grabada a fuego en la memoria la imagen de Anna cayendo muerta en aquella habitación, la visión imaginada de su asesino inclinado sobre ella, y la de sí mismo lejos de allí, impotente.

Pasó a toda prisa por delante del agente de guardia y salió catapultado a la calle, donde una fracción de segundo después derribó a una persona y la hizo caer al suelo.

Se inclinó para ayudarla, con una disculpa en los labios, una disculpa que no llegaría a pronunciar. Sencillamente se quedó boquiabierto.

Katie se incorporó poco a poco.

—Tenemos que hablar. Ahora mismo.

Nicolás Creel había tenido un día ajetreado, incluso para alguien como él. Había ido en avión privado desde Italia a Nueva York y luego a Houston, donde recogió a su equipo ejecutivo de ventas. Una parte de la considerable duración del vuelo la dedicaron a repasar detalles de última hora de cara a su próxima presentación de ventas de alto nivel en Pekín.

Creel estaba ahora en su camarote mirando la foto de un hombre que acababan de enviarle, junto con algunos detalles. Se llamaba Shaw y estaba investigando la masacre de Phoenix Group. Guardaba relación con un organismo internacional sumamente hermético dedicado a velar por el cumplimiento de la ley, aunque, según habían informado a Creel, ese organismo acostumbraba saltarse la ley para obtener resultados. Shaw era uno de sus mejores agentes y por lo visto tenía una motivación personal para resolver el delito. Eso resultaba inquietante. Pero lo que resultaba más irritante era el correo que acababa de recibir de Caesar. Tenía hombres vigilando el edificio de Phoenix Group, claro. Y según sus informes, habían visto a Shaw y a Katie James marcharse juntos. Dio instrucciones a Caesar de que los siguieran. No quería que ese tal Shaw interfiriese en el papel que James desempeñaba en su plan sin saberlo ella misma.

Regresó a la sala de reuniones del avión donde sus ejecutivos daban los toques finales a una estrategia de ventas con la que esperaban conseguir el mayor contrato de defensa que había firmado China con una empresa extranjera. De hecho, como bien sabía Creel, y únicamente Creel, aquello no era más que la salva inaugural. Cuando los acontecimientos de Londres se le explicaran al mundo con más detalle, los chinos entenderían plenamente la situación tan precaria en la que se encontraban. El Dragón Asiático se convertiría en blanco del Oso Ruso. Y los comunistas triplicarían sus pedidos de armas aunque sólo fuera para mantener a raya a ese loco de Gorshkov. Con un poco de suerte, se irían al catre con Ares Corp. durante las dos próximas décadas como mínimo.

Eso habría sido más que suficiente para la mayoría de los empresarios, pero no para Nicolás Creel. El asunto de Pekín sólo era la mitad de la ecuación.

Después de China, Creel seguiría volando rumbo al oeste y visitaría Moscú. Iba del todo preparado para encontrarse con una considerable reticencia por parte de los antiguos soviéticos, que aún no veían gran necesidad de adquirir el armamento más innovador y poderoso. Ellos, al igual que el resto del mundo, habían cedido el campo a los estadounidenses, que sencillamente gastaban más que cualquier otro. No obstante, Creel era uno de los pocos visionarios (tal vez el único) capaces de imaginar que no tenía por qué seguir siendo así eternamente. Las potencias mundiales iban y venían. Los norteamericanos habían estado en la cumbre mucho tiempo, al menos según los criterios históricos recientes. Ya les tocaba verse depuestos. Que fueran los rusos o los chinos, o ambos, le traía sin cuidado a Creel. Sólo quería ser quien

suministrase armas a la siguiente superpotencia.

No haría hincapié, ni siquiera mencionaría a los ministros de Defensa de Gorshkov y de China la cuestión del enfrentamiento entre Rusia y China y las tensiones cada vez más graves entre las dos naciones. En vez de eso adoptaría un enfoque más positivo. Ha llegado su hora, les diría a ambos países. Éste es su siglo. Tienen que apoderarse de él o lo hará algún otro, y permitiría que sus imaginaciones respectivas aportaran la identidad de ese otro.

Dejaría que sus subordinados se las apañaran con las cifras reales y los detalles. Él iba con el objetivo de pronunciar el discurso concluyente, de hacerles ver con claridad lo que estaba en juego para los dos países. Y para Ares estaban en juego billones de dólares porque una vez que Rusia y China acometieran un rearme sustancial, también lo harían todos aquellos con dólares que gastar y egos por defender. Eso incluiría a los norteamericanos, que con toda seguridad considerarían usurpado su liderazgo mundial. ¿Qué suponían unos cuantos billones más de deuda? De todas maneras, ya era imposible que los estadounidenses devolvieran lo que ya debían.

Creel repasó los números de memoria rápidamente. Una deuda nacional de unos diez billones de dólares, sin contar la farsa de la contabilidad de la Seguridad Social. Sólo los intereses a los que ascendía la deuda crediticia de Estados Unidos superaban los 300 000 millones al año. Junto con 700 000 millones en gastos de defensa, eso suponía un billón al año o más de un tercio del presupuesto total. Los costes de la Seguridad Social, el seguro médico estatal para ancianos y minusválidos y el seguro médico estatal para personas con bajos ingresos superaban con creces el billón de dólares en conjunto. Los gastos de asistencia social y desempleo sumaban unos 400 000 millones. Eso dejaba unos miserables cientos de miles de millones de dólares para todo lo demás. Teniendo en cuenta el esquema global, no era sino calderilla. Y día tras día los norteamericanos acudían sombrero en mano a países como China, Japón y Arabia Saudita a fin de mendigar dinero para financiar su consumo. Creel ya había dilucidado tiempo atrás el desenlace de esa canción. Lo había dilucidado porque de ello dependía su negocio. A pesar de la bien merecida reputación que tenían los estadounidenses de poseer inventiva y resistencia, los empresarios veteranos sabían que los dólares nunca mienten.

«A menos que el país acometiera un cambio de rumbo total, los yanquis estarían acabados en treinta años como máximo. Por eso compro euros y yenes e intento expandir mi clientela allende la tierra de la libertad, el hogar de los valientes».

Nadie con una deuda semejante era libre, y la casa estaba hipotecada hasta el tejado. Aun así, podían disfrutar mientras durase, buscarse la vida a fuerza de créditos durante un par de décadas más. Las generaciones futuras tendrían que apoquinar y cuando venciera la factura se armaría la de Dios es Cristo.

Sin duda, otros importantes proveedores de defensa se llevarían un pedazo de la tarta global, pero la empresa de Creel estaba perfectamente posicionada para hacerse

con la mayor parte. Sería la joya de la corona de toda la trayectoria de Creel. Su compañía se salvaría, su legado quedaría asegurado. Y, lo más importante, se reinstauraría el equilibrio natural del mundo.

Era todo lo que podría haber esperado. Y lo tenía al alcance de la mano.

Sin embargo, seguía mirando la fotografía que le había enviado Caesar. Su mirada abrasaba los ojos de aquel hombre alto. A Creel no le gustaban esos ojos. Había amasado varias fortunas interpretando correctamente expresiones, la mirada de póquer de sus oponentes. Y ese hombre no le hacía ninguna gracia. De hecho, los ojos que estaba mirando en la foto le resultaban muy familiares. Al verse de pasada en un espejo que colgaba en la pared opuesta cayó de súbito en la cuenta de quién se trataba. «Me recuerdan a mí mismo».

Creel se retrepó y escuchó el zumbido de fondo de su equipo comercial mientras surcaban el cielo a más de ochocientos kilómetros por hora para vender paz y seguridad en el extremo de la boca del cañón de un carro de combate a otro cliente satisfecho.

Y aun así, su mente seguía volviendo a aquellos ojos. Y a aquel hombre. Nada más que un hombre, eso seguro. Aun así, a veces sólo hacía falta un hombre para que todo se viniera abajo.

Creel no permitiría que ocurriera. No había muchas cosas que lo amedrentaran, pero lo que sí lo aterrizzaba era la incertidumbre. Por eso había contratado a Pender, quien hacía creer al mundo lo que Creel quería que creyese. Por eso todos y cada uno de los gobiernos más importantes del mundo contaban con gente como Pender para que hicieran eso mismo. A menudo era una guerra de desgaste. Uno pergeñaba la verdad y luego enterraba la realidad bajo tanta basura que la gente se hartaba de intentar rebuscar entre la porquería y se contentaba con aceptar lo que le ofrecieras. Era la salida más fácil y los seres humanos estaban programados para escogerla siempre. Después de todo, había facturas pendientes, compras que hacer, niños por educar y acontecimientos deportivos a los que asistir, de modo que ¿quién tenía tiempo para nada más? Sí, se cubrían todas las bases, pero a veces algo o alguien se zafaba y daba al traste con todo.

Aunque esta vez no.

«No, esta vez no».

—Llévame a ver a ese tipo —le dijo Shaw a Katie.

Estaban sentados en su habitación en el Savoy y ella acababa de relatarle su encuentro con el polaco.

—No puedo hacerlo —respondió Katie—. Se lo prometí.

—Me da igual lo que le prometieras. Es un testigo esencial en una investigación de asesinato.

Katie lanzó una mirada por la ventana, desde donde se la sostuvieron el Big Ben, las torres del Parlamento y el Ojo de Londres en forma de tarta con el Támesis en primer plano.

—¿Crees que no lo sé?

—Vale, entonces dime cómo se llama.

—Sí, claro. ¿Qué tal si te enseño su foto y te facilito su dirección postal, ya puestos?

—¡Esto no es ninguna broma! Hay gente muerta.

Ella se volvió rauda.

—No me eches en cara semejante porquería. Yo me gano la vida con el periodismo, ¿entiendes? ¿Te suena la expresión «protección de las fuentes»? Los periodistas se acogen a ella todos los días. Hay incluso quienes van a la cárcel por defenderla, cosa que me ocurrió a mí. Así que guárdate el numerito de la mala conciencia para otro.

Shaw bajó la mirada y Katie cayó en la cuenta de que se había pasado de la raya. Se sentó delante de él y dijo en voz queda:

—Mira, no hay nadie sobre la faz de la Tierra que tenga más ganas que tú de encontrar al asesino de Anna. Y yo también lo quiero encontrar. Pero tengo que hacer mi trabajo. Me han encargado escribir este reportaje, y tengo que hacerlo como una profesional.

—Me cuentas lo que te ha dicho ese hombre, ¿y esperas que lo deje ahí? ¿Por qué me lo has mencionado siquiera si no piensas llevarme a verlo?

Katie se recostó en la silla y hundió los puños en sus muslos.

—Ojalá tuviera una respuesta estelar a eso, pero no la tengo. Sólo quería que lo supieras. Supongo que quería que me corroborases que está diciendo la verdad.

—¿Le crees?

—Los detalles que te he contado, la fotocopidora, los cadáveres cerca de la puerta principal, el tipo llamado Bill Harris, ¿puedes confirmarlo, ya que has estado dentro?

—Lo de la fotocopidora en la segunda planta y los cadáveres delante de la puerta principal, sí, eso es exacto. Iré a comprobar si el espacio en el interior de la máquina era lo bastante grande para él. No me han facilitado una lista completa de los fallecidos, así que no puedo asegurarte lo del tal Harris, pero seguro que no me

costará trabajo verificarlo. ¿Has dicho que entró y se marchó por la puerta de atrás?

Katie asintió.

—Sí, eso dijo.

—Entonces, por eso no lo vimos en la grabación de vídeo. Sólo registraba la parte delantera.

—Así que parece legal —dijo ella, esperanzada.

—También estaría al tanto de todas esas cosas si hubiera tomado parte en los asesinatos.

—Ya me lo había planteado, pero no parece esa clase de hombre. Es en esencia un polaco delgado cagado de miedo.

—¿Que sencillamente se topó contigo por la calle delante del escenario del crimen? Vaya coincidencia, ¿no te parece?

—Podría ser, pero me oyó hablar con un poli. Se dio cuenta de que era periodista. Y no es tan insólito que un superviviente regrese al lugar de los hechos. Por el sentimiento de culpa...

—Me da la impresión de que estás intentando convencerte por todos los medios.

—Confía en mí, voy a hacer indagaciones sobre ese tipo por activa y por pasiva. Y probablemente está aquí de manera ilegal. Eso no hace sino empeorar la situación. Tal vez por eso no quiere acudir a la policía.

—¿Sin papeles? ¿Y estaba buscando empleo?

—Ocurre a diario. Podría falsificar sus documentos fácilmente de cara a encontrar trabajo, pero no para tomar parte en una investigación criminal. La poli investiga mucho más a fondo. Eso ya lo sabes.

—Entonces ¿qué quieres de mí? —le preguntó Shaw.

Katie profirió un suspiro.

—Prácticamente me has confirmado que estuvo allí. Me parece que, bueno..., voy a seguir adelante con el reportaje.

Shaw se puso en pie y la miró desde su altura.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Qué reportaje?

Ella le devolvió la mirada con la misma incredulidad.

—¿Un testigo ocular de la masacre de Londres? ¿No te parece digno de aparecer en las noticias?

—Katie, dijo que los asesinos hablaban ruso.

—Sí, ¿y qué? —Shaw se mostró desazonado mientras ella lo miraba con recelo—. ¿Hay algo que no me hayas contado? —le preguntó Katie.

—Sólo te lo contaré si prometes no escribir el reportaje.

—No puedo hacer eso, Shaw. No puedo. ¡No pienso hacerlo! Esto es una noticia.

—¿Aunque pueda provocar una guerra mundial?

—¿Qué guerra mundial? —exclamó ella.

—Si te lo cuento, no puedes repetirlo, no se lo puedes contar a nadie, en ninguna parte, ni siquiera por escrito. Las condiciones son ésas. Lo tomas o lo dejas.

Katie vaciló un instante y luego asintió.

—Trato hecho.

—Encontraron pruebas dentro del edificio que supuestamente demuestran que Phoenix Group estaba detrás de la campaña de la «amenaza roja».

Katie se levantó de la silla como movida por un resorte.

—¿Cómo? ¿Estás seguro?

—¿Seguro de que las pruebas estaban allí? Sí. Aunque aún no sé qué supone eso.

—Mi testigo también oyó a los asesinos hablar en ruso. Y dijeron estar a las órdenes de Gorshkov.

—Maldita sea, ¿por qué no me has contado lo de Gorshkov?

—Mira quién habla de callarse información. Al igual que tú, tiendo a guardarme bien las cosas. Pero si Phoenix Group estaba implicado en el desarrollo de la campaña de la «amenaza roja», eso explicaría por qué fueron atacados por rusos a las órdenes de Gorshkov.

—Pero no es cierto. Los documentos relacionados con la «amenaza roja» fueron dejados allí aposta.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Yo misma vi esos documentos en el despacho de Anna. Tal vez no estaba investigando al respecto, sino que lo estaba llevando a cabo.

—¿Y dejó los documentos por ahí encima mientras el mundo entero estaba intentando averiguar quién anda detrás de todo ello? —dijo Shaw con incredulidad.

Katie se mostró vacilante entonces.

—Supongo que eso no tiene sentido, ¿pero dónde encaja lo de la guerra mundial? Me parece que lo he pasado por alto.

—Gorshkov ha declarado que quien estuviera detrás de la campaña de desprestigio se exponía a ser atacado.

—Phoenix Group fue atacado, no un país.

Shaw respiró hondo y dijo:

—Phoenix Group está dirigido por los chinos, o al menos profundamente vinculado a ellos.

—¿Los chinos? ¿Estás seguro? —exclamó Katie.

—Sí. Me reuní con uno de los propietarios. Lo confirmó.

—¿Pero de veras crees que Rusia atacará China?

—¿Quién sabe? Pero lo último que nos hace falta es que la respuesta a esa pregunta sea «sí».

—Pero si el gobierno ruso envió a sus asesinos como castigo contra Phoenix Group, y están al tanto de la conexión con China, eso sin ir más lejos tiene todo el aspecto de una acción de guerra. Lo cierto es que me sorprende que Gorshkov no haya proclamado a los cuatro vientos que fue cosa suya.

—No puede. La mayoría de las personas asesinadas eran ciudadanos británicos. Hacer saltar por los aires a un montón de talibanes en las montañas de Afganistán es

una cosa, pero uno no entra tranquilamente en Londres, se carga a treinta ingleses y luego se pone a alardear. Me da igual que se trate de Rusia.

»Los británicos también tienen bombas nucleares. Y su aliado más cercano es Norteamérica. Ni siquiera Gorshkov quiere enfrentarse a ese gorila de ciento ochenta kilos. Y no sabemos a ciencia cierta que los rusos estén al tanto de la conexión china.

—Pero nada de lo que dices constituye una razón para que no escriba el reportaje. Un testigo presencial dice que unos rusos a sueldo de Gorshkov fueron los autores. No diré nada acerca de la «amenaza roja» ni de la vinculación china porque te he asegurado que no lo haría. Pero el dato de que fueron los rusos quienes atacaron el edificio me lo ha facilitado mi fuente y es una noticia que el mundo debe conocer.

—¡Venga, quién no es capaz de leer entre esas líneas! ¿Y si los chinos piensan que los rusos atacaron una de sus oficinas? Podrían tomar represalias contra Moscú.

—Pero hasta tú has dicho que el asunto de la «amenaza roja» era un camelo. Dejaron allí los documentos adrede. Los chinos no estaban detrás...

Shaw agitó las manos en señal de exasperación.

—Exactamente, Katie. ¿No lo entiendes? Los rusos no habrían dejado esos documentos, sobre todo si estaban al tanto de la conexión china. ¿Qué sentido hubiera tenido? No se tomarían la molestia de buscarle las cosquillas a China tendiéndoles una trampa. Los dos países están demasiado equilibrados desde el punto de vista militar. Si tuvieran intención de montar un número semejante, habrían ido a escoger un país mucho más fácil de borrar del mapa. Qué demonios, empieza por la A y cárgate Albania. Esa guerra habría acabado en veinticuatro horas. ¿Pero China? Tienen tres soldados por cada militar ruso. Y también poseen armas nucleares.

Katie se mostró confusa.

—¿Qué estás diciendo exactamente?

—Que los rusos no lo hicieron. Y que Phoenix Group no está detrás de la «amenaza roja», ni tampoco los chinos.

—De acuerdo, ¿entonces quién está detrás? —preguntó sin mucho convencimiento.

—Hay una tercera parte implicada. Una tercera parte que se trae entre manos un juego que no entiendo, pero que de alguna manera tiene como fin predisponer a Rusia y China una en contra de la otra.

—¿Así que, según tú, mi fuente está mintiendo sobre la implicación de Rusia?

—Si dijo que oyó por casualidad a unos tipos que hablaban ruso quienes comentaron que trabajaban para Gorshkov, entonces sí, creo que puede estar mintiendo, porque no creo que los asesinos estén a las órdenes de Rusia. O si no, y hay que echarle mucha imaginación, de alguna manera estaban al tanto de su presencia en el edificio y le dejaron vivir para que contara lo que había oído, o lo que quisieron que oyera.

Katie chasqueó los dedos.

—Dijo que oyó por casualidad a los rusos, o según tú, a los falsos rusos, hablar de

que había otra persona en el edificio. Si tenían vigilada la trasera del edificio, debían de haberlo visto entrar, pero no llevaron a cabo otro registro porque se había roto una ventana, una mujer estaba gritando desde un despacho y temían que apareciera la policía. —A Shaw se le demudó el gesto. Katie dijo—: ¿Ocurrió así?

Él asintió lentamente.

—Esa mujer era Anna. Rompió la ventana de su despacho, intentó escapar por allí, pero la mataron antes de que pudiera conseguirlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Quedó grabado por la cámara de la calle.

—Dios mío, ¿viste cómo ocurrió? —Katie posó una mano sobre la del hombre—. Shaw, no sé qué decir.

—Di que no escribirás el reportaje.

—Eso no puedo hacerlo. El mundo se merece oírlo.

—¿De veras? ¿Aunque sea todo un embuste? ¿O igual es que Katie James cree que merece estar otra vez en lo más alto, sea como sea? ¿Aunque eso suponga el fin del mundo tal como lo conocemos?

Katie se sonrojó y se apartó de Shaw.

—¡No es eso lo que me lleva a hacerlo!

—¿Entonces, por qué lo haces?

—Soy periodista. Tengo una noticia. ¡La noticia de la década! No puedo dejarla correr porque tú tienes un montón de teorías de tres al cuarto, o porque según tú el mundo podría irse al garete.

—¿Y si resulta que tengo razón? ¿Estás preparada para afrontarlo?

—Sí —dijo, pero la voz le tembló levemente.

—Entonces no tenemos nada más que hablar. —Shaw se levantó y le abrió la puerta.

—Shaw, no lo hagas, por favor.

—No tenemos nada más que hablar —dijo con más firmeza.

Ella pasó lentamente por su lado y Shaw cerró la puerta de golpe a su espalda.

Los viajes de Nicolás Creel a China y Rusia habían sido un éxito. No se había anunciado ningún acuerdo en firme, pero había sentado los cimientos para que se llegara a ellos casi con toda seguridad, y sin tardanza. Cuando saliera a la luz la «auténtica» verdad sobre Phoenix Group, y Creel confiaba en que Katie James la publicara en cualquier momento, la dinámica entre China y Rusia pasaría rápidamente de rivales regionales a enemigos absolutos. Y los billones de dólares empezarían a llegarle a espaldas.

Sin embargo, con ese triunfo a sus espaldas, aún tenía un problema.

Volvió a estar en la cubierta superior de su imponente *Shiloh*, uno de los mejores superyates del mundo, mientras su esposa, un tanto achispada, yacía desnuda en una lujosa tumbona en la cubierta de proa. Creel había acabado por hartarse y le había exigido que se pusiera algo encima. Ella se negó rotundamente y aseguró que incluso un bikini tanga le estropearía el bronceado.

Mientras ponía morritos, le dijo con voz melosa: «Tengo un cuerpo perfecto. Sin líneas de bronceado. ¡Sin la menor línea, Nicky! No puedes obligarme».

¿Cómo cabía responder a una lógica tan absoluta, a proclamas narcisistas tan descaradas? Creel casi se había echado a reír, como si un crío hubiera cometido una estupidez. No, estaba claro que su matrimonio no iba a durar. Sonó el teléfono del barco. Era el capitán. La señora Creel se había quedado dormida por fin. «Entonces, cúbrala con una maldita manta, de los pies a la cabeza», le ordenó Creel, y colgó.

La mujer que había conocido en Los Ángeles tras recibir el galardón por su labor filantrópica era conservadora en el museo Met de Nueva York. Tenía múltiples diplomas de Yale, era pasmosamente inteligente, había viajado por todo el mundo, era atractiva, tenía buen tipo y Creel dudaba mucho que le preocupara lo más mínimo tener líneas de bronceado en el culo. Había pasado una velada fascinante y maravillosa con esa mujer en la que no había habido el menor contacto físico. Encargaría a sus abogados que preparasen los documentos del divorcio en cuanto regresara a casa.

Pero ese cambio doméstico en ciernes no era el problema que preocupaba hoy a Creel.

Miró fijamente la fotografía del hombre con Katie James. La periodista se había ido del hotel de Shaw deshecha en lágrimas, según le habían informado. ¿Iba a joderlo todo ese tipo? Quería venganza. Estaba sumamente bien preparado. Sí, era un problema en potencia. Probablemente Shaw tenía los días contados. Aunque en el fondo, ¿qué importancia tenía uno más?

Creel desvió la mirada hacia la calma del Mediterráneo donde el cálido sol se abría paso hasta el brillo trémulo y perezoso del mar. A pesar de vender el mejor armamento de la Tierra, era un hombre de paz. Nunca había golpeado a nadie en un arrebato de furia. Lo que sí había hecho, claro, era ordenar la muerte de otras

personas, pero nunca con malicia.

Sin embargo, desde el primer garrote blandido con ferocidad hasta una bomba atómica que provocaba recuentos de muertos de seis cifras en unos cuantos tictac del reloj, el conflicto era una parte esencial de la humanidad. Creel lo sabía, tal como sabía que la guerra tenía muchos atributos positivos, el más importante de los cuales era que hacía olvidar a la gente lo frívolo y arrimar el hombro por el bien común.

La Segunda Guerra Mundial constituía el ejemplo más importante, y más digno, en la historia de la humanidad. Aquellas personas recibieron el sobrenombre de la generación más grande por una sola razón: habían sobrevivido al conflicto militar más colosal de todos los tiempos. Habían trabajado con más ahínco y se habían sacrificado más que cualquier otro grupo de gente en cualquier otra época. Por comparación, las generaciones posteriores apenas respiraban, en opinión de Creel.

Desde luego sentía remordimientos por lo que había hecho. En realidad, ya había donado diez millones de dólares a un fondo establecido para las familias de las víctimas de la masacre de Londres. A su juicio, era lo menos que podía hacer. Y mientras al otro lado del Atlántico, en Inglaterra, la gente intentaba encontrar sentido a algo que parecía no tenerlo, él se había arrodillado en su avión de 175 millones de dólares y le había pedido a su dios, que sin duda no podía estar muy por encima de él, que lo perdonara. Y cuando Creel se levantó del suelo enmoquetado en lana natural, volvió a su lujosa cama y apagó la lámpara de diseño de diez mil dólares, tenía una seguridad razonable de que se había reconciliado con su dios.

Mientras Pender estaba ocupado fabricando algo y vendiéndoselo a todo el mundo como si fuera la verdad, Creel sabía sin lugar a dudas cuál era la verdad «real».

«El mundo es un lugar mucho más seguro cuando los poderosos hacen uso de su poder y mucho menos seguro cuando se abstienen de hacerlo».

Estados Unidos podía eliminar el problema de Próximo Oriente en cuestión de días. Morirían inocentes, desde luego, pero ¿qué diferencia había entre millones de muertos en diez minutos o en diez años? Seguirían muertos y se habría evitado una década de sufrimiento e incertidumbre. Y Creel estaba más que dispuesto a ofrecer todas y cada una de las armas necesarias para acabar con los salvajes. Todo se reducía al enfrentamiento entre ellos y nosotros. Y sólo los fuertes sobrevivían.

«Y los débiles perecen», le dijo al sol poniente que coloreaba el agua y el paisaje italiano de un noble borgoña. Los débiles siempre acababan por morir. Era el orden natural.

Si Creel se salía con la suya los muchachotes volverían a tener la sartén por el mango. Destrucción Mutua Asegurada, o MAD, según las siglas en inglés, era un término de la Guerra Fría, motivo de muchos miedos, todos ellos desacertados. La MAD era en realidad la fuerza de estabilización más importante de la historia, aunque a mucha gente, ignorante de cómo funcionaba el mundo en realidad, le habría chocado semejante argumento. La MAD ofrecía certidumbre, previsibilidad; y tal vez

la aniquilación de ciertos elementos de humanidad en aras de un bien mayor.

Fue a la pasarela de la cubierta superior y miró hacia donde estaba su mujer dormida. Era idiota, como la mayoría de la gente. Estaban ciegos a todo lo que no fuera ellos mismos. Ni pizca de visión. Simples, débiles, perezosos. Bajó la vista una vez más hacia la foto de Shaw. Él no parecía simple, débil ni perezoso. Porque no lo era.

Sería una pena tener que matarlo. No obstante, Creel lo mataría si fuera necesario.

Descolgó el teléfono del barco. El capitán del *Shiloh*, un hombre con treinta años de experiencia en alta mar a sueldo de una serie de patronos ricos, respondió en un tono enérgico y positivo.

Creel dijo:

—Haga los preparativos necesarios para traer a todos los niños mañana. Tome la lancha de veinte metros para ir a por ellos. Y traiga a la madre superiora. Quiero hacerle entrega de un cheque.

—Muy bien, señor Creel. ¿Querrá fletar el submarino de nuevo? A los niños les encantó la última vez.

—Buena idea. Téngalo preparado. Y disponga también el helicóptero para llevar a la señora Creel al reactor pequeño. Mañana por la mañana se va al sur de Francia. Y haga que su doncella le prepare ropa adecuada, cuanta más mejor.

—A sus órdenes, señor.

Creel colgó. Tal vez el buen capitán no se habría mostrado tan amable de haber sabido lo que había hecho Creel. El capitán era británico, nacido y criado en Londres.

Pero mañana vendrían los niños. La vida de Creel se había convertido en una serie de equilibrios. Una mala acción era compensada por otra buena. Sí, tenía muchas ganas de que vinieran los niños al día siguiente.

Y de construirles unas instalaciones nuevas y flamantes en las que pasar su orfandad.

La camilla de acero se desplazó sobre sus ruedecillas con un traqueteo metálico que Shaw notó desde la cabeza a los dedos de los pies. El lugar olía a sustancias químicas y orina y otras cosas en las que no quería pensar siquiera.

Frank estaba a su lado.

—Mira, Shaw, no tienes por qué hacerlo. De hecho, estoy pensando que no deberías hacerlo. ¿Por qué recordarla así? ¿En este lugar? —Indicó con un gesto del brazo el espacio aséptico.

—Tienes razón —reconoció Shaw—. Pero aun así tengo que hacerlo.

Frank lanzó un suspiro y asintió en dirección al celador.

Por un instante, mientras los dedos del hombre cogían la sábana, Shaw sintió deseos de echar a correr, de salir disparado hacia la luz del día antes de que fuera demasiado tarde. En cambio, sencillamente se quedó allí plantado mientras levantaban la sábana y miró fijamente a Anna. O a lo que quedaba de ella.

Procuró evitar la herida en medio de la frente, así como las marcas de sutura en forma de V por donde el forense la había abierto en busca de indicios de lo que había acabado con su vida, y los orificios de bala iguales que le habían horadado el pecho. Sin embargo, comprobó que era lo único que conseguía mirar, la absoluta destrucción de la mujer más hermosa que había visto en su vida. Ni siquiera le ofrecía el dulce abrazo de sus ojos verdes, pues estaban cerrados para siempre.

Dirigió otro asentimiento al celador y se dio media vuelta. La camilla volvió a rodar y la puerta se cerró con un estrépito metálico. Con la ayuda de Frank, Shaw abandonó el depósito de cadáveres con paso trémulo.

—Vamos a emborracharnos —propuso Frank.

Shaw negó con la cabeza.

—Tengo que ir al apartamento de Anna.

—¿Qué pasa, eres masoquista o algo así? Primero vas a verla al depósito y ahora quieres ir a destrozarte el corazón un poco más. ¿Con qué fin, Shaw? No va a regresar.

—No te pido que vayas. Pero yo tengo que ir.

Frank llamó un taxi.

—Claro, pero pienso ir igualmente.

Se montaron en el taxi y Shaw facilitó la dirección al conductor. Luego sacó la cabeza por la ventanilla, intentando contener las arcadas que lo azotaban.

No tendría que haber ido al depósito. Para verla así, no. No a Anna.

No tendría que haberlo hecho, pero no le quedaba otro remedio.

Abrió la puerta de su apartamento unos minutos después, entró y tomó asiento en el suelo mientras Frank permanecía cerca sin quitarle los ojos de encima. Mientras contemplaba el entorno conocido, Shaw fue calmándose poco a poco. Allí se percibía a la Anna de carne y hueso, no el objeto masacrado que acababa de dejar tendido

encima del implacable acero inoxidable. Aquí Anna no estaba muerta, no había sido asesinada.

Se levantó, cogió de la repisa una foto de Anna y él en Suiza el año anterior. Era buena esquiadora; él, no tanto. Pero se lo habían pasado a lo grande. Otra foto de ellos en Australia. Una tercera instantánea de ambos a lomos de un elefante al que ella había apodado *Balzac* por lo mucho que le gustaba el café, que sorbía directamente de la taza con la trompa.

Por todas partes sus pertenencias, sus aficiones, sus pasiones.

Ella, pura y simplemente.

Volvió a sentarse. En unos segundos soportó el millón de pensamientos evidentes que le pasaba por la cabeza a alguien que había perdido a un ser querido. El mordisco del filo de Adolph no había llegado a infligirle ni mucho menos el dolor que sentía ahora. Una herida sangrienta frente a la sensación de que la mente, el cuerpo y el alma estaban siendo lentamente aplastados. No había analgésicos para aliviarlo.

Frank debía de haber reparado en el cambio de expresión.

—Venga, Shaw, vamos a tomarnos una copa.

Shaw acabó por entender también que no podía permanecer allí. En cierto sentido, la Anna viva le resultaba más catastrófica que la muerta sobre la camilla de acero. Le recordaba con toda claridad lo que había perdido, lo que ambos habían perdido juntos.

Hizo un esfuerzo por ponerse en pie, pero antes de que Frank tuviera oportunidad de tocar el pomo, la puerta se abrió.

En un instante Shaw y Frank estaban cara a cara con los padres de Anna.

Wolfgang enrojeció. Tendió los brazos para agarrar a Shaw, pero éste se apartó fuera de su alcance.

—¡No, Wolfgang, no! —gritó su esposa.

—Este monstruo, este monstruo. —Wolfgang estaba tan furioso que farfullaba y repetía con voz ahogada las mismas palabras sin dejar de fulminar con miradas amenazadoras a Shaw, que permanecía alejado, no muy seguro de qué hacer.

—Espere un momento —intercedió Frank—. Él también está afligido.

—¿Qué hacen aquí? —exigió saber Natasha, que aferró a su marido por el brazo para intentar retenerlo.

—No hables con él, con ese desgraciado —gritó Wolfgang—. Mató a nuestra hija. Mató a Anna.

En ese momento Shaw dio un paso adelante, con los ojos destellantes como ácido azul.

—¿De qué demonios hablan? Yo no tuve nada que ver con la muerte de Anna.

—Shaw, deja que me encargue de esto —le dijo Frank.

Wolfgang señaló con un dedo gordo directamente a la cara de Shaw.

—Anna no estaría muerta de no ser por ti. La mataste tú.

—Alto ahí —gritó Frank—. ¡Eso es una chorrada!

Shaw hizo ademán de pasar por su lado, pero de pronto Wolfgang arremetió contra él, lo cogió por el cuello y su corpulencia hizo que ambos se precipitaran de espaldas contra la pared. Natasha lanzó un grito e intentó apartar a su marido.

—¡No! ¡No! ¡Wolfgang, no!

Frank también hizo lo posible por quitarle a Wolfgang de encima, pero el hombre pesaba demasiado.

El carnoso hombro de Wolfgang impactó contra el brazo herido de Shaw, que gruñó de dolor. Se las arregló para apartar al corpulento alemán haciendo palanca con la rodilla contra su vientre.

Cuando Wolfgang cargó contra él, Shaw se apartó de la trayectoria del otro, mucho más lento, quien resollaba tanto y tenía la cara tan roja que Shaw temió fuera a sufrir un ataque al corazón. Wolfgang chocó contra la pared. Antes de que pudiera volverse y atacar, Shaw se sirvió de la mano para pinzar un nervio justo al lado del grueso cuello del hombre, que se desplomó entre gritos de dolor.

Al instante siguiente el pesado bolso de Natasha golpeó a Shaw en toda la cara y le produjo un corte. Notó que la sangre resbalaba por su rostro. Frank le arrancó el bolso a la mujer y lo tiró al otro extremo de la habitación. Natasha se arrodilló junto a su marido y lo rodeó con brazos protectores.

Con el pecho palpitante y sangre en la boca, Shaw bajó la mirada hacia ellos.

—¿Está bien?

—Vete. ¡Vete ahora mismo! —le gritó Natasha—. Déjanos en paz. Ya has hecho suficiente. ¡Ya está bien!

—Yo no tuve nada que... —Shaw se interrumpió. ¿De qué demonios iba a servir? Frank tiraba de él hacia la puerta.

—Vamos a largarnos de aquí antes de que alguien salga herido de veras.

Shaw se limpió la sangre con la manga, dio media vuelta y se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

Cuando bajaban por las escaleras, Frank dijo:

—Nadie les dijo que fueras una especie de monstruo, Shaw. Nosotros sólo...

Shaw se detuvo de súbito, se sentó en las escaleras y dejó escapar un sollozo tan intenso que dio la impresión de que rebotaba en las paredes como una descarga de artillería. La sangre que aún le quedaba en la cara se desdibujó por efecto de las lágrimas que le caían a raudales. Durante diez minutos lloró incontrolablemente, meciendo el cuerpo de lado a lado.

Frank se limitó a mirarlo con los puños apretados y los ojos humedecidos.

Y entonces Shaw dejó de llorar tan bruscamente como había empezado. Se puso en pie y se secó la cara.

—¿Shaw? —dijo Frank, observándolo con cautela—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy perfectamente —respondió en tono mecánico. Luego bajó las escaleras a la carrera, dejando a Frank boquiabierto.

Cuando Shaw llegó a la calle echó a correr; a correr con un objetivo. El luto había

tocado a su fin. ¿Qué sentido tenía intentar sobrellevarlo permitiendo que se desarrollase el proceso normal del duelo? No superaría nunca la muerte de Anna. Así que ahora tenía que retomar lo que importaba de veras: la venganza. No volvería a perder de vista su objetivo. Y no cejaría hasta haberlo alcanzado.

Y sabía justo por dónde empezar.

Katie James.

Esta vez no aceptaría un no por respuesta.

—He comprobado su historia sobre Cracovia y su padre —dijo Katie.

Aron Lesnik y ella estaban sentados en su cuartito en el albergue cerca del Támesis en una zona mucho menos elegante de Londres que la sede de Phoenix Group. Le había traído un poco de café y comida, que él estaba devorando mientras hablaba.

—¿La ha comprobado? —dijo entre un bocado y el siguiente del sándwich de jamón y las patatas fritas.

—Claro que la he comprobado. Los periodistas dan por sentado que todo el mundo les miente.

—¡Yo no le miento! —exclamó Lesnik, que luego tomó un trago de café.

Ella miró sus notas.

—Su padre era Elisaz Lesnik, editor de un diario en Cracovia. Fue asesinado en mil novecientos ochenta y nueve.

—Lo asesinaron los soviéticos. Polonia luchaba por la libertad. Teníamos a Lech Walesa, el sindicalista libre que luchaba por nosotros. Pero mi padre escribe la verdad y a los soviéticos no les gusta. Vienen una noche cuando yo soy pequeño y luego está muerto.

—No quedó demostrado —señaló ella.

—¡No necesito demostración! ¡Lo sé! —Lesnik propinó un puñetazo a la pared.

—Así que guarda un rencor considerable a los rusos, ¿no es así? La miró boquiabierto.

—¿No me cree? ¿Cree que me lo he inventado todo porque odio a rusos? Veo gente muerta. Veo sangre por todas partes. Me hace preguntas, yo respondo la verdad.

—La miró desafiante y le dio un bocado feroz al sándwich.

—No llegó a responder a mi pregunta. ¿Está en este país de manera ilegal?

—Tengo visado. —Lo sacó y se lo mostró.

—Entonces ¿por qué teme acudir a la policía?

—Voy a la policía y ellos creen que tengo algo que ver. Para ellos, polaco es igual que ruso. Y luego se lo dicen a la gente y vienen a por mí asesinos. Ya veo lo que le hacen a mi padre. No quiero morir así.

—Dice que se le da bien la informática, ¿le importa si le hago unas preguntas? —Pregunte.

Le planteó unas cuantas preguntas sumamente técnicas que ella no entendía en absoluto, facilitadas junto con las respuestas por un amigo que se pirraba por la tecnología. Lesnik respondió todas y cada una correctamente.

—¿Quiere que le arregle algún ordenador, si aún no está convencida? —le preguntó él, contrariado.

—No puede echarme en cara que me asegure —dijo Katie en tono meloso—. Ahora vamos a hablar de ese tal Harris. Cuénteme. —Había obtenido una descripción

de Harris y quería ver si concordaba con lo que decía Lesnik.

—Es buen tipo. Viejo. Pelo blanco, huele a puro. Hablamos de empleo. Le caigo bien, creo. Dice que es buen sitio para trabajar, la empresa Phoenix. Bebo agua y luego voy al baño al final del pasillo. Al volver es cuando oigo disparos abajo. Me escondo, como ya le he contado.

Katie estaba tomando nota de todo.

—De acuerdo, ahora hábleme de...

No terminó porque la puerta se había abierto de golpe y él estaba allí plantado.

—¡Shaw! ¿Cómo sabías que...? —Lo fulminó con la mirada—. ¡Me has seguido!

No se molestó en responder. Shaw sólo tenía ojos para Lesnik, que se había replegado hacia el rincón, el sándwich a medio comer olvidado y el café derramado por el suelo.

Se dirigió a zancada firme hacia el hombrecillo, que reculó hasta que la pared le impidió ir a ninguna parte. Lesnik gritó:

—No deje que me haga daño. No lo deje. ¡Por favor!

—Shaw, lo estás asustando.

Shaw agarró por la camisa a Lesnik con la mano buena.

—Más le vale estar asustado.

—¡Usted ha dicho que nadie más sabe! —gritó Lesnik mientras miraba a Katie con aire lastimoso.

—Shaw, suéltalo.

—Vas a contarme todo lo que viste y oíste ese día. ¡Y más te vale no olvidar ni una maldita coma! Ya sé la parte de que fuiste al baño y te escondiste, ahora sigue a partir de ahí.

Lesnik parecía a punto de desmayarse. Le fallaron las piernas.

—¡Shaw!

Katie lo asió por el hombro sano e intentó apartarlo, fue como si un mosquito intentara importunar a un elefante.

—No te metas en esto, Katie —le advirtió Shaw en tono amenazador al tiempo que la miraba.

Lesnik, sin embargo, aprovechó el momento para reunir todo su valor y lanzarle a Shaw un puñetazo directamente al brazo vendado.

—¡Maldita sea! —Shaw se dobló de dolor.

El polaco pasó por su lado de un salto, apartó a Katie y salió corriendo por la puerta. Shaw se recuperó, y sujetándose el brazo herido con el otro, fue tras él, con Katie siguiéndolo muy de cerca. Se lanzaron escaleras abajo en medio de un estruendo, Shaw tan rápido como le era posible con el brazo maltrecho, pero Lesnik, mucho más pequeño, parecía llevar incorporado un motor a reacción. Alcanzó la puerta de la calle y la traspuso mientras Shaw y Katie seguían aún una planta más arriba.

Shaw abrió la puerta de un golpe y se detuvo de un patinazo para escudriñar la

calle. Katie chocó contra él y lo cogió por la chaqueta.

—¡Has perdido la cabeza, maldita sea! —le recriminó.

De pronto Shaw vio a Lesnik en la acera de enfrente, hacia el lado del Támesis. Cruzó la calle a toda velocidad entre bocinazos y taxis que daban bandazos para intentar esquivarlo mientras Katie le iba a la zaga gritándole que se detuviera antes de acabar muerto.

Shaw llamó a Lesnik, que corría acera adelante. El polaco se volvió un instante, su rostro demostraba terror.

El disparo lo alcanzó justo entre los ojos. Se quedó allí plantado un momento, por lo visto sin darse cuenta de que su vida había terminado. Luego se desplomó hacia atrás por encima de la barandilla. Unos segundos después su cuerpo golpeó la superficie mansa del río. Momentos después Lesnik desapareció bajo el Támesis de color mate, cuyas aguas se volvieron fugazmente de un turbio tono carmesí.

Al oír el disparo, Shaw se agachó de inmediato. Cuando Katie lo rebasó a la carrera llamando a Lesnik a voz en cuello, alargó el brazo bueno y la cogió por la pierna, tiró de ella hacia abajo y luego la arrastró hasta un coche aparcado para quedar a cubierto.

—¡No te levantes! —le advirtió—. Ha sido un disparo de rifle a larga distancia. —Asomó la cabeza por encima del parachoques del automóvil y miró en torno, en busca de algún indicio de la mira del francotirador que no llegó a encontrar.

Volvió la vista hacia Katie y su expresión se tornó más amable. La periodista estaba temblando.

—Ya ha pasado todo. —La rodeó con un brazo.

—No, no ha pasado todo —le espetó ella, a la vez que le apartaba el brazo—. Tenías que venir. Tenías que meter las narices. ¡Y ahora ha muerto un hombre inocente! ¡Por tu culpa!

—No sabemos hasta qué punto era inocente en realidad —dijo Shaw sin alterarse—. Pero ahora mismo tenemos que largarnos de aquí. La policía...

—Huye tú. Yo quiero hablar con la policía. Me resultará útil de cara al reportaje.

—¿Todavía piensas escribirlo? —le preguntó con incredulidad.

—Puedes apostar a que sí. ¿Y quieres saber lo más gracioso? Hasta que has entrado como elefante en una cristalería, había decidido dejar el asunto en un cajón, al menos de momento. ¿Pero ahora? —Miró en dirección a donde Lesnik yacía muerto—. Ahora he cambiado de parecer.

—Katie, escúchame.

Ella lo atajó.

—No, escúchame tú, Shaw. Ya sé que la mujer que amabas murió asesinada. Sé lo mucho que te duele. Sé que tu vida es aún más chungueta que la mía en estos momentos, pero ahí atrás has cruzado la línea. No, la has borrado por completo. Y nunca más volveré a confiar en ti. —Llegó hasta ellos el sonido de una sirena. Shaw apartó la mirada y luego volvió a bajarla hacia Katie—. Más vale que te vayas. No creo que la

policía vaya a hacer buenas migas contigo ahora mismo.

—Katie, me da la impresión de que no sabes en lo que te estás metiendo.

—En lo que me estoy metiendo, maldito hijo de puta, es en la verdad. Ahora vete de aquí cagando leches.

Shaw la miró un momento con ojos destellantes, pero por lo visto habían perdido su efecto sobre aquella mujer.

—¡Ahora mismo! —le dijo a voz en grito.

Cuando se levantaba para marcharse, Katie añadió:

—No te preocupes, no pienso mencionarte siquiera en el reportaje. Considéralo un regalo de despedida.

Katie llamó a Kevin Gallagher y le relató lo ocurrido. Cuando por fin dejó de hiperventilar, el editor sólo tenía una pregunta que plantearle:

—¿Cuándo puedes entregar el artículo?

—Ya está escrito. Te lo puedo enviar por correo electrónico ahora mismo. Puedes verificarlo cuanto te venga en gana y luego pasar a imprimirlo.

—¿Tu contacto ha muerto?

—Sí. La policía lo está investigando.

—¿Han hablado contigo?

—Sólo les di los detalles esenciales y no revelé nada de lo que me dijo. Esto va a la primera plana ¿verdad, Kevin?

—¡Primera plana! ¡Primera plana! Con titulares de diez centímetros de alto, Katie. Igual que cuando se declara la guerra. Envíame el artículo ahora mismo y te llamo después de leerlo.

Katie colgó, titubeó un momento, pulsó la tecla de enviar y el correo partió en dirección al editor. «Igual que cuando se declara la guerra». Pensó en las palabras de Shaw. ¿Y si se provocaba una guerra mundial? Notó que le recorría el espinazo un escalofrío.

Gallagher volvió a llamar veinte minutos después; Katie lo notó babear desde la otra orilla del océano.

—Vamos a publicarlo en la edición matinal —prometió—. Todavía tenemos tiempo. —Añadió, preocupado—. No hay posibilidad de que nos pisen la exclusiva, ¿verdad?

—Lesnik no va a hablar con nadie más, si te refieres a eso. Pero mira, Kevin, no puedo demostrar sin asomo de duda que mi contacto estuviera en el edificio aquel día. Es todo circunstancial. No tengo ninguna fuente que lo pueda corroborar. Por lo general no es así como hago las cosas.

—Es imposible que tuviera esos detalles si no hubiese estado allí, Katie. La policía de Londres no ha hecho pública esa información, y te aseguro que hemos intentado acceder a ella. ¿Y el hecho de que lo hayan asesinado? Creo que es prueba más que suficiente. He publicado reportajes con mucho menos, igual que cualquier otro periódico. Fíjate en los fiascos del equipo de lacrosse de Duke y Richard Jewel.

—La palabra clave es fiasco, Kevin. —De pronto Katie no estaba tan segura.

—No te preocupes. Brindo por tu tercer Pulitzer, Katie. Tómate algo a mi salud. Katie se estremeció.

—Lo cierto es que tengo un problemilla con eso. Creía que ya lo sabías.

—Lo sabía ¿pero qué importa? Emborráchate. Una noticia así bien lo merece.

Ya fuera debido al cruel comentario o a algo clavado mucho más profundamente en su alma, Katie notó un claro estallido en el cerebro.

—¡Espera un momento, Kevin!

—¿Qué?

—No puedes publicar el artículo, todavía no.

—¿Estás de broma?

—Espera a que vuelva a llamarte y te dé autorización. Antes tengo que comprobar una cosa.

—¡Katie! Mi instinto me dice...

—Calla y escucha —le gritó por teléfono—. Tú no tienes instinto. He sido yo la que he recorrido el mundo recibiendo disparos mientras gente como tú permanecía a salvo tras una mesa, ¿vale? A ti todo lo que no sea vender periódicos te importa una mierda. Vas a retener el artículo hasta que te diga lo contrario. Y si me la juegas, ten por seguro que iré a tu casa y te arrancaré la cara. ¡Y ahora voy a colgar y a tomarme ese trago que tan amablemente has sugerido, so cabrón!

Tiró el auricular con gesto asqueado, respiró hondo y procuró dejar de temblar. Unos minutos después estaba en el bar del hotel, cobrando ánimos para lo que estaba a punto de hacer con ayuda de un *whisky* con soda. Y luego se tomó otro. Luego le habría seguido un tercero, pero de alguna manera se las arregló para despegarse del taburete tras ver cómo el tipo que tenía al lado perdía el conocimiento con la cara metida en sus propias babas.

Salió del bar y se fue calle abajo, paseando por delante de la casa de Charles Dickens, o al menos de una de las numerosas residencias que había ocupado el autor en Londres. Se preguntó si la prodigiosa imaginación de Dickens hubiera podido contemplar siquiera la pesadilla absoluta en la que estaba inmersa. Probablemente tendría que haber recurrido a Kafka para que le hiciera justicia.

Llegó a un parquecito, se sentó en un banco, sacó el móvil y lo llamó.

Respondió al segundo tono.

—¿Sí?

—¿Podemos hablar?

—Creía que ya habías dejado perfectamente clara tu postura.

—Quiero verte.

—¿Por qué?

—Por favor, Shaw. Es importante.

El café estaba cerca de la estación de King's Cross. Tomó asiento fuera y lo esperó, contemplando los «flexibuses», como apodaban los londinenses a los autobuses articulados. Habían ocupado el lugar de los autobuses de dos pisos y eran en esencia dos buses unidos por una juntura de acordeón. A los londinenses no les hacían mucha gracia porque a menudo taponaban las estrechas intersecciones de la ciudad al tomar una curva.

«Así es mi vida, pensó Katie. Hay una docena de flexibuses bloqueándome todas las rutas que podría tomar».

Katie lo vio antes que él a ella. Incluso con el brazo herido, se movía sin esfuerzo, deslizándose por la acera como una garza a ras del agua, a la espera de lanzarse al

ataque. Se levantó y le hizo un gesto.

Ella pidió algo de comer; él sólo tomó café y un bollo.

—¿Hablaste con la policía? —le preguntó Shaw.

—De pasada. Sólo les conté lo que vi. No mencioné que había ido a entrevistarlo. No quería abrir esa caja de los truenos. Por lo que a ellos respecta, sólo pasaba por allí.

—Sabrán que mentiste cuando se publique el artículo. ¿Cuándo se publica, por cierto? Seguro que ya lo tienes escrito.

—Lo tengo. Por eso quería hablar contigo.

Shaw se retrepó y la miró a la expectativa.

—Bueno, pues habla.

—No quiero provocar la Tercera Guerra Mundial.

Shaw tomó un sorbo de café mientras Katie picoteaba de su ensalada. Los dos guardaron silencio aproximadamente un minuto.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó él—. ¿Que no deberías publicar el artículo? Eso ya te lo dejé claro.

—¿De veras crees que el que salga la verdad a la luz hará más mal que bien?

—Sí, lo creo. Pero vamos a dar marcha atrás, no sabemos si lo que dice tu artículo es cierto.

Ella se mostró un tanto resentida.

—¿Cómo lo sabes, si no lo has leído aún?

—No me has dejado —replicó él con aspereza. Luego su tono se volvió más terso—. Mira, Katie, lamento lo que ocurrió con Lesnik. No tengo idea de si estaba conchabado con los malos del asunto o no.

—El que alguien lo matara de un tiro en plena calle probablemente demuestra que no estaba implicado. Sabía la verdad, así que lo buscaron hasta dar con él y lo asesinaron.

—Esa teoría tiene algún que otro inconveniente. ¿Cómo lo localizaron? ¿Por qué lo mataron? ¿Porque podía hablar sobre los rusos?

—Me da la impresión de que estamos manteniendo la misma discusión que la última vez.

—Sí, así es. —Shaw se recostó en el respaldo y miró a todas partes salvo a ella.

—¿Por qué irrumpiste en el albergue?

—Digamos que tenía un mal día.

Ella lo miró con curiosidad y Shaw se apercibió.

—Fui a ver el cadáver de Anna al depósito.

—¿Por qué tenías que hacer algo así? —dijo Katie, que no daba crédito.

—No lo sé. Tuve la sensación de que era mi obligación. Luego fui a su apartamento y el asunto no mejoró precisamente. —Todos los recuerdos...

—Y además me topé con sus padres, y su padre me agredió.

—¡Dios santo!

—Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue que me echó la culpa de lo que le pasó a Anna.

Katie se irguió en la silla, con aire de pasmo.

—¿Por qué hizo algo semejante?

—Si lo enfocas desde su perspectiva, tiene cierto sentido. Se entera de que voy por el mundo y me las veo con tipos armados. Y encima le dicen que, en resumidas cuentas, soy un delincuente. Luego Anna es acribillada. La culpa es mía.

Transcurrieron unos segundos más de silencio.

—Mira, voy a guardar el artículo en el cajón, por el momento. Hasta que sepa más.

—Creo que es una opción muy prudente, Katie. —Se interrumpió—. Y te lo agradezco.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Dar con el asesino de Anna.

Nicolás Creel se notaba cada vez más impaciente. Estaba convencido de que Katie James ya habría publicado el reportaje a estas alturas. Lesnik había muerto; se lo había contado todo a la periodista. Ella tenía la noticia del siglo. Justo aquello que necesitaba para volver a estar en la cima. ¿Cuál era el inconveniente?

Había encargado a sus hombres que hicieran ciertas llamadas discretas a fuentes diversas, incluido el *Scribe*, el periódico de Katie. Creel era en realidad uno de los inversores pasivos de la publicación y había sido quien había orquestado entre bambalinas el encargo de Katie. Parecía haber cierta tensión, según averiguó Creel. ¿Había enviado el artículo? No lo sabía a ciencia cierta. ¿Lo estaban reteniendo por alguna razón? Bueno, tendría que poner fin a esa situación.

Telefoneó a Pender y explicó el asunto a su «gestor de verdades», como a Creel le gustaba llamarlo.

—No quiero que nadie piense que intento influir en el periódico, así que sácales esa noticia, Dick, como sea.

—No tema, señor Creel. Sé la manera perfecta de hacer algo así.

Pender colgó el teléfono. Había una manera infalible de conseguir que un periódico que se estaba demorando a la hora de publicar un artículo diera la noticia, y era hacerles pensar que les iban a quitar la exclusiva. En la era de Internet, resultaba lo más sencillo del mundo.

Para esa misma tarde, Pender había colgado en varios sitios web, diferentes pero sumamente visibles de la Red, entradas dejando implícito que estaba a punto de salir a la luz un giro drástico de los acontecimientos con respecto de la masacre de Londres.

«Asombrosas revelaciones», proclamaba una entrada falsa en un blog. «A punto de salir a la luz el relato de uno de los implicados».

Otro decía que «de los asesinatos en Inglaterra y lo que de verdad había ocurrido allí aquel día dependían consecuencias globales». Y que estaba relacionado con otro asesinato reciente en Londres. Y que la noticia se haría pública en su totalidad en cualquier momento y la verdad sería asombrosa.

Pender había hecho que se ubicaran esas proclamas en webs que, como bien sabía, la mayoría de los periódicos, incluidos el *Scribe*, saqueaban hora tras hora en busca de material.

Se sentó cómodamente y esperó que apretasen el gatillo.

No les llevó mucho tiempo.

Kevin Gallagher se enteró de los rumores que corrían por la Red apenas una hora después de que los hubieran difundido. Al igual que otros periódicos, tenía personal cuya labor era rastrear asuntos de interés. Pues bien, lo que sus empleados le estaban

dejando encima de la mesa no eran sólo asuntos de interés, sino que le estaban reconcomiendo lentamente la membrana del estómago. Cuando los peces gordos del periódico descubrieron que estaban a punto de perder la delantera en la noticia más importante que ninguno de ellos alcanzaba a recordar, le dijeron a Gallagher en términos inequívocos que si el *Scribe* malbarataba la exclusiva, sería lo último que hiciera como empleado del periódico. Y que si Katie James no accedía a publicar el reportaje, más le valía a Gallagher encontrar la mejor manera de hacerle dar el brazo a torcer.

Con la sensación de que su carrera y otro Pulitzer para el periódico se iban por la alcantarilla, Gallagher hizo lo que creyó más adecuado. Y luego llamó a Katie.

—Hemos dado luz verde al artículo, Katie —le anunció—. Estábamos a punto de perder la exclusiva.

—Eso es imposible. No lo sabe nadie más.

—Tengo delante de mí cuatro fuentes distintas de Internet que dicen lo contrario.

—Kevin, no vamos a publicarlo.

—¿Por qué no?

—Porque no está bien.

«Y le di mi palabra a Shaw».

—Lo siento, Katie.

—¿Qué quieres decir con que lo sientes? —replicó con aspereza, y notó que el corazón se le empezaba a desbocar.

—No he llamado para pedirte permiso.

—¡Kevin!

—Saldrá en la edición matinal.

—¡Voy a matarte! —gritó ella por el auricular.

—Iban a despedirme. Prefiero la muerte. Lo lamento, Katie, pero estoy seguro de que será para mejor.

Colgó y Katie permaneció sentada mirando la pared de su piso en Londres. Dios, cuánta falta le hacía echar un trago.

Entonces dejó de pensar en la bebida. ¡Shaw!

Lo llamó. Parte de ella confiaba en que no contestara, pero contestó.

—Tengo malas noticias —empezó, sin mucha convicción. Cuando hubo terminado, él no dijo nada, así que Katie le preguntó:

—¿Shaw? ¿Estás ahí?

Entonces se cortó la línea. Katie no lo interpretó como una buena señal.

Al día siguiente el mundo entero vino a saber que, según una fuente implicada, los asesinos tras la masacre de Londres eran rusos supuestamente enviados por el presidente Gorshkov. El móvil era aún desconocido. Decir que la noticia golpeó la Tierra como un tsunami de lava fundida sería quedarse sumamente corto.

Las familias de las víctimas entablaron de inmediato docenas de demandas

judiciales contra el gobierno ruso en tribunales británicos, aunque esos tribunales no tenían jurisdicción.

Una bomba de escasa potencia hizo explosión junto a la embajada rusa en Londres. Se incrementó la seguridad conforme empezaron a celebrarse manifestaciones delante del edificio, mientras el embajador, cariacontecido, quedaba acorralado en el interior quemando las líneas telefónicas con Gorshkov. En las calles de Londres miles de manifestantes blandían pancartas con la leyenda GORSHKOV ES UN ASESINO. Habían sido discretamente repartidas por gente a sueldo de Pender.

Las familias de las víctimas salieron en la BBC, en todos los noticiarios estadounidenses más importantes y también en varios países más. Todos denunciaron la atrocidad de Rusia, y sus rostros llorosos y corazones destrozados hicieron que el mundo, sumido en el asombro, alcanzara unos niveles de furia como se había visto muy pocas veces a lo largo de la historia.

Para atizar más la hoguera, se reveló que la fuente implicada, Aron Lesnik, había sido asesinado de un disparo a plena luz del día en Londres. De hecho, había muerto justo delante de Katie James, quien había vuelto a situarse en la cima del mundo periodístico tras el bombazo de su exclusiva.

Los rusos volvieron a emitir rotundos comunicados negándolo todo. Y esos desmentidos no hicieron ni una sola mella en la opinión pública mundial. Se decía que Gorshkov estaba tan loco que se paseaba por ahí armado con una pistola y amenazando con volarse la tapa de los sesos a sí mismo y a cualquiera que se le pusiese por delante en cualquier momento.

Todo el mundo quería encontrar a Katie James. Igual que la policía de Londres cuando entendieron que la intrépida periodista los había metido en un buen aprieto. Sólo que había desaparecido. Se rumoreaba por ahí que Gorshkov había ordenado su asesinato.

¿Ya estaba muerta? Se lo preguntaban varios miles de millones de personas.

En cuanto Shaw le colgó el teléfono, Katie había hecho el equipaje y se había largado. Encontró habitación en una pensión decrepita que sólo aceptaba dinero en metálico, donde no se hacían preguntas. Se instaló, o mejor dicho, se amadrigó. Juró que si sobrevivía a todo aquello, lo primero que haría sería tomar un avión a Estados Unidos y partirle las rodillas a Kevin Gallagher con un bate de béisbol.

Una empresa pantalla propiedad de Nicolás Creel poseía una finca de mil acres en el condado de Albemarle, en Virginia, a sólo un trecho en automóvil de la amada Universidad Thomas Jefferson. Era una granja donde se criaban caballos para correr y luego ejercer de sementales. Había algunas vacas, cultivos y una mansión tan grande que hubiera podido albergar varios Monticello con toda comodidad. Creel había llegado ese mismo día y su helicóptero había traído a Dick Pender a fin de discutir y poner en marcha la siguiente fase de su plan.

Los hombres estaban sentados a una pequeña mesa de reuniones en una sala completamente a prueba de escuchas y micrófonos. Pender preguntó:

—¿Ha regresado su mujer del extranjero?

—No. Esa relación ha tocado a su fin.

Miss Buenorra seguía en el sur de Francia y debía de estar recibiendo los documentos del divorcio en esos mismos momentos, calculó Creel en silencio. Y había muchas probabilidades de que estuviera completamente desnuda cuando eso ocurriera. Se preguntó de pasada cómo se las apañaría para vivir con el «estipendio» de cinco millones de dólares al año durante la década siguiente que le otorgaba el acuerdo prenupcial. Bueno, al menos su predilección por el nudismo debería ahorrarle una buena cantidad en ropa. Y luego miss Buenorra desapareció de sus pensamientos por completo.

—Ya.

Pender se fijó en los bocetos arquitectónicos encima de la mesa.

—¿Va a construir algún otro gran palacio en alguna parte?

—No, un orfanato en Italia.

—Su abanico de intereses no deja de asombrarme, señor Creel.

—Me alegra oírlo —respondió el multimillonario con frialdad.

—El artículo de James ha superado ya todo lo que habíamos hecho —añadió Pender—. Nunca había visto semejante revuelo en los medios. Nunca.

—Espera a que escribamos por ella el final de la noticia.

—Déjeme ver, eso incluye el dato de que Phoenix Group era propiedad de los chinos —dijo Pender con la vista puesta en sus documentos—. Y que se encontraron en el edificio archivos que demuestran cómo Phoenix estaba tras la campaña de la «amenaza roja», pero que la policía lo ha ocultado para evitar una crisis internacional. —El hombre recitó los puntos como si leyera una lista de la compra. Luego levantó la mirada y sonrió—. Eso, si me permite señalarlo, causará sensación. Nunca ha alcanzado cotas semejantes, y no es un elogio gratuito, teniendo en cuenta lo que ha conseguido en el pasado.

—La situación no requiere menos, Dick —respondió Creel con dureza—. ¿Cuándo puedes hacerlo público?

—Dé la orden y se difundirá por toda la Red. Cinco minutos después, todas las

agencias de noticias importantes la tendrán en sus codiciosas garras.

—¿Seguro que no retendrán la información? ¿Para intentar verificarla?

Pender se echó a reír.

—¿Verificarla? ¿En los tiempos que corren? ¿Quién se molesta en verificar nada? Lo único que importa es la rapidez. El que llega primero define la verdad. Eso lo sabe usted tan bien como cualquier otro.

—Entonces, adelante. Ahora mismo.

Pender tecleó una palabra en su Blackberry: «Lanzar». Pronunció la palabra en voz alta mientras la escribía.

—El término me ha parecido adecuado para alguien de la industria de defensa —le dijo a Creel.

—Qué inspirado.

Los dos hombres trabajaron varias horas más y luego Pender recogió sus pertenencias.

—¿Qué es lo siguiente? —le preguntó al multimillonario.

—Otra actuación de botas sobre el terreno —respondió Creel—. Que tengas buen viaje de regreso a Washington. Ah, y, Dick, cuando firmemos los acuerdos oficiales con China y Rusia, creo que se te recompensará con una prima considerable.

Pender no pudo ocultar su alegría.

—Me limito a hacer mi trabajo.

—Ah, ¿significa eso que no quieres la prima?

Los dos se echaron a reír, Pender un tanto nervioso.

—Gracias, señor Creel.

Después de que se marchara Pender, se abrió otra puerta de la sala de reuniones. Caesar tomó asiento delante de su patrón.

—Sigues al tanto del paradero de James, claro —dijo Creel. No era una pregunta. El otro asintió.

—Está escondida en Londres, pero la hemos estado vigilando desde que nos desembarazamos de Lesnik.

—Aron Lesnik. Nunca confío en las personas que hacen cosas por razones altruistas. Uno nunca sabe cuándo pueden querer hacer lo correcto de nuevo y acabar fastidiándolo todo.

—Le cabreó lo de que los soviéticos mataran a aquel viejo, eso seguro. Bueno, ¿quiere que nos deshagamos de Shaw?

—No. Al menos no todavía. Si me gustara apostar, y de vez en cuando me gusta, yo diría que llegará el momento en que la respuesta a esa pregunta sea sí.

—¿Y qué me dice de James?

—Ha desempeñado su papel y no veo razón para que vayamos a necesitarla en el futuro. Reveló el asunto de los rusos en su artículo, así que la solución resultaba bastante evidente. —Lanzó a Caesar una mirada cargada de intención.

—Polonio doscientos diez, no —protestó Caesar—. El manejo de esa porquería es

peligroso y me llevará una temporada conseguirlo.

—Sería estúpido hacerlo tan evidente. —Creel se inclinó hacia delante en su asiento y miró directamente a los ojos de Caesar—. Pero hace tiempo un disidente búlgaro llamado Georgi Markov fue asesinado en Londres, irónicamente con un «paraguas». Te suena el asunto, ¿verdad?

Caesar esbozó una sonrisa cruel.

—Desde luego.

—Entonces, adelante.

Creel hizo un gesto con la mano y Caesar se desvaneció tan aprisa como había aparecido.

Shaw observaba en silencio mientras los hombres de Royce seguían registrando el escenario de la masacre en busca de pistas que no se decidían a aparecer. El agente del MI5 había salido a reunirse con alguien, lo que dejó a Shaw preguntándose si las cosas podían empeorar más. A Royce lo había enfurecido el artículo de Katie James, pero difícilmente podía culpar a Shaw por ello, porque él no le había contado nada respecto de su relación con James y el difunto Aron Lesnik.

A Lesnik lo habían sacado del Támesis con el proyectil que había puesto fin a su vida alojado todavía en la parte posterior del cerebro. No se sometería a ningún interrogatorio.

¿También estaría muerta Katie?

Frank llegó pasillo adelante y se sumó a él.

—No me dijiste adonde ibas después de marcharnos del apartamento de Anna.

—Así es, no te lo dije.

—¿Algo que ver con Katie James o su exclusiva?

—No tengo relación con esa mujer, Frank.

—Claro. Entonces ¿cómo demonios consiguió semejante noticia con el polaco?

¿Y quién lo mató?

—No tengo la menor idea —dijo Shaw en tono apagado mientras Frank lo miraba con el entrecejo fruncido.

Un técnico forense al que Shaw no había visto nunca pasó por su lado al mismo tiempo que Shaw oía cerrarse la puerta de abajo de golpe.

—¿Me permite? —se disculpó el técnico—. Tengo que pasar al servicio.

Shaw volvió la vista por encima del hombro y vio que estaba delante de la puerta del cuarto de baño. Se hizo a un lado y el hombre fue a abrirla, o al menos lo intentó.

Resonaron fuertes pisadas escaleras arriba y Shaw oyó a Royce gritar. El agente estaba evidentemente disgustado por algo, y por lo que alcanzó a deducir, el motivo era él.

El técnico forcejeaba con el pomo de la puerta cuando pasó por allí un sargento de uniforme que había estado de guardia desde el primer día.

El sargento dijo:

—Debe de ser nuevo. Tendrá que usar el servicio del sótano, amigo, ése está averiado.

Shaw alcanzó a oír a Royce con toda claridad.

—¿Shaw? ¡Maldita sea, Shaw!

El agente del MI5 apareció en lo alto de las escaleras, enrojecido y sin aliento. Cargó directamente hacia Shaw blandiendo un documento.

—¿Qué demonios sabes de esto? —exigió saber.

Shaw leyó el papel. Era una copia impresa de una página de noticias en línea. El artículo era breve pero iba al grano. El gobierno chino era propietario o tenía

vinculación con Phoenix Group. Y también revelaba que pruebas halladas en el interior del edificio demostraban supuestamente que Phoenix Group estaba detrás de la campaña de la «amenaza roja», lo que implicaba, claro está, que los chinos andaban detrás del asunto. Ésa, de acuerdo con la fuente anónima de la agencia de noticias, era la razón por la que Gorshkov había atacado la empresa. Se trataba de una explicación sencilla en plan unir los puntos del dibujo que funcionaría de maravilla en el mundo entero.

—Esto circula por toda la Red —gritó Royce a la vez que señalaba con un dedo a Shaw—. Y ahora por el mundo entero, maldita sea.

Frank había leído el artículo por encima del hombro de Shaw.

—¿Qué tiene todo esto que ver con él?

—Yo no soy la fuente —aseguró Shaw con tranquilidad—. No le he contado a nadie nada de lo que ha ocurrido aquí.

Los rasgos de Royce demostraron sin asomo de duda que no creía la respuesta.

—¿Ni siquiera a esa amiga tuya, James? ¿Otra exclusiva para ella, tal vez?

—¡No sé de qué me hablas! —respondió Shaw con vehemencia.

—¿Niegas conocer a esa periodista? —Shaw vaciló—. Ya sé la respuesta a esa pregunta, maldita sea, así que no me mientas.

—¿Cómo lo sabías? —dijo Shaw, impasible, mientras miraba de soslayo al sargento de policía de uniforme.

—Soy un maldito agente de inteligencia, me dedico a eso.

—No la he visto últimamente. Y no tengo ni idea de dónde está... —Shaw se quedó inmóvil cuando el técnico pasó por su lado y se dirigió escaleras abajo.

Frank se encaró con Royce:

—Si tienes algún problema con filtraciones, Royce, ¿por qué no vas a hablarlo con tus hombres? —le dijo—. Porque es imposible que Shaw sea la fuente de esa noticia, demonios.

—Me resulta imposible creer que ninguno de mis hombres tenga algo que ver con eso —dijo Royce con indignación.

Mientras Frank y Royce discutían, Shaw agarró por la manga al sargento que había hecho al técnico la advertencia sobre el servicio.

En voz baja, le preguntó:

—¿Cuánto lleva fuera de servicio ese baño?

El sargento le ofreció una sonrisa hastiada.

—Desde que llegamos, señor. Ha sido de lo más incómodo. Estaba cerrado. Se había roto una cañería, o eso vi cuando por fin conseguimos abrir la puerta. Después de todo, es un edificio antiguo. Y tampoco es que esa pobre gente tuviera oportunidad de arreglarlo. Así que volví a cerrarlo.

»Ahora los caballeros tienen que bajar al sótano a mear porque el único servicio que hay aparte de éste es para las señoras en la primera planta. Aunque algún que otro muchacho también ha estado utilizándolo. Supongo que ahora ya no importa,

¿verdad?

—¿Dónde está ubicado exactamente el servicio de la primera planta?

—Al final del pasillo, la puerta más alejada de las escaleras, cerca de la trasera del edificio.

Shaw fue pasillo adelante y vio la placa sobre la puerta de madera: William Harris. Echó un vistazo al cuarto de la fotocopiadora, equidistante entre el despacho de Harris y el cuarto de baño cerrado.

Royce vino bramando por el pasillo con Frank corriendo detrás de él.

—¿Shaw? —dijo Royce—. ¡Quiero la verdad, maldita sea!

Shaw miró escaleras abajo mientras le pasaban raudas por el cerebro imágenes mentales. Por mucho que Lesnik se hubiera equivocado y hubiese utilizado el cuarto de baño del sótano o incluso el servicio de señoras en la primera planta en vez del servicio cerrado en la segunda, no podía haber ocurrido tal como explicó. Katie dijo que, según él, había oído disparos cuando salía del baño. El equipo de asalto ya estaba para entonces cubriendo ambos extremos de la primera planta. A su regreso del sótano, y especialmente en la primera planta, se habría topado cara a cara con ellos. Estaría muerto. No había llegado a esconderse en la fotocopiadora. Probablemente ni siquiera había estado en el edificio.

Y todo se reducía a dónde meaba uno, o no llegaba a mear.

Se fue escaleras abajo a paso ligero y dejó a Royce gritándole a su espalda, pero no llegó a oír los improperios que le lanzaba. Llamó al número que le había facilitado Katie. «Venga, contesta, contesta el maldito teléfono». Sonó tres, cuatro, cinco veces. Shaw estaba convencido de que iba a sonar el buzón de voz. «¡Hostia puta!».

—¿Dígame?

Al oír su voz real lo recorrió una oleada de alivio.

—Lesnik mentía —dijo.

—¿Cómo?

—El día de los asesinatos el servicio de la segunda planta estaba estropeado y la puerta cerrada. Tendría que haber usado el del sótano o el de la primera planta cerca de la entrada trasera. Se habría dado de bruces con los asesinos. Estaría muerto. Todo lo que contó era mentira. Te tendieron una trampa, Katie.

Sólo se oyó silencio al otro extremo de la línea. Shaw se preguntó si le había colgado.

—¿Estás seguro? —dijo, temblorosa.

—Le facilitaron información acertada, por lo demás. Salvo por el patinazo del cuarto de baño, que a todas luces olvidaron verificar y dieron por sentado que funcionaba. Sin un poco de suerte no me habría dado cuenta.

—Mi artículo. ¿Era un embuste? —dijo, respirando con dificultad.

—¿Dónde estás?

—No lo puedo creer. No puedo. Le dije a ese idiota de Gallagher que no lo tenía corroborado.

—Katie, ¿dónde estás?

—¿Por qué?

—Porque ahora que has escrito el artículo, ya no eres indispensable.

—Estoy a salvo.

—¡No, no estás a salvo! Probablemente saben exactamente dónde te encuentras.

Dímelo.

Le facilitó la dirección.

—No le abras la puerta a nadie. Y estate preparada para huir.

Se plantó en medio de la calle, detuvo un taxi por las bravas, abrió la puerta de un zarpazo, sacó por la fuerza al sorprendido pasajero, se subió de un salto y le dijo al conductor pasmado adonde ir con toda exactitud. El diminuto taxista echó un vistazo al imponente corpachón de Shaw y a su semblante ceñudo y el taxi se puso en marcha con un bramido.

Sólo habían transcurrido veinte minutos desde la llamada de Shaw cuando sonó el timbre del portero automático en el edificio de Katie. Echó a correr hacia la puerta y habló por el interfono.

—¿Shaw?

—Sí.

Pulsó el botón para abrir la puerta y luego se quedó de piedra. ¿Era la voz de Shaw? En su agitación, había dado por sentado que...

Oyó desde el portal unos pasos comedidos que iban subiendo. Eso no parecía...

Pasó el pestillo de la puerta, cogió la maleta hecha a toda prisa y buscó frenética otra vía de escape. Sólo había una, la ventana que daba al callejón de atrás.

Abrió la ventana y se asomó. Era una caída de dos pisos. En las películas habría habido una salida de incendios a mano, o montones de basura mullida en la calle, pero en la realidad nunca las había. Y no tenía tiempo para anudar sábanas a guisa de cuerda. Lo que sí había en el callejón era un tipo, un tipo grande con vaqueros y camiseta de *rugby* que leía el periódico a la luz menguante sentado en una silla de jardín hecha polvo.

—Te doy cien libras si me coges —le gritó.

—¿Cómo dice? —preguntó él, levantando la mirada hacia ella con aire socarrón.

Se encaramó al alféizar con el bolso a la espalda.

—Voy a saltar y tú vas a cogerme, ¿entendido?

El hombre dejó caer el periódico y se levantó mirando en torno, tal vez para ver si se trataba de alguna broma.

—¿Dice que va a saltar?

—¡No me dejes caer!

—¡Dios santo! —fue lo único que consiguió decir el hombre.

Ahora había alguien justo del otro lado de la puerta de Katie. Oyó que algo golpeaba la madera. Durante un momento terriblemente largo lo único que vio fue a Anna Fischer, colocada igual que ella en ese instante, y las balas que le desgarraban el cuerpo. Si hubiera saltado un momento antes...

—Allá voy —le gritó al hombre, que daba saltitos de aquí para allá, sus gruesos brazos alzados en todas direcciones, intentando ver cuál era el mejor modo de interceptar su trayectoria—. ¡No vayas a fallar! —añadió Katie con firmeza.

Dio un salto y un par de segundos después ella y el hombre caían rodando en un lío de brazos y piernas. Katie se puso en pie; todas las partes de su cuerpo parecían intactas y salvo por un brazo magullado y un corte en la barbilla estaba bien. Le dejó cinco billetes de veinte libras en la mano, le dio un beso y huyó.

Dobló la esquina y se alejó de su edificio. No volvió la mirada y no vio al hombre cambiar de dirección e ir tras sus pasos. Tampoco vio la puerta de su edificio abrirse de par en par al salir otro hombre a la calle y ponerse a perseguirla. Pero alcanzó a

notar su presencia y aceleró el paso. ¿Tenía que ponerse a gritar? Había cantidad de gente en la calle. Pero ¿y si tenían armas? Habían disparado contra el pobre Lesnik con un millón de personas alrededor. Con la mirada buscó desesperadamente un policía y no vio ninguno.

No vio tampoco al tercer hombre, porque estaba más adelante y venía en dirección a ella. Era una válvula de seguridad por si el primer equipo fallaba, y todo indicaba que iba a tener oportunidad de actuar. El hombre se sacó la jeringuilla de la manga del abrigo, la destapó y la sostuvo preparada a la vez que aligeraba el paso.

El taxi embocó la calzada y Shaw escudriñó la calle. Su mirada localizó a Katie y permaneció fija en ella. Su aire aterrado saltaba a la vista. Iba corriendo. Katie vio a uno de los hombres a su espalda, pero tenía que haber más de uno.

Y entonces ocurrió. Shaw vio un destello de sol reflejado en el objeto que tenía el hombre en la mano. Bajó de un salto del taxi en marcha y corrió en dirección a él.

Katie y el hombre estaban a escasos centímetros. Él levantó la jeringuilla y luego la lanzó hacia delante, como una cuchillada directa al vientre.

Ella lanzó un grito ahogado cuando el hombre que tenía delante fue derribado por otro mucho más grande. Notó algo que pasaba rozándole el brazo. Bajó la mirada y vio la aguja, que erraba su objetivo por un par de centímetros escasos. Luego vio que Shaw le cogía la mano al tipo, se la retorció hacia delante y enterraba toda la aguja en el pecho del hombre para luego apretar el émbolo hasta abajo. El hombre miró con pavor el instrumento que tenía clavado, apartó a Shaw de un empujón, se puso en pie y echó a correr calle abajo. Los labios ya se le iban entumeciendo conforme la sustancia comenzaba el letal trayecto por su interior. Caesar no había optado por ricino, el veneno inyectado en las venas de la pierna del búlgaro Markov por medio de un paraguas dotado de muelle. Lo que había penetrado en el cuerpo del tipo era una dosis masiva de tetrodoxina, una sustancia diez mil veces más letal que el cianuro y para la que no había antídoto.

Estaría muerto en veinte minutos.

Shaw cogió a Katie por el brazo y se fueron a la carrera hacia la estación de Euston, subieron al metro de un salto y fueron hasta King's Cross, volvieron a salir a la luz del día y tomaron un taxi. Shaw le dijo al taxista que se pusiera en marcha sin más y luego miró a Katie.

Ella no le había dicho una sola palabra, ni mientras corrían ni en el metro. A Shaw lo angustió una idea terrible.

—La jeringuilla, no te habrá...

Ella posó una mano trémula en su brazo.

—No, no me ha tocado. Gracias a ti. ¿Cómo lo sabías?

—Ha sido suerte, más que nada. —Se recostó en el asiento.

—Ésos eran la tercera parte, ¿verdad?

Shaw asintió.

—Ésos eran la tercera parte, sí.

Ella miró por la ventanilla mientras el taxi avanzaba a duras penas entre el tráfico londinense. La tarde se estaba tornando anochecer a toda prisa.

—¿Adónde vamos? —Él no contestó—. ¿Shaw?

—Ya te he oído. Lo que pasa es que no tengo respuesta.

—Siento no haberte hecho caso en lo de Lesnik.

—Yo también —dijo él sin empacho.

—No debería haber escrito el reportaje.

—No, no deberías haberlo escrito.

—Estamos jodidos, ¿verdad?

—Eso parece. Y te dije que no salieras de donde estabas.

—Estaban en el edificio. He tenido que huir.

—¿Cómo has escapado?

—Yo... —Katie se interrumpió. No quería decirle que había saltado por la ventana y conseguido sobrevivir; a diferencia de Anna—. Por la parte trasera. ¿Tienes algún plan?

—Tengo un objetivo. Seguir vivos. El plan aún está por verse.

—Ahora está claro que Lesnik trabajaba para esa tercera parte. Lo mataron y han intentado matarme a mí. Tal vez hasta consiguieron de alguna manera que el *Scribe* me contratara y luego dejaron caer a Lesnik en mi regazo. Ya sabía yo que era demasiado bueno para ser verdad. ¡Maldita sea! —Katie palmeó el asiento.

—¿Te comentó Lesnik algo que pudiera darnos algún indicio sobre quién lo contrató?

Ella negó con la cabeza.

—Nada. Comprobé sus antecedentes. Era un tipo legal. Incluso parecía sincero. Su padre fue asesinado por los soviéticos. Probablemente les guardaba rencor y esa gente se aprovechó.

—Pero eso no nos hace estar más cerca de la verdad.

—Tenemos que ir de incógnito si queremos tener alguna oportunidad de averiguar qué está pasando de verdad. —Lo miró—. ¿Sabes de alguien que pueda ayudarnos?

Shaw ya tenía el móvil en la mano.

—Es posible.

Debería haber sido uno de los días más felices de la carrera de Nicolás Creel. Tras años de trabajo, y una crisis enorme fabricada recientemente, tanto el gobierno de Rusia como el de China estaban a punto de firmar contratos vinculantes con Ares Corporation y sus subsidiarias, por la bonita suma de 500 000 millones de dólares, con mucho más a percibir en el futuro. El que los países en ambos bandos de un enfrentamiento en el fondo adquirieran a la misma empresa sus armas para destruirse mutuamente era ejemplo de la centralización de los proveedores de defensa en la era moderna. No obstante, Ares no tenía preferencia por nadie. Era un proveedor de armas de destrucción masiva que se atenía a la igualdad de oportunidades, y siempre lo sería.

El catalizador definitivo para el éxito del acuerdo se había dado cuando el presidente Gorshkov emitió un comunicado exigiendo en términos tajantes que Pekín se disculpara en público. Y además quería dinero, miles de millones, por los daños que había sufrido Rusia en términos de reputación internacional. Pekín no había accedido a sus peticiones, cosa que no sorprendió a nadie. Enviaron a Moscú una respuesta en términos igualmente rotundos asegurando que los chinos no estaban implicados en la maquinaria de la «amenaza roja», y por tanto no debían nada a los rusos. Como era de esperar, a partir de ahí las relaciones internacionales entre los dos gigantes fueron cuesta abajo a paso brioso.

Otros países habían entrado en juego para intentar alcanzar una resolución pacífica del despropósito. Estados Unidos, naturalmente, desempeñó un papel predominante, pero como el gobierno chino prácticamente estaba financiando el consumo norteamericano al costear su deuda, Washington no tenía muchos recursos cuando Pekín le dijo que se mantuviera al margen. Los rusos acusaron a los norteamericanos de estar en el bolsillo de China por esa misma razón. De resultas de ello, al embajador estadounidense en Rusia le advirtieron que más le valía retirarse o hacer las maletas cuando imploró a los rusos que no hicieran nada drástico.

Luego intentó interceder Francia, pero Gorshkov no se dignó siquiera contestar la llamada del presidente francés. Los alemanes guardaron silencio. Saltaba a la vista que Berlín no quería verse arrastrado detrás de un nuevo Telón de Acero, ni de un ataúd de titanio. El Reino Unido se encontraba en una situación delicada en extremo. En el caso de que Rusia estuviera detrás de la masacre y China hubiera estado manejando la campaña de la «amenaza roja» desde Londres, los pobres británicos no sabían exactamente cuál debía ser su papel o su respuesta.

Y cuando se abrieron los canales diplomáticos iniciales sobre el asunto con China, los comunistas se mostraron tan severos a la hora de desmentir su culpabilidad como lo habían sido con los rusos, y terminaron por ordenar a Downing Street que se mantuviera al margen de la disputa.

El planeta entero se estaba armando de cara a una Tercera Guerra Mundial. El

nuevo nivel de transacciones sería el mayor de la historia del mundo, según le aseguró por correo electrónico el vicepresidente de Ares Corp. a Creel, con su codicia evidente en todas y cada una de las palabras del mensaje. Vaya golpe de suerte, ese asunto de la «amenaza roja», añadió.

Creel leyó el mensaje una vez y lo borró. «Qué golpe de suerte, sin duda». Creel tomó nota mental de buscar un nuevo vicepresidente para sustituir a ese idiota.

La Guerra Fría estaba de regreso, y en mejor forma que nunca. Con una serie de diestros golpes de timón y una planificación extraordinaria había reconfigurado la estructura de poder del planeta para devolverla a sus cauces. Los don nadie de Oriente Próximo habían intentado volver a llamar la atención del mundo con una versión de «Eh, ¿qué pasa conmigo?, yo también soy motivo de preocupación» al dejar reducida a un cráter una mezquita en Bagdad, hacer saltar por los aires un mercado en Anbar y matar nada menos que a ochenta civiles y dos soldados estadounidenses. La respuesta colectiva del mundo había sido pronta y no había dejado lugar a la duda: «No nos molestéis, tenemos problemas de verdad. ¡Podrían morir millones de personas!».

Irónicamente, al recuperar una atmósfera de guerra «real», Creel había hecho del mundo un lugar mucho más civilizado. No se hacía un solo disparo.

Y el dinero llegaba a espuertas.

Y los salvajes sin conciencia volvían a estar en su lugar. Era un auténtico *hat trick*.

«Muchas gracias».

Nunca se había tratado de dinero, en realidad. Lo importante de veras era el mundo: Nicolás Creel acababa de salvarlo. Aun así, algo fallaba.

En esos momentos estaba en tierra italiana, con la belleza apabullante de la costa mediterránea desplegada ante él. La madre superiora estaba a su lado, resplandeciente con su hermoso hábito blanco. Sonreía de oreja a oreja mientras revisaba los planos preliminares de cara a la construcción del nuevo orfanato para sustituir el que había sido levantado tras la Segunda Guerra Mundial, cuando había un número muy elevado de huérfanos.

Hablando en italiano, la madre superiora dijo:

—Qué hermoso es. Y usted es un hombre maravilloso por haberlo hecho posible, Nicolás.

—Por favor, madre superiora. Era lo menos que podía hacer. Y le aseguro que yo me beneficiaré espiritualmente tanto como los niños al tener un nuevo hogar. —Lo dijo en un italiano hablado con soltura.

Creel hablaba con fluidez muchos idiomas, aprendidos únicamente para tener ventaja a la hora de hacer negocios. Algunos de sus acuerdos más importantes habían llegado a buen puerto sencillamente porque era capaz de decir «por favor» y «gracias» en el idioma materno de sus clientes.

Sí, debería haber sido un momento triunfal para Creel mientras paseaba por el

emplazamiento donde se levantaría el nuevo orfanato, pero no lo era. Y por una sola razón.

Caesar había llegado de Londres y se había trasladado en lancha hasta el *Shiloh*. Katie James se les había escapado de entre los dedos. Uno de los hombres de Caesar había sido alcanzado por la maldita aguja en vez de ella. Y Shaw, el hombre que poseía una mirada como la de Creel, había jugado un papel central. Ahora él y James iban por ahí juntos. Aunque sólo ellos mismos sabían lo que estaban haciendo.

Según las fuentes de Creel, Shaw había salido corriendo del edificio de Phoenix Group como si estuviera ardiendo, veinte minutos antes de llegar al piso de James. Y lo que era peor, Creel no sabía por qué.

Por primera vez en mucho tiempo, el decimocuarto hombre más rico del mundo notó una punzada de auténtico miedo. Nicolás Creel no era hombre que apostara sin ton ni son o que se creyera infalible. Era lo bastante brillante para saber que en realidad no lo sabía todo. Era una persona capaz de adaptar los planes sobre la marcha, aplicar nueva información para obtener el máximo efecto, y era consciente de que un plan tallado en piedra estaba siempre destinado al fracaso.

Y mientras pensaba en ello, la madre superiora lo abrazó, humedeciéndole la chaqueta de *sport* con sus lágrimas angelicales.

—Dios lo bendecirá por esto —le susurró al oído.

Y por encima de todo, Creel era un hombre que protegía sus apuestas por todos los medios a su alcance.

—Madre superiora, ¿puedo pedirle un favor?

—Pida y le será concedido, hijo mío.

—¿Rezaré por mí?

Shaw y Katie se habían escondido en una casita adosada cerca de Richmond, a las afueras de Londres, que Shaw había dispuesto previamente como piso franco. La noche siguiente habían recibido una visita, un italiano con acento holandés. Era el mismo hombre que regentaba el restaurante preferido de Shaw en Ámsterdam. Saludó amablemente a Katie y luego dirigió un gesto de cabeza a Shaw, que lo escudriñaba de cerca.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Shaw.

—En tren —respondió el hombre—. Resulta más agradable, en lo que a seguridad respecta.

Shaw asintió en conformidad mientras Katie lo observaba con curiosidad aparente.

—¿Lo tienes?

El hombre se sacó un paquetito del bolsillo y se lo entregó a Shaw, que intentó darle a cambio un fajo de euros. Él lo rechazó.

—Al menos para cubrir los gastos —insistió Shaw.

—Ven a verme a Ámsterdam, cuando haya acabado todo esto. Gástate allí el dinero en buena comida y mal vino.

Se estrecharon la mano y luego el italiano con acento holandés se marchó.

Shaw metió el paquete en el bolsillo de la chaqueta y miró a Katie, que lo observaba a la expectativa.

—¿Me lo cuentas, o qué? —le preguntó.

—No.

Después Shaw llamó a Frank y lo puso al corriente. Al cabo de la pormenorizada explicación de Shaw, el comentario de Frank fue breve y al grano.

—¡Hooostia puta!

—Esperaba que me dijeras algo un poquito más útil.

—¿Qué quieres que haga? No tienes pruebas fehacientes y sigues sin saber quién es la tercera parte.

—Entonces llévame hasta Dublín y ya me las apañaré yo a partir de ahí.

—¿Por qué a Dublín?

—Tengo que ver a unas personas.

—¿Como quién? ¿Leona Bartaroma en el castillo de Malahide? Ya sé que fuiste a verla.

—Katie James está aquí conmigo; que lo sepas.

—¿Qué suerte la tuya.

—¿Puedes llevarme a Dublín?

—Mira, bastante me costó convencer a los jefazos de que tu colaboración con el MI5 era una buena manera de emplear tu tiempo. Si se enteran de que te has largado, vas a meterte en un buen lío.

—Tú llévame a Dublín.

—Lo haré, pero tienes que jurarme que no irás a ver a Leona.

—Te lo juro.

Al día siguiente Shaw y Katie fueron de Londres a Gales en un viejo autobús. Luego se agazaparon en la bodega húmeda de un remolcador desastrado que ahora cruzaba el Mar de Irlanda en medio de aguas revueltas. Katie pasó una hora vomitando en un cubo mientras la embarcación cabeceaba rumbo a Irlanda. Shaw le iba pasando paños húmedos para que se limpiase la cara.

Katie acabó por incorporarse cuando ya no le quedaba nada por echar.

—Es impresionante tu resistencia en el mar —comentó ella—. Yo soy marinero de agua dulce.

—El transbordador de alta velocidad no era una opción viable, teniendo en cuenta que te busca el mundo entero.

—Todo el mundo quiere ser famoso hasta que lo consigue y se da cuenta de que es una mierda —dijo Katie.

—No tardaremos en llegar.

—Me alegra saberlo —comentó Katie, con una mano sobre el estómago, que aún le daba vuelcos—. Entonces, llegamos allí, ¿y luego qué?

—Y luego nos encontramos con alguien que pueda ayudarnos a seguir de incógnito. Disfraces, documentación nueva.

—¿Y luego qué?

—Y luego veremos qué hacer a continuación —admitió Shaw.

Un rato después, Shaw fue a mirar por un ojo de buey. El remolcador había aminorado la velocidad, el balanceo había cesado. Traspusieron el rompeolas y entraron en el puerto.

—Vamos.

Katie se levantó con cautela, poniendo a prueba las piernas, y se echó el bolso a los hombros.

—Shaw, vamos a morir, ¿verdad?

—Es probable. ¿Por qué?

—Sólo quería que me lo confirmaras.

Tomaron un taxi desde el puerto que los llevó a través de pueblecillos hasta el oeste de la ciudad de Dublín. Caía una lluvia fría y hasta los *pubs* que encontraban a su paso estaban la mayoría vacíos. Cuando Katie miró por la cristalera de un bar y vio un fuego agradable y a un hombre que servía una pinta, no sintió el menor deseo de sumarse a él. Por lo visto, su alcoholismo estaba curado. Sólo había hecho falta que llegara el fin del mundo.

Antes de partir de Inglaterra, Katie había telefoneado a Kevin Gallagher y le había explicado que con toda probabilidad su fuente le había mentado.

—¿Tienes pruebas absolutas de que te mintió? —le preguntó Gallagher.

—No, no absolutas.

—¿Tienes pruebas absolutas de que los hechos de tu artículo son falsos?

—No, no las tengo.

—Entonces, vamos a respaldarlo.

—¿Aunque no lo respalde yo?

—Es la noticia más importante de mi vida, Katie, así que voy a fingir que esta conversación no ha tenido lugar, y te sugiero que tú hagas lo mismo. —Luego Gallagher se apresuró a colgar.

—¡Qué hijo de puta! —gritó Katie—. Cómo detesto a los editores.

El taxi los dejó y se fueron caminando bajo la lluvia. Katie miró en torno.

—¿No es eso la Universidad?

Shaw asintió.

—Venga. —Se adentraron por una calle lateral.

Shaw llamó con los nudillos a una puerta en la que había un cartel colgado.

—¿La Librería de Maggie? —preguntó Katie.

Se abrió la puerta y una mujer alta y recia les franqueó el paso.

Cerró la puerta y Katie se puso a mirar los libros que revestían las cuatro paredes. ¿Habían huido para salvar la vida y Shaw la había obligado a echar las tripas por todo el Mar de Irlanda para llevarla hasta una librería en lo más inhóspito de Dublín?

La mujer no le dijo a Katie su nombre, y Katie no le ofreció el suyo. Supuso que la mujer era Maggie.

—Siento lo de Anna —le dijo a Shaw.

Los llevó escaleras arriba hasta una sala habilitada como salón de belleza.

—Siéntate aquí, por favor —le indicó una silla giratoria delante de un amplio espejo. Katie tomó asiento y la mujer cogió un par de tijeras y levantó un puñado de su cabello.

Katie se levantó de un brinco.

—¿Qué te has creído que vas a hacer?

—¿No se lo has dicho?

—¿Decirme qué? —preguntó Katie, mirando a Shaw.

—Córtale el pelo —dijo Shaw, e hizo un gesto con la cabeza a la mujer—. Bien corto, y cámbiale el color. Y luego me rapas a mí.

Una hora más tarde, Katie James era una morena con el pelo de punta, los ojos castaños en vez de azules, la piel más bronceada, los ojos más redondos y los labios más finos. Llevaba asimismo ropa acolchada que la hacía parecer unos diez kilos más gorda.

Shaw no podía hacerse más bajo, pero veinte minutos después su pelo había desaparecido casi por completo y la mujer había hecho un buen trabajo con su cara, que incluía un bigote y perilla, una nariz más voluminosa y lentillas que tornaban sus llamativos ojos azules de un castaño apagado. Ni siquiera Katie hubiera podido jurar que era él.

Los llevó a otra habitación apañada como estudio fotográfico.

Katie le dijo a Shaw:

—Desde luego tiene un montón de actividades suplementarias, para ser librera.

Tomaron las fotos y dos horas después Katie y Shaw tenían pasaporte nuevo, carné de conducir y demás documentación oficial en la que se les identificaba como un matrimonio de un barrio residencial de Londres.

Shaw dio las gracias a la mujer y le pagó.

—Que tengáis suerte —les deseó.

—Bueno, vamos a necesitar mucho más que suerte, cielo. ¿Por qué no pides un milagro, ya puestos? —le replicó Katie al tiempo que cerraba la puerta a su espalda.

Cuando caminaban calle adelante, dijo:

—¿Adónde vamos?

—A dormir un poco. Por la mañana tengo que ir al médico.

—¿Al médico? —preguntó ella con escepticismo.

—Vamos a dejar una cosa clara. No voy a contártelo todo.

—Vale. Siempre y cuando eso también valga para mí.

—Ya hemos establecido las reglas básicas. —Shaw aligeró el paso y ella tuvo que acelerar también para mantenerse a su altura.

Se habían registrado en el hotel como pareja casada y por tanto les habían dado una habitación. Shaw le había dicho a Katie que no quería que se quedara sola en ningún momento.

—Casi acaban contigo una vez, y desde luego volverán a intentarlo.

Pidieron algo de comer, aunque el estómago de Katie, todavía afectado, sólo asimiló un poco de té y pan. Luego se sentaron a una mesita cara a cara para hablar de la situación.

—Lo que sigo sin entender —dijo Shaw—, es por qué eligieron como objetivo Phoenix Group.

—Era de propiedad china —señaló Katie mientras sujetaba con ambas manos la taza de té y contemplaba la lluvia torrencial del otro lado de la ventana.

—Hay muchas empresas de propiedad china en Londres. ¿Y por qué Londres?

—¿Pero un gabinete de expertos de propiedad china?

—De acuerdo, ¿y por qué un gabinete de expertos?

—Según tú, dejaron esos documentos relativos a la «amenaza roja». Que un montón de eruditos a sueldo de un gabinete así estuviera detrás de la campaña de desprestigio parece verosímil. Probablemente no hubiera resultado ni remotamente tan creíble de haber arremetido contra un restaurante de comida rápida, asesinado a unos cuantos adolescentes y dejado allí los documentos incriminatorios.

—¿Así que sencillamente se toparon con Phoenix Group, casualmente averiguaron la conexión con China y enviaron una brigada de asalto? —preguntó Shaw.

—Tiene que haber un catalizador —señaló Katie—. Tal vez alguien a quien conocieron. Algún proyecto que se traían entre manos. Es evidente que tenían el lugar vigilado. Cuando estuve allí, vi cantidad de gente yendo y viniendo, así que tal vez tendríamos que comprobar...

Se interrumpió al sobrevenirle la horrenda, absolutamente espantosa posibilidad. Miró a Shaw de reojo. A juzgar por su expresión, saltaba a la vista que había llegado a la misma conclusión que ella.

—Debieron de verte allí —dijo Shaw, con hosquedad discernible en la voz.

—Sí, debieron de verme —coincidió Katie en tono más quedo—. Y puesto que ya estaban utilizándome, tal vez se centraron en Phoenix Group debido a mi vinculación con Anna. Y luego descubrieron el elemento chino.

—Eso no es más que una razón posible —dijo, aunque resultó evidente que no creía sus propias palabras.

—Sí —asintió Katie sin mucha convicción—. Supongo que es cierto.

Dejó la taza y miró la cama.

—Bueno, estoy muy cansada, Shaw. Puedes quedarte con la cama. Yo duermo en el suelo.

—No, yo duermo en el suelo.

—¡Shaw!

—Quédate con la cama, Katie. Ha sido un día largo y estamos los dos agotados.

Katie se cambió en el cuarto de baño, salió y se metió entre las sábanas. Shaw ya estaba en el suelo, tapado con una manta. Katie apagó la luz.

Unos minutos después, mientras seguía lloviendo a cántaros, ella dijo quedamente, con voz todavía trémula:

—Lo siento mucho, Shaw. No recibió respuesta.

Cuando empezaba a romper el alba, Shaw se incorporó, se apoyó en la cama y miró a Katie, que tenía los ojos abiertos de par en par. Era evidente, porque los tenía enrojecidos e hinchados, que no había dormido en absoluto.

—Tengo que decirte una cosa —comenzó ella, ciñéndose la sábana al cuerpo.

—Katie, no es necesario...

Ella le posó una mano en el hombro.

—Por favor, deja que me desahogue antes de que esto me abra un agujero en las tripas.

Shaw aguardó con la mirada fija en ella.

—Lo estaba haciendo por la noticia, es cierto. Incluso cuando tomé un avión para verte en el hospital, parte de mí estaba pensando en volver a encauzar mi carrera. Y luego recibí el nuevo encargo y vine a Londres. Tenía toda la sensación de ir de nuevo por el buen camino. —Bajó la vista mientras arrugaba la sábana entre las manos, con las mejillas temblorosas—. Tengo la sensación de que no soy un ser humano, ya no. Antes lo era, ni siquiera sé cuándo ocurrió. Hace ya tiempo, eso sí lo sé... Lo siento.

—Katie, eres periodista. Lo llevas en la sangre.

—Eso no le resta importancia. Y soy una desgraciada, no lo olvides.

—Vale, eres una desgraciada. Pero si vamos a trabajar juntos, tenemos que confiar el uno en el otro.

—Yo confío en ti. Me parece que el problema es que tú no confías en mí. Y no puedo echártelo en cara.

—No tengo mucha práctica a la hora de confiar en la gente. —Shaw se interrumpió—. Pero voy a tener que mejorar. Además, necesito tu ayuda. A veces ves cosas que yo paso por alto. No me he encontrado con mucha gente capaz de eso. —Se las arregló para ofrecerle una débil sonrisa.

Ella se la devolvió: el pequeño deshielo en sus relaciones le reavivó el ánimo de inmediato.

—Voy a darme una ducha. Échate en la cama mientras estoy en el baño. Tienes que estar rígido como una tabla.

Shaw se levantó del suelo y se acostó poco a poco en la cama. Escuchó abrirse la ducha. La cama aún conservaba el calor de Katie, y entonces cerró los ojos. Antes de darse cuenta ya estaba oliendo a café, beicon y huevos.

Se incorporó y miró en torno. Katie estaba vestida y sentada delante de una mesa de servicio de habitaciones. Sirvió una taza de café y se la tendió.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Las ocho y media. —Tomó un sorbo de café—. ¿Tienes hambre?

Él asintió, se levantó y tomó asiento delante de Katie.

—Tendrías que haberme despertado al salir de la ducha —dijo en tono gruñón.

—Era mucho más cómodo así —le aseguró ella—. Mientras estabas profundamente dormido, he podido vestirme ahí en vez de en ese baño diminuto. Me parece que este apañón matrimonial va a resultar un tanto incómodo —comentó, a la vez que lo miraba por encima del borde de la taza.

Shaw estiró el brazo malo con cautela.

—¿Por eso tienes que ir al médico?

—Sí, pero no por la razón que probablemente piensas.

—Qué sorpresa.

Cogieron un taxi hasta la casa de campo de Leona Bartaroma, una sencilla estructura de piedra a un trecho por una carretera sin asfaltar.

Estaba a unos tres kilómetros del castillo de Malahide donde Leona trabajaba de guía turística. Cuando se apearon y miraron en torno, Katie dijo:

—Qué sitio tan raro para una consulta de médico.

—Está jubilada.

—Ah, eso tiene más sentido.

Leona les invitó a pasar, saludó a Katie y les hizo tomar asiento en su espaciosa cocina con vistas al jardín trasero. No hizo ningún comentario sobre la apariencia alterada de Shaw, pero miró a Katie con atención.

—¿Puedo hablar con claridad delante de ella?

—Frank ya ha llamado...

—Naturalmente. Sus hombres están por aquí.

—Eso ya lo sé.

—¿Cómo?

—Los huelo.

—Pues ya sabes que no puedo hacer lo que quieres que haga.

—¿Cómo sabes lo que quiero que hagas? Aún no te lo he dicho.

Adoptó una expresión de curiosidad mientras la mirada de Katie oscilaba rauda entre ambos.

—Pues dímelo.

Shaw se remangó el brazo y dejó a la vista las grapas metálicas sobre la herida.

—Dios mío, ¿cómo te lo hiciste?

—Supongo que Frank ha olvidado decírtelo.

Observó la herida más de cerca.

—Parece que cicatriza bien. El cirujano hizo un buen trabajo.

—Te agradezco la opinión experta, pero no he venido por eso.

—Entonces ¿por qué?

Se sacó un pequeño cilindro metálico del bolsillo.

—Quiero que metas esto ahí —dijo, y señaló el desgarrón del brazo.

—No lo dices en serio.

—¡Shaw! —exclamó Katie.

—Completamente en serio.

—¿Qué es? —preguntó Leona, tanteándolo.

—Eso no hace falta que lo sepas —respondió Shaw—. Es de acero inoxidable, si te sirve de algo.

—No me sirve de nada. Piensa en el riesgo de infección —empezó Leona.

—Ponlo en una venda estéril, pero es ahí donde lo necesito. ¿Puedes hacerlo?

—Claro que puedo. La pregunta es por qué demonios iba a hacerlo.

—Porque te lo pido amablemente.

—¿A qué profundidad? —indagó ella con nerviosismo.

—No mucha, porque es posible que tenga que sacarlo a toda prisa.

—Eso es ridículo —le espetó Katie.

—No mucha profundidad, Leona —repitió Shaw—. Y me debes una.

—Yo no lo veo así.

—Pero yo sí. —Se sacó el faldón de la camisa y levantó la parte anterior para dejar a la vista los puntos suturados de la cicatriz que tenía en el costado derecho—. Yo sí.

Katie miró la marca y luego volvió la vista hacia Leona y frunció el ceño.

—¿Le hiciste tú eso?

Leona se humedeció los labios.

—Aquí no dispongo de quirófano, Shaw. No tengo instrumental.

—Dublín es una ciudad grande. Seguro que puedes encontrar lo que necesitas.

—Me llevará cierto tiempo.

—Esta tarde —replicó él, con un matiz de amenaza en la voz.

—No puedo. Tengo que ir a Malahide.

—Esta tarde.

—De acuerdo. Te llamaré.

Shaw se levantó para marcharse y Katie se puso en pie con la misma rapidez.

—No tengo medios para anestesiarlo por completo —advirtió Leona—. Sólo anestesia local. Te dolerá.

Shaw volvió a remeterse la camisa.

—Siempre duele, Leona.

Una vez fuera, Katie dijo:

—Muy bien, ¿quién demonios era ésa, la esposa del doctor Frankenstein? ¿Y qué es lo que ocurre?

—Más te vale no saberlo, Katie. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti? ¿Qué tal si confías tú en mí tal como acordamos?

—Te dije que intentaría mejorar. No dije que fuera a ser de inmediato.

La lluvia había cesado y hacía un día precioso en Dublín. Pájaros juguetones volaban de rama en rama; flores de colores llamativos en pulcros arriates se mecían bajo la leve brisa; la gente caminaba y charlaba, tomaba café en las terrazas; los coches transitaban por las amplias calles.

En el interior de la pequeña sala aséptica, Shaw hacía rechinar los dientes y se aferraba al brazo del sillón en el que estaba sentado. Leona, provista de guantes, máscara y bata quirúrgica, había retirado varias de las grapas metálicas que sujetaban la piel desgarrada de Shaw mientras Katie le sujetaba el otro brazo con manos enguantadas.

—Ésa ha sido la parte fácil —dijo Leona en tono amable cuando dejó la última de las tres grapas que había retirado en una bandeja. Le quedaban otras cuatro en el brazo.

—Me alegra saberlo —masculló Shaw.

—¿Todavía quieres seguir adelante con esto? Va a suponer un retraso en el proceso de cicatrización.

—Tú hazlo, Leona.

Se sirvió de un fino instrumento con el aspecto de una palanca en miniatura para abrir la herida, y la sangre empezó a manar poco a poco. Afloraron a la frente de Shaw gotitas de sudor. Katie le cogió más fuerte el brazo. Leona le había puesto anestesia local en torno a la herida pero le advirtió que iba a dolerle. Y no se equivocaba.

Envolvió el pequeño dispositivo metálico en una capa de malla quirúrgica esterilizada.

—No puedes llevar esto ahí mucho tiempo —le dijo—. Lo he esterilizado, pero acabará por infectarse. Es inevitable.

—Qué gracioso, eso no me lo dijiste la última vez.

—La última vez era diferente.

—Para mí no. —Se tocó el costado—. No me dijiste que llevar esto dentro fuera a suponer un problema a largo plazo.

—No me vengas con esas comparaciones —le recriminó—. Ese dispositivo es como un marcapasos, diseñado para permanecer dentro del cuerpo a largo plazo. Pero este trasto, no. De manera que, como médico, te lo advierto: provocará una infección.

—Tomo nota —gruñó Shaw—. Ahora, mételo ahí.

Introdujo con sumo cuidado el dispositivo en la herida, buscando con sus ágiles dedos esterilizados una cavidad donde encajara.

El dolor hizo que se le estremeciera el cuerpo entero a Shaw.

—Cógeme la mano, Shaw, apriétala —se ofreció Katie.

—No —farfulló él.

—¿Por qué?

—Porque te rompería hasta el último hueso.

Un segundo después, se quedó con el reposabrazos en la mano, los tornillos arrancados.

Leona retiró los dedos de la herida y contempló su trabajo con satisfacción.

—Puedo poner unas grapas nuevas, o incluso cauterizarlo.

—Nada de eso.

—¿Por qué no?

—Porque no seré capaz de sacar el maldito trasto cuando lo necesite, Leona, que es precisamente de lo que se trata —le respondió Shaw—. Me basta con hilo de sutura a la antigua usanza.

Ella se encogió de hombros, limpió la herida como mejor pudo, la suturó, la envolvió en gasa y tomó asiento.

—Ya está.

Katie soltó a Shaw y también dejó escapar un suspiro de alivio. Shaw se incorporó poco a poco, moviendo el brazo con cuidado.

—Gracias —dijo él con brusquedad.

—Por ti, lo que sea, Shaw —respondió ella sarcásticamente—. Tal como has dicho, está claro que te lo debo.

—Sí, bueno, ahora estamos en paz.

—Como mínimo en paz —lo corrigió ella—. Es posible que ahora el platillo de la balanza se haya inclinado hacia mi lado.

—No lo creo. Decir que estamos en paz es una concesión por mi parte. —Volvió a ponerse la camisa. Mientras se la abotonaba, ella le miró la cicatriz en el costado derecho—. ¿Qué tal funciona, por cierto?

—Pregúntaselo a Frank, seguro que a él le encantaría explicártelo. —Alargó el brazo y se embolsó el diminuto instrumento que había utilizado ella para introducirle el dispositivo en el brazo—. Por los viejos tiempos —dijo cuando ella estaba a punto de protestar.

En el momento de marcharse, Leona lo detuvo en el umbral.

—¿Es eso del brazo lo que creo que es?

—Nunca se sabe, Leona, nunca se sabe.

—Shaw, ¿vas a decirme lo que está ocurriendo? ¿Qué es eso que llevas en el brazo? ¿De qué conoces a esa tal Leona? ¿Cómo te hiciste la herida en el costado?

Katie le planteó estas preguntas en rápida sucesión mientras cenaban en el Hotel Shelbourne enfrente de St. Stephens Green, en el centro de Dublín. Era una hora lo bastante avanzada como para que les hubieran dado una mesa tranquila al fondo donde pudieran hablar de todo. Aunque Shaw no parecía estar de ánimo conversador, porque ella había estado haciéndole esas mismas preguntas durante horas y no había obtenido ni una sola respuesta.

Él terminó de masticar la comida estoicamente. Ahora detestaba Dublín. Allí, en un pequeño establecimiento al norte del Liffey, rodilla en tierra y con el maldito anillo, le había pedido a Anna que se casara con él. Ella respondió que sí en nueve idiomas. Ahora estaba muerta. No habría boda, ni cuatro o cinco críos, ni envejecer juntos. Nada. Allí donde mirara veía algo (algún rincón, alguna grieta, olor, sonido, incluso algo curioso en el cielo, la manera de caer la lluvia, el bocinazo de un coche irlandés) que se la recordaba. Le costaba trabajo respirar allí. Apenas era capaz de seguir adelante. Lo aborrecía. Y eso no era todo.

Anna iba de camino a Alemania para que la enterraran sus padres, que lo odiaban. Lo culpaban por la muerte de una mujer por la que habría dado gustoso su propia vida a cambio de poder protegerla. Anna sobre un frío lecho de metal en Londres con un agujero en la cabeza. Anna camino de su entierro en el suelo frío y solitario de Durlach, para toda la eternidad, en vez de estar en sus cálidos brazos. A salvo, juntos.

Katie interrumpió sus pensamientos:

—Tenemos que averiguar quién está en realidad detrás de la «amenaza roja».

—Todo el mundo ha estado indagándolo, y por lo visto nadie lo ha averiguado.

—No estoy segura de que el mundo entero haya estado intentando averiguarlo de verdad. Se han limitado a aceptar que era cierto en una especie de juicio precipitado. O si lo han puesto en tela de juicio, no se han esforzado mucho. Además, continuaban ocurriendo cosas sin parar y la gente se llevaba un sobresalto tras otro. Transcurrido un tiempo, la noticia no era quién estaba detrás del asunto, sino qué demonios íbamos a hacer con esos rusos malvados. Creo que en esencia han tomado el pelo al mundo entero.

Shaw la miró con respeto renovado.

—Eso era más o menos lo que pensaba Anna.

—Lo voy a tomar como un gran elogio.

—¿Alguna idea? —preguntó él.

Katie acercó la silla a la mesa y bajó el tono de voz:

—Lo cierto es que he estado dándole vueltas. —Hurgó en el bolso y sacó una libreta manoseada—. Cuando estuve en el despacho de Anna aquel día, tuvo que salir para ver a alguien y yo eché un vistazo por allí.

—Quieres decir que estuviste husmeando —dijo Shaw no sin cierta furia, defendiendo instintivamente el derecho de Anna a la intimidad.

—¿Quieres saber lo que encontré o no?

—Perdona, continúa.

—Eché una mirada a algunos documentos sobre la «amenaza roja» que tenía encima de la mesa y unos apuntes que había tomado. En uno de ellos aparecía una lista de páginas web o direcciones de correo electrónico. Tal vez se había puesto en contacto con ellos. Sea como fuere, uno me llamó la atención y lo anoté.

—¿Por qué te llamó la atención?

—Se llamaba la Marmolería de Pablo, ya sabes, como el personaje de los Picapiedra. Era una de mis series de dibujos animados preferidas cuando era pequeña. En cualquier caso, era un blog. En aquel momento no lo comprobé, pero mientras te duchabas en el hotel después de que la doctora Muerte te hubiera operado, accedí a la página desde mi portátil.

—¿Qué encontraste?

—Ese bloguero, que por lo visto se llama Pablo, también tenía incógnitas sobre la «amenaza roja». A juzgar por sus entradas, no creía que fuera trigo limpio.

—¿De qué nos sirve eso?

—Bueno, a decir verdad, lo que no me pareció a mí que fuera trigo limpio es el blog.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que Pablo es un impostor. Tengo muchos amigos con blog. Se obsesionan con ello, escriben continuamente. En el fondo no siguen ningún reglamento. Libre asociación, anotaciones hechas sin pensarlo dos veces. Y por lo general tienen un espacio para que la gente haga comentarios y discuta los tópicos. Ésa es una de las principales razones para tener un blog, ¿no?

—Desde luego.

—Bueno, pues ese blog no tenía nada parecido. Comprobé las fechas de las entradas. Se realizan cada dos días a la misma hora. Eso no me suena a mí a Marmolería de Pablo ni nada por el estilo. Lo que me parece es que respondía a una especie de programa automático de emisión de entradas de blog cada cuarenta y ocho horas.

—¿Por qué iba a crear alguien un sistema así? —se preguntó Shaw en voz alta.

—Tendría sentido si, en vez de ser un blog auténtico, fuera una manera de sondear las aguas.

—¿Sondear las aguas?

—Sí, en el mundo del espectáculo y la publicidad se utilizan tácticas así continuamente. Yo hice un reportaje hace años. Se lanza un producto y quieres calibrar la reacción de la gente. Puedes centrarte en grupos de muestreo concretos, permitir que la gente dé su opinión por teléfono, abrir discusiones en canales de chat. Pero hay empresas que van más allá. Se sirven de telones en blanco, una suerte de

fachadas para que la gente les haga saber lo que piensan en realidad sin que sientan la menor presión. Puede ser una página web falsa, un número de teléfono gratuito o un cuestionario con el nombre de una compañía falsa.

Shaw se mostró muy interesado.

—Así que, según tú, ¿ese tal Pablo Mármol bien podría haber sido una tapadera para ver cómo reaccionaba la gente a la campaña de la «amenaza roja»?

—Y puesto que el blog de Pablo tenía un tono sumamente crítico y ponía en entredicho la campaña...

—Es posible que colgaran esa zanahoria para ver si alguien era de la misma opinión —opinó Shaw—. Pero has dicho que no había foro en el que dar tu opinión en la página.

—Pero si alguien enviaba un correo a la página, cosa que hizo Anna...

Shaw terminó la frase por ella:

—Así obtenían su dirección de correo. Y la de Anna era AFischer@PhoenixGroup.com. —Lanzó una mirada penetrante a Katie—. Es posible que fuera así como se enteraron de la existencia de Phoenix Group. No a través de ti.

—Probablemente nunca llegaremos a saberlo.

Transcurrió un minuto de silencio mientras cada uno de ellos enredaba con los restos de su comida.

—Katie, yo...

—No vayas por ahí, Shaw. Esto es complicado y los dos hemos cometido errores. Y probablemente volveremos a cometerlos sobre la marcha.

—Esperemos que ninguno acabe costándonos la vida a los dos.

—¿Se puede rastrear esa página web de alguna manera? No tengo mucha mano con asuntos tecnológicos.

Shaw asintió, hizo una llamada a Frank, guardó el móvil y se terminó el vino. Dijo:

—A ver qué saca en claro.

—¿Así que vamos a quedarnos en Dublín? —preguntó ella.

Shaw negó con la cabeza.

—Mañana cogemos un avión.

—¿Adónde?

—Alemania, a un lugar llamado Durlach.

Nunca es buen día para enterrar a alguien. Por mucho que luzca el sol y haga calor no hay nada positivo en tender un cuerpo frío en la fría tierra, sobre todo alguien con tres agujeros de bala que acortaron su vida en al menos cuatro décadas. Y en Durlach no lucía el sol, ni hacía calor. La lluvia caía a raudales formando cortinas mientras Shaw y Katie permanecían sentados en el coche ante el cementerio anejo a una pequeña iglesia.

Habían ido en avión a Francfort esa mañana y luego en coche hasta allí. Durante los trámites de rigor en el aeropuerto de Dublín habían saltado las alarmas cuando Shaw pasó por el detector de metales. El dispositivo manual con el que lo rastreó el guardia de seguridad emitió un pitido al pasar junto a su brazo izquierdo.

—Levántese la manga, caballero —le había ordenado el guardia con un cierto tono amenazante.

Cuando el vigilante se fijó en la hilera de grapas metálicas debajo del vendaje, se estremeció.

—Vaya, ¿le duele?

—Sólo cuando me remango —respondió Shaw.

En el cementerio la lluvia había convertido el montículo de tierra recién cavada en un montón de barro junto al agujero de dos metros de profundidad. El ataúd de Anna y la gente que había acudido a despedirse de ella estaban bajo un entoldado de gran tamaño ubicado junto a la tumba que les permitía seguir razonablemente secos.

Shaw había decidido no sumarse a los allegados. Había visto la figura membruda de Wolfgang Fischer, con Natasha a su lado. Hoy ninguno de los dos parecía muy alto. Se les veía encorvados, destruidos. Así que Shaw permaneció en el coche y vio cómo introducían el ataúd en la tumba. Wolfgang estuvo a punto de venirse abajo de dolor. Hicieron falta varios hombres para llevarlo de regreso al coche.

Katie, al lado de Shaw, notó que le resbalaban las lágrimas por la mejilla mientras miraba. Gracias a Dios, pensó, no tengo que escribir esta necrológica. Miró a Shaw, que permanecía con la mirada impasible y los ojos secos.

—Qué triste —comentó Katie.

Shaw no respondió. Sencillamente siguió mirando.

Media hora después la última persona se había marchado y los enterradores procedieron, a pesar de la tormenta, a cubrir a Anna con la tierra de Durlach para siempre.

Shaw se apeó del coche.

—¿Recuerdas qué hacer?

Ella asintió.

—Ten cuidado.

—Tú también.

Shaw cerró la puerta, miró en torno y se dirigió hacia el hoyo en la tierra,

intentando no pensar en el agujero mucho más grande que tenía en el corazón.

Sacó unos euros del bolsillo y pidió en alemán a los sepultureros que le dejaran unos momentos a solas con ella. Encantados sin duda de verse relevados de su húmeda obligación, aceptaron el dinero y se marcharon.

Shaw se situó ante la tumba y miró el ataúd. No quería visualizar a Anna dentro de esa caja. No era el lugar que le correspondía. Le habló en tonos quedos, le dijo cosas que debería haberle dicho mientras estaba viva. Lamentaba muchas cosas en su vida, pero la más desoladora con mucho era no estar con Anna cuando más lo necesitó.

«Lo siento, Anna. Lo siento. Te merecías alguien mucho mejor que yo».

Cogió una pala y pasó la media hora siguiente llenando su tumba. Estaba convencido de que era él quien debía llevar a cabo la tarea, nadie más. Para cuando terminó estaba calado hasta los huesos, pero ni siquiera se dio cuenta.

Miró la lápida, en la que se leía el nombre entero de Anna: Anastasia Brigitta Sabena Fischer, así como las fechas de su nacimiento y su muerte. Y la frase en alemán debajo: «Descanse en paz nuestra preciosa hija».

—Descansa en paz —dijo Shaw—. Descansa en paz por los dos, Anna. Porque yo no creo que vaya a tener paz nunca más.

Se arrodilló en el barro con la cabeza gacha.

Dos hombres salieron de entre los árboles con armas en las manos.

La bocina del coche rasgó al instante el silencio del cementerio y luego Katie se agazapó en el asiento.

Sorprendidos, los dos hombres echaron a correr directamente hacia Shaw.

Una fracción de segundo después el vidrio trasero del coche en el que se encontraba Katie quedó hecho añicos por una descarga.

En un movimiento desdibujado, Shaw se lanzó hacia delante como un defensa de fútbol americano en plena acometida y derribó a los dos individuos. Al instante siguiente Shaw tenía la pistola prácticamente metida por la garganta de uno de los tipos mientras su compañero yacía inconsciente a su lado.

Un momento después aparecieron en tropel los hombres de negro.

Katie volvió a tomar asiento mientras se sacudía pedacitos de vidrio de encima. Miró hacia Shaw con ansiedad. Cuando él se levantó del suelo con uno de los hombres bien aferrado, profirió un suspiro de alivio y salió del coche.

Seis o siete metros por detrás del coche Frank estaba de pie junto al cadáver del individuo que había intentado matar a Katie. Fue a reunirse con él.

Frank dijo:

—Lamento haberme demorado tanto. El cabrón ha disparado antes de que pudiéramos pillarlo. ¿Estás bien?

Luego, fueron a refugiarse a un granero vacío a las afueras de Durlach, donde dejaron a los dos aspirantes a asesinos esposados espalda contra espalda en medio del suelo sembrado de paja.

Frank, Katie y Shaw estaban reunidos en una suerte de asamblea informal.

—Gracias por acceder a respaldarnos en esto —le dijo Shaw a Frank.

—Eh, salvo por hacer del mundo un lugar más estable y seguro, tengo tiempo libre de sobra.

Ya habían introducido las huellas dactilares de los dos en las bases de datos habituales sin ver recompensadas sus molestias. Hasta el momento el interrogatorio había tenido como resultado una cascada de maldiciones por parte del hombre que había terminado mascando el cañón de la pistola de Shaw. Por contraste, su compañero, un tipo fornido y de expresión estoica, no había dicho ni palabra. Daba la impresión de que ni siquiera hablaba inglés. Habían probado con él en otros idiomas, pero su silencio seguía siendo invencible. No llevaban documentos de identidad. Dos pistolas y un cuchillo de carnicero eran los únicos artículos de interés que se les habían hallado encima. El muerto iba igualmente purificado.

—Ni siquiera un teléfono móvil —comentó Frank.

—Eso significa que iban a encontrarse con alguien después de matarnos a Shaw y a mí —dijo Katie—. Probablemente cerca.

Frank se volvió hacia Shaw.

—¿Y ahora, qué?

—Sigue machacando a esos dos hasta que canten. Seguimos en contacto.

Frank le puso una mano a Shaw en el hombro.

—Oye, Shaw, ándate con cuidado. El instinto me dice que algo no encaja.

—¿Qué es lo que no encaja? —terció Katie.

—No encaja en el sentido de que siempre parecen ir un paso por delante de

nosotros.

Cuando iban por la carretera, Shaw confesó en tono sombrío:

—Estaba convencido de que estarían alerta en el funeral de Anna por si aparecíamos. Por eso pedí ayuda a Frank. Pero no hemos sacado nada en claro.

—Es posible que acaben por hablar.

—Dudo que sepan gran cosa más allá de que les pagaron para matarnos a ti y a mí. Hasta el momento han tenido sumo cuidado de cubrir sus huellas.

—Acabarán por cometer un error. Siempre lo cometen —dijo ella con tono seguro.

—¿Tú crees?

—Lo sé.

Shaw detuvo el coche.

—¿Cómo es que de pronto estás tan segura?

Katie apenas podía contener su júbilo:

—Porque se me acaba de ocurrir una manera brillante de ganarles la partida.

A estas alturas el mundo entero estaba convencido de que China andaba detrás de la «amenaza roja» por razones aún desconocidas, y de que Rusia se había cargado Phoenix Group como represalia. Y por muchos desmentidos que emitieran Pekín y Moscú, ese convencimiento seguía en buena medida inalterable.

Afloraban por todas partes teorías rebuscadas, en tinta tanto digital como real, respecto de las razones de China para hacer algo semejante. Iban desde el deseo de poner al mundo en contra del único país en Asia que constituía un auténtico rival económico y militar en la ascensión de China al puesto predominante en la jerarquía global, a los miedos en Pekín de que el nuevo descenso de Rusia hacia la autocracia supusiera un auténtico peligro para la estabilidad de la región. Lo que seguía siendo un enigma era en qué medida podía aliviar esa amenaza el hacer de Rusia un país más furioso y peligroso de lo que supuestamente era. Sin embargo, cuando la gente quería creer algo a toda costa, los hechos y la lógica nunca constituían obstáculos importantes.

Fuera cual fuese la razón, lo cierto era que ambas naciones se estaban movilizand. Los dos países compartían una enorme frontera al este de Mongolia, junto con una franja mucho más estrecha de tierra entre la misma Mongolia y Kazajistán. Se estaban enviando unidades del ejército ruso con apoyo de fuerzas blindadas y aéreas a esos dos lugares. También se rumoreaba que Gorshkov se estaba planteando cruzar directamente Mongolia en una invasión planificada de China, lo que habría supuesto una ruta mucho más corta a Pekín, pese a ciertos problemas políticos y topográficos. Los chinos, perfectamente al tanto de todo ello, habían apostado gruesos muros de hombres y armamento en cada uno de esos puntos. Aun así, la guerra no parecía inminente. De hecho, estaba claro que ambos países eran conscientes de que semejante enfrentamiento terminaría con la derrota de ambos; hasta ese punto estaban igualados. No obstante, también se creía, aunque no se había emitido ningún comunicado al respecto, que tanto China como Rusia habían firmado contratos a largo plazo con proveedores de armamento anónimos para rearmarse, de manera que si llegasen a entrar en guerra dentro de unos años, pudieran aniquilarse mutuamente de la forma más majestuosa e impresionante.

En respuesta a estos avances, muchos países occidentales, incluido Estados Unidos, habían tomado ejemplo y se estaban rearmando. El Pentágono, que no temía hacer públicas sus intenciones, anunció que a Ares Corporation, en posición destacada con otros proveedores de defensa pisándole los talones, se le había otorgado una serie de contratos sin derecho a puja que llevaban fraguándose desde tiempo atrás de cara a reconstruir sus divisiones de carros blindados y artillería, poner al día su infraestructura de recopilación electrónica de datos, reconfigurar sus sistemas de defensa con misiles, rearmar varios portaaviones, destructores y submarinos dotados de misiles balísticos, poner en red varios miles de vehículos

fuertemente armados de transporte de personal y demás medios de transporte de tropas, y modernizar el avión de combate Raptor, casi completamente nuevo y al parecer ya obsoleto. Según el Pentágono, sólo la compañía Ares, radicada en Norteamérica, fabricante original de todas estas armas, con sus muchas áreas de especialización y su capacidad de gestión global, estaba en posición de llevar a cabo esta imponente tarea de acuerdo con los rigurosos estándares que exigía el complejo militar estadounidense.

Un portavoz del Pentágono dijo que: «Así se garantizará que el ejército de Estados Unidos mantenga su puesto como primera fuerza militar en el mundo en décadas venideras».

El Congreso había aprobado rápidamente unos presupuestos con los que costear todo eso, que el presidente había firmado con la misma celeridad.

En varios periódicos, una fuente que pidió permanecer en el anonimato porque no estaba autorizada a decir lo que estaba a punto de decir, informó de que los contratos de Ares Corp. eran por una duración de ocho años y ascendían a casi un billón de dólares del dinero de los contribuyentes. Eso incrementaría el presupuesto militar estadounidense hasta más de 800 000 millones de dólares al año, eclipsando incluso los pagos de la Seguridad Social y constituyendo el gasto presupuestario más importante con diferencia. Pero, por fortuna, «técnicamente» no incrementaría el enorme déficit presupuestario ni la deuda externa, porque unos avisados burócratas respaldados por miembros del Congreso igualmente astutos consiguieron que la financiación adicional de la defensa se aprobara de acuerdo con una ley suplementaria que técnicamente no estaba incluida en el presupuesto oficial. Y en Washington D.C. lo técnico era lo único que importaba.

«Para que la siguiente generación pueda ocuparse de la realidad», comentó un político en activo que exigió permanecer en el anonimato apelando a su deseo de seguir siendo, precisamente, un político en activo.

Tras firmar la ley presupuestaria en una grandiosa ceremonia en la Casa Blanca, el presidente, asediado, cuyas posibilidades de reelección seguían peligrando después de que se le hubiera tachado de demasiado benévolo con los rusos, convocó una rueda de prensa en la que dijo, en los términos más rotundos posible, que: «Ahora, cualquiera que intente perjudicar los intereses de los Estados Unidos de América nos encontrará soberbiamente preparados para hacer lo que sea necesario con objeto de defendernos plenamente. Y que Dios continúe bendiciendo a los Estados Unidos de América». De inmediato subió once puntos en el siguiente sondeo de opinión de voto. No había nada como el ruido de sables para ganarse la confianza del electorado.

Ares Corp. lanzó una nueva campaña publicitaria minuciosamente diseñada y pulida durante meses. No alardeaba del nuevo contrato ni del dinero que implicaba. La agencia de publicidad neoyorquina encargada de crear el mensaje lo consideró grosero. El narrador meramente decía: «Los Estados Unidos de América y Ares Corporation. Juntos, somos invencibles». Era toda una declaración y su mensaje

implícito quedaba perfectamente claro: Ares acababa de ponerse a la altura de la única superpotencia que quedaba en el mundo. La sencilla narración iba seguida de imágenes en blanco y negro de corte clásico de aviones en pleno vuelo, carros de combate que avanzaban y barcos que surcaban el mar junto con imágenes de soldados de gesto adusto que se arrastraban por el barro para defender su país, todo ello con la música de una canción muy popular.

Se rumoreaba que, en los grupos de muestreo previamente establecidos para calibrar el impacto emocional del anuncio, la gente lloró en sus butacas. En ciertos círculos publicitarios se comentaba entre susurros que eran los cincuenta millones de dólares mejor gastados por Nicolás Creel.

Todo iba exactamente tal y como lo habían planeado Creel y Pender.

Todo salvo por un pequeño bache inesperado en el camino que a la larga no haría sino mejorar las cosas.

A medianoche, hora de Mongolia, un general del ejército ruso recibió una serie de órdenes confusas que interpretó como una autorización para lanzar un ataque de tanteo contra China. Siendo como era un mando entusiasta que nunca había entrado en combate y detestaba a más no poder todo lo que sonara a chino, lanzó de inmediato dicho ataque de sondeo sin molestarse en pedir la confirmación de sus superiores en la cadena de mando. Su artillería bramó alcanzando objetivos previamente designados mientras en las alturas los MIG irrumpían con autoridad en el espacio aéreo chino. Y esos MIG no tardaron en toparse con aviones de combate chinos que, irónicamente, habían sido sometidos legalmente a un proceso de retroingeniería a partir de la familia de aviones MIG, con autorización de Rusia. Así que, en esencia, los pilotos de ambos bandos volaban en los mismos aparatos. De acuerdo con esta igualdad, los reñidos y confusos combates aéreos subsiguientes culminaron con un empate en el que cada bando perdió dos aparatos.

Los chinos, un tanto mosqueados, por no decir otra cosa, por este puñetazo en la cara propinado por los rusos, lanzaron de inmediato un contraataque. Durante las seis horas siguientes los dos ejércitos se lanzaron mutuamente todo lo que tenían.

Una vez concluida la refriega, además de los aparatos perdidos, el ataque de «tanteo» dejó en su estela una ciudad rural china pulverizada y dos mil ciudadanos muertos. Asimismo, diez carros de combate, veinte transportes blindados de personal, cuarenta piezas de artillería y novecientos soldados de uniforme chino fueron aniquilados al caerles encima un millón de proyectiles rusos de diverso calibre, aunque erraron muchos más de los que alcanzaron su objetivo.

En el bando ruso, seiscientos civiles que por desgracia se vieron atrapados justo entre los dos ejércitos, perecieron, la mayoría todavía en la cama cuando la artillería alcanzó sus casas. Junto con esta carnicería colateral, saltaron por los aires ocho carros de combate, fueron derribados seis helicópteros, doce vehículos de transporte de tropas quedaron aplastados, 412 soldados fueron abatidos y toda una batería de artillería quedó reducida a cenizas por efecto de un ataque directo con cohetes que

había prendido un depósito de combustible adyacente. Como una interesante nota al margen, esta conflagración también se cobró la vida del general ruso que había iniciado todo el follón sobre la base de unas órdenes que, al examinarlas más a fondo, sólo le daban instrucciones de que lanzara un ataque semejante en el caso de que él fuera atacado antes.

Por lo visto, todo estribaba en los detalles.

Los ejércitos, sin resuello y ya con neurosis de guerra, volvieron a retirarse a sus respectivos campos para reagruparse y sopesar qué demonios había ocurrido.

Si aquello iba a ser el principio de la Tercera Guerra Mundial, desde luego era un inicio muy poco halagüeño.

Nicolás Creel, junto con la madre superiora, levantaron ceremoniosamente la primera paletada de tierra de cara a la construcción del nuevo orfanato entre las aclamaciones de la prensa y el público italianos. Una vez hecho eso, y tras palmear la cabeza de huerfanitos agradecidos, y después de ser objeto de agasajos especiales, y luego leer unas breves declaraciones a los periódicos, y estrechar la mano del alcalde y otros dignatarios, Creel se retiró al *Shiloh* para disfrutar de lo bien que iban las cosas.

Los rusos habían atacado China y los chinos habían contraatacado. Mientras buscaba en la Red informaciones relacionadas con el último incidente, vio con deleite que ya las había a miles, y más a cada minuto que pasaba. Eso no haría sino cimentar sus contratos con los dos países y animar a otras naciones, aún indecisas sobre el rearme, a decantarse por enseñar músculo. Estaría más que encantado de responder a sus necesidades.

Aunque era cierto que los norteamericanos, británicos y franceses estaban llevando a cabo esfuerzos diplomáticos para forjar un alto el fuego y una reconciliación entre los dos países en liza, Creel sabía que era un poquito demasiado tarde. Se había convocado una cumbre esa misma semana en Londres. Sin embargo, las dos naciones enfrentadas no habían accedido a asistir. Y aunque asistieran, cosa improbable tras este último incidente, daría lo mismo.

La llamada de teléfono que recibió le borró la sonrisa de la cara. Era Caesar. La misión en el cementerio de Durlach no había ido según lo planeado. De hecho, se había desviado de lo planeado tanto como era posible.

—Un hombre muerto, otros dos detenidos —dijo Creel, repitiendo el informe de Caesar—. Doy por sentado que los individuos que contrataste no sabían nada de utilidad, ¿no?

—Nada —reconoció Caesar con firmeza—. Sé que es un revés, pero los atraparemos, señor Creel, se lo garantizo. Estamos cerca, muy cerca.

—Eso pensaba yo antes, Caesar. Y fíjate dónde estamos ahora.

Colgó, respiró hondo, miró por el ojo de buey apuntado hacia el emplazamiento del nuevo orfanato y telefoneó a Pender.

—Abre el grifo, Dick —le ordenó—. Quiero ver cómo los medios rebosan de munición vitriólica en apoyo a esta nueva guerra.

—Sin que haya estallado ninguna guerra en realidad —observó Pender con cautela.

—Una guerra fría, Dick —señaló Creel con impaciencia—. Gano más dinero cuando no se efectúa ningún disparo.

—Pero sí que se han efectuado disparos.

—Una estúpida escaramuza sin importancia que, según mis fuentes, acojonó a ambos bandos. Ahora podemos prepararnos para una larga y agradable fase de rearme.

—Y si entran en guerra de verdad, ¿qué?

—Dick, tú haz tu trabajo y deja que me preocupe yo de las consecuencias, ¿lo recuerdas? Y si entran en guerra, bueno, tampoco va a ser el fin del mundo. Necesitarán armas con las que luchar y todo aquello que usen tendrán que sustituirlo. Y si se muelen a palos mutuamente, ¿qué más da?

—Pero ¿y las armas nucleares? Tienen armas nucleares.

—Destrucción mutua asegurada, Dick. Ni Moscú ni Pekín quieren desaparecer. Por eso no podría hacer algo así con los musulmanes. A ellos parece traerles sin cuidado desaparecer siempre y cuando también sean aniquilados todos los demás. ¿Lo ves, Dick? Incluso en la guerra hace falta una actitud civilizada para que todo funcione de veras. ¡Ahora, abre el grifo!

Creel colgó y Pender dio a su equipo instrucciones inmediatas de que tocaran todos los registros. La misión había sido un reto para Pender, pero Creel siempre suponía un reto. Pender abrió su libro de jugadas oficial y soltó al galope todos sus caballos. Iba a enseñarle a Creel con toda claridad lo que significaba abrir los grifos. No habría agencia de noticias en todo el mundo que no le prestara atención. Resonarían por el planeta más mentiras que en cualquier otro momento de la historia. Sería el punto culminante del maestro de los gestores de percepción.

Ahora que el éxito definitivo estaba al alcance de la mano, Pender consideró lo elevada que sería la prima para su empresa, para él, en realidad. Creel no se manejaba con calderilla. ¿Cincuenta millones? ¿Cien millones? Pender siempre había ansiado dos posesiones por encima de cualquier otra cosa: su propio yate y su propio avión. No del mismo nivel que los Creel, claro. Algo así siempre estaría fuera de su alcance. Sin embargo, un reactor Gulfstream V y un elegante barco de cuarenta metros de eslora de construcción italiana con dos cubiertas serían perfectos. Hoy en día esas dos naves eran lo que de veras hacía falta para decir que se había triunfado a lo grande. Y Pender quería decirlo a boca llena.

Soñó despierto con esa posibilidad unos minutos más hasta que sus sueños se precipitaron hacia una pesadilla.

En la pantalla de su ordenador apareció un mensaje del ayudante de campo de Pender, que decía: «Actualización del blog la Marmolería de Pablo». La página del bloguero había recibido un correo que, a juicio del ayudante, Pender tenía que ver de inmediato.

Pender lo abrió y empezó a leerlo mientras dividía su atención entre varias tareas. En cuanto terminó la primera frase, se centró por completo en el correo.

«Sé quién es y lo que ha hecho. Quiero que nos veamos cara a cara o me retractaré del artículo y escribiré la auténtica verdad. K.J. p.d. Buen intento lo de Lesnik. Y la próxima vez que monte un blog falso, recurra a alguien que sepa lo que se trae entre manos».

Se esfumaron al instante todos sus pensamientos sobre reactores y yates. En su libro de jugadas no había ningún contraataque ante algo así.

El maestro de los gestores de percepción acababa de toparse con su peor miedo.
La verdad estaba literalmente mirándolo a la cara.

Shaw miraba la pantalla del ordenador por encima del hombro de Katie. Habían enviado el correo diez minutos antes y esperaban haber recibido una respuesta para entonces.

—¿Lo vuelvo a enviar? —le preguntó Katie.

—No. —Aunque él parecía también un tanto nervioso.

Por suerte, no tuvieron que esperar mucho más.

El mensaje era breve.

«¿Qué quiere?».

Katie y Shaw cruzaron una mirada.

—Responde —la instó Shaw.

«Cara a cara», tecleó Katie.

«Imposible», decía la respuesta.

«Entonces, escribiré mi nuevo artículo».

«Nadie la creará», fue la réplica.

«Puedo ser muy convincente. Y hay hechos que respaldarán mi versión y harán pedazos su plan».

«¿Qué hechos?».

«Se lo diré en persona».

«No pienso acceder. Podría ser una trampa».

Shaw y Katie volvieron a mirarse. Claro que era una trampa.

«Entonces, por teléfono».

La respuesta no llegó de inmediato:

«¿De qué quiere hablar?».

«De dinero», tecleó Katie, que añadió nada menos que tres signos de exclamación. «Dinero a cambio de mi silencio».

«Eso podemos hacerlo por correo».

«Quiero oírle sudar».

Katie sonrió ante su metáfora, intencionadamente confusa.

Transcurrió un largo minuto mientras miraban ansiosos la pantalla.

«¿Cuándo?».

Katie dio unas palmadas.

«Esta noche. A medianoche en la costa oeste de EE. UU.». Escribió un número de móvil imposible de rastrear que le había facilitado Shaw.

—Seguro que sospecha que intentaremos localizar la llamada cuando esté al teléfono —dijo ella.

—Se servirá de un teléfono esterilizado, convencido de que si rastreamos la señal y establecemos un objetivo entre repetidores, sigue siendo un área muy amplia.

—Bueno, ¿no lo es? —preguntó Katie.

—El mundo no es ni remotamente tan grande como se cree la gente. De hecho, es

bastante pequeño. Si logramos rastrear su señal, eso nos permite acotar la búsqueda más o menos a una manzana urbana. Una vez que tengamos esa información, Frank puede enviar a sus hombres sin pérdida de tiempo. Con sus contactos, cuenta con recursos prácticamente en todas partes.

—Sigue siendo un área bastante grande en la que buscar, Shaw.

—Cierto, pero es mejor que nada. Y es posible que tengamos suerte.

Pender se recostó en el asiento de su despacho tras terminar su conversación digital con Katie James. Tenía que ser ella, claro, la maldita periodista.

Las iniciales al final del correo, K y J. La amenaza de retractarse de su artículo.

Debería haber llamado de inmediato a Nicolás Creel, pero no podía. A todas luces había metido la pata al crear el blog falso, porque esa condenada lo había calado de inmediato. No podía permitir que Creel se enterase. Nunca había visto en persona lo que Creel había hecho a subordinados que le habían fallado, pero había oído rumores más que suficientes. Se encargaría de solucionarlo él mismo. No era más que una llamada de teléfono y tomaría todas las precauciones necesarias para que no lo localizaran. Era imposible que consiguieran rastrearlo.

No era más que dinero lo que quería, y eso resultaba factible. Sin duda James se mostraría razonable en sus peticiones. Aunque fueran millones, se limitaría a restarlo de su prima. Después de todo, tampoco necesitaba el yate y el avión privado. Pero ¿y si seguía volviendo a por más dinero? Tal vez tendría que hacer algo al respecto. ¿Matarla?

Pender respiró hondo mientras los nervios se le empezaban a agarrotar columna abajo. Nunca le había ocurrido nada parecido. Estaba acostumbrado a permanecer en segundo plano, nunca en las trincheras. Pero saldría bien parado. Era el maestro en su especialidad. Al final terminaría por ganar.

Y lo mejor de todo era que Nicolás Creel ni siquiera tenía por qué enterarse.

Rogó a Dios que no se enterara nunca.

Al lado de la mesa a la que estaría sentada Katie cuando hiciera la llamada, Shaw había dispuesto un reloj bien grande con pantalla de diodos luminosos que indicaba minutos y segundos. Shaw sostenía una cámara de vídeo con la que enfocaba a Katie y el reloj; también llevaba puestos unos auriculares.

—Mantenlo al habla tanto como te sea posible. Una vez que localicen la ubicación de los repetidores pueden calcular una ubicación más exacta y enviar un equipo.

Justo a medianoche sonó el teléfono y Shaw empezó a grabar el reloj mientras Katie respondía.

—Justo a tiempo —dijo ella por el auricular.

—¿Qué sabe? —preguntó una voz secamente.

—Más de lo que le gustaría.

—¿Cuánto quiere?

Shaw hizo un gesto a Katie.

—Que siga hablando —le indicó moviendo mudamente los labios mientras escuchaba al hombre en el otro extremo de los auriculares.

—¿No quiere saber cómo lo he averiguado? —dijo—. Por si la próxima vez quiere evitar que ocurra nada parecido.

—Muy bien, ¿cómo? —preguntó Pender.

Katie se tomó su tiempo para explicarle lo de Lesnik, el servicio averiado, las incongruencias del relato, y por último la imposibilidad de que hubiera hecho lo que aseguraba.

—Deberían haberlo llevado al edificio —le aconsejó—. En vez de facilitarle la información después.

—Entonces ¿por qué escribió el reportaje si sabía que no era verdad?

—Acabo de enterarme.

Shaw sacudió la cabeza al oír la voz de Frank por los auriculares y señaló a Katie:

—Va en un coche en marcha. Dile que se detenga. ¡Ahora!

Katie le gritó de inmediato:

—¡Salga de la carretera!

A Pender lo dejó tan pasmado su observación y su exigencia que a punto estuvo de sacar de la carretera de un volantazo el voluminoso Mercedes que conducía antes de recuperar el control.

—¿Cómo demonios sabe que voy en coche? —siseó con recelo.

—Como le he dicho, la comunicación se corta. Yo no me estoy moviendo, así que debe de ser usted. Y además, se oye ruido de tráfico de fondo. Ahora aparque para que pueda oírlo con claridad. Más vale que no haya ningún malentendido, ¿de acuerdo?

—Deme un momento. —Pender aún sonaba poco convencido. Tomó la siguiente

salida y preguntó—: Bueno, ¿cuánto?

—Veinte millones de dólares, y considérela un chollo.

—No es ningún chollo. Es un montón de dinero.

—Bueno, es que está metido en un lío impresionante. Pero si no quiere pagarme, vale. Dementiré mi artículo y escribiré el auténtico.

—¿Y cuál es?

—Lo podrá leer a la vez que el resto del mundo. Pero el planeta entero sabrá que los rusos no tuvieron nada que ver con la masacre de Londres y los chinos no están detrás de la «amenaza roja». Y entonces todo este asunto de la guerra se irá al garete. De eso se trata, ¿verdad? ¿De la guerra?

Pender estaba sudando a raudales. Veinte millones de dólares.

—Me llevará un tiempo reunir el dinero.

—Nada de eso, lo quiero dentro de veinticuatro horas. Tengo una cuenta en un paraíso fiscal; qué sorpresa. Puede anotar las instrucciones de envío. Sé que hará la transferencia de manera que no pueda rastrearse, pero eso me trae sin cuidado. Yo sólo quiero la pasta.

—No lo puedo hacer tan deprisa. Necesito más tiempo.

—¿Cuánto tiempo más?

—Una semana.

—Setenta y dos horas. Y considérese afortunado. Me muero de ganas de irme de vacaciones.

—¿Está harta de ser periodista? —se mofó Pender.

—Prefiero con mucho ser rica.

—Cinco días —replicó él.

—¡Las negociaciones están cerradas! Tres días o su plan se va al cuerno.

—Dudo que un artículo suyo pueda cambiar el curso de una marea global tan abrumadora.

—Muy bien, no me pague y veremos qué ocurre. Adiós.

—¡Alto, espere!

—Lo escucho.

—De acuerdo. Tres días. Pero permítame que le dé un consejo, señora James. Si hace algo tan increíblemente estúpido como jugarnos una mala...

—Lo sé, lo sé. No será agradable. No se preocupe. Ya tengo mis Pulitzer. Lo único que quiero ahora es lo mejor que puede ofrecer la vida.

Le facilitó la información bancaria y miró a Shaw, que hacía el gesto de rebanarse su propio gaznate.

—Es un placer hacer tratos con usted —comentó Katie antes de colgar.

Miró a Shaw, que apagó la cámara de vídeo.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Los barrios residenciales al oeste de Washington D. C.; en Dulles Toll Road entre las salidas hacia Reston Parkway y Wiehle Avenue.

—¿Lo saben tan rápido?

—Hay dos repetidores allí mismo. Es fácil localizar la llamada. Habría estado mucho más seguro en un hotel concurrido donde hubiera demasiadas señales para rastrear a una persona en concreto.

—Vale ¿pero por qué no limitarse a localizar el número que ha utilizado?

—Lo hemos localizado. Ha intentado bloquear el número, por eso no ha aparecido en nuestra pantalla, pero teníamos un interceptador inalámbrico en tu teléfono. Ha anulado su bloqueo, obtenido el número y sesenta segundos después ya teníamos al titular.

—¿Quién era?

—Según Frank, un sacerdote de ochenta y seis años en Boston que, estoy prácticamente convencido, no va por el mundo provocando guerras y no tiene la menor idea de quién le robó el número de teléfono.

—Entonces ¿de qué nos sirve saber que ese tipo iba por la carretera que has dicho? ¿Han podido localizar su coche? Shaw negó con la cabeza.

—La tecnología no ha llegado hasta ese punto. Sería lo mismo que intentar localizar con precisión a una persona.

—Bueno, ¿cómo vamos a dar con ese tipo, Shaw? —preguntó, exasperada.

Shaw dio unas palmaditas a la cámara de vídeo.

—Usando esto.

—¿Eso? Has estado grabándome a mí junto al reloj.

—Así es.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tomamos un avión a Washington.

Cogieron un vuelo a Estados Unidos en un avión privado que Frank se las había arreglado para conseguirles. El avión tenía suficiente autonomía de vuelo para llevarlos hasta Washington sin repostar, así que se acomodaron para el vuelo de siete horas y pico.

Ed Royce, del MI5, los acompañaba. Shaw y Katie se abrocharon el cinturón en sus asientos de cola mientras Frank y Royce repasaban unos detalles varias filas más adelante.

Katie se abrigó con una manta. Tomó un sorbo de su refresco y volvió la mirada hacia Shaw mientras seguían su tranquila trayectoria de vuelo sobre el Atlántico.

—Desde luego esto es mejor que aquella travesía por el Mar de Irlanda en montaña rusa, ¿eh? —bromeó.

Shaw asintió, aunque sin apartar la vista del asiento de delante.

—¿De verdad crees que vamos a encontrar a quien está detrás de esto? —le preguntó Katie.

Shaw volvió la mirada hacia ella.

—Si tenemos suerte, tal vez. Pero averiguarlo y luego hacer algo al respecto son dos cosas muy distintas.

—¿Te refieres a pruebas que sean sólidas ante los tribunales? —En vez de aclarar a qué se refería, Shaw desvió la mirada otra vez—. ¿Estás bien? —le preguntó Katie, que le tocó el hombro. Era su brazo herido, así que lo hizo con sumo cuidado.

—Sí, estoy bien —respondió él sin mucho convencimiento.

—Cuando hayamos dilucidado todo esto y los indeseables estén entre rejas, creo que voy a ir a ver a mis padres.

—¿Dónde están?

—En Vermont, al menos la última vez que lo comprobé. Les gusta desplazarse. Creo que me viene de ahí el ansia de ver mundo.

—¿A qué se dedican?

—Mi padre es profesor de literatura. Da clases de escritura creativa. Por eso mi segundo nombre de pila es Wharton. Edith es una de sus escritoras preferidas. En realidad me bautizaron en honor a Katherine Chopin, pero la gente siempre me ha llamado Katie. Mi padre se crió en Washington, pero fue a la universidad de Stanford. Allí conoció a mi madre. Obtuvo el doctorado y empezó a dar clases en Harvard. Mi madre también dio clases allí hasta que empezaron a llegar los niños.

—¿Cuántos?

—Cuatro, contándome a mí. Soy la menor. Nací en Harvard Square, literalmente. Después de tres críos supongo que mi madre imaginó que podía esperar hasta el último segundo para ir al hospital. Ella y mi padre iban camino del coche cuando rompió aguas. Acabé naciendo en un aula desocupada. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Acabo de divulgar algunos detalles sobre mi asombroso pasado. Ahora te toca a ti.

—No, gracias.

—Anda, venga, Shaw, no voy a salir corriendo para escribir un artículo al respecto. Cuéntame algo acerca de tu familia.

—Vale. No conservo ningún recuerdo de mi madre aparte de los imaginarios porque se deshizo de mí cuando tenía unos dos años, al menos eso me dijeron luego. No conocí a mi padre. Viví en un orfanato hasta que me echaron a los seis. Los doce años siguientes los pasé con gente que no tengo motivos para recordar. No tengo hermanos ni hermanas, al menos que yo sepa. Así que ya lo sabes todo sobre mí.

Le dio la espalda.

Katie se quedó pasmada.

—Lo siento.

—No hay motivo para que lo sientas.

—Pero debió de ser muy duro.

—Probablemente es lo mejor que me ha ocurrido.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque me enseñó desde el principio a confiar únicamente en mí mismo —respondió con firmeza.

Katie se abrigó mejor con la manta mientras Shaw volvía a centrar su atención en el asiento delantero.

—¿Qué piensas hacer cuando todo esto haya terminado?

—Depende de cuál sea el desenlace.

—Me refiero a si los dos salimos andando y todavía respiramos.

—Lo cierto es que no me he planteado nada tan remoto —dijo él.

Katie desvió la mirada hacia la parte delantera del avión donde Royce y Frank estaban sentados a una mesita revisando unos documentos.

—Pero no seguirás con Frank, ¿verdad? Tienes que dejarlo, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Es que no lo entiendes? Ya es demasiado tarde para mí.

—Pero Shaw...

Apartó la mirada de ella, echó atrás el respaldo del asiento, cerró los ojos y se durmió.

Katie lo estuvo contemplando un rato antes de volver la cabeza para mirar por la ventanilla. El cielo estaba negro, el amplio océano diez kilómetros más abajo, invisible. Había tomado miles de vuelos a lo largo de su vida, y, por alguna razón, había tenido frío en todos y cada uno de ellos.

Aun así, Katie nunca había percibido el hielo en las venas que notaba en esos instantes.

Frank, Royce, Shaw y Katie estaban sentados en una sala viendo la proyección de vídeo que ocupaba la pantalla de gran tamaño. Ahora entendía Katie de qué había estado hablando Shaw.

—Hay cámaras de vídeo montadas en postes a lo largo de toda la autopista —explicó Shaw—. Son tanto para supervisar accidentes y retenciones de tráfico como para vigilar en plan Gran Hermano, pero resultan muy útiles para lo que queremos hacer.

Otra pantalla mostraba el vídeo que había grabado Shaw de Katie hablando con Pender con el reloj luminoso claramente visible.

—Bien —dijo Shaw—. Pon en marcha el vídeo de la autopista a la vez que la grabación que hice yo.

Comenzaron los vídeos y el tiempo fue transcurriendo. A medianoche seguía habiendo tráfico en la Interestatal 66. Washington era una de esas ciudades con tráfico permanente, pero los vehículos no iban amontonados.

—Ahí está la posición de salida de la señal de móvil interceptada —señaló Frank en la pantalla—. Es un trecho de aproximadamente kilómetro y medio entre esas dos salidas.

—Parece que los coches van a unos cien kilómetros por hora —calculó Shaw—. Así que tiene un minuto para recorrer esa distancia mientras habla. —Miró el vídeo de Katie y el reloj digital, y luego le explicó a Royce—: En cuanto Frank me dijo que habían localizado la señal en la autopista y que ese tipo estaba en movimiento, indiqué a Katie que pusiera en marcha la maniobra de obligarle a que sacara el coche de la carretera. Para entonces llevaban seis minutos y tres segundos de conversación.

—Me pareció oír chirridos de llantas por el móvil cuando se lo dije —señaló Katie—. Y también un bocinazo.

—Estamos llegando ahora a esa franja de tiempo —observó Shaw. Hizo una pausa—. Cinco, cuatro, tres, dos.

Se interrumpió y todos miraron fijamente el vídeo de la autopista.

—¡Ahí! —saltó Royce, que señalaba hacia el carril de la izquierda donde un Mercedes negro se metía de un bandazo en el carril central y a punto estaba de chocar contra una furgoneta.

Frank habló por unos auriculares.

—Cierra el *zoom* sobre el Mercedes negro que casi se lleva por delante la furgoneta y luego congélalo.

Unos momentos después la imagen del Mercedes aumentó de tamaño hasta ocupar casi por completo la pantalla. Por desgracia, el ángulo no era muy bueno; el conductor, aunque evidentemente era un hombre, cosa que ya sabían, no resultaba bien visible.

—Es blanco —observó Shaw—. Delgado, con el pelo entrecano, aunque la jamba

de la portezuela le tapa la cara. Parece que está hablando por teléfono.

—Probablemente igual que el noventa por ciento de la gente en esa carretera —dijo Katie.

Frank dio instrucciones al técnico y probaron diferentes ángulos, aunque sin mucho éxito.

—Sigue adelante con la grabación. Salió al arcén después de que Katie hablara con él. Es posible que podamos verlo bien o averiguar la matrícula.

Por desgracia, no fue así. El Mercedes había abandonado la carretera, tomando la siguiente salida, pero el resto del tráfico había bloqueado cualquier otra imagen. No podían ver al individuo ni la matrícula después de que abandonara la autopista.

—Es un Mercedes S500 negro —dijo Frank—. Eso reduce un tanto la búsqueda. Daremos por sentado que lleva matrícula de Washington, Maryland o Virginia y nos pondremos a rastrear las bases de datos de automóviles.

—Es un área muy rica —señaló Katie—. Me parece que vais a encontrar más S500 de los que pensáis. Y sencillamente suponéis que es de la zona. Podría ser de cualquier estado, porque no hemos visto la matrícula. Podríamos estar hablando de cientos o miles de personas.

—Tiene razón —reconoció Royce.

—Posiblemente haya una manera más sencilla —sugirió Shaw—. Es una carretera de peaje.

Frank chasqueó los dedos.

—Seguro que tienen una cámara para grabar a los que no pagan. Y si no la tienen, me apuesto lo que sea a que hay un dispositivo de peaje electrónico. Eso nos permitirá acceder a un registro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que paga los peajes con tarjeta? —preguntó Royce.

—Un S500 vale más de cien de los grandes. Si te gastas tanto en un cachivache, seguro que no hurgas en tus elegantes bolsillos en busca de calderilla.

—¿Pero no existe la posibilidad de que el coche diera un bandazo para evitar un accidente? —sugirió Royce—. ¿Y de que no tenga nada que ver con esto?

—¿Y luego abandona la autopista a toda velocidad en el momento en que Katie le indica que lo haga? No, es él —aseguró Shaw—. Ya has oído el chirrido de neumáticos y el bocinazo, y la secuencia temporal encaja exactamente con la grabación que hice yo.

—Podemos hablar con los del peaje y obtener un registro de esa cabina a las... —Frank miró el reloj—, a las doce y siete minutos.

—Si le echamos el guante a ese tipo, el asunto queda zanjado —dijo Royce—. Lo detenemos, lo extraditamos de vuelta a Londres y lo encerramos a él y a sus cohortes para toda la eternidad, maldita sea.

—Eso es —asintió Frank.

Katie observó con nerviosismo a Shaw, que miraba hacia otra parte con expresión

pétreo.

«Yo no lo veo así», pensaba Shaw.

Había tenido que vender acciones y bonos, liquidar fondos de pensiones, desplumar cuentas corporativas y rebuscar en cajas de seguridad, pero Pender había reunido los veinte millones. Dos días después de haber hablado con Katie James madrugó. Ahora tendría que hacer los preparativos necesarios para la transferencia bancaria. Aguardaba con desesperación que la prima de Creel se acercara a las diez cifras para compensarlo por estos gastos. Después, confiaba en poder dejar atrás el desagradable asunto.

Divorciado, con dos hijos en la universidad y otro en último año de secundaria en un instituto privado de élite en Washington, Pender vivía en una mansión en McLean, Virginia, que había sido hogar de muchos de los políticos famosos (o infames, según la perspectiva de cada cual) del área de Washington. Le encantaba su libertad, estaba inmerso en su trabajo y sus únicos encuentros sexuales eran fortuitos, implicando de tanto en tanto a alguna empleada joven que intentaba abrirse paso aunque para ello tuviera que abrirse de piernas. Lo prefería así, sin compromisos. Nunca había entendido que un hombre tan inteligente como Nicolás Creel se fuera casando con una mujer tras otra cuya cabeza contenía tanta materia gris como sus pechos.

Disponía de los veinte millones, cierto, y pensaba hacer la transferencia, pero ¿y si James seguía adelante y escribía el artículo? ¿O si pedía más dinero? O peor aún ¿y si se enteraba Creel?

Saldría bien. Tenía que salirle bien.

Se dio una ducha, se vistió, se tomó de un trago un vaso de zumo de naranja, cogió el maletín y salió.

Al llegar al garaje, el mundo de Dick Pender se tornó negro de súbito.

Despertó varias horas después, tumbado en un catre en un cuarto pequeño. La única luz provenía de una brillante lámpara sin pantalla encima de una mesa. Al incorporarse y recorrer lentamente con la mirada la habitación, alcanzó a percibir que había alguien con él, detrás de la cortina de luz de la lámpara. Levantó la mano para protegerse los ojos de la intensa luminosidad.

—¿Qué demonios ocurre? —dijo con toda la valentía que consiguió reunir, que no fue mucha, ya que tenía la voz quebrada, le temblaban los labios y estaba a punto de hiperventilar.

El hombretón de aspecto furioso salió de detrás de la luz y Pender se encogió de inmediato contra la pared.

Le llegó una voz procedente de alguna parte, no hubiera sabido decir de dónde.

—Sólo lo hemos traído aquí por su seguridad.

Se abrió la puerta, se encendieron las luces del techo y Pender parpadeó varias veces en rápida sucesión. El rostro se le demudó al ver quién entraba en el cuarto.

—¿Usted? —dijo Pender.

—Yo —respondió Nicolás Creel, con Caesar plantado a su lado en silencio.

Aunque por lo visto el gobierno podía espiar a sus ciudadanos sin necesidad de una orden de registro emitida por un juez, determinar si cierto coche había pasado por cierto peaje en cierto momento resultaba mucho más problemático.

Shaw y los demás averiguaron que la cámara de vídeo en la cabina del peaje por el que había pasado Pender no funcionaba. Por lo visto, tantos conductores se habían saltado el peaje sin pagar, habían sido filmados, recibido una multa por correo y se habían negado a pagarla que los responsables de la autopista sencillamente se habían dado por vencidos. Ahora la cámara no era más que una medida disuasoria, según les explicaron. Sea como fuere, todo el mundo sabía que no estaba en funcionamiento porque un periódico local había publicado un artículo al respecto, así que ni siquiera de elemento disuasorio servía.

Frank había acudido después a la compañía de pago electrónico del peaje. Se habían mostrado reacios a facilitarle la información a pesar de sus credenciales. Frank había pedido ayuda a la policía de Virginia, y con su respaldo oficial, hizo otra tentativa de obtener la información. Entonces les explicaron que por lo visto se había producido un fallo técnico del servidor, un virus electrónico o una eliminación involuntaria de ficheros que sufrían de vez en cuando. Estaban trabajando para solucionarla y se pondrían en contacto con ellos más adelante.

—¡Se pondrán en contacto con nosotros! —gritó Frank por teléfono cuando se lo dijeron—. ¿Que se pondrán en contacto con nosotros? ¿El puto mundo está a punto de saltar por los aires y se pondrán en contacto con nosotros?

La mujer al otro extremo de la línea le advirtió a Frank que su tono estaba fuera de lugar y que estaban haciendo todo lo que podían, pero que los ordenadores no eran perfectos.

—Bueno, cielo —respondió Frank—, para cuando todo esto haya terminado y el mundo haya tocado a su fin, ¿a quién hostias le importarán los ordenadores imperfectos?

Por lo visto la mujer no escuchaba sino que leía un guión. Le deseó a Frank que tuviera un buen día y le dijo que si tenía alguna otra pregunta o duda estaría encantada de ayudarlo porque el servicio al cliente era su mayor prioridad.

Frank colgó de golpe y se habría mesado los cabellos de haberle quedado alguno.

Miró a los demás:

—¿Y ahora qué? ¿Esperamos a que lancen el primer misil nuclear?

Royce se encogió de hombros.

—¿Que alternativa hay?

Shaw se puso en pie.

—Podemos indagar un poco por nuestra cuenta.

—¿Qué clase de indagación? —preguntó Frank.

—Cavando en la tierra —respondió Shaw al tiempo que cerraba la puerta a su

espalda.

Katie miró a los otros dos.

—¿Qué le ocurre? —se interesó Royce.

—Lo ha pasado muy mal —respondió ella a la defensiva.

—Todos lo hemos pasado muy mal —bufó Frank.

Katie no lo oyó, pues había salido a toda prisa detrás de Shaw.

Una vez fuera, lo alcanzó cuando iba pasillo adelante.

—¿Shaw?

Se detuvo y dejó que Katie se pusiera a su altura.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó.

—Justo lo que he dicho. Cavar. —Echó a andar de nuevo.

Ella tuvo que dar unos saltitos para seguir sus largas zancadas.

—¿Pero cómo, dónde? Tampoco es que puedas sacarte a ese tipo de un sombrero.

—Nunca se sabe.

—¿Tienes que ser siempre tan reservado, maldita sea? Porque lo cierto es que puedes ser de lo más frustrante. —Le puso una mano en el brazo—. ¿Y puedes pararte un momento? Hace una temporada que no corro ninguna maratón.

Shaw la miró de frente.

—No te pido que me ayudes.

—Lo sé —respondió ella con más calma—. Pero quiero ayudarte. Creía que podríamos librarnos de ese tipo con mi plan.

A Shaw se le despejó el semblante enfurecido.

—Tu plan era estupendo, Katie. Y casi lo atrapamos.

—Entonces ¿puedo ayudarte? La verdad es que no tengo nada más que hacer ahora. Y además, está en juego el mundo entero, ya sabes. —Intentó sonreír.

—De acuerdo, ¿tienes alguna idea?

—Lo único que tenemos es el vídeo del coche. Y creo que merece la pena echarle otro vistazo. Es posible que hayamos pasado algo por alto.

Shaw acabó por encogerse de hombros.

—Haré una copia y podemos volver a mirarla.

—¿Una copia? ¿Por qué no volvemos y la miramos con Royce y Frank?

Shaw no respondió, sino que ya regresaba pasillo adelante.

Creel levantó una pequeña grabadora, la puso en marcha y Pender oyó su conversación telefónica con Katie James otra vez desde el principio.

Con el rostro ceniciento, Pender dijo débilmente:

—¿Lo sabía?

—Claro que lo sabía, Dick. Lo sé todo. Eso ya deberías haberlo entendido a estas alturas. Pender empezó a farfullar:

—Sólo intentaba resolver el asunto sin tener que importunarlo, señor Creel. Tengo el dinero. Todo está listo.

—Aprecio tus esfuerzos, de veras que sí. Sin embargo, el problema con el blog es que fue de lo más desafortunado. Yo esperaba que con el dinero que estaba pagando no ocurriera nada por el estilo. Pero así es la vida. A veces sucede lo inesperado. Lo sé tan bien como cualquier otra persona.

—Pero una vez que le paguemos...

Creel lo interrumpió.

—Por desgracia no es tan sencillo. Dudo mucho que de pronto le interese tanto el dinero a alguien como Katie James. Investigué a esa mujer a fondo antes de decidir utilizarla en mi pequeño plan. Hace años podría haber ganado una fortuna como presentadora en la programación informativa de cualquiera de las cadenas más importantes, pero rehusó. La noticia le importa mucho más que el dinero. Así que no, ni siquiera veinte millones cambiarán la situación.

—Entonces ¿por qué se puso en contacto conmigo?

—Para que la llamas. Cuando la señora James te dijo que salieras de la carretera, aquí mi amigo me dice que abandonaste la autopista como alma que lleva el diablo.

Pender miró fijamente a Caesar.

—¿Me estaba siguiendo?

—Tú respondes las preguntas, Dick.

—Sí, eso hice. Fue desconcertante. Tuve la sensación de que James me observaba.

—Alguien te estaba observando, Dick, sin duda. Y no sólo yo.

—¿De qué habla? ¿Quién me estaba observando?

—Hay cámaras por toda la autopista de peaje. Ella hizo ese comentario para que reaccionaras. Y reaccionaste. Ahora revisarán el vídeo, cronometrarán la conversación y verán que casi tienes un accidente en el preciso momento en que James te dijo lo que dijo. Así podrán localizar el coche.

Caesar añadió:

—Y luego le dijo que abandonara la autopista. Y lo hizo. Precisamente por el peaje.

—Ay, Dios mío. Podrían estar en mi casa ahora mismo. Hace dos días. Yo...

—Tranquilo, Dick. Si las cámaras de la autopista hubieran obtenido una imagen clara de ti, ya estarías detenido. Así que es evidente que no la obtuvieron.

—Pero el peaje... Pagué con tarjeta. Quedaría constancia.

—Por suerte, nos enteramos de ese detalle a tiempo. Hice que unos de mis mejores *hackers* arremetieran contra la empresa que se encarga de los pagos electrónicos en el peaje. Poco después de que pasaras por allí, sufrieron una caída total de sus sistemas de registro.

Pender dejó escapar un suspiro de alivio.

—Como siempre, pensó usted en todo.

—Ahora necesito que hagas algo por mí.

—Lo que sea.

—Vamos a tener que abortar el asunto. Ahora mismo. Quiero que les digas a tus empleados en la sala de operaciones que se vayan a casa. Vamos a eliminar cualquier cosa que pudiera revelar vuestra conexión con la «amenaza roja».

—Mis empleados pueden encargarse de ello, señor Creel. Puedo hacer la llamada ahora mismo.

—A la luz de los recientes acontecimientos, preferiría que se encargaran de ello mis hombres, seguro que lo entiendes.

—De acuerdo, si insiste...

—Y lo mejor de todo es que no tendrás que apoquinar ese dinero, Dick.

—Supongo que así es, Pero entonces escribiré el artículo, dará la auténtica noticia.

—Que la dé. Creo que la situación ha llegado a un punto sin retorno. Los contratos están firmados y China y Rusia están a sólo unos pasos de entrar en guerra, pese a las recientes tentativas diplomáticas. Lo único que puede hacer James es retractarse de su reportaje original. «Me engañaron», dirá. Pero sin corroboración, su credibilidad es nula. Sencillamente quedará como una incompetente.

—Entonces, hemos vencido.

Creel le pasó un brazo a Pender por los hombros.

—Sí, Dick, hemos vencido. Ahora llama a tus empleados y vamos a poner fin a esto.

Estaban en el hotel de Katie revisando el vídeo por enésima vez. Había un carrito del servicio de habitaciones con platos y tazas amontonados, ya que no se habían molestado en salir a comer. Las cortinas estaban echadas y la habitación a oscuras para apreciar mejor todos los pormenores en la pantalla. Habían ampliado todos los detalles de las tomas en el ordenador portátil y los habían diseccionado cuadrícula por cuadrícula.

Y no habían llegado absolutamente a ninguna parte.

Shaw estaba tumbado en el suelo, con la mirada fija en el techo. Katie, exhausta y con los ojos enrojecidos, estaba en la cama deshecha haciendo lo propio con aire sombrío. Se quitó los zapatos, se llegó hasta el carrito sólo con las medias y se sirvió un café.

—¿Quieres? —le preguntó a Shaw.

Él negó con la cabeza y mantuvo la vista pegada al techo.

—Frank ha comprobado la cuenta en el extranjero que dispuso para que fuera transferido el dinero. No hay ni rastro de los veinte millones todavía.

—Estupendo —replicó Katie—. Estoy completamente perdida y además sigo siendo pobre.

Se sentó en la silla delante de la mesa, tomó un sorbo de café y miró la pantalla.

—¿Cuáles son los últimos avances diplomáticos? —preguntó Shaw.

Katie pulsó unas teclas del ordenador, accedió a Internet y leyó las noticias.

—Siguen reunidos en Londres. China y Rusia no han accedido siquiera a enviar delegaciones, pero tienen confianza en que se alcanzará algún tipo de resolución pacífica.

Se desconectó de la Red y volvió a pasar el vídeo del Mercedes, esta vez a cámara lenta. Shaw la miró de reojo.

Llevaba falda, medias y blusa, y se apreciaban en su rostro unas arrugas de concentración.

—Katie, hemos hecho esto hasta la saciedad y no hemos obtenido ningún resultado. Y los malditos responsables del peaje siguen sin decirnos nada. Además, cada minuto que pasa... —Ni siquiera tuvo que terminar la frase.

Katie no escuchaba. De pronto, algo le había llamado fuertemente la atención.

—¡Shaw! ¡Mira!

Se levantó de un salto y se sumó a ella delante de la mesa.

—¿Qué?

—Ahí. —Señaló la parte inferior de la pantalla, donde amplió la cuadrícula correspondiente.

—Es el parachoques trasero del Mercedes, ¿y qué?

—Es un Mercedes negro.

—¿De veras? Cono, yo creía que era blanco —dijo un tanto acalorado—. Ve al

grano.

—Oye, mantén ese mosqueo bajo control. —Tocó la pantalla con la uña—. El coche es negro, pero ese punto es azul, y dorado. —Señaló otra mancha de color—. Y rojo.

—Ya me había fijado. Todos nos hemos fijado. Es una pegatina en el parachoques, pero no se ve nada más. Ninguna letra. Podría ser cualquier cosa. Los técnicos ya lo han ampliado y no han obtenido ningún resultado.

—Eso ya lo sé, pero espera un momento. —Katie pulsaba teclas para ampliar aún más la sección, dejando a la vista una franja roja superior, una línea dorada más breve y un fondo de color azul marino. Apretó otra tecla para cerrar el *zoom* sobre las zonas roja y dorada.

—Eso ya lo hemos visto, Katie —dijo Shaw, estudiando su expresión intensa—. ¿Qué tiene de interesante?

—Cuando lo vi por primera vez, me dio la impresión de que conocía el dibujo, pero no me vino nada a la cabeza, así que supuse que me equivocaba. Pero ahora que lo veo de nuevo, sé que me suena de algo. Lo he visto en alguna parte. Y no sabes lo que me toca las narices... —Miró la chaqueta de Shaw, colgada del respaldo de la silla, y tocó el bolsillo del pecho—. Maldita sea, eso es. ¡Eso es!

Sus manos volaron por encima del teclado. Volvió a conectarse a la Red y llevó a cabo una búsqueda en Google.

Cuando la pantalla ofreció su respuesta a la indagación, Shaw se quedó boquiabierto con la mirada fija en la parte superior de la página.

Era un blasón con una franja roja superior, un escudo azul y una equis dorada con una corona roja en el centro, que parecía una copia calcada de la porción de la pegatina visible en el parachoques.

Shaw leyó el nombre en la parte superior de la pantalla.

—¿Escuela Saint Albans?

Ella asintió.

—¿Te conté que mi padre creció en Washington? Pues bien, fue a Saint Albans. Es una escuela privada para chicos exclusiva en la capital. —Levantó la manga de la americana de Shaw—. Todavía tiene una chaqueta con ese blasón. Es ahí donde recordaba haberla visto. Y apuesto a que nuestro hombre tiene un hijo que asiste o asistió allí.

Un instante después Katie se vio levantada en volandas. Shaw poseía tal fuerza que había sido capaz de hacerlo solamente con el brazo bueno.

—Un trabajo estupendo, Katie —le dijo al oído.

Volvió a posarla en el suelo y centró la atención en la pantalla mientras ella se mostraba un tanto aturdida.

Katie dijo:

—Vamos a contárselo a Royce y Frank. Pueden investigar la base de datos de Saint Albans, obtener una lista de nombres, contrastarla con los registros de

matriculación de vehículos y dar con el Mercedes negro y con nuestro hombre.

—¿Crees que podemos hacer esas averiguaciones sin llamar a Royce y Frank? —
No miró a Katie mientras lo planteaba.

Ella respondió vacilante:

—No lo sé. Probablemente haría falta una orden de registro.

—Pero has dicho que tu padre fue a esa escuela. Eso podría cambiar las cosas.

—Es posible, pero no puedo acceder a la base de datos de tráfico. ¿Y por qué no quieres llamarlos? —preguntó Katie, que miró a Shaw con aire incómodo.

Él se volvió, alzándose por encima de Katie que, inconscientemente, retrocedió otro paso.

—¿Tú qué crees? —dijo sin ambages.

—No sé qué creer.

—Claro que lo sabes. Eres una mujer inteligente. —Asintió hacia la pantalla—. Lo bastante inteligente para haber visto eso cuando todos lo pasamos por alto.

—No puedo ayudarte a hacer lo que te propones, Shaw. —Había en su voz un matiz de queda desesperación.

—¿De pronto te pones en plan escrupulosa conmigo? ¿Te preocupas por los derechos de otros? ¿Inocentes hasta que los abogados procesalistas tapen la verdad para que nadie pueda averiguarla y los culpables salgan impunes?

—Los que hicieron esto me traen sin cuidado. Por mí, ya pueden pudrirse en el infierno.

—Entonces ¿qué problema hay?

—El problema eres tú. Si te tomas la justicia por tu mano, entonces irás a la cárcel. O algo peor aún. No pienso tomar parte en eso. No puedo. —Shaw se sentó a la mesa y bajó la vista hacia la moqueta—. Shaw, no puedes desperdiciar tu vida por algo así.

Shaw no parecía escucharla, pero dijo:

—Creía saber lo que era el auténtico dolor, Katie. Lo que era sufrir como no había sufrido nunca. Pero cuando murió Anna, descubrí exactamente lo que era.

Katie se adelantó y le puso una mano en el hombro.

—Tienes que desahogarte, Shaw, antes de que te destruya.

Se levantó tan de repente que Katie tuvo que retroceder de un brinco.

—Voy a llamar a Frank para decirle que se ponga a trabajar en esto.

—¿Así sin más? —preguntó ella, perpleja.

—Así sin más. De esa manera será más rápido —añadió en tono ominoso.

Mientras él hacía la llamada, Katie escudriñó el blasón de Saint Albans y luego miró a Shaw, que transmitía su averiguación a Frank.

Después de colgar, Shaw dijo:

—Ponte los zapatos. Ya llevamos mucho rato metidos en esta habitación. Voy a llevarte a cenar mientras ellos rastrean la base de datos.

Katie recuperó los zapatos de tacón, se sentó en la cama y se los calzó.

Él le puso una mano en el brazo y la llevó hacia la puerta. Cuando iban por el pasillo, Katie notó que el corazón se le desbocaba. No creía a Shaw. No le creía en absoluto.

Y tenía miedo, aunque no por sí misma.

Tenía miedo por él.

Había ocho familias en la base de datos de Saint Albans propietarias de un Mercedes negro S500 que coincidiera con los registros de matriculación. Shaw, Royce, Frank y Katie estaban en una sala de las oficinas del FBI en Virginia del Norte repasando la lista.

—Dos en McLean. Una en Great Falls. Tres en Potomac. El resto en Washington D. C. Cuatro tienen hijos actualmente matriculados en la escuela —recitó de corrido un agente del FBI.

Katie dejó de observar la pantalla y miró a Shaw, que estaba totalmente centrado en la lista, tanto que le vio pronunciar mudamente palabras para sí.

«Está memorizando los nombres y las direcciones».

—Lo más inteligente —dijo Frank— es dividir nuestras fuerzas y acometerlos a todos a la vez.

—La verdad es que podemos reducir la lista más incluso —dijo el agente—. La casa de Great Falls y el coche están registrados a nombre de una mujer de sesenta y ocho años. Los de Washington son hombres, Stephen Marshall y Sohan Gupta, afroamericano e indio respectivamente. Según dijeron, su hombre era blanco. Podemos ir a ver a éstos más adelante, por si alguien tuvo acceso a sus coches, pero me parece que tiene sentido establecer prioridades.

Frank dijo:

—Eso nos deja a cinco. Dos en McLean, Virginia, y tres en Potomac, Maryland.

—Tramitaremos las órdenes de registro —dijo el agente del FBI—. Eso nos llevará cierto tiempo, teniendo en cuenta que las circunstancias —miró de soslayo a Frank— son un tanto insólitas.

—¿Cuánto? —indagó Royce.

El agente echó un vistazo al reloj.

—Insistiremos, pero mañana por la mañana como muy pronto.

—Adelante.

—¿Apostamos equipos de vigilancia en sus casas? —preguntó Frank.

—Podría hacerles recelar —señaló Shaw—. Y si no tenemos las órdenes de registro como es debido...

—Entonces tendrían oportunidad de destruir pruebas y no podríamos hacer nada al respecto —concluyó Royce por él.

Frank emitió un suspiro y le dijo al agente del FBI:

—Obténgalas tan rápido como pueda.

Katie miró a Shaw justo a tiempo para ver cómo cruzaba por su cara una sonrisa despiadada que desapareció en un instante.

—Quiero ir con vosotros cuando paséis a la acción —dijo.

Frank asintió.

—Pero dejaremos que los chicos del FBI lleven la delantera.

—Desde luego.

Royce asintió en conformidad:

—Está claro que me encuentro fuera de mi jurisdicción.

Se disolvió la reunión y Shaw abandonó la sala. Katie lo siguió de inmediato. Cuando llegaba a su coche en el aparcamiento, ella apoyó una mano en la puerta.

—No lo hagas.

Shaw le retiró la mano de la puerta.

—¿Que no haga qué exactamente?

—Ya sabes qué.

—Te llevo a tu hotel. Está claro que necesitas dormir. Pareces un tanto cabreada.

Ella lo cogió por la manga.

—Shaw, ya he visto lo que estabas haciendo. Has memorizado la lista. No vas a esperar a la orden de registro. Vas a ir a esos lugares esta noche. Y...

—¿Y qué? ¿Empezar a cargarme gente? ¿Eso crees?

—No sé qué creer.

—Bien, pues ponte en la cola. —Apartó el brazo—. ¿Quieres que te lleve?

—No.

—Cosa tuya...

Shaw se marchó. Frank y Royce salieron del edificio y se dirigieron hacia ella.

Frank siguió con la mirada el coche de Shaw.

—¿Tu colega te ha dejado colgada?

—No, sólo...

—¿Te llevamos?

Cuando se montaron en el coche, Frank se volvió y la miró:

—¿Todo bien?

—Todo estupendamente.

Royce le lanzó una mirada penetrante, miró a Frank y se encogió de hombros.

Cuando Katie llegó de regreso al hotel, se quitó la ropa, se dio una ducha caliente y prácticamente se despellejó de tanto frotarse. Apoyó la cabeza en la pared embaldosada del baño y dejó que el agua le cayera encima.

«¿Qué hago ahora? ¿Se lo cuento a Frank y Royce? ¿Hago que sigan a Shaw? ¿Que le impidan matar a alguien? ¿Que muera él?».

Eso era lo que debería haber hecho, bien lo sabía. Pero no era tan sencillo. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si Shaw descubría que lo había traicionado? Sin embargo, no había prometido no contárselo a nadie. Él no le había pedido que no revelara sus sospechas.

Salió de la ducha, se vistió y se puso ropa oscura. No podía chivarse de Shaw. Pero tampoco podía mantenerse al margen y dejar que echara a perder la vida que le quedaba.

Llamó a la habitación de Shaw. Cuando respondió, Katie colgó. Seguía allí. Dos minutos después estaba en el vestíbulo, sentada en una silla de respaldo alto,

esperando a que bajase él.

Eso hizo una hora más tarde. Salió del hotel y Katie lo imitó.

La casa que buscaban no estaba entre las dos primeras que visitó Shaw. Desde cierta distancia, Katie lo vio entrar en aquellos hogares sólo para salir unos minutos después. De la tercera casa, no obstante, una mansión de piedra en McLean, Shaw no salió de inmediato. De hecho, no salió en absoluto.

Katie miró el reloj de pulsera. Habían transcurrido diez minutos. Debía de ser el premio gordo. Se apeó del coche y entró a hurtadillas en la casa tal como había hecho Shaw, por la puerta de atrás. El corazón le martilleaba en los oídos mientras avanzaba por el pasillo. Estuvo a punto de tropezar con algo en su camino y le costó Dios y ayuda no gritar.

¿Era un cadáver?

¿Era el cadáver de Shaw?

Al palpar con la mano, comprobó que era una silla caída. Conforme sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra, también fue viendo otras cosas, cosas que no deberían haber estado donde estaban, incluida una fotografía hecha añicos en el suelo. La recogió y miró la foto con los ojos entornados. Era de un hombre con un muchacho.

La dejó y continuó avanzando por el pasillo. Había una caja en el suelo y se inclinó a ver qué era. La caja resultó estar vacía, pero daba la impresión de que había habido algo dentro. ¿Era todo aquello obra de Shaw? ¿Buscaba algo de lo que ella no estaba al tanto? ¿Había alguien más en la casa y los destrozos eran resultado de un forcejeo? Debería haber huido sin más, pero ¿y si Shaw estaba herido?

La puerta estaba un poco más allá. Tomó el pomo, respiró hondo y la abrió con suavidad. Era un dormitorio, de los grandes: el dormitorio principal de esta McMansión.

Se quedó sin resuello al ver la figura en la cama. Estaba recostado en unas almohadas. La débil luz de la luna que entraba por la ventana le permitió verlo. Daba la impresión de que el hombre seguía gritando, pero ya no gritaría nunca más. Katie ya había visto muertos, y se trataba de un cadáver.

Se volvió para huir.

Y se dio de bruces con un muro humano. Shaw le tapó la boca con una mano.

Katie levantó la vista hacia él atemorizada, todos y cada uno de los centímetros de su cuerpo presa de espasmos de terror. Él retiró la mano e indicó el cadáver con un gesto.

—Está muerto.

Katie asintió lentamente, sus ojos aún abiertos de par en par en una expresión de terror.

Los rasgos de Shaw reflejaron lo que se le acababa de pasar por la cabeza y luego conformaron una mueca de furia.

—Échale un vistazo al cadáver, ya está frío.

—No, no hace falta.

La empujó hacia la cama.

—Te creo —asintió ella, a la vez que se volvía hacia Shaw.

—No, es evidente que no. Así que compruébalo tú misma.

Katie avanzó poco a poco y Shaw la siguió.

—Ya se ha asentado el *rigor mortis* por completo —explicó él—. Eso ocurre entre doce y veinticuatro horas después de la muerte. Yo sólo llevo aquí quince minutos.

Más curiosa que asustada a estas alturas, Katie le tocó el brazo al hombre. Estaba como una piedra y tenía la piel helada.

—¿Qué acabó con su vida?

Él señaló la almohada, en la que Katie apreció manchas secas.

—Una herida de bala en la parte posterior de la cabeza.

Katie se apartó de la cama y miró por la habitación. Shaw tenía una linterna de la que se sirvió para barrer la estancia. Allí también había muebles derribados y cajones abiertos con su contenido volcado al suelo.

—¿Una pelea? —sugirió ella—. ¿Un registro?

Shaw señaló hacia el vestidor.

—Fíjate.

Entraron en la habitación. Al fondo, un cuadro colgaba de dos bisagras. Detrás habían arrancado un pedazo de pared, dejando a la vista una cavidad.

—Yo diría que ahí había una caja de caudales. Quienquiera que hiciese esto se la llevó consigo.

—¿Así que no fue más que un robo que se torció? El muerto está vestido de la cabeza a los pies. Es posible que volviera a casa, se topara con ellos y lo matasen.

Shaw la miró de hito en hito.

—¿Lo crees de veras?

—No.

—Bien, porque es todo un montaje. Como todo lo demás en este maldito asunto.

—Pero es la casa que buscábamos, ¿no?

Él asintió.

—Primero he ido a echar un vistazo al coche en el garaje. Lleva la pegatina en la parte de atrás. Y tiene el arañazo en la trasera que vi en el vídeo. Es el coche que buscábamos.

—¿Y el tipo muerto?

Shaw cogió una fotografía que estaba en un estante y la enfocó con la linterna. Parecía el individuo del vídeo.

—Es el propietario de la casa, Richard Pender —dijo Shaw.

—Más vale que nos larguemos de aquí.

—No, antes quiero acabar de registrar la casa.

—Shaw, ¿y si nos pillan?

—Puedes irte —dijo Shaw, tajante.

—Maldita sea, ¿siempre tienes que complicar tanto las cosas?

—No te he pedido que me siguieras esta noche.

—¿Cómo sabes que te estaba siguiendo?

—Tal vez porque te encuentras en esta casa conmigo ahora mismo.

—Podría haber venido por mi cuenta. Yo también sé memorizar direcciones.

—También te vi en el vestíbulo del hotel esperando a que saliera. Y si hubieras memorizado las direcciones, sabrías que éste es el domicilio de Pender. Y por último, aunque no por ello menos importante, esta noche te he visto como una docena de veces siguiéndome en tu coche.

—Alto ahí —le advirtió Katie—, si sabías que te estaba siguiendo, ¿por qué no me lo has impedido, o has intentado darme esquinazo?

Shaw empezó a decir algo pero luego se interrumpió. Apartó la mirada y dijo en voz queda:

—No soy ningún asesino.

—Me alegra que te hayas dado cuenta.

Transcurrió un breve instante, y entonces Shaw preguntó:

—¿Vas a ayudarme a buscar o no?

—Voy a ayudarte, así que vamos rápido.

Media hora después no habían encontrado nada de utilidad. Richard Pender era propietario de una empresa llamada Pender & Associates. Shaw no había oído hablar de ella. Tomaron la dirección de la empresa de un membrete que encontraron en el cajón de una mesa.

Katie se quedó mirando el papel.

—Este nombre me suena de algo. —Pensó un momento y luego negó con la cabeza—. Pero no lo ubico.

Se fueron por la puerta de atrás.

O lo intentaron.

No llegaron a conseguirlo.

Shaw fue el primero en despertar, con las sinapsis de su cabeza lanzando intensos mensajes de dolor al resto del cuerpo; aun así, el maltrecho buzón nervioso estaba ya bastante lleno. Intentó incorporarse y ahuyentar la sensación de náusea que le sobrevinía a oleadas. Supuso que estaría atado, pero no lo estaba. Tenía las manos y los pies libres.

Oyó un gemido y miró a su espalda y luego por encima del respaldo del asiento. Katie estaba allí mismo, tendida en el suelo.

—¿Katie? ¿Te encuentras bien?

Otro gemido vino acompañado de una suave queja, y luego se apreció cierto movimiento cuando fue incorporándose poco a poco.

Katie se frotó la cabeza.

—Sí, pero tengo la madre de todos los nudos en la...

Se oyó un fuerte rechinar como de metal contra algo igualmente duro.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella—. ¿Dónde estamos?

Miró en torno. Estaban en un coche. El coche de ella. Aquel en el que había seguido a Shaw.

—No te muevas —le advirtió Shaw en un siseo.

—¿Cómo?

Resonó otro chirrido, y Katie tuvo la espeluznante sensación de que el suelo se movía bajo su cuerpo.

—¿Qué ocurre?

Shaw inclinó la cabeza hacia la ventanilla. Katie miró y no vio más que oscuridad. No, la oscuridad no era absoluta. Vio unos árboles, árboles grandes y tupidos arbustos.

—¿Nos han dejado en el bosque?

—Sí, pero no exactamente a ras de suelo.

—¿De qué hablas?

—Mira por el parabrisas pero no te muevas.

Katie volvió lentamente la cabeza para mirar hacia delante y el aliento se le quedó atascado en la garganta. Estaba mirando directamente hacia abajo, o al menos esa sensación tenía. Era como estar en una montaña rusa en el momento de iniciar la caída, o en un avión en plena espiral hacia la muerte, sentada a los mandos mientras veía acercarse el suelo a una velocidad tremenda.

—¿Dónde estamos? —preguntó en un susurro.

—En un coche, en la ladera de lo que parece ser una colina sumamente empinada con un trecho de unos setenta metros por delante, despejado, al menos hasta que lleguemos al final. Entonces chocaremos contra un muro de árboles. Y si nos las arreglamos para atravesarlo, vamos de cabeza al río.

—¿El río?

—El Potomac. —Levantó el brazo lentamente y señaló por el parabrisas—. Me parece que eso de ahí es Georgetown, ¿no?

Ella contempló el pulsar de las luces al otro lado del agua.

—Entonces ¿estamos en la alameda George Washington?

Shaw asintió.

—¿Puedes abrir las puertas?

—Están cerradas, y si intento forzarlas, vamos a iniciar un descenso a una velocidad impresionante.

—¿Cómo hemos llegado aquí? Lo último que recuerdo es que salíamos de la casa de Pender.

—Debían de estar esperándonos. ¡Qué idiota soy! Nos estaban esperando en el cementerio en Alemania. ¿Por qué no en casa de Pender? Tuvieron que deducir lo que habíamos hecho con la llamada, llegaron antes a casa de Pender y luego aguardaron a que fuéramos a husmear.

Katie se estremeció.

—Hicieron que su muerte pareciera un robo y ahora vamos a terminar en lo que parecerá ser un accidente de tráfico.

Shaw hizo una mueca al atravesarle otra punzada de dolor la cabeza magullada.

—Nos salimos de la carretera y nos vamos colina abajo donde el coche estallará en llamas cuando se prenda el depósito de gasolina al estamparnos contra los árboles de ahí abajo. Seguro que las marcas del derrape en la carretera las han dejado con la mayor profesionalidad.

—Entonces ¿cómo es que el coche no ha caído todavía?

—Por lo visto hemos topado con unas rocas.

—¿De verdad estamos a punto de irnos abajo o me estoy poniendo histérica sin razón?

—No toca el suelo ninguna de las ruedas. Es como estar en un balancín, con la roca como punto de apoyo. Si nos movemos demasiado, nos vamos abajo.

—Y si no nos movemos, en algún momento nos iremos abajo de todas maneras. ¿Puedes llamar a alguien? ¿A Frank, a Royce, al presidente?

Shaw se palpó suavemente el bolsillo.

—Me han quitado el teléfono. ¿Y a ti?

—Lo tenía en el bolso. Lo dejé en el coche. ¿Lo ves?

Shaw rastreó el suelo.

—Sí, pero si intento cogerlo, voy a mover el coche.

—¿Puedes pasarte al asiento trasero? Es posible que tu peso aquí atrás ancle el vehículo.

Shaw intentó desplazarse hacia la parte de atrás, pero otro largo gruñido y un nuevo desplazamiento del coche unos centímetros lo detuvieron.

—Vale, me parece que no resulta.

—No podemos quedarnos aquí sentados esperando a morir —exclamó Katie.

Shaw desplazó su peso un poco hacia la izquierda. Se oyó de inmediato un chirrido y ambos notaron que el coche avanzaba otro par de centímetros.

—Muy bien, eso nos indica algo.

—Que no volvamos a movernos. —Shaw escudriñó el interior. Las llaves seguían puestas. Tenían que estarlo, supuso, para que pareciese un auténtico accidente cuando la policía encontrara los restos del coche calcinados. Adelantó la mano y giró la llave hacia la derecha hasta oír un clic. Eso no hizo que se encendiera el motor, pero sí tuvo otro efecto. Alargó la mano poco a poco hacia un lado y pulsó el botón de la ventanilla. El vidrio fue bajando mientras el coche avanzaba otro par de centímetros o quizá más.

—Muy bien, ya está abierta la ventanilla, ¿ahora qué? No podemos lanzarnos por ella precisamente —dijo Katie.

Shaw bajó la mano, se desabrochó el cinturón y se lo quitó.

—Dime que llevas un cinturón, por favor.

—Lo llevo.

—Quítatelo y dámelo. Pero lentamente.

Así lo hizo Katie, aunque con la sensación de que con sólo mover los brazos el coche se balanceaba sobre su precario punto de apoyo. Consiguió quitárselo por fin y se lo pasó a Shaw.

Sirviéndose de movimientos pausados y precisos, Shaw hizo una lazada con el cinturón de Katie y luego pasó el suyo por el aro para hacer un nudo firme y obtener una tira de cuero de aproximadamente un metro veinte.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó Katie.

—Un lazo.

—¿Y qué piensas atrapar exactamente con ese lazo?

—La rama de árbol que está al otro lado de la ventanilla. —Dirigió un gesto de cabeza hacia un pedazo de madera corto pero bastante grueso—. Si puedo asomar el cuerpo por la ventana, al quitar mi peso del asiento delantero, la parte de atrás debería tocar tierra. Y entonces podría calzar las ruedas anteriores con algo. Y luego sacarte.

—¿Podría? ¿Debería tocar tierra? ¿Y si no es así? ¿Y si al salir el coche se lanza en picado hacia esos árboles? ¿Vas a quedarte despidiéndome con la mano mientras yo me precipito hacia la muerte?

Shaw lo pensó un minuto.

—De acuerdo. Tenemos una oportunidad. Sólo una. Si salimos, salimos juntos. Si nos vamos abajo, bueno...

—Ya me lo imagino, te lo aseguro. ¿Cuál es el plan?

—En esencia —admitió Shaw—, una oportunidad entre mil.

—Vale, ya me estoy muriendo de ganas —dijo ella con sarcasmo.

—En cuanto eche el lazo a esa rama, te aferras a mí como no te has aferrado a nada en tu vida. ¿De acuerdo?

La respiración de Katie se había vuelto superficial ahora que el coche se iba

inclinando más incluso.

—Nos estamos yendo abajo, ¿verdad?

—Katie, ¿me has oído?

—Sí, te he oído. Me cojo a ti y no te suelto. Ya lo sé.

—Pero espera a que eche el lazo a la rama.

—¿Y piensas hacer todo eso en la fracción de segundo de que dispondrás antes de que nos precipitemos hacia la muerte? —preguntó ella no sin sarcasmo—. ¿Vas a sacarnos de aquí con un cinturón que compré en Gap por diez pavos?

—Katie, no te me pongas histérica. Ya sé que has estado en infinidad de apuros. Este no es más que otro.

Ella miró amedrentada por la ventanilla y luego apartó la vista.

—De acuerdo.

Shaw se desplazó en sentido lateral y observó la rama intentando convencerse de que no tenía por qué ser necesariamente un milagro si lo que estaba a punto de hacer funcionaba. En realidad sería algo más que un milagro, comprendió. Requeriría la intervención divina y además suerte, así como un poquito de brujería cósmica.

—¿Estás lista? —preguntó.

Katie respiraba tan aprisa que daba la impresión de estar a punto de levantar de golpe una tonelada de hierro, mientras se preparaba para escapar de un coche de entorno a mil kilos en el momento en que se iba pendiente abajo a toda velocidad. Vio abrirse la ventanilla, cuyo diámetro se le antojó de unos ocho centímetros. Era imposible que lo consiguieran.

—Puedo hacerlo —se dijo—. Puedo hacerlo. Ay, Dios, por favor, permíteme hacerlo.

Shaw lanzó el lazo y erró.

Katie dijo a voz en grito:

—Igual puedo intentarlo desde aquí. —Pulsó el botón de su ventanilla y el panel de vidrio descendió.

Y entonces, de súbito, el coche serpenteó hacia delante.

—¡Ay, joder! —exclamó Katie.

—¡Agárrate! —le gritó Shaw.

—Se va, Shaw. Nos vamos abajo. ¡Ay, Dios mío!

El coche se estaba yendo abajo, sin duda, y no había nada entre el vehículo, ellos y un centenar de toneladas de roble.

Desde donde estaba sentado, Shaw ya no podía siquiera alcanzar la rama con el cinturón anudado.

—¡Shaw! —vociferó Katie, que se aferró al asiento con todas sus fuerzas cuando el morro del coche se hundió en la nada y la trasera se alzó en el aire igual que el *Titanic* a punto de irse a pique definitivamente.

Shaw profirió una maldición, se lanzó hacia atrás por encima del asiento, se volvió en mitad del salto y echó el lazo por la ventanilla de Katie.

De alguna manera enganchó la rama y Shaw tiró con fuerza. Por lo visto, ocurrían milagros.

El impulso del coche había sacado por la ventanilla la mitad del cuerpo de Shaw, que sujetaba la lazada con las dos manos.

—Katie, agárrate a mis piernas. ¡Ahora!

La notó aferrarse a sus piernas. El coche ya se precipitaba cuesta abajo y no había manera de detenerlo a estas alturas.

Shaw se deslizó limpiamente ventanilla afuera pero entonces notó que algo iba mal.

—¡Katie!

No estaba allí. Cayó al suelo con fuerza, golpeándose el vientre contra un saliente de roca. El cinturón se le fue de las manos y se precipitó rodando por la fuerte pendiente. Miró hacia delante y vio cómo el coche iba cobrando cada vez más velocidad. El impulso que llevaba Shaw le hizo dar una vuelta de campana y caer con fuerza sobre la espalda. Cuando se las arregló para incorporarse, vio cómo el coche se estrellaba contra los árboles abajo del todo. Un segundo después la explosión rasgó el aire al prenderse el depósito de gasolina.

Shaw fue agarrándose a todo lo que tenía a su alcance, arbustos, ramas, tierra y piedras para detener su caída. Otros seis o siete metros más y ya no podría parar: acabaría allá abajo en el infierno. Al cabo, se golpeó contra un viejo tocón de árbol.

—¡Katie! —gritó—. ¡Katie!

Ella no respondió.

La llamada despertó a Frank de un profundo sueño.

Era el agente del FBI con el que habían estado trabajando.

Frank se incorporó, buscando a tientas la ropa que había dejado a los pies de la cama al acostarse.

—¿Qué pasa?

—Acaban de encontrar asesinado en su casa a uno de los de la lista de Saint Albans, Richard Pender.

Frank apoyó los pies en el suelo y sujetó el teléfono entre el hombro y la oreja mientras se ponía los pantalones.

—¡Me cago en la puta...!

—Y eso no es todo.

—¿No? —preguntó Frank con cautela.

—Un vecino de Pender llamó a la policía; así es como han descubierto el cadáver.

—¿Por qué telefoneó? ¿Vio algo? ¿Al asesino de Pender?

—Vio lo que, según parece, eran dos personas sacadas a rastras de la casa e introducidas en un coche.

—¡Dos personas! ¿Han podido identificarlas?

—Estaba oscuro. No lo sabía con seguridad. Pero el hombre era grande. Hicieron falta tres tipos para llevarlo. Y la otra parecía ser una mujer.

—¿Vio alguna otra cosa?

—Tomó la matrícula del coche en el que los introdujeron.

—¿Y bien? —Frank se puso la camisa y se la remitió en los pantalones, y luego se puso los calcetines—. Ah, joder, no me lo digas.

—Hemos localizado la matrícula. Era el coche de alquiler de Katie.

Frank metió los pies en los zapatos y bramó:

—¿Qué hostias hacían allí? Aún no teníamos la orden de registro.

—Parece ser que estaban indagando por su cuenta y riesgo.

—¿Ha encontrado la policía el coche ya?

—No. Han dado orden de buscarlo, pero aún no hay nada.

—¿Ha intentado alguien llamar a Shaw o a Katie?

—Sí. No ha habido respuesta. Enviamos hombres a sus habitaciones. Nada.

—¿Cuándo llamó el vecino?

—Hará unas dos horas.

—¡Joder! Podrían estar muertos. Probablemente están muertos. ¿Qué se sabe sobre Pender? ¿Cuándo se lo cargaron?

—Hace veinticuatro horas como mínimo, según el análisis preliminar.

—Joder, entonces esa vía está cerrada. Espera un momento, si hace tanto que mataron a Pender, ¿qué demonios hacían vigilando la casa?

—¿Esperar a que pasase alguien por allí?

—Querrás decir que esperaban a que pasaran por allí Shaw y Katie. Igual que en el funeral en Durlach. ¿Cómo demonios se les ocurre ir allí?

—Los agentes en casa de Pender dijeron que tenía todo el aspecto de un robo que se había torcido.

—¡Robo, y una mierda! ¿Qué hemos averiguado sobre ese tal Pender? ¿Quién es?

—Es propietario de una empresa llamada Pender & Associates con sede en Virginia del Norte. El asunto no está muy claro, pero parece ser que se trata de una firma de relaciones públicas o algo por el estilo.

Frank llamó a Royce, lo puso al tanto de todo y quedó en reunirse con el agente del MI5 en el vestíbulo en cinco minutos. Cogió la pistola de un zarpazo, abrió la puerta de par en par y salió corriendo pasillo adelante. Sacó el móvil y marcó un número sobre la marcha.

—Shaw y James están metidos en un buen lío. Rastréalo. ¡Ahora mismo!

Frank se encontró con Royce en el vestíbulo y los dos agentes se fueron a paso ligero a su coche.

Cuando salían, Frank llamó al agente del FBI.

—Quiero que un equipo de intervención vaya a Pender & Associates ahora mismo.

—Aún no tenemos órdenes de registro.

Frank dijo a voz en grito:

—¿Qué posibilidades hay de que uno de los tipos de nuestra lista sea asesinado y Shaw y James sean raptados de su casa sin que todo ello esté vinculado con esta maldita conspiración?

—Algo así como una entre mil millones —reconoció el agente.

—¡Al carajo con las órdenes! Que vayan a por Pender & Associates. ¡Ahora mismo!

Aun así, a Frank le decían las agallas que ya era demasiado tarde. Para Pender & Associates.

Y demasiado tarde para Shaw y Katie.

Shaw se levantó poco a poco del barro y la maleza y se apoyó en un pino ladeado con las raíces casi al aire. Miró hacia el fondo de la pendiente, donde estaban los restos del coche; las llamas empezaban a menguar conforme se iba agotando la gasolina. Había dejado de llamar a gritos a Katie porque se había quedado afónico. Fue colina abajo, agarrándose a todo aquello que encontraba. Al acercarse al coche en llamas, no quiso pensar siquiera en lo que había en su interior: los fragmentos calcinados de Katie.

El leve gemido lo cogió tan desprevenido que estuvo a punto de vencerse hacia delante e ir a parar a las llamas. Se volvió bruscamente para mirar hacia la oscuridad a su izquierda.

—¿Katie? —Casi le dio miedo pronunciar el nombre ante la posibilidad de no recibir respuesta.

Entonces advirtió un claro movimiento. Y se trataba de algo muy grande para ser un conejo o una ardilla. Se lanzó hacia delante, tropezó, cayó, recuperó el equilibrio y se apresuró hasta donde se encontraba ella.

Katie estaba boca abajo junto a un roble, pero hacía esfuerzos por ponerse en pie. Shaw se arrodilló a su lado y la volvió boca arriba suavemente.

—Maldita sea, creía que habías muerto.

Tenía la cara ensangrentada y el brazo doblado en un ángulo extraño. Levantó la vista hacia él, sonrió débilmente y luego hizo una mueca de dolor.

—Entonces ¿no estoy muerta?

Él negó con la cabeza.

—No, a menos que yo lo esté también. Y siento demasiado dolor para no estar vivo. ¿Puedes andar?

Con su ayuda, Katie se puso en pie sujetándose el brazo derecho.

—Me parece que me he fastidiado el brazo. Shaw lo miró y comprobó que parte del hueso sobresalía a través de la piel.

—¡Joder! —exclamó—. Tenemos que llevarte a un hospital. —Se quitó la chaqueta e improvisó un tosco cabestrillo para que el hueso roto quedara tan inmovilizado como fuera posible.

—¿Puedes andar?

Katie asintió.

—Si tú puedes ayudarme.

Shaw le pasó una de sus manazas por la axila y el otro brazo en torno a la cintura, y fueron ascendiendo la pendiente poco a poco.

—¿Qué ha ocurrido? Estabas cogida a mí y luego has desaparecido.

—Me he soltado y he quedado enganchada a la manija de la puerta.

—Entonces ¿cómo has salido del coche?

—Pura suerte. Durante la caída, el coche golpeó contra algo, probablemente otra

roca. La puerta se abrió y salió despedida. —Katie volvió la vista hacia la masa ennegrecida de metal quemado—. Ha estado bastante cerca —comentó.

—Bastante cerca.

—Shaw, creo que voy a vomitar.

—No pasa nada, ya te tengo.

La sostuvo mientras ella vaciaba el estómago.

—Lo siento —dijo con expresión abochornada después de haber terminado.

—Las fracturas múltiples también me hacen vomitar —comentó él, e intentó sonreír. Cuando se acercaban a la cima, oyeron los coches detenerse con un chirrido de ruedas y luego pasos que se acercaban a la carrera.

—Agáchate, Katie.

—Shaw, Shaw, ¿estás ahí? —Era Frank.

—Estamos los dos —contestó a gritos—. Y necesitamos ayuda. Katie se ha roto el brazo.

Cinco minutos después se los llevaban de allí en un todo terreno, acompañados de Frank y Royce.

—Pender está muerto, pero eso ya lo sabíais porque esta noche habéis ido a su casa —les espetó Frank en tono acusador.

—¿No puedes esperar al menos hasta mañana para machacarme, Frank? —replicó Shaw.

—¿Por qué? Las cosas no estarán mejor mañana, sólo peor.

Royce dijo:

—¿Sabes quién os ha secuestrado?

—No los hemos visto. Quienquiera que fuese, se nos ha echado encima fuerte y rápido. —Volvió la mirada hacia Katie—. Tiene que ir a un hospital.

—Allí vamos —aseguró Frank—. Ya he hecho la llamada.

—¿Cómo sabías dónde estaban Shaw y Katie? —indagó Royce.

Frank miró de soslayo a Shaw antes de responder:

—Una suposición afortunada.

Antes de que Royce tuviera ocasión de decir nada, el móvil de Frank emitió un zumbido. Escuchó unos cinco minutos sin proferir nada más que maldiciones, colgó y lanzó el teléfono al suelo.

—Imagino que no son buenas noticias —dijo Royce.

—Han arremetido contra Pender & Associates.

—¿Y? —preguntó Shaw.

—Registraron hasta el último rincón y limpiaron las oficinas.

—Tiene que haber empleados con los que se pueda hablar.

—Sí, claro, pero después de lo que le ocurrió a Pender, dudo que tengan muchas ganas de contar nada.

—Pero tienen que interrogarlos —dijo Royce.

—Lo harán, pero ya puedes esperar sentado.

—Dudo que nadie, aparte de Pender, sepa el nombre de la tercera parte implicada —comentó Shaw.

—¿Qué te hace pensarlo? —indagó Royce.

—Pues que está muerto —respondió Shaw con toda franqueza—. ¿Qué habéis averiguado sobre Pender & Associates?

—El FBI ha llevado a cabo una investigación rápida al respecto —explicó Frank—. Es una especie de firma de relaciones públicas especializada.

—No, es mucho más que eso. Es una empresa de GP —exclamó Katie de repente—. De ahí me sonaba el nombre.

La miraron todos.

—¿Qué demonios es una empresa de GP? —exclamó Frank.

—¿Algo que ver con los Grandes Premios de motociclismo? —sugirió Royce, lo que no fue de gran ayuda.

—Bueno, en este caso GP se refiere a la gestión de la percepción —explicó Katie—. Es una manera de fabricar la verdad, a gran escala. El Ministerio de Defensa lo ha definido con mayor precisión en algún manual. El ejército se metió de veras en lo de la GP después de la guerra de Vietnam. Hay una serie de empresas en todo el mundo especializadas en ello. Escribí un reportaje al respecto hace años, o al menos lo intenté. Había quienes especulaban acerca de que las firmas de GP estaban detrás de lo que había ocurrido en la primera y la segunda guerra del Golfo. Armas de destrucción masiva, periodistas que acompañaban a las tropas y se tragaban todo lo que les contaban, cosas así. Tienen toda suerte de métodos y tácticas para hacerlo. Las mejores empresas de GP lo han convertido en un arte.

—Entonces, si se especializan en esa mierda, ¿cómo es que nadie sospechó que estuvieran detrás de lo de la maldita «amenaza roja»? —saltó Frank.

—La mayoría de la gente, incluidos muchos líderes gubernamentales, no tienen ni idea de su existencia. Y como he dicho, intenté hacer un reportaje al respecto, pero no llegué a ninguna parte. No hay mucha información sobre esas empresas. Procuran pasar inadvertidas y no hablan con los medios acerca de su labor. Las firmas que conseguí rastrear, incluida Pender & Associates, se negaron a hablar conmigo.

—Y además, es fácil colgarles a los rusos la etiqueta de «los malos» —señaló Shaw—. Son como Corea del Norte. La gente se cree todo lo negativo que se dice sobre ellos, y por lo general con razón.

—Motivo por el que fueron elegidos, indudablemente —añadió Royce.

—Entonces es posible que Pender & Associates fuera contratada para sembrar indicios de que los chinos estaban detrás de la «amenaza roja» —dijo Katie pausadamente.

—Querrás decir que mataron a veintiocho personas en Londres y culparon a los rusos —apostilló Shaw con ferocidad.

—Eso es una locura. ¿Por qué iba a hacer nadie algo así? —dijo Frank.

—Rusia y China están a punto de entrar en guerra. El resto del mundo se está

rearmando —señaló Katie.

—De acuerdo, ¿pero quién podría desear algo así?

—Los países de pronto están invirtiendo cientos de miles de millones en armas —respondió Shaw—. Y ese dinero va a alguna parte.

Frank lo miró ceñudo.

—¿Insinúas que está detrás de esto algún proveedor de armamento? Dudo que Northrop Grumman, Ares Corp. o Lockheed estén metidos en este fregado. Tienen juntas directivas y accionistas y todo eso. Es imposible que pudieran mantenerlo en secreto. Y hasta donde yo sé, están ganando dinero a espaldas de todos modos.

—Es verdad, Shaw, a British Aerospace le va de maravilla sin tener que llegar al extremo de instigar un posible Armagedón —añadió Royce.

—A lo mejor no se trata de dinero —sugirió Shaw.

—¿Qué otra cosa les interesa a las grandes compañías? —replicó Frank.

Shaw se retrepó en el asiento y cerró los ojos.

—¿Shaw? Shaw, más vale que me contestes si tienes alguna idea al respecto, maldita sea —rugió Frank.

Pero a pesar de las frenéticas andanadas de Frank conforme seguían camino, Shaw no rompió su silencio.

Una vez en el hospital, volvieron a encajarle a Katie el hueso roto y le enyesaron el brazo. Cuando regresaron al hotel, se fue con Shaw a su habitación. Katie se sentó en la cama con un almohadón bajo el brazo herido mientras Shaw improvisaba un aperitivo con lo que había en el minibar.

Mientras picoteaba patatas fritas orgánicas y bebía un refresco *light* Katie dijo.

—Muy bien, ahora ya no está Frank. ¿Sabes qué razones podía tener Pender para enemistar a Rusia y China si no era a fin de enriquecer más a algunos sebosos proveedores de armamento?

Shaw se sentó en una silla y masticó unos frutos secos.

—Piensa en lo que ha venido ocurriendo en realidad.

Ella lo miró con ceño fruncido.

—¿Muerte, destrucción, guerra? ¿La peste? ¿O me he perdido algo?

—Anna me hizo un comentario cuando empezó a indagar lo de la «amenaza roja».

—¿Qué?

—Dijo que le recordaba algo. Le recordaba tentativas de crear un nuevo orden mundial, o al menos un antiguo orden mundial renovado, si eso tiene algún sentido. Los rusos se cargan a una buena parte de los talibanes de una tacada y les advierten a los demás países árabes que se anden con cuidado o corren riesgo de ser aniquilados. Ahora Oriente Próximo se está yendo al infierno y no le importa a nadie porque todo el mundo está centrado en el enfrentamiento entre Rusia y China. Y los países más importantes se están rearmando de cara a lo que se presenta como un punto muerto a

largo plazo. —Levantó la mirada hacia ella—. *Déjà vu*.

—Entonces, según tú, ¿quien anda detrás de esto quiere que volvamos a los tiempos de la Guerra Fría?

—Según todo parece indicar, Rusia y China se acojonaron mutuamente. No volverán a atacarse. Se limitarán a iniciar una larga fase de rearme, al igual que todas las principales potencias; una fase de vigilancia mutua. Y ahora que Rusia ha utilizado misiles crucero contra Afganistán y se ha salido con la suya, ¿crees que no utilizarán la misma táctica otros países contra alguna nación díscola, musulmana o no?

—¿Te refieres a que los muchachotes van a mostrarse los bíceps otra vez? ¿Como acostumbraban hacer Rusia y Estados Unidos?

—Algo así. Tal vez alguien esté harto de que sean los terroristas quienes decidan el orden del día mundial. Y quiera que todo vuelva a hacerse a la vieja usanza.

—Sí, estupendo, la vieja usanza que conllevaba la amenaza constante de la aniquilación nuclear.

—Pero la Guerra Fría también provocó el mayor rearme militar de la historia. Y si dejamos a un lado la ecuación Israel-Palestina, prácticamente a nadie le importaba un carajo lo que ocurría en Oriente Próximo por aquel entonces, de no ser por el petróleo. No había turbias cuestiones morales sobre bondad y maldad o diferencias religiosas. Era un simple caso del bien contra el mal perfectamente definidos. La gente no tenía que devanarse los sesos al respecto, era lo que era. Tal vez haya quien lo prefiera así, incluso con la posibilidad del Armagedón. Joder, ¿y si hay mucha gente que lo prefiere?

Katie se terminó la última patata frita y dijo:

—Ese gilipollas de Pender no llegó a pagarme los veinte millones.

—¿Y?

—Pues que le dije que si no me los pagaba, contaría al mundo la verdad.

El semblante de Shaw dejó traslucir lo que acababa de pensar.

—Katie, eso hará de ti un objetivo.

—Ya soy un objetivo.

—Entonces hará de ti un objetivo más prioritario —precisó Shaw.

No sin cierta dificultad, Katie se arrastró hasta el borde de la cama y apoyó los pies en el suelo.

—Shaw, he pasado toda la vida, desde que tengo uso de razón, intentando averiguar la verdad y no voy a parar ahora. Y hacer que vengan a por mí es probablemente la única manera que tenemos de averiguar la verdad. —Alargó la mano y le tocó el brazo—. Además, cuento contigo para que me protejas.

Shaw le cogió la mano con fuerza.

—Y te protegeré. Muy bien, si lo hacemos, tenemos que hacerlo a mi manera. Correremos muchos riesgos, pero tienes que confiar en mí.

—Confío en ti. A decir verdad, siempre he confiado.

Justo a la hora cero, Hora Universal, Katie James apareció en un vídeo colgado en la misma página web en la que había surgido el de Konstantin. No era ninguna coincidencia.

El metraje lo había grabado Shaw en la habitación del hotel.

Katie había recuperado su rubio natural, aunque seguía teniendo el pelo en punta. Hablaba con claridad y firmeza, sin ayuda de notas. «Me llamo Katie James y todo lo que escribí en mi último artículo era una equivocación. Advertí a mi periódico que no lo publicara pero lo publicaron de todas maneras sin decírmelo. Sea como sea, ahora puedo contar la verdad. Los chinos no están tras la “amenaza roja”. Y los rusos no cometieron la masacre de Londres. Mi fuente, Aron Lesnik, mintió». Alzó el brazo herido. «Los auténticos responsables de todo esto han estado a punto de matarme». Hizo una pausa. «¿Y quiénes son? Un hombre llamado Richard Pender era una de las personas implicadas. Dirigía Pender & Associates, radicada en Virginia. Eso era gestor de percepción. Ahora está muerto, asesinado por quien lo contrató para crear la verdad a partir de mentiras y hacer que el mundo la creyera. Konstantin era una mentira. Las decenas de miles de personas que creímos fueron asesinadas por el gobierno ruso también eran un embuste. El *Memorando de tragedias* era una mentira».

»Todo ello se hizo por una razón: llevar a Rusia y China al borde de la guerra. ¿Por qué? Para que el mundo se rearmase. ¿Quién lo deseaba? ¿Quién podía beneficiarse? Bueno, más de una docena de gobiernos, incluidos Rusia, China, Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Japón han firmado recientemente acuerdos de adquisición de armas por valor de muchos billones de dólares con una serie de proveedores de armamento de resultados de los acontecimientos derivados de la *amenaza roja*. Alguien intenta provocar una nueva Guerra Fría en la que todos vivamos con miedo a la aniquilación. Pero eso no va a ocurrir porque no lo permitiremos. Así que aquí va un pequeño mensaje de mi parte para quien anda detrás de esto». Hizo una pausa. «La auténtica verdad saldrá a la luz. Y hazme caso, no te hará ninguna gracia cuando eso ocurra».

Además de las declaraciones de Katie en el vídeo, se hicieron filtraciones a todas las agencias de noticias importantes acerca de la implicación y posterior asesinato de Pender, con detalles ideados para que los colegas de profesión de Katie hicieran todo lo que estuviera en su mano a fin de averiguar la verdad. Se colgó en Internet una lista de proveedores de defensa a quienes beneficiaba el nuevo fervor armamentista. En dos docenas de blogs destacados se hicieron públicos detalles acerca de cómo se descubrió que Lesnik mentía y cómo fue asesinado. Decir que esas informaciones se propagaron como un incendio fuera de control en California sería quedarse corto.

La reacción global no se hizo esperar. Se llegó a comentar que los cielos del mundo entero se llenaron de humo debido a las hogueras hechas con las camisetas de

«Recordad a Konstantin». El *Scribe* se apresuró a dar una vuelta de tuerca positiva a lo que habían hecho con el artículo de Katie, pero vieron que en realidad era imposible y Kevin Gallagher, el editor de Katie, acabó en la calle. El FBI empezó a dedicar miles de efectivos a la investigación del asesinato de Richard Pender. Y en Londres, hicieron lo mismo con la masacre y la muerte de Aron Lesnik.

Todos los principales proveedores de armamento emitieron comunicados en los que aseguraban no tener nada que ver con la campaña de la «amenaza roja». De una manera semejante a lo que ocurriera con los desmentidos de Rusia, pocos les dieron crédito.

Los ministerios de Defensa de los países más importantes recibieron orden de sus líderes civiles de rescindir todos los contratos de adquisición de armas. Mientras tanto, los gobiernos ruso y chino ordenaron dar marcha atrás a la situación de guerra en ciernes, y el presidente Gorshkov y su homólogo en China accedieron a reunirse en lugar neutral para hablar de las relaciones de sus países en el futuro.

Aun así, el mundo quería más, mucho más. Querían saber quién les había mentido. Querían a la persona o personas que estaban detrás de todo aquello. Y los querían ya.

Nicolás Creel estaba sentado, a solas por completo, en su suntuosa sala de reuniones del *Shiloh*. Había tenido noticias de sus equipos ejecutivos en Ares. Y todas eran malas. Los contratos habían sido rescindidos, hasta el último. Varios billones de dólares se habían esfumado. Esa tía idiota había logrado que el mundo siguiera sumido durante mucho tiempo en un atolladero infernal, donde los débiles y los locos dominaran a los poderosos y civilizados. ¿Y la consideraban una salvadora? ¿Acaso era él, Nicolás Creel, el único capaz de ver la verdad? De acuerdo con su visión, el mundo habría sido un lugar mucho más seguro; ahora todo eso se había ido al garete. Y además esa mujer le había costado su maestro de GP. Pender podía ser reemplazado, pero Creel era consciente de que nunca encontraría a nadie tan bueno.

Y debido a Katie James, una legión de investigadores hurgaría en todos y cada uno de los detalles del origen de la «amenaza roja». Y a pesar de sus muchos esfuerzos para impedir que su implicación saliera a la luz, bien podía ser que alguien tuviera la suerte de seguir el rastro hasta el umbral de su casa. No iría a la cárcel, eso desde luego. Los ricos y poderosos no eran encarcelados prácticamente nunca, al margen de los crímenes que hubieran podido cometer. Sus abogados tenían demasiados méritos, su bolsillo era demasiado profundo, su reputación, demasiado buena. Había incluido complejas garantías de salvaguarda en su plan como parte de una estrategia de huida en el caso de que se produjera un desastre. Y sus hombres habían destruido hasta el último indicio en las oficinas de Pender.

No había pruebas directas por ninguna parte. Sus huellas dactilares no estaban en ningún documento. Pender había muerto. Nadie más sabía de su implicación salvo unos pocos que tenían tanto que perder como él.

No, no era el miedo a ser llevado ante la ley lo que le atormentaba. Era el regusto a la terrible injusticia que se había obrado con él. En vez de su triunfo, en vez del mundo restaurado a su equilibrio natural, un nombre resonaba en el mundo entero: Katie James. James había salvado el mundo, decía la gente. James había enmendado un enorme entuerto. Esa mujer era una auténtica heroína.

Sin embargo, lo único que había hecho James en realidad era joderlo a él, pensó Creel, y emascular la única parte del mundo que de veras contaba. Y tendría que pagar por ello. No era hombre dado al rencor. Al menos no acostumbraba guardarlo mucho tiempo. Era demasiado impaciente cuando se trataba de eso. Al transgresor había que castigarlo rápidamente. La venganza no era plato que supiera mejor frío; hacía falta servirla mientras el odio seguía candente.

Cogió el teléfono. Tal vez no consiguiera la reinstauración de su querida Guerra Fría, pero habría más bajas, empezando por una en concreto.

—Me trae sin cuidado que tengas que volar por los aires una ciudad entera con una bomba sucia —amenazó por el auricular—. O me traes a esa mujer antes de cuarenta y ocho horas, o nuestro acuerdo queda anulado permanentemente. Igual que

tú.

Nicolás Creel abandonó su apreciado *Shiloh* y subió a bordo de una lancha rumbo a la costa. Pasó las horas siguientes entrevistándose con funcionarios italianos de cara a la construcción del nuevo orfanato. Luego rezó en la capilla con la madre superiora a su lado. Esa noche cenó en un restaurante local y compartió una botella de Barolo con el alcalde y su esposa, intentando olvidarse durante unas horas al menos de la desintegración de su visión del mundo.

Antes de regresar al yate, Creel fue a ver el solar en construcción. Se quedó mirando un pozo excavado unos días antes. Muy pronto pondrían allí los cimientos. Cientos de miles de metros cúbicos de hormigón irían a parar a ese agujero. Aquel lugar ofrecería durante al menos un siglo un techo digno a muchos huérfanos.

Pero los cimientos no se pondrían hasta que Creel diera la orden, y no pensaba darla aún. Quería bendecir aquel emplazamiento con algo muy especial, un obsequio que yacería allí por toda la eternidad.

Volvió en la lancha al *Shiloh*.

Y empezó a contar los minutos que faltaban para la muerte de Katie James.

Eso no lo enmendaría todo, claro. Sin embargo, al menos por el momento, tendría que conformarse.

Frank y Royce irrumpieron en la sala donde permanecía Katie bajo la atenta vigilancia de dos veteranos del FBI.

—Acabamos de recibir otra amenaza verosímil de bomba —dijo Frank—. Deben de haber averiguado dónde está. Hay un todoterreno esperando a la salida.

La llevaron escaleras abajo. Royce hizo entrar a Katie casi a empujones en el todoterreno y luego llamó a Frank.

—Es la tercera vez, maldita sea. Más vale que la llevemos al extranjero, Frank.

—Estoy en ello.

—¿Adónde quieres que la lleve esta vez?

—A la ubicación cuatro. Me reuniré allí con vosotros dentro de veinte minutos.

Royce asintió, meneó la cabeza con hastío y se acomodó en el asiento al lado de Katie.

—Allá vamos otra vez —dijo Royce en tono amable—. Lo siento, Katie.

El conductor arrancó a toda velocidad y el hombre que estaba a su lado, grande y corpulento, se dio la vuelta para mirarla, con una pistola de gran tamaño en la mano: Caesar. Sonrió y dijo:

—Me alegra tenerla con nosotros, señora James.

Katie se quedó sorprendida, pero entonces notó una punzada en el brazo. Bajó la vista y vio la jeringuilla que tenía clavada. Y luego miró a Royce, que apretaba el émbolo hasta abajo. Cuando la sustancia entró en su flujo sanguíneo, Katie se hundió en el asiento.

Royce sacó la aguja e hizo un gesto a Caesar.

—¿Lleva micrófono? —preguntó éste.

Royce cacheó a Katie con mano experta en busca de dispositivos de seguimiento y negó con la cabeza.

Caesar le alcanzó a Royce una sierra a pilas que éste utilizó para cortarle la escayola a Katie. La escudriñó minuciosamente y volvió a negar con la cabeza.

El vehículo aminoró la velocidad hasta detenerse. Royce se apeó y lanzó la escayola abierta a un camión de la basura que pasaba por allí. Luego volvió a montarse.

—Si llevaba algún dispositivo en la escayola, les espera un buen rodeo. ¡Adelante!

El conductor pisó el acelerador y el todoterreno salió disparado, dobló a la izquierda y desapareció.

Ocho horas después, un avión privado aterrizaba en un remoto campo de aviación en Italia. Una furgoneta se acercó al aparato, del que bajaron una caja para cargarla en la parte de atrás. Luego se montaron varios hombres y la furgoneta se marchó. Una hora después llegó a la costa italiana, con el Mediterráneo temperamentamente lustroso a la luz del crepúsculo. Una lancha llevó la caja, en compañía de Caesar,

Royce y varios hombres más, hasta el *Shiloh*.

La tripulación tenía la noche de permiso. Sólo permanecía a bordo el capitán, que estaba aislado en el puente de mando. La única explicación que le habían dado era que venían unas visitas especiales «de naturaleza sensible». No pidió más información.

Nicolás Creel estaba en la biblioteca del barco, rodeado de primeras ediciones de libros adquiridos con el paso de los años y que, a diferencia de otros coleccionistas, había leído. Cuando se abrió la puerta y trasladaron hasta allí la caja, no sonrió. En realidad se sentía como si no fuera a volver a sonreír en toda su vida.

Asintió en dirección a Royce.

—Buen trabajo. Nunca tuve la menor duda de que nuestra colaboración acabaría saliéndome a cuenta.

—Ha sido un placer, señor Creel. El MI5 no llegó a ver mi potencial, y desde luego no me pagó un precio justo por él.

Creel miró a Caesar.

—¿Permitimos a la ilustre Katie James que se reúna con nosotros?

El hombrachón abrió la caja y sacó de ella a Katie, que estaba volviendo en sí. Caesar la tendió encima de la mesa y los hombres permanecieron en torno hasta que se incorporó y miró alrededor.

—Bienvenida, Katie —dijo Creel—. ¿Te importa si te tuteo? Tengo la impresión de que te conozco muy bien, a pesar de que no hemos coincidido en persona.

Katie se bajó de la mesa y tomó asiento en una silla, se frotó la cabeza e hizo una mueca de dolor mientras se cogía el brazo.

—¿Dónde demonios está la escayola?

—Nos ha parecido mejor quitártela —le explicó Royce—. Podrían haber colocado un GPS.

—No era más que una maldita escayola, idiota. —Katie levantó el brazo donde se apreciaba con claridad el desgarrón en la piel.

—Eso dices tú.

Katie volvió a centrar la atención en Creel.

—Pero yo sí que lo conozco a usted —dijo—. Nicolás Creel. Cualquier periodista que se precie sabe quién es.

—Me halagas. No pareces sorprendida en absoluto.

—En cuanto medité a fondo sobre unas cuantas cosas, la lista de sospechosos se redujo considerablemente. —Miró de soslayo a Royce—. Lo que no deduje fue su implicación.

Entonces sí que sonrió Creel.

—Claro que no. Pero uno siempre debe contar con una válvula de seguridad. Alguien que trabaje desde dentro. Y el señor Royce comparte mi opinión acerca de cómo debería ser el mundo. Un punto de vista que tú has destruido de una manera impresionante. No alcanzo a imaginar siquiera cuánto le has costado a la humanidad.

—¿Cuánto le he costado? ¿Al evitar que China y Rusia entrasen en guerra?

—¡No iba a haber ninguna guerra, so idiota! —bramó Creel—. La Guerra Fría fue el período más seguro que ha visto la humanidad. Mi plan habría liberado al mundo. Eso es, yo era el libertador —le espetó, mientras Katie lo miraba con incredulidad—. Ahora te has encargado de que lo dominen para toda la eternidad salvajes que no tienen el menor respeto por la vida humana.

»Han dado al traste con cualquier equilibrio, han acabado con toda posibilidad de diplomacia. Gracias a ti, Ka-tie Ja-mes, estamos más cerca que nunca de la aniquilación total. —Pronunció su nombre como si fueran las dos palabras más repelentes que habían pasado por sus labios.

—Sí, seguro que eso lo ha fastidiado. Pero yo creo que lo que le cabrea de verdad es haber perdido tanto dinero en armamento.

—Tengo dinero de sobra, eso te lo aseguro. Pero Theodore Roosevelt estaba en lo cierto. Habla con amabilidad y lleva una buena cachiporra. Los mejores presidentes norteamericanos eran conscientes de que el poder militar era la clave de todo. ¡De todo!

—Sí, la guerra es estupenda, ¿verdad?

—Has hecho carrera cubriéndolas como corresponsal, así que no tienes de qué quejarte. La gloria siempre se la lleva el vencedor.

—Yo no las cubrí por voluntad propia. Y mis reportajes mostraban los horrores de la guerra. No vi la gloria por ninguna parte.

—Es evidente que no miraste lo suficiente. La historia política viene definida por esas confrontaciones.

—Algún general famoso dijo que por suerte la guerra es tan terrible, porque si no le tomaríamos más cariño de la cuenta, ¿no es así? —dijo Katie.

—Fue el general confederado Robert E. Lee en la batalla de Fredericksburg. Y, como ha demostrado la historia, era un perdedor. Yo sólo trato con vencedores.

—¿Ha estado usted en el ejército, señor Creel? ¿Ha disparado alguna vez, o le han disparado siquiera? —Creel no respondió—. Bueno, a mí sí me han disparado. Y déjeme que le diga una cosa: entre las personas que libran las malditas guerras no hay vencedores ni vencidos, sólo hay supervivientes.

—Sí, bueno, no te he traído para que me des una conferencia. Te he traído para que mueras. Pero quería que supieras por qué. Y quiero que mueras siendo consciente de que la única que tiene la culpa eres tú.

Katie se le acercó un poco.

—¿Puedo decirle algo?

—Todos los condenados tienen derecho a unas últimas palabras.

—Que te den por culo.

—Brillante, señora James. Está hecha una poetisa.

Se abrió la puerta y entró uno de sus hombres.

—Tiene una visita, señor Creel. —Bajó el tono de voz.

Tras escucharlo, Creel dijo:

—Sácala del barco ahora mismo.

—Señor, ha mencionado que vio unos archivos informáticos en su despacho —añadió el hombre.

A Creel se le dilataron un tanto los ojos.

—Ya. Muy bien, ahora voy.

En el pasillo estaba la esposa de Creel con tacones altos y minifalda, flanqueada por dos de los hombres de su marido.

—Querida, qué sorpresa tan agradable —la saludó. La respuesta de la mujer fue cruzarle la cara. Un empleado de Creel la sujetó.

—¿Te piensas que puedes dejarme en la cuneta como un montón de bazofia? —le gritó—. ¿Después de todo lo que he hecho por ti? ¿Y contigo? ¡Cabrón! Soy la señora de Nicolás Creel y voy a seguir siéndolo.

—Ya veo que estás molesta, pero todo lo bueno se acaba y la remuneración por el divorcio es más que generosa.

—No vas a divorciarte de mí. Estoy al tanto de cosas —dijo en un tono triunfal. Al ver que Creel le lanzaba una mirada glacial, se apresuró a seguir—. Sé que te crees que no soy más que una idiota, pero ¿recuerdas que te comenté que me gustaba tu despacho? Bueno, no era por lo que crees. Siempre me ha parecido conveniente guardarme un poco de munición por si la gente se crece demasiado. Así que eché un vistazo a tu ordenador. Lo cierto, Nick, es que cuando te divorciaste de tu última mujer, tendrías que haber dejado de utilizar su nombre a modo de jodida contraseña. Y por lo que vi, has sido un chico muy malo.

—Bueno —empezó Creel en tono amable—. Eso da un sesgo nuevo por completo a todo el asunto. Ven conmigo y vamos a hablarlo. —Miró a sus hombres—. Ya podéis enviar de regreso su lancha. No va a necesitarla. Va a quedarse conmigo.

Miss Buenorra se apartó de los dos empleados y se fue tras su marido a paso lento.

Cuando entraron en la habitación y Creel cerró la puerta tras ella, miss Buenorra miró de uno en uno a los hombres que había en la estancia y luego posó la mirada en Katie.

—Te conozco, tú eres Katie James.

Creel miró a miss Buenorra con fingida tristeza.

—Me temo que no podrías haberte presentado en peor momento, querida mía. Y, por cierto, venir aquí sola por completo y contarme lo que sabes demuestra que sí eres idiota, sin duda.

Creel miró a Royce y éste asintió, sacó la pistola y le metió un tiro a la Buenorra en todo el cerebro.

La mujer muerta se derrumbó de bruces sobre la mesa, resbaló y cayó al suelo.

Sonó el teléfono. Era el capitán para advertirle que se aproximaba una

embarcación al yate.

—¿Quién es?

—Creo que se trata de la policía italiana, señor. Una de las embarcaciones que patrullan el perímetro del *Shiloh*.

Creel miró a Caesar.

—Droga a James. Hay una bolsa para cadáveres en la sala de máquinas. Métela dentro y luego llévatela al submarino, y llévate también eso. —Señaló a su esposa muerta—. Rápido.

Royce sujetó a Katie mientras ella forcejeaba para impedir que Caesar le clavase la aguja. Luego volvió a quedarse lánguida.

Cuando los hombres salían a toda prisa con Katie y la mujer asesinada, Creel se alisó la chaqueta y subió tranquilamente a cubierta para recibir a sus visitantes.

Shaw salió del agua tras abandonar su moto acuática y escaló el *Shiloh* por babor sirviéndose de asas magnéticas contra el casco de acero. Incluso con ayuda de las asas, le resultó difícil con el brazo aún convaleciente. Se había puesto una inyección de cortisona porque sabía que probablemente el asunto se pondría violento, pero aún tenía la extremidad débil. Miró el dispositivo emisor que llevaba sujeto a la muñeca. Katie estaba a bordo, en algún lugar en las entrañas de aquel inmenso barco de cinco plantas.

Una vez secuestrada Katie, el plan de Shaw se había puesto en marcha. La había localizado por satélite, seguido el reactor privado hasta allí y visto la lancha dirigirse hacia el yate. Frank estaba preparado para todo e hizo que les enviaran el equipo necesario para que Shaw pudiera entrar prácticamente en cualquier sitio. Habían acordado que iría en cabeza y los llamaría en el momento crítico.

El *Shiloh* tenía sin duda un sistema de seguridad electrónico de primera, razón por la que Shaw llevaba a la cintura un dispositivo para interferir frecuencias que lo haría invisible prácticamente a cualquier señal que arrojase el barco contra él.

Su mayor preocupación era la supervivencia de Katie. Aunque podrían haberla matado en cualquier momento del trayecto, habían llegado a la conclusión de que quien la buscaba querría hacerlo cara a cara, lo que, además, suponía la única oportunidad que tenían de echarle el guante a esa persona. Era increíblemente arriesgado y aun así Katie no se había echado atrás, aunque le habían dado oportunidades más que de sobra.

Nunca le había admirado tanto el coraje de esa mujer. Ahora Shaw sólo tenía que salir de allí de una pieza y llevársela consigo.

Vio una puerta y entró por ella.

Un instante después la embarcación de la policía se aproximaba al yate.

Nicolás Creel dio la bienvenida cortésmente al agente de uniforme que subió a cubierta y habló con él en su lengua materna. El agente parecía avergonzado, como si lamentara molestar a alguien tan prominente. Creel le ofreció una copa de vino y le preguntó en qué podía ayudarlo.

El policía dijo que les habían informado desde tierra que una mujer muy furiosa había subido a bordo de una lancha para trasladarse al yate.

—Hemos visto pasar una lancha, pero al ver que era la señora Creel, la hemos dejado pasar. Luego hemos recibido una descripción de la mujer furiosa y resulta que era su mujer. —El hombre se mostró abochornado y continuó, con incomodidad—: Así que hemos venido para ver si todo..., si todo iba bien, señor.

Creel se echó a reír y agradeció al hombre su preocupación.

—Mi esposa está un poco achispada, sí, pero no es ni remotamente peligrosa. De hecho, puedo decir sin temor a equivocarme que nunca hará daño a nadie.

—¿Está seguro?

—Del todo. Lo único que lamento es que haya tenido que venir hasta aquí en vano.

—No supone ningún problema, señor Creel.

Cuando el agente volvía a subir a bordo de la lancha de la policía, Creel le dirigió un pequeño saludo militar.

Shaw se abrió paso hasta las entrañas del barco y le sorprendió no encontrarse con nadie por el camino. La ausencia de la tripulación no le hizo sentir mejor, sino que acrecentó su prevención ante la posibilidad de que le hubieran tendido una trampa. Su precaución le salió a cuenta porque vaciló una fracción de segundo antes de doblar una esquina. El hombre armado pasó de largo y un segundo después se desplomó con el cráneo roto.

Shaw siguió adelante, mirando de tanto en tanto el dispositivo de rastreo que llevaba en la muñeca. Cada vez estaba más cerca de Katie, pero el emisor no podía garantizarle que siguiera con vida. Una punzada de remordimiento lo alcanzó directamente en el pecho. No debería haberle pedido que lo hiciera, por mucho que ella se hubiese brindado. Había demasiadas maneras de que todo se torciese.

Se precipitó un poco en su ansiedad, quedando a descubierto antes de lo que hubiera debido.

Royce lo apuntó con su pistola.

—Eso ha sido demasiado sencillo. No me impresionas, Shaw.

—¿Qué se siente al ser un poli corrupto, Royce?

—Cuando no me presenté con James, supongo que imaginaste todo lo que te hacía falta saber.

—No, Royce, lo imaginé antes.

Royce ladeó la cabeza y el desasosiego empezó a propagarse por su semblante.

—No creo que te importe gran cosa.

—¿Por qué?

—Porque estarás muerto. —Royce agitó la pistola, recuperando la confianza en sí mismo—. Eres un maldito memo, desde luego. Bueno, seguro que quieres ver a la pequeña Katie, así que vamos. Nos encargaremos de los dos al mismo tiempo. Está en el submarino —añadió con desenvoltura—. ¿Qué te parece? Ese tipo tiene su propio submarino. Eso sí que es auténtico poder.

Shaw rozó el cinturón con la mano, oprimiendo un diminuto botón que envió una señal de socorro a Frank.

—Pero voy a decirte una cosa, Royce.

—¿Qué?

—¿Te molestaste en revisar tu reloj? Porque colocamos un micrófono en él.

Royce miró de soslayo el reloj de pulsera.

Al instante siguiente se estaba aferrando el pecho, del que salía la empuñadura del cuchillo que tenía clavado mientras la sangre del corazón reventado le colmaba ya la

cavidad torácica. Volvió a mirar a Shaw.

—Y ahora, ¿estás impresionado? —le dijo Shaw.

Al caer Royce al suelo, Shaw ya había pasado por su lado camino del submarino. Y de Katie.

El vientre del *Shiloh* estaba constituido por una serie de inmensos hangares, con el submarino de treinta y cinco toneladas aparcado en un muelle seco en el centro de uno de ellos. Shaw reparó en los hombres que montaban guardia. Había tres, uno más grande incluso que Shaw, con el pelo largo y rizado. Un receptor emitió un zumbido en la mano del hombretón, que escuchó, dijo algo que Shaw no alcanzó a oír y luego se marchó a toda prisa junto con los otros dos individuos.

Shaw trepó por el casco del submarino, levantó la escotilla y subió a bordo para registrarlos tan rápido como le fue posible. Cuando vio que debajo de un banco cerca de la popa de la embarcación asomaban el brazo y las piernas de una mujer, notó que el corazón casi dejaba de latirle. Al tirar de la mujer y ver el cabello rubio, se sintió paralizado. Cuando cayó en la cuenta de que no era Katie, empezó a respirar otra vez. Luego vio la bolsa para cadáveres y todo empezó de nuevo. Abrió la cremallera con dedos temblorosos.

Entonces oyó otro sonido: los hombres venían de vuelta.

—Sacadla de ahí ahora mismo y enterradla en el hoyo excavado para los cimientos del orfanato —ordenó Creel a los dos hombres que sostenían la bolsa para restos humanos—. Metedla en una caja. Yo lo dispondré todo en el solar en construcción. Les diré que es una cápsula del tiempo. ¿Dónde está Royce? —le preguntó a Caesar.

—Anda por ahí.

Uno de los hombres dijo:

—¿Quiere que la matemos antes, señor Creel?

—No, quiero que vuelva en sí y se dé cuenta de que está enterrada viva. Dicen que el ser humano no conoce mayor miedo. Quiero que sienta ese horror.

Cargaron en la lancha la bolsa para restos humanos y los hombres se fueron.

Caesar le dijo a Creel:

—Y ahora ¿qué?

—Ahora, desaparece. Hasta la próxima vez.

—Nada de eso.

Se volvieron lentamente. Shaw estaba allí plantado, apuntándolos con un arma.

Creel se estremeció al ver quién era pero se recuperó enseguida.

—Te llaman Shaw, ¿verdad? —Shaw guardó silencio—. Estoy al tanto de tu vinculación con este asunto, así que dudo que el dinero te induzca a dejarlo correr. —Shaw siguió sin decir nada—. Así que creo que hemos llegado a un punto muerto —concluyó Creel.

Shaw apuntó con el arma a la cabeza de Creel.

—Yo no lo veo así.

—¿Señor Creel?

El capitán los miraba atemorizado desde las escaleras que desembocaban en la cubierta superior.

Shaw desvió la mirada de los dos hombres apenas un instante. Aun así, fue demasiado tiempo.

El disparo efectuado por Caesar le abrió una brecha en un lado de la cabeza.

Shaw rodó al instante hacia su izquierda y efectuó cuatro disparos seguidos como respuesta.

Creel ya se había parapetado tras la zona del bar mientras Caesar buscaba un punto más elevado desde el que tuviera mejor ángulo de tiro. Shaw dio al traste con esos planes al alcanzarlo en el pie. Caesar vació el cargador contra Shaw. Un instante después, cuando Shaw apuntaba para efectuar el disparo definitivo, se le encasquilló el arma.

Caesar se arrastró escaleras arriba con Shaw tras sus pasos. Los dos gigantes quedaron cara a cara en la cubierta superior. Tras lanzarse unos puñetazos para poner a prueba mutuamente sus defensas, Caesar alcanzó a Shaw con un golpe en el brazo herido y recibió por su amabilidad un directo en todo el vientre. Luego Caesar probó

a cargar de cabeza y su peso, más elevado, levantó a Shaw por los aires, lo que hizo que ambos fueran a chocar contra la consola del puente, golpeando el timón. El *Shiloh* inició un viraje cerrado hacia babor y puso rumbo a mar abierto con el ancla a rastras. Caesar agarró a Shaw por la camisa, tan fuerte que casi se la arranca. Shaw intentó segarle las piernas, pero Caesar, con una agilidad considerable para un hombre de su tamaño, saltó fuera de su alcance y luego atacó.

Cogió a Shaw por el cuello y empezó a apretar. Shaw le puso una mano debajo de la barbilla e intentó hacerle echar atrás la cabeza, pero Caesar se zafó de la presa de Shaw, se colocó a su espalda y Shaw se vio atrapado en una llave y asfixiado.

Intentó librarse de Caesar, pero no tardó en comprender que, por mucho que hubiera tenido sus energías intactas, su oponente era demasiado fuerte. Se le empezaron a inyectar en sangre los ojos y le fallaron las rodillas.

Caesar, que a todas luces ya acariciaba la victoria, dijo:

—Primero tu mujer y ahora tú. Qué bonita pareja. Murió sin emitir el menor sonido cuando le descerrajé el tiro en el cerebro. —Lo cogió con más fuerza—. Y me parece que tú vas a hacer mutis igual de calladito, gilipollas.

Al oír esas palabras, a Shaw se le quedó la mente completamente en blanco, y luego, lanzando un grito, se zafó de los brazos de Caesar, que lo estaban asfixiando, para retorcerle un brazo tanto y de manera tan violenta que se lo sacó por completo de la glena.

—¡Tú...! —exclamó Shaw.

Caesar cayó de rodillas vomitando de dolor. Shaw le propinó una patada en la cara con una de sus botas del cuarenta y seis, lo que le hizo caer de espaldas.

—Estás...

El cuchillo destelló en la mano buena de Caesar, pero sólo durante un segundo, antes de que Shaw se lo arrebatara con fuerzas nacidas de la ira.

Le hundió la hoja en las entrañas y luego fue tirando de ella lentamente hacia el torso, desgarrando carne y hueso por el camino hasta que se detuvo a la altura de la garganta. Caesar estaba a punto de morir cuando Shaw sacó la pistola, la desencasquilló, hizo que pasase a la recámara otro proyectil, apuntó y le descerrajó un tiro en la frente.

—Muerto —terminó Shaw.

Un helicóptero de gran tamaño trazaba círculos sobrevolando el *Shiloh*. Por el sistema de megafonía una voz de hombre dijo:

—FBI, vamos a abordar el barco. Somos del FBI, vamos a abordar el barco.

A un centenar de metros la embarcación de la policía italiana se dirigía a toda velocidad hacia el yate. Mientras el helicóptero aterrizaba en la plataforma y la lancha de la policía era amarrada al barco, Creel permaneció imperturbable en medio de todo el barullo.

El FBI y Frank querían detener a Creel allí mismo. La policía italiana insistía en que no era posible. Pasaron los siguientes veinte minutos discutiendo sin que ninguno de los dos bandos hiciera ningún avance.

—El señor Creel se encuentra en aguas italianas.

—¿Y por qué me busca el FBI? —preguntó Creel en tono inocente—. No puede ser por evasión de impuestos. No soy ciudadano norteamericano.

—¡Evasión de impuestos! —exclamó Frank en un tono de voz aflautado—. Piense más bien que se le acusa de provocar un caos global. ¿Qué le parece eso, gilipollas?

Creel se volvió hacia el capitán de la policía italiana.

—No tengo ni idea de qué está diciendo este individuo. Han invadido mi yate. Han hecho disparos. Algunos de mis hombres han resultado heridos e incluso muertos, según creo. Soy yo quien debería presentar cargos. Usted acababa de salir de aquí, agente. ¿Ha visto algo extraño?

El capitán fulminó a Frank con la mirada.

—Nada en absoluto, señor Creel. Y ahora voy a acompañar a estos hombres a tierra.

—Voy con usted para presentar cargos contra ellos.

—No vamos a ir a ninguna parte —se plantó un agente del FBI—. Estamos respaldados por todo el poder de Estados Unidos.

—Bueno, no están en Estados Unidos —replicó el capitán—. Aquí no tienen jurisdicción.

—Lo cierto es que sí la tienen.

Todas las cabezas se volvieron hacia Shaw, que bajaba por las escaleras del puente y miró hacia su izquierda.

—Creo que estamos en aguas internacionales —aclaró—. Me parece que no se han percatado de que el yate se desplazaba.

Todos dirigieron la mirada hacia tierra, donde no se apreciaba ninguna luz parpadeante.

—Da igual si estamos o no en aguas internacionales —se apresuró a aducir Creel—. No tienen nada de que acusarme.

—¿Qué le parece el secuestro de Katie James? —bramó Frank, que se volvió

hacia los italianos—. Supongo que han oído hablar de Katie James, ¿no?

—¿Está usted diciendo que se encuentra aquí?

—No está aquí —señaló Creel con aire engreído.

—¿De veras?

Todos se volvieron cuando Katie salió a cubierta. Creel palideció y desvió la mirada hacia las aguas con aire de desconcierto.

—Sus hombres se han llevado a la mujer asesinada, supongo que su esposa, en la bolsa para cadáveres después de que Shaw diera el cambiaso —explicó Katie—. No se han molestado en comprobar si era yo la que iba dentro. Éramos más o menos de la misma estatura y peso.

El policía italiano miró a Creel.

—¿Su esposa ha muerto?

—Claro que no. Registre el barco si lo desea. No está aquí. He hecho que la llevaran de regreso a la ciudad.

—Entonces ¿cómo ha llegado aquí Katie? —le planteó Frank.

—Igual que él —respondió Creel, que señaló a Shaw—. Es evidente que han accedido ilegalmente.

Katie levantó el brazo roto.

—El dispositivo de rastreo no estaba en la escayola. Lo llevaba dentro. —Señaló la herida del brazo—. Me abrieron por el lugar de la fractura múltiple para introducir el transmisor. —Miró a Shaw—. Una técnica con la que me familiaricé no hace mucho.

—Así la hemos seguido hasta aquí —explicó el agente del FBI—. Y luego hemos recibido una llamada de socorro de Shaw y hemos venido a la carga.

—Estoy confuso —reconoció el capitán de la policía italiana—. ¿De qué va todo esto?

—Tiene que ver con este hombre —empezó Katie antes de que Creel la interrumpiera.

—Ha estado lanzando acusaciones disparatadas en Internet. Ahora supongo que va a decir que soy una especie de cerebro criminal, agente, lo que es totalmente ridículo.

—Me ha secuestrado —dijo Katie.

—Y yo digo que no he hecho tal cosa. Es su palabra contra la mía, lo que no constituye precisamente una acusación de peso.

—El señor Creel está construyendo un orfanato en nuestra ciudad —dijo el italiano.

—Me importa una mierda que esté chapando en oro todas y cada una de sus carreteras —exclamó Frank—. Vamos a llevárnoslo de aquí.

—Me temo que no.

—Oficial, voy a permanecer aquí en mi yate —aseguró Creel—. Llamaré a mi abogado, que se ocupará de estos asuntos como es debido, por la vía legal.

—También tiene un submarino —señaló Shaw.

Creel puso los ojos en blanco.

—Sí, claro, voy a escaparme en submarino, al estilo James Bond. —Escudriñó a Shaw de cerca—. Sea como fuere, creo que los hechos demostrarán que sí hay un criminal violento a bordo. Este hombre ha asesinado a mi guardaespaldas personal. Fíjense en la sangre en las manos y la camisa.

Shaw estaba cubierto de la sangre de Caesar.

—Vayan al puente y compruébenlo ustedes mismos —añadió Creel.

Uno de los policías subió a la carrera y regresó con el semblante verdoso, persignándose una y otra vez.

—Dios mío, lo han mutilado.

El agente miró a Shaw.

—¿Ha matado a ese hombre?

—Sí.

Creel dijo en tono triunfante:

—Por fin, una confesión.

—Lo he matado en defensa propia. No me he provocado todo esto yo mismo. —Indicó la cara magullada y la camisa rasgada.

—Eso tendrá que decidirlo un tribunal italiano. Capitán, haga el favor de llevarse a este asesino del barco inmediatamente.

El policía desenfundó el arma, igual que sus hombres. Frank y los agentes del FBI los imitaron.

—No —dijo Shaw—. Ya voy con ellos. —Miró a Creel—. Esto no ha terminado.

—Claro que no. Harás tus ridículas acusaciones y mi equipo de abogados las rebatirán, y para cuando todo haya terminado, seguiré siendo un hombre libre y adorado por el mundo entero mientras tú te pudres en la cárcel. Eso sí que es justicia.

Shaw se lanzó hacia Creel y lo inmovilizó con un abrazo de oso antes de que lo apartaran de él.

Creel, sin resuello, se mofó:

—Y ahora puedes añadir a la lista el cargo de agresión.

—Venga, Shaw —dijo Frank—. Vamos a solucionar todo esto. Y usted —añadió, señalando a Creel—. Si intenta abandonar el barco en submarino, helicóptero o en una maldita nave espacial, ya puede prepararse.

—Adiós, caballeros. Ya tengo ganas de abordar todo esto ante los tribunales y asegurarme de que reciban el castigo que les corresponde —dijo Creel con frialdad. Luego miró a Shaw y le ofreció una amplia sonrisa—: Pensaré en ti cada vez que venga al yate.

Después de que se hubieran alejado las embarcaciones, Nicolás Creel se retiró a su camarote. Tenía que hacer numerosas llamadas de teléfono, la primera a los hombres que sin duda estaban enterrando a su cuarta mujer en suelo italiano en esos mismos

instantes. De alguna manera, no obstante, conseguiría solucionarlo todo. Siempre lo conseguía. Sencillamente le llevaría cierto tiempo, algo de dinero y un poco de ingenio aderezado con nervio. Eso era todo lo que hacía falta.

Sacó un puro del humidor y se palpó el bolsillo en busca del mechero. Su mano se cerró en torno a un objeto metálico, pero no era un encendedor. Lo sacó y comprobó que era fino y plano. ¿Cómo demonios había llegado a su bolsillo? Lo miró de cerca. ¿Era eso una mancha de sangre? También le pareció oler algo, algo que le resultó remotamente familiar.

Creel no tenía manera de saber que en esos momentos Shaw tenía un pequeño dispositivo de control a distancia. Con las manos esposadas mientras iba en la embarcación de la policía Shaw cruzó una mirada con Katie, que estaba de pie a su lado. Ella lo miró, o más concretamente le miró la camisa desgarrada. Sólo Katie parecía haberse dado cuenta de que los puntos de sutura que le había puesto en el brazo Leona Bartaroma, la talentosa cirujana retirada de Dublín metida a guía turística, habían desaparecido.

Mientras el helicóptero del FBI remontaba el vuelo por encima de sus cabezas, Shaw dirigió la mirada mar adentro, donde la enorme huella flotante de acero que era el *Shiloh* se mecía como una inmensa ballena inflada panza arriba. Sin embargo, no estaba pensando en juguetes acuáticos de multimillonario adquiridos con dinero ensangrentado, ni en maestros de GP como Pender. Tampoco estaba centrado en la perspectiva de ir a parar a una cárcel italiana por matar a Caesar. Y en esos precisos instantes ni siquiera la verdad le preocupaba gran cosa.

En contraste con el cielo oscuro le pareció ver el rostro de Anna contemplándolo, tal vez llamándolo, no lo sabía con seguridad. No eran más que dos personas que intentaban quererse en un mundo que no siempre lo permitía.

Se habían visto atrapados en una pesadilla que no habían provocado. Y Shaw se sentía tan enfurecido por todo ello, tan paralizado por una pérdida que nunca conseguiría entender ni superar plenamente, que apenas se notaba con fuerzas para pulsar el botón del diminuto mando a distancia que tenía en las manos, pero al mirar el rostro imaginario de Anna cobró coraje. Después de hacerlo, lo lanzó por la borda, donde desapareció sumergiéndose en el agua sin dejar apenas un rizo de espuma. Sus efectos resultarían mucho más memorables en otra parte.

En su camarote, Creel notó que el objeto de metal se iba caldeando. Era lo último que percibiría en su vida.

Cuando oyó los gritos y olió el humo, el capitán se lanzó escaleras abajo y entró en el camarote. Aun así, para cuando llegó, el punto donde había estado sentado Creel no era más que un montón ennegrecido de cenizas y huesos en el suelo.

Al examinarlos más de cerca quedaría constatado que eran los restos de aquel hombre, aunque ya no se parecían en nada a un ser humano.

Sea como fuere, nadie conseguiría explicar con exactitud lo que había ocurrido.

Ni por qué Nicolás Creel, por lo visto, se había suicidado sirviéndose de un dispositivo incendiario con base de fósforo sumamente letal.

Gracias a un chivatazo la policía local descubrió a la mañana siguiente el cadáver de la señora Creel en un agujero recién abierto al fondo del hoyo destinado a los cimientos. Pocos minutos después, Shaw salía de una cárcel italiana. Lo pusieron en libertad con una camisa nueva y el brazo limpiamente suturado gracias a un médico de la zona que había acudido a la prisión.

Llevaría mucho tiempo desentrañar, catalogar y diseccionar lo que había ocurrido con la «amenaza roja», Nicolás Creel y Pender & Associates, pero, al margen, la verdad nunca podría ser revelada a la ciudadanía, según decidieron colectivamente las autoridades, incluidas las de Estados Unidos, Rusia y China. Hasta el último fragmento de información descubierto acerca de la ambiciosa trama de Nicolás Creel quedó de inmediato clasificado y enterrado para siempre. Quizá parezca asombroso que fuera posible, pero también es cierto que «ocultaciones» semejantes ocurrían sin cesar por todo el mundo.

Katie, Shaw y Frank, entre otros que estaban al tanto de los detalles, se vieron obligados a jurar que guardarían el secreto durante el resto de su vida.

Katie no se tomó muy bien la directiva. «¿Por qué mantenerlo en secreto? ¿Para que podamos cometer el mismo error?».

Le dijeron que si el mundo averiguaba lo cerca que había estado del Armagedón y cómo habían sido engañados los gobiernos de todo el planeta, la gente perdería la confianza en sus líderes. «Bueno, tal vez deberían perderla», había replicado Katie.

No obstante, cuando el presidente de Estados Unidos en persona defendió esa misma postura y apeló a su patriotismo, Katie no tuvo otro remedio que ceder, aunque no sin hacer antes una advertencia.

«La próxima vez ¿por qué no piensan en estos asuntos antes de llegar a conclusiones precipitadas? ¿Qué les parece esa estrategia?».

Al final, el mundo restó importancia al cataclismo que había estado a punto de acontecer y siguió adelante, como siempre parecía ocurrir. Tal vez no hubiera tanta seguridad como durante la Guerra Fría, pero al menos no era una mera «percepción de seguridad» cimentada sobre mentiras.

Shaw, Katie y Frank se desplazaron a Londres, donde se celebraba una ceremonia en recuerdo de las víctimas de la masacre. Los padres de Anna estaban entre los asistentes, pero Shaw guardó las distancias. No quería honrar el recuerdo de Anna siendo atacado por Wolfgang Fischer en una grandiosa catedral londinense.

Lo que sí hizo fue viajar una vez más a Durlach para visitar la tumba de Anna. El segundo día de su estancia, y sin que Shaw lo supiera, Katie y Frank llegaron al pueblo y llamaron a la puerta de los Fischer.

Wolfgang, con aspecto muy envejecido y cansado, fue a abrir.

—Soy Katie James, y éste es Frank Wells.

Wolfgang los miró receloso.

—¿Qué los trae aquí?

—Necesito aclarar las cosas, por así decirlo, en lo que a Shaw concierne —dijo Frank con nerviosismo.

—Yo no necesito aclarar nada con ese hombre —respondió Wolfgang con el rostro enrojecido.

—Sí, me parece que sí —replicó Katie con firmeza.

—¿Y eso por qué?

—Porque se lo merece. Se merece que salga a la luz la verdad. Y usted tiene que hacerlo por Anna.

—¿Por Anna? ¿A qué se refiere?

—Su hija era brillante y preciosa y una magnífica profesional, también estaba perdidamente enamorada de ese hombre. Y usted tiene que entender por qué.

—Hazlos pasar, Wolfgang.

Todos miraron a Natasha, que estaba detrás de su marido.

—Que pasen y les escucharemos. Ella tiene razón: tenemos que hacerlo por Anna.

Frank y Katie pasaron junto a Wolfgang y durante las dos horas siguientes los cuatro hablaron de lo que había ocurrido en realidad.

—¡Dios mío! —exclamó Wolfgang cuando hubieron terminado—. Me gustaría ver a Shaw. Decirle, decirle... —Miró a su esposa con expresión de impotencia.

—Decirle cómo nos sentimos, que ahora es distinto, cómo nos sentimos —acabó Natasha por él.

—Sí —confirmó Wolfgang—. Distinto.

—Vayan a por los abrigos —les dijo Katie.

Shaw estaba sentado en el suelo al lado de la tumba de Anna. Las hojas empezaban a tornarse pardas y el viento ya resultaba frío. Era agradable estar allí, como si Anna siguiera con vida. Su presencia parecía muy real. Tenía la sensación de que hubiera podido seguir allí por siempre.

Los oyó acercarse mucho antes de que pudiera atisbar a nadie. Se levantó y miró en su dirección para ver aparecer al grupo, con Wolfgang a la cabeza.

Shaw empezó a alejarse furtivamente de la tumba de Anna hasta que se fijó en Katie y Frank. Entonces se detuvo, sin saber exactamente qué ocurría o qué hacer.

Wolfgang fue directamente hacia él.

—Estas personas —señaló con un gesto a Katie y Frank— nos han explicado algunas cosas acerca de lo que ocurrió.

—Nos han contado la verdad, Shaw —dijo Natasha, que tomó su mano en la de ella—. Y lamentamos mucho haberte tratado como te tratamos.

—Sí, lo sentimos mucho —añadió Wolfgang, que le dirigió una mueca de culpabilidad.

Shaw lanzó una mirada penetrante a Katie y Frank, que no se la sostuvo, sino que fijó la vista en el suelo. Katie, por su parte, se limitó a ofrecerle una sonrisa de ánimo.

Wolfgang rodeó con sus brazos a Shaw y lo abrazó mientras Natasha los abarcaba a los dos al mismo tiempo. Poco después resbalaban las lágrimas por las mejillas de los Fischer. Incluso a Shaw se le humedecieron los ojos y le temblaron los labios de tanto en tanto mientras los tres permanecían en torno a la última morada de Anna con los brazos entrelazados, hablando en voz queda.

Katie tuvo que enjugarse racimos de lágrimas de los ojos mientras los observaba junto con Frank.

Al cabo, él susurró:

—Ya no aguanto más. No se me da bien la parte emotiva, Katie. Prefiero tener una Glock de nueve milímetros metida por la boca que pasar por esta tortura. —Se volvió y se fue, aunque no antes de que Katie creyera oír cómo escapaba de sus labios un leve sollozo.

Casi una hora después se despidieron Wolfgang y Natasha.

Katie se llegó lentamente hasta Shaw, que seguía delante de la tumba.

—Gracias por lo que habéis hecho —le dijo él, con la mirada fija en el montículo de tierra.

—¿Qué tal lo llevas?

—Una parte de mí sabe que Anna está muerta. La otra parte..., sencillamente no puede aceptarlo.

»El luto es extraño. Dicen que es un proceso con fases independientes, pero por lo visto es distinto en cada caso. Y te sientes tan solo que no entiendo cómo pueden considerarlo nada que no sea una suerte de... infierno aleatorio y personalizado. —Se

volvió para mirarla—. ¿Perdiste a alguien?

Ella se encogió de hombros.

—Todo el que ha vivido ha perdido a alguien.

—Me refería a alguien en particular.

Katie abrió la boca pero la cerró enseguida.

—¿Por eso bebes más de la cuenta? —preguntó él despacio, con la mirada perdida ahora en los árboles de intensos colores.

Katie metió las manos hasta el fondo de los bolsillos del abrigo y golpeó la tierra con la puntera del zapato.

—Se llamaba Benham. Era un niño que debería haber crecido para convertirse en un buen hombre, pero no creció. Y fue por mi culpa. Yo me llevé el segundo Pulitzer y él fue a parar a un hoyo a las afueras de Kandahar. —Respiró hondo—. Y, sí, por eso bebo más de la cuenta.

—No lo olvidarás nunca, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Nunca. No puedo. —Sofocó un sollozo.

—Ya sé cómo te sientes —dijo Shaw, que le puso una mano en el hombro—. Adiós, Katie. Cuídate.

Se volvió y se fue. En unos segundos, Katie lo perdió de vista.

Se quedó allí sola, entre los muertos. Mirando la tumba de Anna, se inclinó y acercó a la lápida las flores que había dejado Shaw. En las escasas palabras talladas en granito Katie vio la vida y el recuerdo de una mujer excepcional, y la imagen inolvidable del hombre que la había amado en vida y a todas luces seguía amándola una vez muerta.

Al cabo, se levantó de la tierra consagrada, dio media vuelta y se fue a paso lento hacia el mundo de los vivos. Y entonces Katie echó a correr.

El sonido de las zancadas se fue acercando a Shaw por detrás, que se volvió y su cara reveló sorpresa al verla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Shaw—. ¿Estás bien?

—Acabo de darme cuenta de que no tengo manera de salir de aquí —respondió Katie.

—Puedo llevarte a algún sitio. —Echó un vistazo al reloj—. Podemos estar en Francfort en unos noventa minutos. Desde allí puedes tomar un avión a Nueva York. Con suerte llegas a casa a tiempo para cenar a medianoche en tu garito preferido.

—No quiero ir a Nueva York.

—Es allí donde vives, ¿no?

—Llevo viviendo con la maleta a cuestas desde que soy adulta. Y no tengo trabajo.

—Probablemente ahora podrías trabajar como enviada especial de CNN en Armapour.

—No quiero.

—Entonces ¿qué quieres?

—Que me lleves a alguna parte.

—Vale ¿pero adónde?

—Lo hablamos por el camino.

Se quedaron mirándose mutuamente. Ella tenía los ojos chispeantes y Shaw desvió la mirada hacia la acera. En tono vacilante, dijo:

—Katie, no puedo...

Ella le tapó la boca con la mano.

—Ya sé que no puedes, Shaw. Y si dijeras otra cosa, ya me habría largado. No es eso lo que quiero.

—Entonces ¿qué quieres?

Katie dirigió la mirada hacia la oscuridad nocturna de Durlach antes de volver a mirarlo. Cuando habló, su voz pareció combarse bajo el peso de sus palabras.

—Soy alcohólica. Estoy en el paro. No tengo muchos amigos. De hecho, me parece que no tengo ninguno. Y estoy muerta de miedo, Shaw. Me aterra pensar que ya no hay nada por delante. Y si me dices que me vaya al infierno, te diré que ya hemos estado allí los dos, y es tan chungo como cree todo el mundo.

Mientras el viento mecía las hojas de los árboles y todo en derredor la buena gente de Durlach se disponía a conciliar el sueño tranquilamente, Shaw y Katie se miraron en silencio. Era como si ninguno de los dos tuviera la valentía, el aliento o el ánimo para hablar.

Al fin, Shaw murmuró:

—Vamos.

Los dos se volvieron y se fueron caminando por la calle en silencio.

Exactamente hacia dónde, no lo sabía ninguno de los dos, eso seguro.

Nota del autor

No leer antes de terminar la novela

El término «gestión de la percepción» ha entrado con firmeza en el léxico común. El Ministerio de Defensa estadounidense define la gestión de la percepción en uno de sus manuales, de modo que los militares, evidentemente, se lo toman muy en serio. Ahora muchas empresas de relaciones públicas ofrecen gestión de la percepción, o «GP», como uno de sus servicios. Sea como fuere, si uno quiere ser excepcional a la hora de crear la Gran Mentira, tiene que especializarse de veras.

Estados Unidos no tiene el monopolio de la GP; otros países también recurren a ella por rutina. No obstante, es asimismo probable que nadie la acometa con la maestría de las firmas estadounidenses. Eso tal vez se deba a que las apuestas suelen ser más elevadas y las sumas de dinero desembolsado más altas cuando se trata de la única superpotencia del mundo. Es una industria en la que se mueven miles de millones de dólares dirigida por personas de una creatividad fanática, estrechamente vinculadas con el poder y eficientes como nadie. Los hay que son ideólogos; los hay que sólo lo hacen por la pasta. En un caso u otro, igual que un cáncer agresivo, sus resultados pueden ser devastadores para los ciudadanos de a pie.

Muchas de las técnicas esbozadas en la novela son procedimientos operativos estándar para estos individuos, aunque yo les haya dado una rúbrica diferente. Y hacerse con un público a nivel planetario hoy en día es aterradoramente fácil. La información se transmite a tal velocidad por el mundo que todos hemos visto infinidad de ejemplos a lo largo de los últimos años. De hecho, la mentira se puede establecer de una manera tan rápida y abrumadora que ningún intento de indagación *a posteriori* puede hacer mella en la conciencia pública y poner en entredicho que, en efecto, no es la verdad. Es evidente que queremos creer. Y cuanto más fácil nos lo ponen, mejor. Y si luego resulta que todo era una invención, bueno, por lo visto no nos importa mucho.

No voy a revelar si las situaciones descritas en *Toda la verdad* —o las anteriores operaciones de GP a las que se alude a lo largo de la novela— están basadas o no en hechos reales. Sea como fuere, si el lector está interesado en averiguarlo, probablemente podrá descubrir firmes similitudes entre el mundo real y los argumentos sobre GP descritos en la novela. No obstante, la mayoría de la gente no se tomará la molestia. Estamos anegados en información; rara vez buscamos más por voluntad propia. Y esa actitud supone la mayor ventaja para una firma de GP. Puede parecer contrario a lo que dicta la intuición, pero cuanto más información hay disponible, menos parte de la verdad conocemos. Es una guerra de desgaste y esos individuos son tan buenos en lo que hacen que nadie está a su altura, ni siquiera los principales medios de comunicación o los periodistas de fama mundial, a quienes a

menudo se les dan los «hechos» mascados, igual que al resto de nosotros. Y aunque es cierto que ya se nos embaucaba antes, también es verdad que nunca se nos ha embaucado tan a menudo y a una escala tan tremenda como hoy en día.

A quienes tal vez digan que los argumentos de la novela son descabellados, les respondería que no sólo no son descabellados, sino que, en todo caso, se quedan cortos. Nadie contrata a una empresa de GP para un trabajillo sin importancia. Esa gente no utiliza un martillo para hacer su trabajo, instiga toda una tempestad. Y cuando han terminado la tarea, a menudo da la impresión de que el mundo se ha visto azotado por un millar de huracanes.

Habrà quien diga que los asesores políticos especializados en esta clase de asuntos campan a sus anchas desde hace tiempo; no es nada nuevo. Pero los expertos en GP no son asesores políticos. Un asesor político es alguien que toma hechos reales y los interpreta o les da el sesgo más favorable para su cliente. Las firmas de GP no tergiversan hechos, los crean. Crean hechos y luego se los venden al mundo como si fueran verdad. Al menos con los asesores políticos existe la posibilidad de atisbar los hechos reales. No ocurre lo mismo con los maestros de GP porque no hay una verdad auténtica que ver. Y ahí, por citar al venerable Mark Twain (que se lo habría pasado en grande con los tipos de GP), estriba la diferencia entre la luciérnaga y el relámpago.

Hace falta un público culto, bien informado y curioso para plantar cara a un ataque de GP. Por desgracia, la mayoría ya no somos cultos, no estamos bien informados y ni siquiera tenemos curiosidad. De hecho, estar leyendo esta nota del autor lo sitúa a usted dentro de una minoría extraordinaria: lee libros y posee las aptitudes necesarias para llegar hasta el final de una novela.

Y de la misma manera que los catastróficos efectos de la inmensa deuda externa estadounidense recaerán en gran medida sobre los hombros de generaciones futuras (los déficits tienen sin duda su importancia), las consecuencias de nuestra apatía en tanto que ciudadanos de una democracia pondrán en peligro los cimientos mismos de un gobierno libre para nuestros descendientes, por una razón crudamente sencilla: para ser libres de veras, debemos tener la oportunidad de controlar nuestro destino. Ahora mismo, ya no la tenemos. Podemos recuperarla, pero es necesario que lo deseemos de verdad, porque no será fácil.



DAVID BALDACCI, nació el 5 de agosto de 1960 en Richmond, Virginia. Es uno de los novelistas estadounidenses más vendidos. Baldacci recibió una licenciatura en la Virginia Commonwealth University y una licenciatura en derecho en la Universidad de Virginia. Siendo estudiante, Baldacci escribió cuentos en sus tiempos libres, y más tarde ejerció como abogado durante nueve años, cerca de Washington D. C. Mientras vivió en Alexandria, Virginia, escribió cuentos y guiones de cine sin mucho éxito. Posteriormente, se decidió a escribir una novela, dedicando tres años a la escritura de *Poder absoluto*. Cuando se publicó en 1996, fue un *best-seller* internacional.

David Baldacci ejerce como embajador nacional de la Sociedad Nacional de Esclerosis Múltiple, y participa en numerosas organizaciones benéficas, así como ha formado su propia fundación para la alfabetización, Wish You Well Foundation. Fue criado en Virginia y vive allí (en Vienna) con su esposa, Michelle Baldacci (Mikki), y sus dos hijos. Su primo segundo, John Baldacci, fue gobernador demócrata de Maine desde 2003 hasta 2011.

En 1996, fue publicada su primera novela *Poder absoluto* y se convirtió inmediatamente en un éxito de ventas. Narra la historia de un presidente de ficción estadounidense y sus agentes del Servicio Secreto que están dispuestos a asesinar a diversas personas con el fin de ocultar la muerte accidental de una mujer con la que el presidente estaba teniendo una aventura. Fue llevada al cine en 1997, con las actuaciones de Clint Eastwood y Gene Hackman.

Baldacci ha llegado a publicar otras veinte novelas: *Control total*, *La ganadora*, *La*

pura verdad, Saving Faith, Buena suerte, El último hombre, The Christmas Train, Split Second, El juego de las horas, Camel Club, Los coleccionistas, Una fracción de segundo, Frío como el acero, Toda la verdad, Justicia divina, True Blue, Deliver Us From Evil, Hell's Corner, su último thriller sobre King y Maxwell, *The Sixth Man*, y dos novelas para adolescentes de la serie Freddy and the French Fries. También ha publicado una novela corta para los holandeses titulada *Office Hours*, escrita para el Year 2000 «Month of the Thriller» de los Países Bajos. Baldacci también es autor de un cuento corto, *The Mighty Johns*, incluido en una antología de misterio del año 2002.

Las obras de Baldacci han aparecido en numerosas publicaciones, incluyendo *The Washington Post*, *Men's Health*, *Richmond Magazine* y *The Strand Magazine*. También es editor colaborador de la revista *Parade*. Es autor de siete guiones originales y sus obras han sido publicadas en revistas y periódicos de todo el mundo. Todos sus libros se han convertido en *best-sellers* nacionales e internacionales, traducidos a más de 45 idiomas y vendidos en más de 100 países. Más de 110 millones de ejemplares de libros de Baldacci se han distribuido en todo el mundo, haciendo de él uno de los escritores más vendidos de la historia. Quince de las novelas de Baldacci han sido número uno en las listas de *best-sellers*. También ha sido un éxito de ventas en más de 25 países.

Baldacci escribirá el sexto libro de la segunda serie de *The 39 Clues, Cahills vs Vespers*, que se publicará en marzo de 2013. Este será su tercer libro para niños después de la serie Freddy and the French Fries. Baldacci también ha aparecido en numerosos programas de televisión, incluyendo episodios transmitidos en *The History Channel*, *Discovery Channel* y «ID Discovery».